This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

~~2463 c.15.~~

M
1895

DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA

Taylor Institution.

~~275. b. 25~~

Vet. Span. III A. 137

BIBLIOTECA DE EL PUEBLO.

D. PERRONDO,

HISTORIA

QUE, SIENDO FALSA, TIENE MUCHO DE VERDADERA,

COMO VERA EL QUE LA LEYERE.

POR

D. EUGENIO GARCIA RUIZ.

TOMO II.

CUARTA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ CAÑIZARES,
calle del Barco, 20, bajo.

1863.

LIBRARY OF THE TAYLOR
UNIVERSITY
25 SEP
OF CHICAGO

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

EL HERMANO DE GUMERSINDA.—EL DESAFÍO.—MISION DEL MÉDICO, LA MAS MAGNÍFICA QUE HAY SOBRE LA TIERRA.

Tenemos ya á nuestros viajeros en la ciudad de los condes, en la ciudad del famoso *Consejo de Ciento*, en la ciudad opulentísima, conocida y respetada hasta en los estremos mas apartados del globo. La fonda donde acaban de establecerse, titulada *del Universo*, como si con este nombre se quisiera significar que Barcelona, por ser ilustre en las cinco partes del mundo, ha recibido y recibe en cambio en su seno á habitantes de las mismas, se halla sita en la celebrada y deliciosa *Rambla* y tiene una grande habitacion, lujosamente amueblada con un gabinete correlativo á ella, en el que se ven tres mullidos lechos, que han de servir para ellos y para el jóven Eduardo. Eduardo es ahijado de D. Perrondo, es hermano de Gumersinda, á quien ama... con un amor inmenso,

indefinible basta para los dos... Eduardo es hijo de su difunto amigo Solís, y estas razones bastan para que le quiera tener en su compañía, mientras permanezca en el gran centro industrioso, á donde acaba de llegar... Quiere enterarse de su situacion, de sus relaciones, estudiar sus costumbres, leer sus pensamientos... ¡le interesa tanto el brillante jóven! ¡le importa tanto aquella vida, llena de juventud, de belleza y de esperanzas!... ¿qué estraño es, pues, que quiera velar por ella, abrazar, digámoslo así, su porvenir, aunque de cualquiera manera se le figura que ha de ser mas risueño que el de su pobre hermana?... ¿Abriga nuestro viajero alguna duda sobre la conducta del hijo de su amigo? Todo menos que eso: sabe que tanto su padre como su cariñosa madre imprimieron en su corazon el amor á los eternos principios de moralidad y de justicia; sabe que desde que abandonó con ocasion de la muerte del padre el pueblo donde naciera ha soplado sobre su frente el viento de la adversidad, que es lo que mas compasivos y generosos hace á los hombres; sabe que el entusiasmo sublime con que el jóven se esplicára en *Molins* al participar lo que se decia en Barcelona acerca de su accion con Vicens, no podia menos de ser hijo de una alma pura y heróica, y sobre todo sabe que á luego que le faltó su madre, le quedó otra tan buena como ella para dirigirle por el camino del bien, su pobre hermana á quien adora Eduardo con verdadero frenesí, á quien ama con delirio y con delirio tal, que gustoso sacrificaria su existencia por proporcionarla un solo momento de felicidad. Pero nuestro viajero siente una necesidad instintiva, imperiosa de tenerle á su lado, necesita contemplarle á cada

momento, necesita enterarle de lo que le convenga saber acerca de su querida hermana, y ver además por sí mismo lo que es, lo que siente, lo que hace, lo que piensa... esto es lo que se propone tambien al querer que Eduardo se aloje con él y con Masalegre en la fonda del *Universo*: por lo demás hállase convencido de sus buenos sentimientos que, cual los objetos que se acercan á un espejo, se ven perfectamente reflejados en el bello y simpático rostro del gallardo jóven.

Era en efecto Eduardo uno de esos séres en quienes la naturaleza parece que se ha esmerado para prodigarles todas sus gracias, en contraposicion de otros desdichados, hijos espúreos de ella, á quienes no se ha cansado de cubrir de ridículo, sin duda para que se presenten ante la burlona sociedad como muestra de sus crueles caprichos. Si los grandes artistas al coger en sus delicadas manos el buril ó el pincel necesitan tener en su mente esas asombrosas creaciones de la naturaleza, esos modelos acabados para reproducirlos en el duro mármol, ó trasladarlos al tosco lienzo, ninguno mas á propósito al efecto que Eduardo, tipo perfecto de vigorosa juventud, de hermosura y de gentileza, que no hubieran despreciado los *Apeles* y *Praxelites* para sacar sus *Apolos* y *Endimiones*, sus *Adonis* y *Narcisos*. Hemos oido en boca de nuestro viajero la gran semejanza de su hermana, que á primera vista se le hizo conocer, y con esto tenemos hecha ya la mitad de la descripcion de su físico. Como Gumersinda tenia una frente serena y tersa, unos ojos grandes y una nariz recta y afilada: sobre su delicado labio superior campeaba un bigotillo regularmente espeso, que en vez de pelo, parecia de seda finísima y mas negra que el azabache; el cual

anunciaba su tierna juventud, pues que aun no habia cumplido los 20 años, edad feliz para la mayor parte de los mortales, pero edad sin embargo desgraciada para el que se vé huérfano de padres, cuyo corazon se agosta en la seca atmósfera social, á la manera que se agosta la tierna planta cuando la falta el benéfico influjo del rocío: su estatura era aventajada, y á pesar de su tierna edad, y á pesar tambien de ser mas que medianamente fornido, tenia un talle tan esbelto, que mas de cuatro señoritas de gran tono hubieran querido tenerle igual para lucirle en sus brillantes reuniones y saraos: en pocas palabras; en el semblante de nuestro jóven estaban pintadas la bondad y la inteligencia, y en todo el conjunto de su cuerpo la agilidad, la fuerza, el donaire y la mas insinuante seduccion.

Una cosa tenia de particular este jóven interesante: su divino semblante no anunciaba la alegría propia de su edad: sin ser adusto, espresaba sí la gravedad serena del anciano, que, perfecto conocedor de este mundo, mira con impasibilidad sino con desprecio sus infinitas miserias, sin mas diferencia, que el anciano, como si ya no perteneciese á él; fíjase en el otro que pronto le ha de recibir, en el otro donde, así como en este es todo sinsabores y disgustos, tiene que ser para los buenos de delicias inefables y purísimos goces, mientras que el jóven combatiendo en su interior con el presente, que le atormenta, y el porvenir, en que no puede menos de vislumbrar un rayo de esperanza, en vez de fijarse en Dios, lo hace en sus propias fuerzas, que suelen ser siempre engañosas.

No se habia escapado á la esquisita penetracion de nuestro viajero esa gravedad, que segun de-

jamos insinuado, asemeja en la apariencia al jóven de 20 años con el anciano de blanca cabellera y venerable rostro. Para los séres vulgares esa gravedad no es mas que un amor propio escesivo, un descomedido é insolente orgullo; pero para las inteligencias privilegiadas, para los corazones puros y generosos, esa gravedad significa otra cosa: adivinan que es la lucha interna del espíritu, que asoma al rostro á su pesar, que es la lucha sorda, inevitable de los recelos propios y de las preocupaciones ajenas, lucha terrible y tan fatal, que suele llevar al hombre á la tumba, sea por el medio bárbaro del suicidio, ó por el mas bárbaro y anti-social del desafío.

¿Pero qué lucha, se nos dirá, puede caber en un jóven de 20 años escasos, que se vé en la brillante posicion de teniente capitan de caballería, posicion que le ofrece un porvenir aun mas brillante y halagüeño?... ¡ah! esto es precisamente lo que produce la lucha que se refleja en su semblante... es teniente capitan; ha ganado su segundo grado aparte de otros méritos, distinguiéndose en una ó dos acciones de guerra... solo pueden echarle en cara que le dieron la charretera por *favor* como á otros infinitos... pero no, no; á él no se la dieron por favor, le hicieron justicia con interposicion del favor, porque sin esto raras veces se consigue aquella... ¡ah! *¡el favor!* ¡cuánto significa, cuánto abraza para él esta sola palabra! ¡abraza la vida entera de su hermana! y este basta para que pene interiormente, para que sufra su corazon crueles tormentos en el indispensable roce con sus compañeros, en sus ratos de meditacion, en todas partes... ¿por qué otros lucen con insolente vanidad los bordados y cruces que debieran al favoritismo

degradante así para el que dá como para el que recibe? Pero, ¿son por ventura todos tan pundonorosos como él? ¿son tan nobles? ¿tienen, por último, su organizacion de artista? ¡Orgullo! ¿qué orgullo puede caber en un alma noble, en un corazon sencillo y heróico, que casi nunca conoció la felicidad, que llamó á mil puertas, donde no le respondieron, que apuró hasta las heces en lo mas inocente de su edad la copa fatal que la sociedad tiene destinada á la orfandad? ¡Ah! semejante corazon, por naturaleza, por hábito, sin contar con la educacion, no puede menos de ser tierno y compasivo... ¡Es tan dulce el hacer bien, acordándonos de que en otros dias aciagos quisimos le hicieran con nosotros...!

No era aun el medio dia cuando ya estaban nuestros tres amigos instalados y descansando con un puro en la boca en la lujosa habitacion que les destinaron en la fonda del Universo. Antes de que les sirviesen la comida, que mandaron dispener lo mas pronto posible, D. Perrondo procuró, con su tacto acostumbrado, hacer entrar á Eduardo en la conversacion que habia de darle el resultado apetecido, y así, dirigiendose al jóven á quien tenian sentado á su lado en un magnífico sillon de muelles, le dijo:

—Y vamos, ¿qué me dices de tu hermana?..... Todavía no hemos hablado de ella.....

—Aquí tengo su última carta, dijo Eduardo..... podeis leerla...

—No, no, repuso D. Perrondo interrumpiéndole... ¿Para qué? Tú nos darás razon de lo que te dice.

—Es que yo quiero que la leais; casi no habla mas que de vos.

—Precisamente por eso no quiero leerla..... ya adivino lo que dirá.

—¡Oh! es que yo quiero que veais lo que os ama cuando se dirige á mí... ¿Sabeis que si fuera capaz de abrigar envidia mi corazon, la habia de tener de vos? Seis cartas me ha escrito desde que la vísteis en Búrgos, y en todas ellas no acierta á hablar mas que de vos y de Masalegre.

—Ni nosotros, dijo este, acertamos á hablar en todas partes mas que de ella..... ¡Cuánto la queremos!

—¡Oh! sí, sí; la queremes mucho mas que á tí, tanto como á nosotros, dijo D. Perrondo clavando con una espresion de infinito amor sus hermosos ojos sobre los no menos seductores de Eduardo... ya has dicho que no eres capaz de envidia; pero aunque lo fueras, no deberias tenerla por eso: ella es débil por ser mujer, tú fuerte por ser hombre: *ella podrá ser mucho*, mas hoy no es nada.

—¡Podrá ser mucho!... yo no quisiera mas que fuera digna de nuestros padres, dijo Eduardo enternecido.

—Y lo es, sí, lo es, repuso D. Perrondo con dignidad... ¿Por qué abrígas sospechas de que no lo sea? Eso es injuriarla.

—¡Yo injuriarla! ¡yo sospechas contra ella.....! Lo que abriga mi corazon es una duda cruel por su mala estrella. Hace ya unos cuantos meses que sus cartas me revelan, á su pesar, los sentimientos que trabajan su espíritu, los sinsabores que atormentan su noble corazon..... Vos habeis derramado un bálsamo consolador sobre su alma sensible; mas sin embargo de todo...

—¡Eh! no seas niño, dijo D. Perrondo con aparente indiferencia... ¿de dónde deduces tú que tu

hermana no sea dichosa? Lo es y lo será, porque es virtuosa; pero volviendo á nuestro asunto, añadió como queriendo recobrar la serenidad interior que le hicieran perder los recuerdos del jóven acerca de Gumersinda, digo que tu hermana necesita mas de nuestro amor, de nuestra solicitud que no tú, que ya ocupas una posicion envidiable á tu edad.

—¡Posicion envidiable!

—¡Pues digo! ¿no eres teniente capitan? ¡un teniente capitan á los 19 años! ¿qué mas puedes apetecer?

—Lo que apetezco para mi hermana, lo que no puedo alcanzar, si ella no tiene... ¡la dicha!

—¡La dicha! ¿y qué es lo que te impide poseerla? De tu hermana no tengas que acordarte mas que para amarla y respetarla... Ella no necesita de tus desvelos, eres demasiado jóven para pensar en otra cosa que en tí, y yo me hallo en el caso de un padre para con ella: aunque estoy aquí, no la tengo olvidada...

—¡Ah! ya lo sé... sé hasta dónde alcanza la generosidad de ese corazon para con los hijos de su mejor amigo, dijo D. Eduardo sumamente conmovido.

—Pues bien, si sabes que yo velo por tu querida hermana, ¿por qué no estás alegre? ¿en qué puede afligirte su posicion?

—Por que está enlazada con la mia... ¡oh! ¡cuántas veces he maldecido esta!

—¡Maldecir tu posicion! tu posicion, tan brillante en el presente, tan lisongera en el porvenir! Vamos, vamos, niño; tu no sabes lo que dices...

—¡Ah, querido amigo! me temo que ella sea la causa de la desgracia de mi hermana.

—Pero chico, tú deliras, dijo Masalegre: nos dejas absortos: cuando creiamos encontrarte alegre, entusiasta, dichoso, ahora nos vienes con reflexiones filosóficas, impropias de tu edad... ¡vaya, vaya! deja el filosofar para cuando tengas algunos años mas.

—¡Ah! soy ya viejo... en el padecer, repuso Eduardo con una amarga sonrisa.

—¡Oh! ¡tiene razon! dijo para sí D. Perrondo... ¡esto me faltaba! ¡que él no sea feliz aun!

—¿Pero parece que os entristezco, querido amigo? dijo Eduardo, clavando sobre nuestro viajero sus brillantes ojos con una espresion de profundísimo cariño... ¡ah! no sé lo que digo... soy un niño... disimuladme.

—No, no, hijo mio, le dijo D. Perrondo bastante conmovido... si bien no quiero que me hables así de tu hermana, porque ella no necesita de tí... no, no; ya te he dicho que yo me hallo en el caso de un padre para con ella... ¡ah! ¿por qué no nos buscamos antes?... mas ella es... feliz, y como tal padre yo procuraré que siga siéndolo... sí, sí, hijo mio... pero aparte de esto, quiero que me digas lo que siente tu corazon, que te desahogues conmigo .. ¡es tan consolador el comunicar sus sentimientos á un amigo!

—¡Oh! sí; pues bien; os he dicho antes que mi posicion está enlazada con la de mi hermana...

—¿Pero volvemos á las andadas?

—No, no, padrino mio: hablaré solo de mí. Os diré ante todo que no tengo vocacion por la carrera militar que, como debereis saber, abracé mas por necesidad que por otra cosa. Detesto la guerra y mas la civil, en que por desgracia me he visto, porque ya no se ventila en ella como en la de los

siete años un gran principio, que es el que hace á las luchas intestinas interesantes hasta el estremo de justificarlas: el principio ya está á salvo; solo falta perfeccionarle, y esto creo que se puede lograr sin efusion de sangre. Yo veo en la mayor parte de los que se lanzan ahora á la pelea, por un lado hombres á quienes injustas persecuciones obligan á ello, y por otro hombres estraviados por los representantes de una sociedad caduca; pero unos y otros merecen para mí disculpa, á unos y á otros no puedo menos de mirarles como hermanos, porque al fin son, como yo, hijos de una misma patria... ¡ah! ¿por qué las ideas han de amasarse con sangre generosa? ¿por qué no se ha de proporcionar el bien de la humanidad por medios pacíficos y adecuados á los adelantos de la civilizacion?... Al marchar contra esos hombres maldecia los imperiosos deberes de mi profesion, que me obligaban á derramar sangre de españoles, á quienes ningun ódio profesaba, y de seguro renuncie mi destino al dia siguiente que me encontré en la primera accion, sino hubiera visto, que aun en medio de los horrores que lleva consigo á todas partes el guerrero, puede, de la propia manera que la tempestad, recompensar hasta cierto punto sus estragos con actos de consoladora filantropía... Acabábamos de batir al enemigo, que huia en direccion á la frontera despues de un choque, que duró cerca de una hora. Ya solo resonavan por el valle, teatro de la accion, los lamentos de los heridos y moribundos de uno y otro bando; yo me adelanté tanto con mi caballo, que traspuse el valle, y dirigiendo mi vista á la derecha observé como un hombre solo, jóven de 34 años, vestido con elegancia y montado sobre un hermoso alazan, es-

taba disputando heróicamente con esposicion de la suya, la vida de un herido contra tres mozos de escuadra, que inhumana y cobardemente habian querido arrebatársela.—¡Oficial! me gritó así que me vió cerca de sí, separándose un poco de sus adversarios; encomiendo á vuestra generesidad la vida de este jóven, á quien esos mónstruos querian asesinaar despues de rendido.—Descuidad, le contesté; el enemigo rendido es sagrado para el hombre de honor. Vendémos á ese jóven, añadí dirigiéndome á los mozos, y en seguida montémos-el en mi caballo.—¡Dios te bendiga! esclamó el elegante mancebo, y dando un espolazo á su caballo desapareció por entre las inmediatas montañas.

—¡Oh! si... ¡Dios te bendiga! esclamó D. Perrondo dando un abrazo á Eduardo.

—No esperaba yo menos de él, añadió enterneeido Masalegre.

—Afeé como merecia el preceder de los tres inhumanos mozos de escuadra, y apeándome de mi caballo, hice que me ayudaran á vendar al herido con un pañuelo mio y unos trapos que llevaba en la maleta, y en seguida ayudé á colocarle lo mas convenientemente en aquel: llegué á pié hasta el pueblo inmediato, donde al poner en poder del oficial encargado de los prisioneros al desgraciado jóven, hice que le prodigasen los ausilios que requeria su posicion... ¡oh! ¡me cabe la satisfaccion de que correspondí dignamente á la palabra que dí al elegante mancebo del alazan...! el herido, merced á la última amnistía, se pasea ya sano y bueno por esta plaza, donde ejerce su oficio de tejedor de telas de algodon.

—¡Oh noble corazon! ¡así se estrenan los héroes

en su carrera! esclamó D. Perrondo contemplando con indecible satisfaccion á Eduardo.

—El recuerdo de haber salvado á ese infeliz, y la esperanza de que se me pudieran presentar en lo sucesivo otras ocasiones de salvar en circunstancias idénticas á otros semejantes me retrageron de pedir el retiro como deseaba antes de empezar y durante la refriega, y regresar al lado de mi hermana, aun cuando hubiese tenido que volver á la vida de privaciones de que no hacia mucho habia salido. «Sigamos mi suerte, me dije á mí mismo acordándome de los consejos de mi buen padre; en todas las situaciones de la vida se puede uno consagrar al bien de sus semejantes...» A los pocos dias de la accion que acabo de contaros, tuvimos otra que fué desgraciada para nosotros; sorprendidos y batidos completamente por el enemigo, que se apareció con fuerzas triplicadas á las nuestras trás de una elevadísima montaña, la mayor parte de nuestra infantería hubiera caido en poder suyo, á no ser por veinte bravos soldados mios, que con el mayor arrojo vinieron sosteniendo su retirada mas de una legua: yo mandaba aquellos veinte valientes, de los cuales doce salieron heridos: mis jefes alabaron á porfia mi serenidad y la de mis soldados; nos recomendaron al gobierno, y aunque tarde, á mi me han recompensado haciéndome teniente capitan.

—¿Y á los soldados? preguntó Masalegre.

—A los soldados... ya sabeis las recompensas que les suelen dar en la milicia... una crucecita, que lucen con orgullo en los primeros dias que llegan á sus pueblos, y que luego abandonan maldiciéndola, para empuñar la esteba ó el azadon.

—Sí, querido, repuso Masalegre; en nuestra mi-

licia le sucede casi siempre al pobre soldado lo que á Virgilio:

Hos ego versiculos feci, tulit alter honores. No lo digo por tí, porque de mas que merecias tu ascenso; pero lo que acabas de contarnos me trae á la memoria el sinnúmero de infelices, que conozco en nuestro pueblo é inmediatos, que despues de haber servido con gloria la causa de la libertad, están pereciendo de miseria, mientras los que fueron sus jefes se pasean por las calles de las ciudades con títulos de condes, duques y marqueses, y ostentando con arrogancia fajas, entorchados é infinidad de cruces y calvarios.

—Pues, bien, continuó Eduardo; yo creo que solo me he portado como debia, porque el soldado en cumplir con su obligacion ninguna cosa hace demás... sin embargo, antes de mi ascenso y despues de él he sido mirado con cierta prevencion, con cierto desprecio por varios de mis compañeros...

—¿Y por qué? preguntó D. Perrondo viendo que el jóven no proseguia como contenido por un sentimiento de rubor reconcentrado.

—¡Ah! ¡vos conoceis el mundo mejor que yo...! ¡Os he dicho que mi posicion está enlazada con la de mi pobre hermana! esclamó el jóven con acento dolorido clavando sus negros ojos sobre el semblante de D. Perrondo, como si quisiera pedirle un consuelo á los tormentos que en aquel instante sufria su noble alma.

—¿Y qué? dijo aquel, que caló los sentimientos de Eduardo; ¿te echan en cara que debes al favor tu charretera? ¿á qué la deberán ellos? además que tú no la debes al favor... ¿no hay mas méritos para con la patria, que los que pueden contraer los

guerreros? ¿nada debia esa patria á quien sirves, á tu buen padre, uno de los mas insignes bienhechores de la humanidad...? ¡ah! ¡si él no hubiera sido tan bueno, otra sería vuestra suerte...! pero no, no: cumplió dignamente su mision en el mundo, y este es el mejor título para vosotros... ¡sí! tu padre valia mas que algunas docenas de generales que se jactan de que la patria les es deudora de infinitos servicios. ¿Dónde hay una mision tan augusta, tan magnífica, tan preclara sobre la tierra como la del médico que cumple con su obligacion, que tiene su vida entera consagrada á sus semejantes? ¿Podrá algun otro mortal decir como él estas hermosas palabras; *estuve dedicado á llevar el bien por todas partes y á todos momentos*? ¡ah! ¿No vale inmensamente mas el ilustre *Hipócrates* consagrando su vida entera á salvar las de miles de sus semejantes, que el que llaman *héroe macedonio* llevando la desolacion y el luto por todos los pueblos del Asia? Acuérdate de esto, cumple con tu obligacion sobre todo, y á los que te muerden con bajeza, á los que procuren rebajarte por detrás desprécialos alta y soberanamente.

—¡Ah...! por detrás lo harán...

—Tanto mejor para no hacerles caso... ¿á quién no mordió la envidia á sus espaldas? repuso don Perrondo.

—¡Oh! si á mi cara se atreviesen hacerlo, yo sabria exijirles la correspondiente satisfaccion.

—¡Calla! ¡desafío! ¿tambien han entrado en tí las ideas de los *espadachines*? ¿qué adelantarías con un desafío?

—Quedar mi honor en su lugar, poner coto á las murmuraciones de algunos infames, tener el placer de castigarlos.

—¡Error grosero! todo lo contrario conseguirías con el desafío: en él encontrarias la muerte, ó cometerias un homicidio, y detrás de él (créeme, hijo mio) se levantaría de todos modos una murmuracion mayor que la que te tiene triste y pensativo. Aleja, aleja de tu mente la idea de recurrir á este medio bárbaro para obtener un desagravio.

—Muchas veces le aconseja el honor...

—Nunca; el honor debe defenderse como todos los derechos, ante los tribunales, y si estos no alcanzan, el hombre ofendido debe buscar el desagravio de la ofensa con la razon, en la seguridad de encontrarle y no con las armas, que nunca se la darán... Sin embargo de que tú no te encuentras en tal caso, acuérdate de la conducta de aquel ateniense, colocado ya en la cúspide de la fortuna, á quien otro llenó de insolentes vituperios delante de varias personas por lo que él llamaba *bajo* de su estraccion; hoy semejantes insultos hubieran ocasionado un desafío entre las gentes que se llaman de honor... ¿sabes lo que entonces hizo el injuriado? «Seré como dices de baja estraccion, dijo á su ofensor; pero hay entre los dos la diferencia de que tu *deshonras* con tu conducta á tus progenitores, mientras que yo *honro* con la mia á los mios...» ¿Qué ha dicho el mundo entero de esta contestacion? alabarla como merece, admirar al ofendido y reirse del ofensor.

—¡Oh! muy bueno es ese, padrino mio; me gustan esas ideas; pero ¿y si le desprecian á Vd.?, ¿y si la *generalidad* le cree deshonrado, envilecido, por no acudir en ocasiones á ese medio que yo califico de bárbaro?

—¿Qué entiendes tu por *generalidad*? ¿por ven-

tura crees que esa *generalidad* se compone del *estrechísimo* círculo de personas, que en las grandes ciudades están por el desafío? Esos millones de séres que viven en las ciudades secundarias, en las villas y en las aldeas, y *son la verdadera generalidad*, se reirian á carcajada tendida de tí, si les provocaras á un desafío con una espada ó una pistola... ¿y por qué esto? ¿por qué no se ven desafíos mas que en Madrid y en cuatro ciudades populosas? porque afortunadamente el sentimiento de la justicia no ha llegado á corromperse en este punto entre las masas, porque estas están mas por la razon que por la fuerza bruta para defender sus derechos, porque mirarian con el horror que se merece un acto que lleva á dos hombres á prijvarse de la existencia, á *sangre fria*, cuando ya no obra en ellos el natural impulso de ódio que inspira al momento la injuria, impulso que disculpa cualquier atentado, ó que al menos disminuye su gravedad... Huye, huye, hijo mio, de ese medio bárbaro de defender el honor... nadie con justicia puede echarte en cara cosa alguna, y si á ella te insultan y no puedes acudir á los tribunales por cualquiera consideracion, opon razones á tu adversario, que hagan que el deshonor recaiga sobre él, en vez de darle márgen á que se jacte triunfante de haberte ultrajado: y si te muerden por detrás, si murmuran á tu espalda, desprecia á los envidiosos y confúndelos con tu serenidad y tus buenas obras... ¡Pobre Eduardo! los envidiosos son los que tienen lacerado tu corazon...! Niño inesperto, en quien la misma inocencia contribuye á dar tormento á tu hermoso corazon! ¿No sabes que bien mirado, mas que ódio, debe inspirar lástima la pasion de la envidia? ¿no sabes que

los tiranos no han inventado un tormento mayor, segun *Horacio*, que el que causa al que la posee esa pasion ruin y vituperable? (1).

La entrada de una linda doncella, que venia á cubrir la mesa, donde habian de comer los tres amigos, interrumpió su conversacion. Aunque ya no contestó Eduardo á D. Perrondo, pudo este colegir con sobrado fundamento por lo radiante de su rostro y por lo altivo de su mirada, que sus palabras habian ensanchado el pecho del gallardo jóven, y que si los consejos que acabara de darle no habian obrado en su ánimo una completa revolucion respecto á los desafios, al menos le tenian ya en disposicion de recibir las impresiones que él quisiera comunicarle en los dias de su permanencia en Barcelona... Habia ya conseguido mucha parte de lo que deseaba, y esto le tenia satisfecho.

Sirviéronles al instante una opípara comida, abundaron en ella diferentes mariscos, que como era natural llamaron la atencion de Masalegre, y los ricos vinos que produce el país y ofrece á los que le visitan á un precio sumamente módico.

Por la tarde determinaron ir á visitar el puerto, principal deseo de nuestros viajeros en aquel momento. El espacio que tuvieron que recorrer para llegar á la puerta del mar le vieron cuajado de una inmensa multitud de gentes, y los edificios que á derecha é izquierda divisaron en su travesía, á cual mas sólidos y elegantes, mejor que de casas, merecen el nombre de soberbios palacios. Llegaron al muelle que se prolonga al Oriente de

(1) Invidia Siculi non invenere tiranni maius tormentum.

la ciudad en direccion de la embocadura del *Besós*, verdadero padrasto del puerto por las arenas que en él deposita. Aquí ya se ofreció á la vista de Masalegre un espectáculo mas grandioso que el que se habia figurado en su imaginacion: ya no eran las azuladas ondas del mar, que se pierde en el lejano horizonte del Sudeste, las que estaba contemplando con una grata é indefinible admiracion: aquellos barcos de vapor que entraban en el puerto, ó salian de él con sus altas chimeneas vomitando inmensas columnas de humo, que desaparecia en el espacio, despues de describir caprichosas líneas; aquellos barcos de vela, ya latina, ya de cruz, ó ya de abanico, que venian acercándose al muelle majestuosamente, ostentando sus diferentes banderas; aquel prodigioso número de embarcaciones de todos portes y tamaños, ancladas en el puerto y desparramadas por todos sus ámbitos desde el modesto místico, destinado á recorrer las costas del país, hasta la grande y velera fragata que ha hecho sentir su peso al insondable Occéano; aquel sorprendente número de palos, que se elevaban orgullosos al cielo y parecian desde el muelle un inmenso bosque de atalayas pulimentadas; aquellas cantinelas que entonaban los tostodos marinos, recorriendo de un punto á otro de sus bajeles, ó recostados muellemente contra el antepecho de los mismos; aquella gerga para él incomprensible que formaban conversando sobre las cubiertas de sus respectivos buques los marineros ingleses, tan altos y rubios como graves y al parecer displicentes, los franceses tan alegres y vivarachos como insinuantes y cumplimenteros, los holandeses tan obesos como flemáticos, los italianos tan esbeltos como seducto-

res, y aquella variedad de dialectos, que le hacian distinguir al valenciano del andaluz, á este del gallego, al gallego del cántabro, y á este del robusto y fornido vasco. Todo esto le pareció un mundo nuevo, una Babilonia resucitada ante sus sentidos absortos, abismados, confundidos á la presencia de tanta maravilla.

Y en verdad que sobradamente justa era la admiracion que asomaba á su rostro y no desapareció en las diferentes vueltas que diera por el muelle: sin embargo de ella, una particularidad llamó su atencion y fué el ver izadas en muchísimos barcos dos banderas, una que era igual en todos ellos y otra diferente: la una flotaba al aire sobre el mástil de proa y la otra sobre el de popa, ó sobre el del medio, si el barco tenia tres palos. Preguntó á Eduardo la causa de ostentar unos barcos dos banderas, mientras que otros solo tenian una, y el jóven le dijo, que con ocasion de ser aquel dia de fiesta para los marinos en Barcelona, todos los barcos españoles, surtos en el puerto, tenian izadas dos banderas y que la una era la nacional y la otra la de la provincia marítima á que pertenecian, ó en que estaban matriculados, como *Alicante*, *Cartagena*, *Ferrol*, etc.

En medio de la grata sensacion que esperimentaban nuestros viajeros á la vista de aquel cuadro tan pintoresco como magnífico, no dejó de desagradarles una cosa, y fue el mal olor que exhalaban las aguas á la orilla del muelle, tanto mas insoportable para ellos, cuanto que no estaban acostumbrados á él y menos Masalegre, que se acercaba al mar por la vez primera. En la idea de recorrer el puerto en uno de los próximos dias y enterarse del interior de toda clase de barcos,

abandonaron el muelle los tres amigos un poco antes de ocultarse el sol, y fijando su vista sobre el barrio de la Barceloneta, situado por encima de aquel y no lejos de Barcelona, barrio que por sí solo forma ya una bonita y regular ciudad, á pesar de no contar mas que en un siglo escaso de existencia, entraron por la puerta del mar con direccion á la fonda del *Universo*: subieron á su habitacion; pero al poco rato Eduardo se marchó bajo el pretesto de tener abandonadas sus obligaciones, aunque con ánimo de volver lo antes posible en busca de la compañía de sus buenos amigos, sin los cuales ya no podia estar en parte alguna contento ni tranquilo.

CAPITULO II.

¡SE HALLAN ENTRE NOSOTROS!—EL PERIODISMO.—OPINION SOBRE NAPOLEON.

Al dia siguiente y cuando ya era bien entrada su mañana se presentó el dueño de la fonda, hombre robusto, sanote y como de unos 50 años, en la habitacion donde estaban nuestros viajeros con Eduardo: traia en su diestra un papel impreso, y en su semblante se veia pintada la mas grande satisfaccion.

—¡Hola! dijo Eduardo así que le vió á la puerta del cuarto; ¿qué trae de bueno el Sr. Coll?

—Tener el honor de ponerme á las órdenes de estos señores, ofrecerles mi casa y todo cuanto tengo...

—Eso es muy natural en el Sr. Coll: todo Barcelona sabe que es el mejor y mas servicial fondista que encierra su seno, repuso Eduardo...

pero, parece que lo haceis algo tarde, amigo mio...

¡Eso es lo que siento!... pero ahora no vengo como fondista, mi querido oficial: los fondistas tambien somos hombres, tambien tenemos corazon...

—¿Quién puede poner eso en duda?

—No, no, mi teniente... y si antes hubiera sabido que me cabia á mí, el mas amigo al menos de dar gusto á mis parroquianos, la dicha de albergar en mi casa á los heróicos salvadores de *Vicens*...

—¡Cómo! esclamó Masalegre.

—Aquí traigo el periódico donde lo he leido en este momento, prosiguió el fondista agitando en su mano el papel, que acababa de salir de la imprenta... ¡qué torpe he sido! ¡haber visto á Vd., caballero, con el brazo vendado, y no haberlo conocido!... ya se vé: con tanta gente como entra en casa y sale diariamente, tiene uno la cabeza revuelta... ¡oh! ¡oh! los heróicos salvadores de mi capitan en mi casa!... sí: ya sabe Vd., mi querido oficial, desde aquel dia que se sirvió honrar mi establecimiento en union de sus compañeros, que durante la guerra civil fuí *mariscal* del regimiento de *Navarra*, en el que sirvió el señor *Vicens*... ¡bravo oficial! ¡en todo el ejército aseguro yo que no le habia mejor!... ¡cómo será tan desgraciado!

—Lo ha sido hasta la fecha, amigo Coll, dijo Eduardo; pero de hoy en adelante.

—¿No será ya tan desgraciado? preguntó con interés el fondista... ¡cuánto me alegro! no sabe Vd. lo que yo daria por verle feliz.

—Probablemente lo será, repuso Eduardo; pero á todo esto... ¿no me permitís el periódico?

—¡Caramba! ¿para qué le traigo?... ahí le te-

neis: si ese es mi segundo objeto... Con que... no quiero ser molesto... repito...

—Gracias, amigo, le dijo D. Perrondo mirándole con ternura...

—¡Ah!.. se me olvidaba... ¿Saben Vds. que se *perdió* la eleccion de Cervera?

—¡Cómo! esclamó con ansiedad D. Perrondo..

—Es decir que la *ganó* el gobierno, que es lo mismo que perderla yo, y....

—¡Qué dice Vd.!

—Ahí está tambien el periódico.

—¡Ah! pues en este caso ya lo veremos despacio, dijo Eduardo.

—Con que... repito, añadió el fondista, soy todo de Vds...

—Lo apreciamos infinito, dijo Masalegre.

—Para cuanto gusten mandarme, lo mismo que Vd., mi querido oficial...

—Corriente, amigo *Coll*, dijo Eduardo.

—No como fondista, sino como particular, como *antiguo mariscal de Navarra*, como súbdito del señor Vicens, como buen liberal, porque creo firmemente que simpatizamos en ideas...

—Si, sí...

—Unos hombres que esponen así su vida por un desconocido no pueden menos de ser liberales, y yo que lo fuí siempre, que peleé por la libertad, que no he vuelto la *casaca*... pues; yo nunca la he vuelto, y por eso sin duda me miran de *reojo*, pero nada me importa; al que bien obra nunca le faltó Dios: primero fuí *mariscal del ejército*, despues puse posada, ejerciendo al propio tiempo mi primer oficio, y ahora tengo esta fonda.. Dios proteje á los buenos... Con que... lo dicho, señores... repito que soy todo de Vds...

—¡Jesus que tarabilla mas descompuesta! esclamó Masalegre así que vió fuera de su habitacion al fondista: éste, que tan aficionado parece que se muestra á elecciones, era muy á propósito para mandarle al *parlamento*.

—Sí; pero tiene buen fondo, dijo Eduardo.

—Tanto mejor para lo que yo digo, porque muchos de los que van á *charlar* al *parlamento* maldito el *fondo* que tienen, si bien no se puede negar que lo que en esto les falta, á imitacion de la casa de *Astrarena*, les sobra de *fachada*, repuso Masalegre... Pero, veamos lo que dice ese papel... ¿qué periódico es?

—El mismo que yo llevé ayer á Molins, el *Sol de la libertad*, contestó Eduardo, desdoblando el diario que acababa de darle *Coll*.

—¡Bonito nombre! esclamó Masalegre...

—Aquí está, aquí está, continuó Eduardo... ocupa el lugar del artículo de fondo.

—Veamos lo que dice, dijo D. Perrondo, y Eduardo leyó lo siguiente:

SE HALLAN ENTRE NOSOTROS.

«Tenemos la singular satisfaccion de anunciar á nuestros lectores que D. Perrondo de la Bárcena y Masalegre, esos heróicos salvadores de *Vicens*, esos hombres humanitarios, que en Molins espusieron tan generosamente sus vidas el dia pasado por salvar la de aquel desgraciado ex-capitan, arrojándose al *Llobregat*, se hallan entre nosotros. Hospedados en la fonda del *Universo* desde ayer al medió dia, los que en la tarde pasearon por el muelle pudieron contemplar á tan ilustres personas, que pasaron allí la mayor parte de ella en union del bizarro oficial de caballería D. Eduardo Solís, que

es ahijado de D. Perrondo: tanto este como Masalegre se distinguen en cualquiera parte por sus figuras atléticas é imponentes al propio tiempo que simpáticas, y el último se presenta con el correspondiente vendaje en el brazo dislocado, que aun tendrá que llevar por unos dias. Ya que nos cabe la dicha de albergar en nuestra ciudad á dichos dos sugetos, nada mas tenemos que advertir á nuestros suscritores que aquellos son altamente dignos de la admiracion y cariño de todo buen barcelonés.»

—¡Oh! y lo sereis, sí, lo sereis, dijo Eduardo entusiasmado.

—Eso es lo que menos importa, querido, dijo D. Perrondo; lo que yo quiero es que las buenas acciones tengan imitadores...

—¿Y quién duda que les tendrán? repuso Eduardo.

—Cábeme la satisfaccion de que así será, hijo mio; siempre hablan al corazon mas alto que las palabras y los escritos, los buenos ejemplos.

—Quién lo duda? dijo Masalegre.... ¿Quién es el que no sabe que las buenas palabras maldito el efecto que causan en el ánimo de la mayoría de los hombres cuando salen de un sugeto de no muy buena conducta? Al revés, creo que si lo producen es bien malo por desgracia... y á la verdad, ¿no da grima el ver que algunos, que á boca llena se llaman liberales, que en sus escritos se jactan de ser hombres de progreso, ostenten al propio tiempo en todas partes sus humos aristocráticos, y maldito el amor que tengan al prógimo, estando todavía de por hacer el primer favor en su obsequio...? ¿De qué les sirve á muchos curas el predicar desde el púlpito la práctica de la virtud, si

sus obras no van conformes con sus palabras? Nadie hace aprecio del *haz lo que digo y no lo que hago*, porque el ejemplo, así para lo bueno como para lo malo, es eminentemente contagioso.

—Indudablemente, dijo D. Perrondo; pero ya es hora de que salgamos á cumplir con algunas visitas que nos tienen encargadas. Supuesto que, contra lo que yo deseára, se ha anunciado nuestra llegada en los periódicos, no quiero que algunos sugetos, á quienes venimos recomendados, sospechen siquiera que esperamos á que nos vengan á ver.

—Prescindiendo de eso, lo que es á uno al menos hay que visitar mas pronto de lo que yo quisiera, dijo Masalegre... es una visita de necesidad apremiante.

—¡Qué! ¿se ha concluido ya nuestro peculio?

—No; pero se halla al espirar, que viene á ser lo mismo... No hay cosa mas triste que un bolsillo con poco dinero; se parece á un hombre con poca salud, así como el hombre sin *blanca* es en estos tiempos un *cadáver ambulante*.

—Pues vamos á ver el primero á nuestro tesorero... Eduardo, que nos ha de acompañar, tal vez le conocerá y sabrá dónde vive,

—¿Quién es?

—Un tal... *Padrast*...

—¡*Padrast*! esclamó Eduardo.

—Sí, Padrast.... fabricante y comerciante, relacionado en Palencia, Valladolid y toda Castilla.

—¡Su nombre! dijo Eduardo lleno de ansiedad.

—Me parece que se llama D. Antonio... sí, don Antonio.

—Es... el mismo, repuso Eduardo.

—Pero, chico, dijo D. Perrondo mirando al jó-

ven oficial... parece que te has inmutado á la sola palabra *Padrast*... ¿Qué tienes tú con él? ¿es tu enemigo por ventura? ¿es uno de tus *envidiosos?*

—No señor... nada de eso...

—Sí, si; alguna cosa tienes tú con él, que en vano procuras ocultarnos....

—No, no, padrino mió; nada tengo..... con él.... apenas nos conocemos; pero os enseñaré su casa, y vosotros entrareis solos en ella.

—¡Cómo! ¿y dices que nada tienes con él? ¿qué misterio es ese, niño? ¿no merecemos tu confianza?

—¡Oh! sí, sí...

—Pues bien, habla; ¿qué tienes con el señor *Padrast?*

—Ps... con él nada, dijo Eduardo ya bastante repuesto de su primera impresion... pero *Padrast*... tiene una hija...

—Acabáramos con ello, hombre, dijo Masalegre echándose á reir.

—¡Toma! ¿y eso te hace poner colorado? dijo don Perrondo.

—Es que me habeis sorprendido... yo queria habéroslo dicho ya... pero ¿quién habia de pensar...

—Bueno, bueno... ¿acaso hemos tenido tiempo?... y esa hija...

—Es muy bella.

—¡Miren que falta la puso! ¿no tiene alguna mas por el estilo? dijo Masalegre.

—Ella es un modelo de virtudes, pero tiene un padre...

—Que la celará mucho... ¿eh? repuso Masalegre...

—¡Oh! eso deben hacer todos los padres: celar á sus hijas... pero Padrast pasa por un avaro...

—¿Que no querrá entregar su hija á un oficial barbilampiño, que no cuenta mas que con su espada? añadió Masalegre.

—Que querrá sacrificar su amor al interés.

—Pero... ¿tienes tú pruebas de ello? preguntó don Perrondo.

—¡Oh! si no las tuviera, no lo diria.

—¿Tienes rival?

—No señor.

—¿Has entrado en su casa?

—En los primeros meses de nuestra relacion...

—De la cual nada sabe Gumersinda... ¿eh?

—Nada, lo primero porque es reciente; solo data desde el último invierno, y lo segundo porque nada que no sea grato quiero comunicarla.

—¿Y cómo dejaste de entrar en casa de Padrast?

—Porque llegó á entender que su hija me correspondia... La exigió que renunciase á mi amor...

—¿Y ella?

—Me quiere mas que nunca; pero convinimos en que dejase de entrar en su casa.

—Es decir que andarán las cartitas y las *Celestinas* de por medio... ¿eh? dijo Masalegre.

—El amor, á la manera que el agua contenida, busca su curso.

—Bueno, bueno, dijo D. Perrondo, mirando con una espresion de indefinible cariño á Eduardo... pues ahora con mayor motivo quiero yo que vengas con nosotros á casa de Padrast.

—¿Qué intentais? preguntó el jóven asombrado.

—Nada, hombre... ¿crees que se la voy á pedir para esposa tuya á las primeras de cambio? En

cuanto á lo primero necesito saber *si ella es digna de tí*...

—¡Oh! sí, sí...

—No lo sé... tú no eres quien para juzgarla... el amor pone una venda al entendimiento... lo que sé es que tu eres digno de ella... ¿qué importa que no tengas bienes de fortuna? ¿qué significan veinte ó treinta mil duros en comparacion de una buena cabeza y un escelente corazon? ¿es el matrimonio una especulacion?... Tú vienes ahora con nosotros, y lo que tienes que hacer delante de Padrast es oir, ver y callar... á mi es á quien únicamente toca el obrar.

—Pero... ¡por Dios!... ¡yo no voy con Vds.!

—¡Niño, usted hará lo que se le mande! dijo risueño Masalegre.

—Ni mas ni menos, añadió D. Perrondo.

—Mas... no hableis nada de nuestro amor á Padrast... ¡os lo suplico!

—Yo haré siempre lo que te convenga... señor enamorado; es necesario que tengais mas confianza en vuestro padrino... ¿Te se figura que se me ha de ofuscar á mí el entendimiento, como probablemente te sucederá á tí, delante de Padrast, ni de su hija?... Pero... alguien viene...

Efectivamente, un jóven de noble presencia y elegantemente vestido se presentó á la puerta de la habitacion de nuestros amigos despues de ser anunciado por el antiguo *mariscal de Navarra*.

—¡Mi querido *Vidal*! ¡tanto bueno por aquí! esclamó Eduardo saliendo al encuentro del jóven y ofreciéndole su mano... aquí, aquí, en este sillon... Este caballero, continuó dirigiéndose á nuestros viajeros, es el director del *Sol de la libertad*...

—Muy servidor de Vds., dijo el recien entrado.

—Mi noble amigo desde hace ya mas de un año que estuvimos albergados en una misma casa, añadió Eduardo.

—Como tal le recibimos y ofrecemos nuestros servicios, dijo D. Perrondo sentándose junto á Vidal y alargándole su mano.

Masalegre alargó tambien la suya al recien entrado, que este apretó con verdadera efusion.

—Fiado, dijo el jóven, en la buena amistad de Solís, me he tomado la libertad de venir á conocer á los heróicos salvadores de Vicens y ofrecerles mi afecto.

—Gracias, amigo mio, gracias, repuso D. Perrondo... Vd. puede contar con el nuestro de la propia manera que con el de Eduardo: basta que sea Vd. amigo de este para serlo de nosotros... sin embargo de que tanto Masalegre como yo jamás nos podriamos mostrar indiferentes hácia una persona que tan lisongeramente nos ha tratado...

—¡Oh! ¡oh! eso no, caballero... lo que es en eso no he hecho mas que cumplir con el deber de todo periodista, de todo periodista que comprenda lo noble, lo elevada que es su mision... donde quiera que vea un rasgo de heroismo, allí debe consagrarle un justo tributo, así como donde quiera que encuentre una accion vituperable, allí tiene que condenarla sin consideraciones de ningun género. Aunque su principal deber es defender los fueros de la justicia y protejer los intereses públicos, no tiene que olvidarse en manera alguna de inspirar horror al crímen, amor á la virtud y entusiasmo hácia las acciones sublimes y generosas... De esta manera la prensa periódica es lo que debe ser, un *augusto sacerdocio* encargado de dirigir la sociedad y como tal acreedor á toda clase de consideracio-

nes, á todo linaje de respetos... y en efecto, ¿dónde, llenando aquellas condiciones el periodismo, puede haber un ministerio mas elevado? Al contrario; si el escritor público, olvidándose de esto, se consagra á defender sistemáticamente intereses de bandería, no viendo mas que virtudes, patriotismo, abnegacion é inteligencia en los suyos; miserias, ignorancia, errores y mala fé en los contrarios; dejando que el crímen y la virtud, las ruines y las acciones heróicas pasen ante su vista como otros tantos fuegos fátuos, de quienes ningun aprecio tiene que hacer, ese no es digno de ejercer tan importante ministerio; debe abandonar la pluma por la rueca de la mujerzuela y dejar las grandes cuestiones políticas y filosóficas por las murmuraciones de la plaza pública.

—Precisamente por estar conforme con Vd., caballero, por la misma razon que no todos los periodistas entienden tan perfectamente su mision como vos, no podemos menos de estaros agradecido...

—¡Oh! no, no...

—Vuestra modestia nos compele á que le estemos mas obligados, no porque nos gusten las alabanzas, sino porque ellas podrán contribuir poderosamente á crear imitadores.

—Convengo en que podrán producir, en que producen ese magnífico efecto; pero la gloria de él corresponde esclusivamente al autor de la accion sublime y heróica... Mi máxima es de que al hombre que no hace mas que cumplir con su obligacion nada se le debe...

—Déjese Vd. querer, amigo Vidal, dijo sonriéndose Eduardo...

—Así creo que lo hago, mi querido Solís... Otra

cosa tenemos los periodistas, continuó Vidal, por lo cual, sino de alabanzas, al menos somos dignos de alguna consideracion: hablo en particular de los periodistas catalanes. No descenderé yo ahora á la esposicion que, cual otra espada de *Damocles*, está siempre sobre la cabeza del periodista, de que un calavera *espadachin* venga á exigirle á Vd. lo que llaman una satisfaccion, porque se denunció en el diario, con evidente justicia por supuesto, ante la pública opinion un abuso, un atropello cometido por él, ó por un deudo suyo: esta esposicion lo mismo la tiene el periodista catalan que el de otras provincias, y no cesará mientras no desaparezcan de la sociedad los restos del odioso sistema fendal que no ha echado por tierra nuestra revolucion. Hablaré sí de la posicion precaria de la imprenta desde algunos años á esta parte, de la lastimosa suerte que la cabe en esta Cataluña, en este pais clásico del trabajo, entregado hace ya tambien algunos años al brazo militar, porque, sobre él, cual si fuera pais conquistado, pesa con escándalo del mundo civilizado el ominoso estado de sitio... Yo bien sé lo triste que es la situacion de la prensa de las demas provincias, sujeta á decretos que un ministro, cual si estuviéramos en tiempo del absolutismo, reforma á su antojo, sujeta á la prévia censura, resucitada con las recogidas, sujeta por fin, á pesar de todo, á sufrir terribles multas, que dejan sin pan al talento y á muchas manos industriosas; mas, ¿cómo compararla con la que tiene y ha tenido en el Principado, en el Principado donde en política no hay mas freno que contenga á los malévolos, ni mas garantía para el injustamente perseguido, para el que es objeto de una infame delacion que

la prudencia de la autoridad militar, hoy por fortuna escelente, pero que mañana podrá no serlo? Si en tiempos no muy lejanos hemos visto con dolor, que hombres oscuros, que ciudadanos de escasa ó ninguna importancia política han sido arrancados violentamente de sus hogares y trasladados del otro lado del Estrecho para sepultarles en oscuras mazmorras, ¿cuál no debe ser la situacion del escritor público, el primero á presentar su pecho á las iras del poder y el primero generalmente á ser su víctima? ¿qué garantía puede tener el publicista bajo un régimen puramente de fuerza...? Para escribir en un pais así gobernado, para dedicarse al estudio y esclarecimiento de las doctrinas que se disputan el mando del mundo, bajo un régimen que es su enemigo natural, se necesita (preciso es decirlo aunque esté mal en mi boca), tener mas que un entusiasmo noble y decidido... es preciso estar dotado de un valor patriótico á toda prueba y de una abnegacion superior á la de los filósofos de la antigüedad.

—Teneis muchísima razon, amigo mio, dijo don Perrondo, y por lo mismo que vuestro cargo es espinoso, desempeñándole con dignidad, mereceis bien de las personas interesadas en el triunfo de las buenas doctrinas: esto os debe alentar para seguir con constancia en vuestra noble tarea, esperando confiadamente el dia en que la humanidad recobre sus legítimos fueros... ¡Oh! sí; ese dia llegará; llegará el tiempo en que el sistema de la fuerza sea reemplazado por el de las leyes basadas en los eternos principios de la justicia. ¿Quién, á no ser amigo de un esquisito lujo de arbitrariedad, desconoce que dentro de las leyes comunes se encuentra la fuerza indispensable para hacer

que la sociedad gire sobre sus ejes naturales, para contener al díscolo que intente perturbar su tranquilidad, para castigar al revoltoso, enemigo en el hecho de serlo de toda clase de trabajo? Pero concedamos por un momento que no la tengan en circunstancias dadas, ¿cómo justificar la permanencia durante muchos años de ese estado violento en un pais esencialmente fabril, eminentemente trabajador como la Cataluña? Ese estado, por tanto tiempo sostenido, creo que deshonra al gobernante igualmente que al gobernado, al gobernante porque proclama altamente su incapacidad, al gobernado porque le reduce á la condicion de esclavo... Yo comprendo que en una nacion guerrera, como eran casi todas las de la antigüedad, tuvieran los jefes de ellas esas facultades estraordinarias para conjurar un riesgo inminente; pero no le concibo, ni puede concebirle el hombre de juicio en ninguna de las naciones modernas, dedicadas como lo están todos á buscar su felicidad por medio del trabajo en la industria, la agricultura y el comercio... ¿Qué es hoy, en resúmen, el estado de sitio? la negacion de todo principio de justicia, el escarnio de las leyes elevado á sistema, la declaracion dolorosa y terrible fuera de ellas de millares de ciudadanos, la esclavitud proclamada imprudentemente en medio de un estado libre: último baluarte del despotismo militar, su abolicion, con la de la pena de muerte y el establecimiento de la libertad de comercio, que ha de hermanar á los pueblos, formará la línea divisoria, que separará la antigua de la nueva sociedad... no encierran á la verdad esas tres medidas la causa de la humanidad, pero una vez adoptadas, esta puede marchar libremente en busca de la felicidad de que

es susceptible: bien conozco que para conseguirlas es necesario trabajar mucho, pero vos, jóven de talento y de esperanzas, no desmayeis en vuestra noble empresa, porque la gloria, ese premio que llena cumplidamente los corazones generosos, adornará vuestra constancia, y la satisfaccion que os producirá en el porvenir el haber contribuido á ver á los hombres mas dichosos os recompensará de las terribles esposiciones y crueles sinsabores del presente.

—¡Oh! mas que la gloria anhelo de todas veras el mejoramiento de la condicion de la mayor parte de los hombres, repuso el jóven... por él trabajo con fé pura, ardiente, arrostrando los mas graves compromisos y despreciando las calumnias y sarcasmos de que diariamente somos objeto los defensores de los derechos del pueblo... A los que constantemente pintamos su triste posicion, á los que sin descanso pedimos que esta se mejore por medios pacíficos, aconsejados por la naturaleza, por la religion y por las mismas condiciones de la asociacion, han dado en llamarnos ahora por burla *metafísicos*; ¡sin embargo, jamás han sido las doctrinas mas esplícitas y generalmente esplicadas... ¿de qué *metafísica* es susceptible la reclamacion tan sencilla como razonada, reducida á que se reconozca y respete la dignidad del hombre?

—No hagais caso de eso, amigo mio: tambien Napoleon llamaba *ideólogos* á los que no podian sufrir su despotismo el mas funesto, el mas infame que ha habido sobre la tierra... sí; ningun poder ha sido tan fatal á la humanidad como el de Napoleon, que por satisfacer sus desmedidas ambiciones, hizo retroceder un siglo su santa causa.

Un nuevo personaje vino á interrumpir la conversacion de D. Perrondo y el periodista: era un oficial, amigo de Eduardo, arrogante mozo aunque menos jóven que él, que tampoco venia con otro objeto que el de conocer á nuestros viajeros. Despues de saludar á estos y á Vidal,

—¿Y tú, querido? dijo dirigiéndose á Eduardo: ¿dónde te escondes?

—Esa pregunta es mia, amigo *Valtierra*, dijo Eduardo; ayer creí encontrarte en el muelle, por la noche estuve en tu casa...

—No me lo han dicho hasta este momento, repuso Valtierra... un descuido del asistente ha hecho que no haya tenido antes el honor de ponerme á las órdenes de estos señores.

—Gracias, dijo D. Perrondo.

—Y ofrecerles mi amistad con la franqueza de paisano.

—¡Hola! ¿pues de dónde sois? preguntó D. Perrondo.

—De tierra de *Lerma*, dijo Eduardo; es mi íntimo amigo, mi compañero predilecto, añadió mirando con ternura á Valtierra... ya se vé... todavía no hemos tenido ocasion de hablar de él...

—Bueno, bueno; ahora me alegro doblemente de conocerle, dijo á Eduardo D. Perrondo. Podeis contar de hoy en adelante, añadió dirigiéndose á Valtierra, con dos amigo mas.

—A grande honor tengo, dijo el oficial, el aceptar la amistad de dos tan nobles personas, que por su filantropía han sabido conquistarse tan honroso lugar entre todo buen barcelonés...

—¡Oh! ese no vale la pena...

—Sí, sí, amigo mio, habeis sido en estos dias y

sereis hoy probablemente el objeto de todas las conversaciones, dijo Vidal.

—En lo que, dijo Masalegre, no tendrá poca parte el Sr. Vidal, meroed á...

—No, no, amigo mio, dijo éste; toda cuanta justicia os hagan sobre el asunto, no hay que atribuirla mas que á vuestro heróico arrojo... hasta ese vendaje, que tanto honor os hace...

—Alto, Sr. Vidal; el vendaje ningun honor puede darme, porque es preciso que sepais que tal vez no le traeria ya, á no ser por el cirujano de *Molins*, por el buen *D. Máximo Almogabar*, á quien, á pesar de todo, no puedo menos de profesar un acendrado cariño.

—¿No saben Vds. la historia de la operacion de Masalegre? dijo Eduardo dirigiéndose á Vidal y Valtierra.

—Cuidado, Eduardo, que no puedo consentir se ultraje á mi *operador*, repuso sonriéndose Masalegre: no, no; no puedo tolerar eso, añadió mas formal, y menos el que lo hicieras tú... en cuanto á lo primero ya no siento ninguno de los atroces dolores que me hacian maldecirle y ultrajarle sin piedad, y en cuanto á lo segundo ahora no puedo menos de ver en él al hombre humanitario, de acrisolada honradez y edificante paciencia, que tan recomendable le hacen ante todo el mundo.

—Bueno, hombre, bueno; se le presentaré á los señores tal cual tú puedes desear, repuso Eduardo; les diré lo que fué el cirujano, y lo que es el amigo D. Máximo, á quien he tenido el gusto de conocer, y á quien como tú y mi padrino no he podido menos de tomar particular afecto.

Aquí Eduardo contó á sus amigos todo cuanto el buen Almogabar hizo sufrir á nuestro Masale-

gre al querer introducir en su lugar correspondiente la cabeza del húmero, que probablemente estaria á la fecha en el sitio á donde la dirigió el cuerpo estraño oculto entre las aguas del *Llobregat*, á no ser por la pericia del tan sábio como honrado médico de Molins. Como ya el periodista y el oficial Valtierra no veian padecer á Masalegre, no dejaron de reir con la relacion que les hizo Eduardo de las cualidades de Almogabar, y sobre todo de su estraordinaria lijereza en barrenar, cuya circunstancia, prescindiendo de otras dotes que le hacian muy digno para el buen desempeño de su profesion, no dejaba de recomendarle para dedicarse al oficio de tallista ó carretero.

Otro buen rato estuvieron allí Vidal y Valtierra, al cabo del cual, tanto ellos como nuestros viajeros y Eduardo, abandonaron la fonda del *Universo*, dirigiéndose los tres últimos á la casa de *Padrast*, sita en la magnífica *Calle Nueva*, á la cual llegaron cuando no habia dado aun la una de la tarde ninguno de los relojes de la insigne *Barcino*.

CAPITULO III.

EL SEÑOR PADRAST Y SUS HIJAS.

Quien quiera que haya tenido la fortuna de visitar la tan opulenta como hermosa ciudad de Barcelona, habrá tenido tambien ocasion de admirar los soberbios establecimientos comerciales que se encuentran en su por todos conceptos magnífica *Calle Nueva*. En ella, como sabe el lector, vivia *D. Antonio Padrast*, y su establecimiento en nada era inferior á los mejores de sus convecinos. Dueño de una rica fábrica de tejidos de algodon,

tenia aquí su gran almacen dividido en dos piezas: los estantes de la mas inmediata á la puerta principal de la casa estaban atestados de lienzos, pañuelos, mantas y multitud de telas de todas clases, y mas llenos si cabe de los mismos objetos, aunque por peor órden colocados, se hallaban los de la segunda, inmenso cuadrilongo, de una colosal altura, al cual seguia el escritorio, bonita habitacion amueblada y empapelada con esquisito gusto. Tanto á la segunda pieza como al escritorio comunicaba una luz, si bien opaca, sobremanera apacible, un patio cuadrado, convertido en delicioso jardin, donde á pesar de lo avanzado de la estacion, entre preciosísimas rosas de mes de varios colores, delicados jeranios y otras plantas odoríficas, lucian, caprichosa y simétricamente colocadas, hermosísimas camélias, lilas de Persia, y magníficas hortensias de un azul encantador. Cuatro soberbias parras, que enlazadas unas con otras daban vuelta al patio á manera de franja, ostentaban ya solamente sus grandes hojas medio amarillentas, y los pequeños tallos, de que no hacia mucho habian pendido sus enormes racimos, de doradas uvas tan gordas como ciruelas de damas.

El despacho del almacen estaba á cargo de dos jóvenes ágiles y robustos, y un tercero llevaba las correspondientes apuntaciones de entradas y salidas por partida doble. Padrast, establecido casi de continuo en el escritorio, no le abandonaba generalmente mas que cuando tenia por oportuno ir á inspeccionar su gran fábrica de tejidos, sita junto á la muralla de tierra. No estaba solo en aquella bonita pieza el rico fabricante, sino que por un regular le acompañaban sus dos lindas hijas, habidas en su matrimonio con una virtuosa señora,

á quien tuviera la desgracia de perder hacia ya algunos años. La mayor, llamada Marcela, de unos veinte y seis años de edad, casada con un marino de la población, que á la sazon se hallaba en América al frente de una rica fragata mercante de su propiedad, habíase establecido en union de un niño de cuatro ó cinco años, mientras la ausencia de su marido, al lado del padre, que tenia ratos crueles entremezclados con otros de verdadero placer (si es que capaz es de placer verdadero el alma de un avaro), á causa de las infinitas travesuras y diabólicas ocurrencias de su mimado nietecito: la menor, llamada Adela, jóven de estraordinario despejo, acostumbrada á tratar en asuntos comerciales desde su mas tierna edad, era la que sufria el peso del escritorio despachando toda ó la mayor parte de la estensa correspondencia que tenia su padre; quien, aunque no fuera mas que por esta razon, á pesar de su corazon de especulador, no podia menos de profesarla estraordinario cariño.

Bien merecia á la verdad el de toda clase de personas la interesante señorita, ya se atendiese á lo noble y sensible de su alma, ya á sus brillantes cualidades físicas. Tenia Adela la edad de veinte años: su hermosa cabeza ostentaba una inmensa fosca de finísimo cabello, castaño oscuro, que desatado caia hasta los piés tan delicados y diminutos como los de una niña de doce, cubriéndola toda la espalda: sobre su rostro de virgen, color de rosa, brillaban cual dos resplandecientes luceros dos ojos grandes y negros, velados por espesísimas y largas pestañas y arqueadas y bien pobladas cejas, que causaban en el que por primera vez se fijaban una sensacion inolvidable de admiracion mezclada de placer: cuando sus delicadísimos la-

bios se contraian por efecto de una sonrisa, siempre encantadora, nadie diria sino que la preciosa dentadura que mostraba era de riquísima plata, á la que la inteligente mano del artista habia procurado comunicar sorprendentes y bellísimas proporciones: su cuello, un poco largo, era tan terso como el mejor y mas bien pulimentado alabastro, y por último, su talle tan breve como el de una criatura, tan esbelto como el de la Hebe de Canova; la comunicaba una gracia tan original, tan agradablemente seductora, que cuantos la veian no podian menos de reconocer en ella la reina de la gentileza. Viva personificacion de la belleza, de la juventud, del donaire, de la elevacion de alma y de la nobleza del corazon, era Adela la mujer á quien adoraba Eduardo, no menos rico que ella en juventud, hermosura, gentileza y elevados sentimientos. Por uno de esos fenómenos que de vez en cuando se presentan, particularmente en el centro de las grandes ciudades, al revés que su padre, cuya alma metalizada solo recibia agradables impresiones cuando veia unas exhorbitantes ganancias en sus infinitas especulaciones, solo era amiga Adela de lo bello y de lo grande, y así es que, aunque ya por la bonita hijuela que la dejára su madre, ya por su estraordinaria hermosura habia tenido lo que se dice en el mundo *ventajosísimos partidos* para mudar de estado, nunca pudo decidirse á consagrar su corazon á ningun hombre hasta que por una rara casualidad tropezára con nuestro jóven oficial, á quien desde luego juró un amor eterno y puro, como su alma angelical.

Así como su hija llevaba estampado sobre su tersa y hermosísima frente el sello de la bondad, Padrsat se anunciaba á todo el mundo como uno

de esos avarientos que cifran todas las virtudes en el *tener*, y que no encuentran mas goces reales y positivos que en el *atesorar*. Vestido con sobrada negligencia para vivir en una poblacion donde el lujo es, si se quiere, una necesidad imprescindible, llevaba aquella hasta en el cuidado de su rostro: su frente rugosa y no muy despejada, generalmente se veia medio cubierta por los mechoncitos de cabello canoso que en desórden caian sobre ella, y sus patillas del mismo color que sus cabellos, presentaban dos semicírculos desde la parte superior de la oreja hasta el estremo de la boca, que chocaban mas que por nada por la mezcla asaz repugnante que formaban con lo pálido de sus grandes mofletes: sus ojos, garzos y pequeñitos, estaban comunmente distraidos y como en busca de ganancias, y aunque asomaba á sus delgadísimos labios una risita casi contínua, no era en verdad la que anuncia la satisfaccion y tranquilidad del alma. Era Padrast endeble de piernas, de mediana estatura, sobrado de vello y escaso de cabellos, cualidades que, á la manera que á Felipe II, llevaban en medio de los gravísimos negocios de Estado que jamás tuviera ningun monarca en busca de locos amoríos, conducian tambien de vez en cuando á nuestro fabricante tras los placeres sensuales, procurando empero no comprometerse demasiado, en obsequio siquiera á su invencible aficion al dinero, aficion que siempre ahogaba á todas cuantas aficiones pudieran despertarse en su corazon. Entregado, pues, Padrast por completo á los negocios, siempre soñando con las ganancias, era una de esas almas frias y egoistas, que jamás llegan á conocer el valor de la amistad, porque esta no puede albergarse mas que en los cora-

zones puros y generosos... Padrast, pues, no tenia ningun amigo, aunque le sobraban, como á todos los ricos, no pocos aduladores: estos, aun cuando era un hombre de limitada inteligencia, le daban la nota de *sábio*, por la única razon de que habia sabido hacer una fortuna, así como dan la de *necio* al hombre probo é inteligente cuando llega á disminuirse la suya por efecto de crueles y constantes desgracias: por último, diremos de él que de antigua condicion humilde, pues de simple tejedor habia llegado á ser rico fabricante, procuraba hacerla olvidar, como todos los nécios que se hallan en su caso, por medio de una conducta enteramente opuesta á la que deben seguir, esto es, por un orgullo descomedido, insolente y sobremanera insensato; pero á la manera que sucede con todos los de su clase, el insoportable peso de ese orgullo generalmente recaia sobre los pobres y sobre los que como tales juzgaba, que entonces eran ya infinitamente *inferiores* á él.

Mientras nuestros viajeros, los dos jóvenes oficiales y el periodista, habíanse entretenido agradablemente en la fonda del antiguo *mariscal de Navarra*, como Coll se titulaba á sí mismo, Padrast y sus dos hijas, acompañados del travieso niño de Marcela, sostenian en el escritorio la siguiente conversacion:

—Ya me los has dicho cincuenta veces, niña, decia Padrast, con indiferencia brutal á su hija Adela, paseándose por el escritorio con la cabeza descubierta... ¿y qué tengo yo con que ese oficial barbilampiño sea del mismo pueblo que el caballero recomendado por mis escelentes corresponsales de Palencia y Valladolid? ¿me puede importar eso alguna cosa?

—Pero, papá, dijo Marcela: si Vd. es el que ha sacado la conversacion... ¿no nos habeis dicho que al volver de la fábrica entrásteis en casa del señor *Gras* y lo leísteis en un periódico?

—¿Y qué?... lo dije... lo dije, como se dicen muchas cosas... ya se vé... como sabia que os habia entusiasmado la accion de aquel caballero y su criado con el capitan de Molins, y como sé y vosotras sabeis tambien que el mismo caballero tiene que verse conmigo indispensablemente, os quise enterar de su venida... pues... ayer llegó... ya lo traen los papeles públicos.

—Como traen, segun Vd., que Eduardo es ahijado de D. Perrondo, dijo no sin timidez la encantadora Adela.

—¡Vuelta á Eduardo! esclamó no sin enfado Padrast.

—Pero papá, ¿por qué os incomodais? dijo Marcela.

—¿Por qué?... mi resolucion es irrevocable, dijo al parecer con entereza el fabricante... ya lo sabeis.

—Pero si ahora no se trata...

—Es que... ¡hola!.. haber despreciado, no haber querido siquiera dar cara, ya á hacer ya dos años, al hijo del fabricante *Barceló*, despues al hijo del armador *Illa*, ambos opulentos, ambos dueños de una fortuna colosal, y salirme ahora con *un oficialillo*, á quien apenas apunta el bozo, sin padres ni hogar, sin...

—Por Dios, padre, que no teneis derecho á insultar á ese jóven, dijo con cierta dignidad mezclada de respetuoso timidez la interesante Adela.

—¡Miren la taimada! ¡cómo la lleva todavía el esbelto mozalvete! esclamó Padrast, fijando sus

ojos garzos sobre Adela, con una espresion de reconcentrado despecho... Ya se vé, continuó con indecente sarcasmo... ¡como ha nacido la niña con un corazon tan compasivo!.. ¡como el *oficialillo* dede tenerle tambien tan generoso! pues... le ha visto alabar por dos veces en los periódicos por sus acciones de guerra...

—¡Abuelito! ¡abuelito! dijo á la sazon el niño que se habia encaramade á una silla inmediata á la mesa de escribir.

—¿Qué quieres tú, linda alhaja? dijo Padrast, deponiendo parte del adusto ceño que le habian hecho tomar las últimas palabras de Adela.

—Mira cómo dibujo ya; mira, mira, repuso el niño.

—¡Vírgen de Monserrat! esclamó Padrast acercándose á la mesa... ¡pues no ha llenado de borrones las dos cartas que escribimos esta mañana á nuestros corresponsales de Zaragoza y Valladolid! Mira, mira, añadió cogiendo las epístolas y enseñándoselas á Marcela... ahí tienes lo que es tu hijo. .

—Vos sois el único causante de esto y mucho mas...

—¡Eso es! ¡echarme á mí la culpa de todas sus travesuras...!

—Vos las tolerais, vos le alentais, vos me lo echais á perder...

—¿No está bien, abuelito? ¿no dibuja asi mi tia Adela? dijo el niño con asombrosa naturalidad.

—¡Sí! esclamó con reconcentrada ira Padrast, mirando á la traviesa criatura..... ¡quítate de ahí, arrapiezo! tú, á jugar con tus muñecos.....

—No quiero, dijo con entereza el niño.

—¡Chico! ¡fuera de ahí! gritó Marcela; y co-

giéndole de un brazo, le bajó de la silla; pero en vez de intimidarse el chiquillo con la actitud amenazadora de su madre, le sacudió con todas sus fuerzas una puñada, acogiéndose á su abuelo, que le recibió riendo á carcajada tendida.

—¡Buen modo de reprenderle, esclamó Adela... ¡y luego os quejais de sus contínuos destrozos! Si en vez de reiros procuráseis ponerle modo y enseñarle á respetar á su mamá...

El niño clavó los ojos en su tia con una espresion de profunda venganza.

—Si es escusado, mujer, dijo Marcela á su hermana... yo estaria mejor en mi casa, siquiera por la educacion de este tunante..... Con su abuelo, aquella no puede menos de ser detestable... ¡eh! si su papá viera estas cosas...

—Vamos, vamos... no sabeis lo qué decís... ¡eh! el niño siempre es niño...

—Que tiene que ser hombre en su dia, dijo Adela interrumpiendo á su padre, y si ahora no se le dirige...

—¿Y qué has de hacer con un niño de cuatro años? repuso Padrast con estúpida indiferencia... Mira, hijo, añadió dirigiéndose al niño; ahí tienes tus muñecos, diviértete con ellos, y déjanos á nosotros en paz por unos momentos.

—Y contados que serán, dijo Adela.

—¡Pues! sin duda quieres tú que el muchacho tenga ya un complelo juicio... no le tienes tú, á pesar de tus veinte años... no, no le tienes aun, porque si le tuvieras, ni siquiera te acordarias ya de ese *oficialillo*... Yo bien sé que no darás un disgusto á tu padre... tu padre no desea mas que tu bien..... ya se acabó el tiempo de los amores

divinos, desinteresados... ese de *contigo pan y cebolla* solo se vé en las comedias...

—¡Maldito interés! murmuró Adela.

—¿Qué?

—Nada...

—Pero, papá, ¿á qué viene ahora eso? dijo Marcela, viendo que su hermana sufria terriblemente con el lenguaje asaz brutal é indecente de su padre.

—Es que.... no creas tú.... temiéndome estoy que se me encaje aquí acompañando á mi recomendado.

—¿Quién? preguntó Marcela.

—¿Quién ha de ser? el *oficialillo*.

—Pues déjele Vd. que venga: ¿qué tiene eso de particular?

—¿Y habiais de recibirle tan bruscamente como cuando venia á casa hace ya dos meses? preguntó con visible ansiedad Adela?

—¡Oh! no, eso no; si viene con ese caballero, de ninguna manera... nada quita lo cortés á lo valiente; ¡no faltaba mas...! Ya lo sabeis: los dos corresponsales de Castilla le abonan... acordes en que le entregue todo cuanto pida... ¡letra abierta en mi casa! Se conoce que debe ser un gran propietario, uno de esos antiguos mayorazgos, señores de coto redondo, de horca y cuchilla..... ¡Oh! indudablemente... Pero á todo esto, el correo no sale hasta dentro de dos horas, y por consecuencia hay todavia tiempo para enmendar el destrozo de ese diablillo; puedes copiar las dos cartas para nuestros corresponsales.

Preparábase ya Adela para hacer lo que su padre acababa de mandarle, cuando uno de los de-

pendientes del almacen se presentó á la puerta del escritorio.

—Tres caballeros piden permiso para veros, dijo dirigiéndose á Padrast.

—¡Tres caballeros! dijo Padrast, mientras que Adela se retiraba junto á su hermana llena de conmocion, como si el corazon la anunciase que uno de aquellos era su querido Eduardo.

—Sí, repuso el dependiente; en el acento son castellanos, y uno de ellos...

—¡Que pase en el momento! dijo Padrast con resolucion, mientras el corazon de Adela latia con estraordinaria violencia... ¿Por qué les detiene usted?

—Señor...

—¡Pronto!

Un momento despues D. Perrondo, Masalegre y Eduardo estaban en el escritorio del rico fabricante.

—¿El señor Padrast? preguntó D. Perrondo con resolucion.

—Muy servidor de Vds., contestó el fabricante inclinándose respetuosamente ante los recien entrados; pero nuestro viajero, desentendiéndose de él y acercándose con la mayor impasibilidad á sus hijas:

—A los piés de Vds., señoras, las dijo con seductora galantería... tengo el honor de ofrecerme muy suyo.

—Gracias, caballero, contestaron con esquisita amabilidad las dos interesantes jóvenes.

Padrast quedó desconcertado con la súbita é inesperada determinacion de D. Perrondo, en cuya virtud los honores de su recibimiento, esto es, los que pudieran producir la grandísima reveren-

cia, que no dispensaba mas que á las personas que á él se le figuraban de categoría, vinieron á recaer solamente sobre Eduardo y Masalegre.

—Igualmente que del señor Padrast, continuó don Perrondo con imperturbable calma, dando su rostro al fabricante, que asaz mohino y avergonzado, habíase recostado contra la mesa sin tener la advertencia de invitar con un asiento al oficial y Masalegre... Supongo que los corresponsales de Valladolid y de Palencia, os habrán escrito para que me dispenseis el honor...

—¡Oh! sí, sí, dijo Padrast, alzando sobre D. Perrondo su débil mirada, á la que la imperativa de este hizo tomar al momento otra direccion... creo que no sois otro que el caballero D. Perrondo de la Bárcena.

La mirada de Eduardo se encontró con la de la encantadora Adela, cuyo rostro espresaba ya la mas pura satisfaccion.

—Muy servidor de Vd...

—Dígnáos tomar asiento...

—Sí haré, dijo D. Perrondo tomando una silla con la mayor franqueza del mundo y sentándose junto á las lindas hijas del fabricante... y tú, mi querido Eduardo, añadió clavando alternativamente su vista escudriñadora sobre el jóven y Adela, ¿no me has dicho que conoces á estas bellas señoritas? ¿cómo no vienes á tener la singular satisfaccion de saludarlas?

A tan inopinada salida, una sonrisa particular asomó á los lábios del fabricante, el divino rostro de Adela tomó el color del carmin, y Eduardo se acercó maquinalmente á las jóvenes, á las que dirigió una salutacion breve y entrecortada, que fué

contestada en particular por Adela con otra no menos confusa é ininteligible.

Afortunadamente vino á sacar á los dos interesantes jóvenes de tan apurada posicion el chiquillo de Marcela, que fijando su vista en Eduardo, se acercó á él con la sonrisa en los lábios.

—¡Ola, señor militar! le dijo; ¿no me traes otro pajarillo como el de antaño?

—No, hijo mio, dijo Eduardo cogiendo al niño en sus brazos y estampando en su serena frente un cariñoso beso... cuando salga á caza de ellos, yo te mandaré el mas bonito con mi asistente.

—¿Y por qué no le has de traer tú? repuso el niño con un candor tan angelical que conmovió todos los corazones, menos el empedernido de su abuelo. Yo quiero que tú le traigas.

—Vamos, niño, dijo Padrast con aparente afabilidad, dejanos ahora de pajaritos... ¿no ves que están aquí estos señores...?

—¿Y qué, señor Padrast...? ¿qué tiene de particular que estemos nosotros aquí para que el niño busque las diversiones consiguientes á su edad? dijo D. Perrondo... Yo por mi parte soy el hombre mas *niñero* del mundo... Ven, ven aquí, hijo mio, añadió cogiendo al chiquillo por el brazo y sentándole en su rodilla... Y ¿qué...? ¿quieres mucho á tu mamá?

—¡Huy! ¡qué barbas tiene este señor! esclamó el niño cogiendo con su delicada mano la perilla de don Perrondo.

—¡Senén! gritó su mamá en tono de reconvencion.

—Bien te puedo besar á pesar de ellas, dijo don Perrondo, y estampó un beso sobre el peregrino rostro de la criatura, que á una segunda invitacion

de su abuelo se retiró de nuevo en busca de sus inocentes juegos... Volviendo á nuestro asunto, continuó D. Perrondo dirigiéndose á Padrast, mientras que Masalegre y Eduardo tomaban asiento á su inmediacion, he querido que nos acompañe á vuestra casa este jóven oficial, no tan solo porque segun me he informado ha tenido antes el honor de entrar en ella, sino tambien porque siendo paisano y ahijado mio, mientras no me le tenga ocupado la ordenanza, no pienso que se separe un momento de mi lado.

—Usted es muy dueño... dijo Padrast sumamente avergonzado con el súbito recuerdo que viniera á su mente de lo que acababa de hablar acerca del jóven oficial.

—¡Oh! sí, sí, continuó D. Perrondo sin separar su vista de Padrast, con objeto de ver el efecto que en él pudieran producir sus palabras. Le quiero tanto como si fuera un hijo, porque fué su padre mi mejor amigo, el hombre mas de bien que he conocido en el mundo... si, señor Padrast, el hombre mas honrado y generoso que ha producido Castilla... mi corazon es todo de las almas generosas...

Cada palabra de nuestro viajero era una aserada saeta que iba á atravesar el corazon de Padrast, mientras que por el contrario llenaba de orgullo la noble alma de su hija, orgullo que se revelaba bien á las claras en lo radiante de su delicadísima y encantadora fisonomía: fijó sobre esta con todo cuidado su penetrante mirada don Perrondo, y no fué pequeña la satisfaccion que recibió al observar el efecto que su lenguaje producia en el tierno corazon de Adela: esto unido á lo simpático de su rostro, á lo dulce y tranquilo

de su mirada, fué lo bastante para convencerle de que lo que le habia asegurado Eduardo era una verdad, esto es, que la hermosa Adela era digna de él.

—Figuráos, señor Padrast, prosiguió D. Perrondo con tono solemne, un médico sábio y prudente hasta el mayor estremo, que no solo asistia con inimitable puntualidad á todos los enfermos, ya fuesen ricos, ya pobres, sino que invertia mas de la cuarta parte de sus cortos honorarios en soportar las dolencias de estos, encomendando á Dios el porvenir de su familia... á ese hombre, *que pasó toda su vida haciendo bien*, ¿no le tendreis por mas grande, por mas ilustre, por mas digno de aprecio, que á todos los guerreros, que á todos los magnates, que á todos los poderosos de la tierra?

—¡Oh! sí señor, dijo maquinalmente Padrast, cuyas mejillas se habian encendido considerablemente, mientras sus hijas miraban llenas de un sublime entusiasmo á nuestro viajero, y de los ojos de Eduardo y Masalègre caian cuatro lágrimas que aquel arrancara á su sensibilidad con los recuerdos del médico Solís.

—¿Qué importa, continuó lleno su rostro de imponente majestad, que ese hombre ilustre no viviese rico, no muriese en la opulencia...? Mas ¿qué digo? siempre fué rico, porque nada deseó, á la manera que siempre es pobre el avaro, porque nada le satisface... (1) ¡desgraciado del que siempre está pensando en adquirir... nunca conoció la dicha... Pero direis, y con razon, añadió mudando de tono y con cierta risita sarcástica,

(1) *¿Quis dives? qui nihil cupit. ¿Quis pauper? avarus.* AUSON., *In Bia. sentent.*

que no he venido á vuestra casa á hablaros de mis afecciones...

—¡Cá! no señor, repuso Padrast, á quien nuestro viajero tenia, digámoslo así, fascinado, y como tal en disposicion de concederle, al menos por aquel momento, hasta los mayores imposibles para él, esto es, que la generosidad y la beneficencia eran preferibles á la avaricia y á la dureza de corazon.

—Sí, sí, dejémonos ahora de ellas, repuso don Perrondo... tiempo es de presentar á Vd. mis credenciales, añadió sacando su cartera, de la que cogió dos cartas que entregó al fabricante.

—Con el permiso de Vds., dijo Padrast poniéndose inmediatamente á leerlas.

—¡Qué entretenida está aquella criatura con sus inocentes juegos! dijo D. Perrondo á las hijas de Padrast, mientras este leia las cartas que acababa de entregarle.

—¡Oh! ¡si viera Vd. qué piesa tan buena es! dijo la madre de Senén.

—Mas revoltoso no le hay en toda la ciudad, añadió Adela.

—¡*Arre*! yo no quiero este caballo, dijo á la sazon el niño dando un puntapié á un caballito de cartón, que no hacia muchos dias le compraria su tia.

—¡Niño! ya no te vuelvo á comprar ninguna cosa, dijo esta fingiendo incomodarse.

—Yo le quiero vivo como el de este, añadió el niño acercándose á Eduardo... ¿me quieres montar en tu caballo?

—¡Buen ginete! esclamó Masalegre.

—¡Ola! ¿quién eres tú? ¿qué tienes ahí en esa

brazo? preguntó el chiquillo con encantadora naturalidad.

—Que soy manco, hijo mio, le contestó sonriéndose Masalegre.

—Dí que no, querido, dijo su mamá; el señor tiene así el brazo por ser hombre de bien.

—Por ser un hombre generoso, añadió su tia mirando á Masalegre con cierta curiosidad mezclada de admiracion... por arrojarse al agua á salvar á un caballero que se estaba ahogando...

—¿A la mar? preguntó el niño mirando fijamente á Adela.

—No, hijo, á un rio... ¿has de hacer tú lo mismo cuando seas grande...?

—¡*Caraii*! yo no quiero ahogarme, dijo el chiquillo corriendo otra vez en busca de sus juegos.

—No piensas mal, hombre, dijo Eduardo.

—Segun y conforme, dijo su tia: el primer instinto de la criatura es el de la conservacion; pero hay que modificarle en bien de la sociedad, y ahora es cuando el niño debe recibir impresiones de generosidad, de abnegacion y de todas las demas virtudes, que nada en el mundo pueda borrar cuando llegue á una edad madura.

—¿Y no conoceis, la dijo D. Perrondo con el sólo objeto de fendearla, que aun cuando ahora no recibiese el niño esas impresiones que quereis estampar en su tierno corazon, tiempo vendria en que desarrolladas sus facultades intelectuales le hiciéseis comprender con mas provecho que en la actualidad las ideas de lo bello y de lo grande, de lo justo y de lo honesto?

—Eso creen algunos, caballero; ese mismo cree su abuelo, que le echa á perder con el mimo que le da, en términos que se burla cuando quiere de

su mamá y de mí; pero yo entiendo que es absolutamente indispensable el que ahora se impregne su corazon de ideas nobles y humanitarias para que en lo sucesivo los ejemplos que en contrario le ofrezca el mundo, no puedan de ningun modo hacerlas desaparecer.

—Teneis razon, señorita, dijo Masalegre; todo el mundo sabe que el hombre en la moral viene á ser como una planta en su natural desarrollo, á la que indispensablemente hay que dirigir desde el momento en que nace, si se la quiere ver robusta y hermosa...

—Y vos... ¿cómo os sentís de vuestra dislocacion? preguntó Adela con verdadero interés á Masalegre.

—Gracias, señorita, dijo Masalegre.

—No hay de qué darlas, repuso Adela con una sonrisa encantadora... podeis estar convencido que tanto vos como vuestro amo habeis conquistado las simpatías de todos los corazones sensibles.

—¡Oh! sí, sí, dijo su hermana.

—Grandísima es la recompensa para lo pequeño de la accion, repuso Masalegre... Yo me siento perfectamente bien... tan solo se puede decir que llevo el vendaje por no separarme de lo preceptuado por el ilustre médico de Molins.

—Pues señor, corriente, dijo á la sazon Padrast, que acabó de leer las dos cartas consabidas... mis dignos corresponsales me repiten lo que ya me tienen dicho directamente... podeis disponer como gusteis de esta vuestra casa...

—Mil gracias, dijo D. Perrondo.

—Teneis letra abierta en ella...

—Sí... como yo soy un hombre muy gastador...

—Sí... dijo sonriéndose Padrast.

—No me caso con el dinero, y por lo tanto procuro tenerlo siempre en abundancia.

—Y haceis bien, puesto que podeis...

—¡Pues! esa es precisamente la cuenta que yo me echo... mis padres me dejaron una fortuna mas que regular... todavia pienso heredar á una tia, ya anciana y achacosa, que vive cerca de mi pueblo... soy soltero...

—¿Sois soltero? preguntó Padrast con cierto interes.

—Si señor, y no pienso mudar de estado al menos por ahora.

—Pues es lástima, repuso Padrast en tono compungido.

—No porque no me guste el del matrimonio; al contrario; si hay hombres amigos de que se celebren matrimonios, se supone cuando son á gusto de los contrayentes, yo soy uno de ellos... ¡Cuántos se han llevado á cabo por mi interposicion! esclamé mirando á Adela, cuyo rostro se cubrió de un ligero carmin, mientras que Eduardo bajó maquinalmente su vista al suelo... Si señor, continuó clavando sus hermosos ojos en Padrast; pero á pesar de eso, á mí me sucede lo que á aquel sábio de la antigüedad, que reconvenido en sus mejores años por su madre á causa de que no se casaba, la contestó que *todavía* era pronto, y cuando llegó á una edad madura se disculpó con que ya era tarde.

—¡Je! ¡je!

—Sí, señor Padrast; me parece que tendrán que decir de mí lo que de ese sábio... pero ¡caramba! ya vamos abusando demasiado de la bondad de usted.

—¡Quiá! no señor...

—Sí, sí... con que mañana vendremos por un poco de dinero...

—¿No lo quereis ahora?...

—No; mejor es que me lo tengais dispuesto para mañana... así tendré el singular placer de pasar otro rato con estas bellas señoritas...

—Podeis venir cuando gusteis, dijeron las interesantes hijas de Padrast, haciendo una graciosa inclinacion á nuestros viajeros.

—Sí, sí; añadió aquel... mi casa está á vuestra disposicion... y ¿qué cantidad gustais que os tenga preparada?

—Ps... no mucho, contestó D Perrondo... por de pronto no necesito mas que unos *catorce á quince mil duros*...

—*¡Quince mil duros!* esclamó asombrado Padrast.

—Sí, dijo con su ordinaria calma D Perrondo; en billetes de banco lo mas y lo restante en buena moneda...

—Pero... ¿quince mil duros habeis dicho, caballero? replicó si cabe mas asombrado el fabricante.

—Si señor, repuso D. Perrondo con la mayor indiferencia; por de pronto me bastan: despues si estoy aquí algun tiempo mas del que imagino... Sí; regularmente tendré que haceros otra *sangría*, continuó sin separar su vista del fabricante, cuyo rostro no dejó de inmutarse sobremanera con el nuevo anuncio que le daba su recomendado... Es probable, prosiguió recalcando sus espresiones y mirando alternativamente á Adela y á su padre, que mientras mi permanencia en Barcelona logro estar... á este jóven oficial, cuyo *curador* soy, además de padrino... está esperando el empleo de capitan...

Padrast salió de su especie de aletargamiento al oir la revelacion que acabára de hacerle don Perrondo, é involuntariamente dirigió una mirada sobre Eduardo, quien todo avergonzado, sin aliento para poder articular una sola palabra, como hombre que no sabe lo que le pasa, tenia su vista fija en el suelo sin atreverse á levantarla, mientras que el rostro de la interesante Adela, sorprendida por la misma revelacion, que por lo vaga se la figuró al pronto funesta para ella, se cubrió de una palidez mortal, y por todo su cuerpo corria un sudor abundante y glacial. D. Perrondo observó el terrible efecto que sus palabras acababan de causar en el ánimo de la interesante doncella, y no queriendo martirizar por mas tiempo aquel corazon, de cuya bondad ya no le quedó la menor duda,

—Sí, continuó algo conmovido: probablemente le vendrá en estos dias el empleo de capitan, y como así se asegura en caso una viudez regular á su compañera, ya puede pensar en casarse... sí, sí, prosiguió clavando sus brillantes ojos en Adela con una espresion de infinita ternura; yo quiero casarle mientras esté aquí... hasta cierto punto tengo esa obligacion como curador suyo que soy... es cierto que él no me ha designado aun la compañera que piensa elegir...

—¡Respiro! dijo para sí Adela, procurando, aunque en vano, ocultar la terrible emocion que acababa de esperimentar.

Eduardo, á quien las últimas palabras de don Perrondo habian hecho cobrar el perdido aliento, levantó su vista para fijarla en Adela con una espresion tan viva, tan marcada de cariño, que no pudo menos de volver á la jóven la tranquilidad

que crueles sospechas, hasta cierto punto justificadas, acababan de arrebatarla.

—Sí; la virtud vale mas que todos los tesoros del mundo, continuó D. Perrondo... ¿no sois de mi opinion, Sr. Padrast?

—Ps... murmuró el fabricante.

—¡Tunante! dijo para sí Masalegre.

—No digo yo que se desprecien los intereses...

—¡Oh! eso por supuesto, dijo de repente Padrast, como si nuestro viajero hubiera tocado la única cuerda sensible de su corazon.

—De cualquiera manera no quiero yo que mi ahijado ofrezca á su futura solo su espada...

—¡Abuelito! alcánzame aquella espada, que quiero hacer el ejercicio, dijo á la sazon el niño señalando una de carton puesta sobre uno de los estantes que adornaban el escritorio.

—Déjanos ahora de espadas, niño, dijo Padrast, á quien ya iba gustando el nuevo giro que diera á su conversacion D. Perrondo.

—¡Tráemela! repuso el niño, con imperio.

—¡Senén! gritó su madre echándole una mirada amenazadora, que en vez de intimidar al chicuelo, solo sirvió para que, cogiendo uno de sus muñecos, le levantase en alto en ademan de arrojársele á la cara.

—¿Veis, papá? dijo Marcela... ¡se puede sufrir esto!... ¡chico! suelta ese enredo.

—No quiero: dáme tú la espada.

—Que agradezca que están aquí estos caballeros, que si no, de nada le serviria la defensa de usted, repuso sumamente alterada Marcela.

—¡Eh, mujer! no hagas caso de esa criatura, dijo riéndose Padrast.

—Tú tienes la culpa, le dijo el travieso niño...

¿por qué no me traes la espada? tráemela.

—¿No ves que están aquí estos señores? le dijo su tia.

—¡Que me la alcancen los señores!

—¡Chico! gritó entre enfadado y risueño su abuelo.

—Yo quiero esa espada... ¡Tráela! repitió lleno de cólera y pateando en el suelo el chiquillo.

—¿Quieres que yo te la alcance, hijo mio? dijo Eduardo.

—No: aun cuando pase por un imprudente ante el Sr. Padrast no puedo yo tolerar que tú contribuyas á echar á perder á su nieto, dijo D. Perrondo con no poca satisfaccion de parte de las dos jóvenes... el dejar salir á los niños con todos los caprichos que se les pongan en la cabeza, es poner invencibles obstáculos á la marcha regular de la naturaleza en el desarrollo de sus facultades físicas é intelectuales... *¿veis ese imperio* con que este manda á su madre y á su abuelo? ¿veis esa altivez, al parecer ridícula, pintada en sus delicadas facciones y esa soberbia que se presenta en sus miradas, que ahora deberian espresar solo dulzura?... pues todo ello es un veneno mortífero, que si no se le procura aplicar el oportuno antídoto, le mismo atacará la salud de su cuerpo que la de su alma. El niño acostumbrado á salirse con todos sus antojos, se hace irritable, soberbio, frenético hasta la demencia... quiere hasta los mayores imposibles; pretende allanar las montañas, contener la corriente de las aguas, escalar el cielo... ¿qué estraño es que esté espuesto á enfermar toda vez que no pueda ver realizados sus delirios? y si llega arrastrando una existencia endeble y enfermiza á la edad viril... ¡qué de sinsabores no

le esperán en la sociedad con las contínuas contradicciones que á sus ridículas exigencias le opondrán todos y cada uno de sus miembros! Ninguna edad influye tanto en la vida de un individuo como la de la infancia: en ella es donde se ha de enseñar á los niños á ser prudentes, callados, humildes y sobre todo sufridos, en la firme persuasion que solo de esta manera es como podrán llegar á la virilidad y á la edad madura con el cuerpo y el espíritu exentos de achaques, con los cuales es en vano el buscar la felicidad sobre la tierra... Nada impide lo que yo acabo de decir para que á los niños se les trate con amabilidad, con estremada dulzura... yo les quiero con delirio, pero les quiero como se les debe de querer... Ven, ven aquí, hijo mio, añadió levantándose y tomando por un brazo al niño que le miraba con asombro y maquinalmente le siguió, fija la vista en el suelo, mientras que todos los circunstantes, y en particular su digna madre contemplaban á nuestro viajero con un entusiasmo difícil de describir... yo te quiero mucho, y te querré mas, si obedeces á tu abuelo, á tu mamá y á tú tia... mira, mira esta figurita de dulce para tí...

—¡Ay qué bonita! esclamó el niño así que vió en su mano una bailarina de dulce, trabajada con esquisito esmero.

—Vaya, dame tú un besito y quedamos amigos... así... ahora otro á tu mamá...

—Gracias, caballero, dijo Marcela, fijando con una espresion de inmensa gratitud sus hermosos ojos sobre D. Fernando, al propio tiempo que recibió en sus brazos con trasportes de alegría á su travieso niño... ¡veis, papá, como el señor está

conforme con nosotras? añadió dirigiéndose á Padrast.

—No digo yo que este caballero no tenga razon... pero á un niño...

—Ya trataré yo de hacer mas obediente al vuestro, dijo con la sonrisa en los labios D. Perrondo mirando á Marcela, al propio tiempo que se levantó de su asiento. Conque, señor Padrast... Nada creo teneros que hablar ya... hasta mañana. En la fonda del Universo...

—Ya sé que estais allí... tendré el honor de visitaros... Mientras tanto esta casa es vuestra... igualmente que de estos caballeros...

—¡Ah! se me olvidaba, dijo D. Perrondo, deseo ver vuestra fábrica de tejidos con el debido detenimiento.

—¿Gustais verla ahora? dijo Padrast en disposicion de ir á acompañar á nuestros viajeros.

—¡Oh! no: ahora no; ya es tarde... además yo no quiero que os molesteis: iré á ella cuando se me presente ocasion oportuna... no señalo dia, y por lo tanto lo que exijo de vos es que aviseis á vuestro administrador...

—Sereis servido inmediatamente.

—Gracias... repito... hasta mañana, señor Padrast.

Dió D. Perrondo un beso al hijo de Marcela, hicieron lo mismo Masalegre y Eduardo, y despidiéndose de aquella y de su hermana, salieron de la casa de Padrast (que tuvo la atencion de acompañarles hasta su puerta principal) cuando apenas acababan de dar las dos de la tarde. Traspuesta la *Calle Nueva*, Masalegre, en quien las brillantes cualidades y superior hermosura de

Adela habian causado honda sensacion, se dirigió á su amo y á Eduardo y dijo:

—Pues, señor... Adela no tiene mas que un defecto.

—¿Cuál? dijeron á un tiempo D. Perrondo y Eduardo.

—El ser hija de Padrast.

Eduardo bajó la cabeza; D. Perrondo meditó un momento, al cabo del cual, á la vista ya de la magnífica *fonda del Universo*, esclamó con resolucion:

—¡Por eso es mas digna de Eduardo!

—¡Ah! ¡tengo asegurada ya la mitad de mi felicidad! dijo este, y los tres entraron en la fonda del *antiguo mariscal de Navarra*.

CAPITULO IV.

INDUSTRIA: EDUCACION: GOBIERNO BARATO.

Todo el mundo sabe que Barcelona encierra una poblacion inmensa, y que la mayor parte de ella, como ciudad eminentemente industriosa y mercantil, se compone de *berhans*, ó jornaleros, que no tienen otros medios de subsistencia que los que se proporcionan con sus tostados, fornidos y comunmente desnudos brazos. La gran mayoría de estos séres, que viven del sudor de su frente, sin que en manera alguna entre en nuestro ánimo el adularla, parque tan bajo es el adular al pobre como al rico, por mas que se la califica de *canalla, gente de chaqueta, de blusa y gorro*, etc., es morigerada, porque es trabajadora; sufrida, porque desde que nace está acostambrada á privaciones; noble y pundonorosa, porque vive en su corazon

el sentimiento de la propia dignidad. Si esos séres no están tan ilustrados como sería de desear; si esos séres no son tan inteligentes como requieren los mismos oficios á que están dedicados, para que los productos que salen de sus manos pudieran competir y aun superar á los mas acabados de otras naciones, que en anteriores siglos marcharon á nuestra espalda en la senda industrial, no es culpa de ellos, sino de la sociedad á que corresponden, que no suele considerarles como sus miembros mas que cuando les necesita para que la sostengan echándoles mal pareciendo, cuando no escarneciéndoles sin piedad, así que pasa el peligro que la obligara á llamarles..... Séres verdaderamente desgraciados, suelen serlo mas que los antiguos *ilotas*, á quienes la orgullosa *Esparta* concedia su libertad cuando ayudaban á sacarla de algun apuro, ó contribuian al triunfo de una batalla. Mas de cuatro veces centenares de esos modernos siervos salieron durante la fratricida lucha á sellar en los campos de batalla con su sangre generosa su amor á la libertad... Desnudos, hambrientos, convertidos en espectros, volvian despues de algunos dias, contados por victorias, á recibir el premio de sus ínclitas hazañas... ¡Oh! ¡magnífico era el que esperaba á algunos de ellos! El HOSPITAL, tal vez la CARCEL, en medio de la miseria de sus familias. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Entre los partidarios del sistema que quiere que la sociedad haga *todo*, y los del opuesto, reducido á que no haga *nada*, hay un medio que con precision tiene que adoptarse, que merece nuestra aprobacion, por mas que ni con cien leguas

seamos adeptos de ese partido que á sí mismo se llama *justo medio*, sin duda porque no tiene principio ni fin. Nosotros no queremos que la sociedad lo haga *todo*, porque esa es la *centralizacion*, y la centralizacion es el despotismo. Tampoco queremos que no haga *nada*, porque eso sería la *anarquía*, y contra ese *nada* se levantan las justas exigencias de las clases trabajadoras, que hablan mas alto que los razonamientos de los mejores campeones de esa escuela. Nosotros queremos y clamaremos de contínuo porque la sociedad haga *todo el bien posible*, que no puede venir á los pueblos de la vieja Europa con el absoluto *dejar obrar*, como hoy viene por causas al alcance de las mas limitadas inteligencias, á los *norte-americanos*, que en número de veinte millones habitan un suelo privilegiado en todos conceptos y capaz de sostener como tal mas de *trescientos*.

Nosotros queremos tambien desde luego el libre cambio en el interior, y que sea reconocida en el acto su utilidad para el esterior, para que se ponga en práctica al cabo de cierto tiempo, sin detrimento de nuestra industria; pero como que no creemos que la libertad de comercio ha de ser una panacéa universal que cure todos los males que aquejan á la sociedad, de ahí el que anhelemos por la adopcion de medidas que dulcifiquen la condicion de las clases menesterosas.

Es preciso convencerse de que la revolucion no ha llamado á la puerta de las naciones modernas para que se hayan echado unos frailes de sus conventos y se hayan puesto otros mas costosos que los antiguos en su lugar: no ha llamado tampoco, como algunos creen, para deshacerse de ambas clases de frailes y de otras instituciones

costosas al par que funestas, en obsequio á un *gobierno barato*.... ¡Miserable revolucion si solo tratase de economizar unos cuantos millones.....! ¡Ni una gota en tal caso merecia de los inmensos raudales de sangre generosa que se ha derramado en su obsequio! La mayor ó menor *carestía* de un gobierno nunca será mas que UN MEDIO, y el objeto de lo asociacion es UN FIN, *el bienestar de los asociados*: si no se puede conseguir este en la *baratura*, hay que buscarle en la *carestía*, que será nada dolorosa, fomentando todos los ramos de la riqueza pública para que el pueblo pueda dar sin empobrecerse.

Volviendo á nuestro asunto diremos, que la mayor parte de esos seres, chiquillos, jóvenes, adultos y ancianos, que dependen de la industria en Barcelona, viven medianamente cuando tienen jornal, mueren cuando no le encuentran, se mal pasan cuando aquel no es bueno, y son conducidos al hospital cuando enferman por efecto de los padecimientos del cuerpo y el espíritu, ocasionados por la carencia de lo absolutamente indispensable para la vida. Por un regular, mientras esto les sucede, ven cómo los grandes fabricantes y comerciantes, los dueños del capital, levantan magníficos palacios y tienen una vida regaladísima y llena de todos los goces que á los opulentos ofrece el *gran mundo*... Mas magníficos si cabe, que lo que son, quisiéramos de buena fé que fuesen los palacios de esos hombres, de quienes dependen tantos y tan industriosos brazos, mas dulce y feliz su regalada vida; pero tambien quisiéramos, que desapareciese el horroroso constraste, que no puede menos de conmover el corazon del hombre medianamente humanitario, de ver agonizando, tal

vez por causa de crueles privaciones, en el local de la pública beneficencia un honrado trabajador, padre de cinco ó seis hijos, mientras el principal descansa muellemente en las cómodas butacas que adornan su brillante morada, invierte inmensas sumas en el teatro de la ópera y derrocha otras no menores en espléndidos festines y en lúbricos y deleznables placeres: quisiéramos que la recompensa fuera *justa*, el trabajo *seguro*, y este no vilipendiado en la persona del que le ejerce: esto, que haria cesar la esplotacion del hombre por el hombre, mejoraría la condicion del trabajador, no haciendo peor la del capitalista: quisiéramos mas; quisiéramos que *nadié* ejerciese el trabajo hasta que se hallase en disposicion para ello, que no se *violentase la naturaleza*, que primero se enseñase á uno á ser ciudadano y cristiano que trabajador, en obsequio siquiera á Dios, á la sociedad y á la misma industria á que habria de dedicarse: esto naturalmente produciria un *gobierno caro*... ¿y qué? ¿será mejor que un niño de cuatro ó cinco años, á quien la naturaleza manda imperiosamente que se entregue á los juegos propios de su edad, sea sepultado en un taller, para que con sus delicadísimas manos gane el sustento necesario para su cuerpo? (1) ¿será mejor que ese *niño hombre* para el trabajo material permanezca siempre en la infancia para el intelectual? ¿será mejor que

(1) «En nuestro suelo A LA EDAD DE CUATRO AÑOS el hombre y la mujer ya ganan su subsistencia con su trabajo. Aquí nadie huelga, y las artes, la agricultura y el comercio florecen solo á impulsos de sus laboriosos habitantes.»

Manifiesto de la Milicia nacional armada de Barcelona en diciembre de 1841. ¡Qué apóstrofe mas terrible á la sociedad!

en tierna organizacion, en quien se ve retratada la misma divinidad, sea violentada, sea alterada ó destruida, cual si fuera de peor condicion que la de una bestia de carga, en la pesada atmósfera de una fábrica de hilados, porque sus padres no cuentan con los recursos necesarios para que huelgue... ¡cómo! para que conserve su delicadísima existencia y le eduque para la sociedad en que ha nacido. (1)

No era aun el mediodía del siguiente al en que nuestros viajeros conocieron personalmente á Padrast y sus lindas hijas, cuando los mismos, acompañados de su querido Eduardo, entraban en el magnífico establecimiento industrial impulsado por el vapor y de la pertenencia de aquel, que como ya sabe el lector, estaba sito junto á la muralla de tierra. El administrador ó director, contemporáneo de Padrast y muy digno de él para el trato de sus infinitos dependientes, salió á recibirles en el mismo portalon del edificio, donde estaban los *fogueadores*, gente jóven y robusta, como requiere la improba tarea á que está dedicada de dirigir la máquina y arrojarla el necesario combustible, procurando con esquisita vigilancia darla la oportuna fuerza para funcionar con arreglo al trabajo que se quiere que preste. Como Eduardo habia visitado durante su larga permanencia en Barcelona varios establecimientos de esta clase y conocia perfectamente su mecanismo, no necesitaban nuestros viajeros para enterarse del de Padrast que les acompañase su

(1) Para alejar los males de que se habla en este capítulo y mejorar la condicion de las clases trabajadoras, no hay otro remedio mas eficaz é infalibre que el de la asociacion libre, libérrima.

administrador, y así que subió con ellos al primer piso le suplicaron que les dejase en libertad y no desatendiese sus obligaciones, á lo que á fuer de hombre atento, ó lo que es mas probable, por estár ya prevenido por su principal, solo accedió despues de repetidísimas instancias y de hacerle ver que no necesitaban de su presencia para que cumplidamente se llenase el objeto que allí les habia conducido.

Efectivamente, guiados por Eduardo pudieron enterarse á su satisfaccion del magnífico y bien montado establecimiento del antiguo tejedor, donde desparramados en sus cuatro pisos, sin contar el pavimento, morada contínua de los *fogueadores*, habia un gran número de personas de ambos sexos y de todas edades, desde el chiquillo de cinco y seis años, hasta el anciano de setenta, desempeñando cada cual el cometido que tuviera á su cargo: unos estaban al cuidado de la inmensa multitud de hilos, que la asombrosa máquina hacia marchar en todas direcciones, convirtiendo el edificio en un vistoso laberinto algo mas intrincado, aunque de mas fácil salida, que el de la antigua Creta, otros al de los centenares de husos ó rodetes, que con increible celeridad daban vueltas sobre sí mismos formando un ruido particular y cadencioso, otros al de los tejidos de lienzos, pañuelos, mantas, elásticas, etc., y no pocos estaban empleados en el tendedero, inmenso corralon que, asomados á las ventanas del interior del edificio, vieron nuestros viajeros, y desde el cual salen ya algunas telas despues de prensadas para su inmediata venta, teniendo que pasar otras á la operacion del estampado.

Una cosa llamó muy particularmente la aten-

cion de nuestros viajeros, y fué el profundo silencio que guardaban todos los trabajadores, en términos que á no ser por alguna que otra palabra suelta, que así como de mala gana, ó á hurtadillas salia de sus lábios, cualquiera hubiese creido que Padrast se habia proporcionado para su fábrica todos los mudos y mudas que pudieran encerrar Barcelona y los pueblos de su provincia. Persuadi lo Padrast que el que *parla no trabaja*, tenia dadas á su administrador las órdenes mas severas, para que no consintiese hablar á ningun operario mas que lo absolutamente indispensable, y esto en obsequio al trabajo que prestase: á nadie le era lícito emitir su opinion sobre si iba bien ó mal una cosa, y no pocas veces aconteciera que por separarse un punto un obrero con evidente utilidad de la casa, de lo que se le tenia ordenado, habia sido espulsado de ella mal pareciendo. Padrast, llevando su despotismo, respecto de sus dependientes, hasta el delirio, queria esclavos que ejecutasen silenciosamente lo que se les mandase, queria bestias de carga que obrasen callando... era un siervo emancipado, á quien todavía gustaba el rumor de las cadenas, solo que queria que las arrastrasen sus antiguos compañeros, á quienes llamaba ya *canallas* á boca llena. *Ni necesitó consejos ni los quiero*, decia contínuamente y hacia decir á su administrador: *yo mando*, y el que dependa de mí, esté bien ó mal mandado, *no tiene mas que obedecer ciegamente*. Aunque no fuera mas que por esta razon, tanto él como su administrador, eran odiados mortalmente de todos los trabajadores, que solo servian al antiguo tejedor mientras no se les proporcionaba colocacion en casa de otro fabricante mas racional y humanitario.

Al bajar ya, despues de bien enterados del establecimiento, detuviéronse á propósito nuestros tres amigos en una pieza, que no habian visitado, destinada á depósito de telas, mientras de ella las sacaban para el almacen. Dos mujeres á cual mas lindas y seductoras, tenian en esta pieza uno de los trabajos menos penosos que pueden darse en una fábrica de hilados, pues no consistia en otra cosa que en plegar y recojer varias telas que subian del tendedero, en cuya operacion eran ayudadas, la una por un chiquillo de *cinco* años, y la otra por una niña de seis á siete: las dos, altas, esbeltas, de negros y espresivos ojos, eran de una edad, que rayaría en los veinte cuatro; las dos eran á cual mas hermosas, pero el semblante de la que trabajaba con el niño presentaba una ligera palidez, que contrastaba notablemente con el color sonrosado del de la que trabajaba con la niña: las dos llevaban un vestido sencillo de percal, y sobre el pañuelo comun de seda de la India, que cubria sus elegantes talles, resaltaba mas y mas lo delicado y encantador de sus perfectísimas facciones, y las dos por último eran conocidas de Eduardo, la primera por haber estado aposentado en su casa, siendo subteniente, y la segunda por ser amiga de la primera. La una, llamada Dolores, que era la antigua patrona de Eudardo, estaba casada con Juan Koviralta, trabajador en la misma fábrica que ella, tendido hacia ya mas de un mes en el lecho del dolor, á causa de un tropiezo que esperimentára con la máquina, que poniendo en inminente peligro su existencia, le fracturó un brazo lastimándole terriblemente la cabeza y el cuerpo, en términos de no poderse levantar de la cama lo menos en doble tiempo del que llevaba, segun el parecer del

facultativo que le asistia: el niño que trabajaba con ella, segun lo anunciaban sus facciones, era hijo suyo, y además de él tenia en casa una niña de tres años que servia de consuelo y de algun alivio á su padre, mientras el niño y la madre trabajaban para sostenerles. La otra, llamada Lucila, era soltera y queria tanto á Dolores, que por estar en su compañía no habia aceptado el trabajo de otras fábricas, donde al menos la hubieran tratado con mas consideracion que en la de Padrast: este la tenia muy grande con Dolores, y ejercia con ella la *gran generosidad*, que en idéntico caso no habia ejercido con ninguno hasta la fecha, de darla, mientras la enfermedad de su esposo, la mitad del jornal, que siendo este de ocho reales diarios cuando trabajaba, estaba ahora reducido á *cuatro*; pero como mas adelante tendrá ocasion de observar el lector, la virtud era lo que menos influia en el ánimo del avaro fabricante al dar *sin ganarlos* estos cuatro reales al esposo de Dolores; daba tambien tres reales y medio de jornal á esta, otros tres y medio á Lucila, un real al hijo de la primera y otro real á la niña, sobrina de la segunda: resulta, pues, que Dolores percibia ocho y medio reales diarios, los cuatro por su esposo, tres y medio por ella y uno por su niño; con ellos tenia que sostenerse, sostener sus dos hijos y soportar la enfermedad de su marido, á quien no queria llevar al hospital aun á costa de las mayores privaciones, y gracias que tanto ella como su marido ganaban proporcionalmente unos jornales de los mayores que se dan en estos establecimientos.

Sumamente grata fué la sensacion que esperimentaron nuestros viajeros al entrar en la gran pieza de depósito y ver á aquellas dos jóvenes, á

cual mas hermosas, á cual mas interesantes, entretenidas con verdadera satisfaccion en proporcionarse el sustento con su trabajo, y sobre todo Masalegre, solo con verlas dió por bien empleada desde luego la regular travesía que tuvo que hacer para enterarse de la fábrica de Padrás y la que al instante le esperaba para visitar al mismo en la *Calle Nueva*, y luego volver á la fonda del Universo. Con la sonrisa en los labios y la satisfaccion pintada en sus semblantes contestaron las dos jóvenes á la salutacion que las dirigió Eduardo, á quien al momento se arrojó el niño, sobre cuyo hermoso aunque pálido rostro estampó nuestro oficial un ardiente y cariñoso beso.

—¿Parece que estás algo pálido, hijo mio? dijo Eduardo, soltando el niño de sus brazos para que volviese al trabajo... ¿estás malo?...

—No, señor... contestó el niño.

—Ha pasado algo mal la noche el pobrecito... dijo su madre: un amago de cólico... pero al momento quedó bien.

—¡Pobrecito!... ¿y qué tal Juan? dijo en seguida Eduardo, dirigiéndose á Dolores: no he podido ir á verle en estos dias...

—Sabe que ha venido vuestro padrino, contestó Dolores echando una dulce mirada sobre D. Perrondo. Supongo que los señores son...

—Vuestros servidores, dijo D. Perrondo con su ordinaria afabilidad.

—Mil gracias.

—Igualmente que de esta bella señorita, añadió Masalegre, fijando risueño sus ojos sobre Lucía.

—Gracias, contestó esta con una sonrisa encantadora.

—¡Oh, por supuesto, dijo Eduardo: ya sabe la

señorita Lucila que es sumamente encantadora y que se la quiere de todas veras.

—¿Teneis gana de broma, mi teniente?

—¡Y quién es el que no quiere lo bello! dijo no sin entusiasmo Masalegre.

—Ya veo yo que son muy galantes los castellanos, dijo Lucila con graciosa coquetería.

—No, hija mia; ahora no somos mas que justos, dijo D. Perrondo.

—Gracias, repuso Lucila: tambien nuestro teniente sabe que tanto Dolores como yo correspondemos á la amistad con que nos honra...

—¡Oh! sí, sí, dijo Eduardo... solo que vos me ocultais vuestros *trapillos*... pero yo aprenderé donde se esconden... ¡picarilla!...

—¡Já! já!... descuidad, D. Eduardo... cuando llegue la ocasion ya contaré con vos como buena amiga...

—Por mi parte acepto la oferta... pero...

—¿No sabeis que no tengo padres?

—¡Buena alhaja! por lo mismo sois ya mayor de edad, dijo Eduardo sonriéndose. Pero ¡caramba! tiempo nos vendrá de bromear... con que Dolores, ¿decís que Juan no está peor?

—No señor.

—Mi padrino quiere tener el gusto de verle...

—¿Para qué os habeis de molestar, señor? dijo Dolores mirando á D. Perrondo con una espresion de inmenso reconocimiento.

—Nos servirá de satisfaccion, dijo Masalegre.

—Gracias, señor.

—Sí, sí, añadió D. Perrondo.

—Ya sé, repuso conmovida la esposa de Roviralta, que sois humanitarios...

—No, no... sois amigos de Eduardo y por con-

siguiente le seis ya nuestros, repuso D. Perrondo mirándola con ternura: con que... tendremos el gusto de verle.

—Sí, sí, añadió Eduardo; procuraremos ir los tres á la noche... ¡Cuidado con que falteis, Lucila! sabeis que el enfermo no nos puede dar mucha conversacion, y yo me comprometo á acompañaros á casa.

—Los tres tendremos esa honra, dijo Masalegre.

—Sí, sí, añadió D. Perrondo.

—La honrada seré yo, dijo Lucila: por mi teniente y los salvadores de Vicens, añadió con seductora sonrisa, haria yo cualquier sacrificio.

—Gracias, hermosa, dijo Masalegre.

—¡Hola, Pepito! ¿parece que te cansas ya, hijo mio? dijo Eduardo mirando con tierna solicitud al niño de Dolores.

—¡Cáa! no señor... dijo el pobre niño ruborizándose; pero luego iremos á casa... ¿no es verdad, mamá?

—Sí, hijo mio... ¡pobrecito! dijo su madre contemplándole con ternura; el infeliz lleva ya trabajando toda la mañana y se siente algo rendido.

—No está tan acostumbrado como mi Julia, dijo Lucila.

—¡Qué pronto ganan ya la vida estas criaturas! esclamó Masalegre.

—¡Ah! y gracias, señor, que nos le admitan en estos establecimientos, dijo Dolores... lo que es el mio, me le tiene aquí el señor Padrast por favor desde el desgraciado acontecimiento de su padre.

—¿Y qué es lo que ganan estos niños? preguntó D. Perrondo á Dolores.

—Un real... para pan solamente... pero hay muchachos de real y medio y aun de dos...

—Y vos... ¿qué ganais?

—¡Oh! lo que es nosotras... ahora ganamos tres reales y medio diarios; pero hasta hace muy poco tiempo solo hemos ganado tres; y hay mujeres que no ganan mas de dos y medio y dos...

—Y los hombres... ¿qué suelen ganar?

—Los hay de cinco hasta diez reales; pero lo mas comun es de cinco á ocho (1).

—¿Y por *un real* teneis sujeta aquí esta criatura? dijo á Dolores Masalegre... ¿no estaria mejor en la escuela?

—¡Ya lo creo, señor!... pero no podemos sostenerle en ella...

—¿Pues tanto cuesta? además, ¿no hay en Barcelona escuelas gratuitas? repuso Masalegre.

—Ya se ve que las hay, y en todas ellas con arreglo á la ley, creo que se manda admitir niños de balde; pero ¿qué adelantamos con eso? lo que menos importaria seria el pagar al maestro... los pobres no podemos llevar nuestros hijos á la escuela asi que llegan á los cinco ó seis año, porque necesitamos su jornal para mantenernos y mantenerles á ellos... ¡ya creo yo qué iria el mio á instruirse, si no consistiera mas que en el corto honorario mensual! pero necesitamos trabajar los dos para comer, y ahora mas con motivo de la enfermedad de su padre... yo no quiero llevar al hospital á

---

(1) Segun se vé en el *Diccionario* del señor Madoz, tomo III, pág. 466, ganan *mensualmente*, dedicados á la industria algodonera en Barcelona, 1,450 muchachos y muchachas 81,300 rs.; 5,331 mujeres 489,760 rs., y 9,743 hombres 2.077,530 reales, que respectivamente dan unos sueldos aproximados á los que arriba dejamos consignados.

mi marido mientras lo podamos ganar para él mi hijo y yo, y mientras el señor Padrast...

—Sí; ya sabemos que le abona ahora la mitad del sueldo, dijo D. Perrondo.

—¡Mezquino! ¡de cuántos fabricantes sé yo que en idéntico caso han abonado todo el jornal y aun algo más!... esclamó Lucila... Pero no lo oiga por ahí ese demonio de administrador, añadió mirando en direccion de la puerta.

—Sea como quiera, mujer, dijo Dolores con admirable conformidad.

—Tiene razon Lucila, dijo Masalegre: en vez de cercenarle, ha debido aumentar el jornal á su marido de Vd,.. esa es una mezquindad inhumana, que hace muy poco favor á Padrast... yo desde luego, si fuera legislador, le habia de condenar por ella á que ejerciese ahora, *que bien sabe*, el oficio de su marido, teniéndole por añadidura á media racion de pan y agua.

—¿Ves, Dolores? repuso Lucila... ¿ves cómo ningun hombre honrado aprueba el proceder de Padrast?,.. tú no lo quieres creer, pero al fin y al cabo hemos de tener que dejar á este pirata... vamos, yo no le puedo arrastrar... si no fuera por su hija... ¿no es verdad, mi querido teniente? añadió sonriéndose y mirando á Eduardo.

—¡Je! ya te entiendo, picarilla... pero os tengo dicho que he de descubrir vuestros *trapillos*, dijo Eduardo.

—Volvamos á nuestro asunto, dijo bastante afectado D. Perrondo dirigiéndose á Dolores... y cuando vuestro marido ha estado bueno y les ha habeis ganado un completo jornal, ¿no habeis pedido tampoco mandar á vuestro hijo á la escuela?

—No señor, porque ha de contar Vd. con las enfermedades, en particular con las que son inseparables de nuestro sexo y con que aquí son casi todos los comestibles: hay que contar tambien con los dias de fiesta, necesarios para el descanso, fatales porque en ellos comemos y no ganamos, y sobre todo con los alquileres de las casas, que están sumamente subidos... Cuando D. Eduardo estuvo de huésped mio en el año último, tenia la fortuna de vivir en una buena habitacion y en buena calle por cuatro reales diarios; mas como el propietario me pidió luego seis, tuve que abandonarla y retirarme á la en que vivo, que aunque solo me cuesta *cincuenta* reales al mes, carezco de toda clase de comodidades; y lo que es peor, no puedo tener huéspedes que, sin salir de mi casa, me darian mas producto que no el trabajo que ejerzo, abandonándola casi por completo igualmente que á mi familia... ¿cómo quiere Vd. en vista de esto que lleve á mi hijo á la escuela, si necesito su pequeño jornal, que irá aumentando á proporcion que vaya entrando en edad?... Mas no creais por eso, que yo tengo abandonada la educacion de mi hijo... D. Eduardo sabe que su padre, que por fortuna lee y escribe regularmente, se ha propuesto enseñarle, dándole lecciones por el medio dia y por la noche...

—Y D. Eduardo tambien me las daba cuando vivia con nosotros, dijo el niño con encantadora naturalidad, echando una tierna mirada al oficial.

—Hijo mio! dijo su madre enternecida... ¡cómo se acuerda de ese, en particular ahora, que su padre no le puede dar lecciones!.. continuamente me está hablando de cuando le enseñábais á leer con aquella baraja de figuritas pintadas y de le-

tras, que vos le comprásteis y que todavía conserva.

—¡Caramba! ¡qué torpe he sido! esclamó Eduárdo llevando su diestra á la frente... ¡acaso he dado yo en ello!.. Mira, hijo, continuó dirigiéndose al niño; mientras esté tu padre en la cama, procuraré ir á darte leccion al medio dia... ¿sí, Pepito?

—Si quereis vos... dijo el niño.

—¿Pero tú quieres? le dijo D. Perrondo.

—Sí señor... yo quiero aprender á leer y escribir bien, ganando para comer, repuso Pepito con una formalidad que no pudo menos de admirar y conmover al propio tiempo á nuestros viajeros.

—¡Buen mozo! esclamó Masalegre... ¡Qué contraste ofrece esta criatura con el nietecito de Pedrast!

—¿Quién? ¿con Senén? dijo Lucila... ¡mejor diablillo!

—¡Oh! aquel ya tendrá maestros, dijo Dolores, que vayan á su casa á enseñarle bien y pronto...

—O á corromper su espíritu y su corazon, dijo don Perrondo... ¿qué sabemos? ¡Oh! ¡oh! continuó en un tono como de inspiracion contemplando con infinita ternura al hijo de Dolores... ¡ofrece el mundo de contínuo tantas y tan sorprendentes peripecias!.. *sí: tal vez este niño llegue á ser hombre*, mientras que Senén, si no pone enmienda su padre á la mala educacion de su abuelo, permanezca niño toda su vida. Pero ya es hora, añadió con todo cuidado al ver la impresion que sus últimas palabras habian hecho en el ánimo de la madre del niño, de visitar á nuestro *tesorero*...

—Sí, sí, dijo Masalegre: haremos la *primera sangría* á ese bergante, que le ha de ser casi tan dolorosa como si hubiera de perderla.

—Con que, ¡hasta la noche... prosiguió D. Perrondo: adios, hijo!

Estampó un beso sobre el hermoso aunque macilento rostro de Pepito, otro sobre la pura frente de Lucila, y salió de la sala de depósito en busca de la escalera, seguido de Eduardo y Masalegre.

Encamináronse los tres á casa de Padrast, que les entregó mil duros en buenas monedas de oro y catorce mil en billetes de banco, y antes de las dos de la tarde estaban ya de vuelta en la fonda del Universo. Al entrar en su habitacion, el asistente de Eduardo entregó á este una carta y otra á D. Perrondo: la primera estaba escrita por una mujer de corazon puro, tierno, entusiasta, enamorado; la segunda por un hombre de corazon acaso tan puro, grande como la ciencia, sublime como la virtud: la de Eduardo decia así:

«Barcelona y octubre... de 184...—Mi querido Eduardo: acabo de levantarme despues de una noche de insomnio feliz, sí, feliz, porque la he pasado recreando mi imaginacion con un presente en estremo lisonjero, con un porvenir lleno de goces tan puros é inocentes como nuestros jóvenes corazones... ¡Oh! yo no te puedo asegurar, como quisiera, si está ya cercana nuestra dicha; pero el corazon me anuncia que tu padrino, ese hombre estraordinario, que ha dejado honda huella en el alma de tu Adela, de mi hermana y aun de mi padre, ha de ser nuestro ángel salvador... ¡Yo que en mi inocencia me llegué á sorprender del ingenioso giro que supo dar á su conversacion en obsequio de los dos! ¡pécia de mí! ¡cuán pronto conocí que era el hombre mas grande que existe sobre la tierra!... Pero, ¿por qué no procuraste, antes de venir con él ante tu Adela, enterarla de

lo noble, lo heróico y grandioso de su corazon? mas, ¿qué digo? tal vez no hayas tenido tiempo... acaso hayas querido sorprender á mi padre, haciéndole ver por de pronto que eres digno de mí... Probablemente vendrás á casa con tus dos amigos antes que recibas esta; pero ¿cómo resistir á la tentacion, á la imperiosa *necesidad*, de comunicarte cuanto antes las seductoras imágenes que embargan y deleitan mi espíritu en este momento? ¿cómo dilatar un instante siquiera el participarte por esta, que encomiendo al correo, lo que siente mi alborozado corazon desde que ayer salísteis de esta casa?.. por otra parte, ¿podemos comunicarnos nuestros sentimientos estando presente mi padre?.. Es cierto que este por de pronto ha quedado estupefacto, absorto, con la presencia, los modales y el gran corazon del noble castellano... él mismo no sabe lo que pasa en su interior desde que aquel le anunció que además de tu padrino, es tu curador, tu decidido *protector*: nada me ha dicho ni ayer tarde, ni ayer noche... ¿qué significará esto...? Pero ya sabes quién es... ¡es mi padre, y nada puedo decir que sea en su perjuicio...! ¡mas ahora tenemos en nuestra ayuda á tu padrino! ¡oh! ¡cómo se desahoga mi pecho al estampar en el papel esto que siente mi corazon, que quiero que sienta él tuyo...! A Dolores no la he visto por aquí hace dias; ¿si será porque esté peor su pobre marido? Sácame en la contestacion que por ella me mandes de esta duda cruel... ¡Adios, querido mio! Nada mas tiene que decirte que el de ayer fué uno de los dias mas felices que han pasado por tu

ADELA.»

La que recibió D. Perrondo estaba concebida en los términos siguientes:

«Mi querido amigo: pongo en vuestro conocimiento como nuestro Roberto se halla ya completamente restablecido: ayer, despues que os marchásteis, no sin gran sorpresa mia, se levantó de la cama tan fuerte y cabal como si nada hubiera padecido su cuerpo ni su espíritu... ¡Oh! ¡cómo le alienta la sola esperanza de veros, de abrazaros, de ofreceros una vida que con razon dice no le pertenece...! En esta misma tarde hemos dado un largo paseo por la carretera que conduce á esa ciudad... la vista solo del puente le horrorizaria, le volveria loco... toda su conversacion ha girado sobre vos y Masalegre, pues que ni puede hablar de otras personas que de los dos, ni de otra cosa que de su estravío... ¡y cuán reconocido está, amigo mio! ¡qué conforme se iria á la Argelia, al Cáucaso, al mas remoto confin del mundo, á servir de soldado raso, primero que atentar otra vez contra su existencia! A todo trance quiere abandonar cuanto antes esta villa, donde no pueden menos de asaltar de continuos dolorosos recuerdos á su alma noble y heróica... yo soy tambien de opinion que nos deje lo mas pronto, y probablemente pasado mañana tendrá la satisfaccion de verse con vos: si me lo permiten mis ocupaciones, le iré acompañando, y si no, de cualquiera manera me proporcionaré el gusto de abrazaros en estos dias; esto es, antes que espire el presente mes. Soy con la mayor consideracion su atento amigo,

JAIME ROSSELL, médico de Molins.

Octubre... de 184...»

CAPITULO V.

LOS OBREROS.

La noche era apacible y en estremo encantadora: ni la mar estaba alterada, ni el aire tenia el menor movimiento perceptible, ni la mas pequeña nubecilla turbaba la marcha magestuosa al par que melancólica de la luna, cuya prestada luz alumbraba las calles y plazas de la gran *Barcino*, dándolas el brillante color de la plata. Con todo, no se veian aquellas cuajadas de la bulliciosa muchedumbre que las recorre cuando el astro por escelencia luminoso está sobre el horizonte: la mayor parte de los trabajadores habíanse retirado á descansar en sus respectivas viviendas de las ímprobas faenas del dia, para poder empezar con otras iguales ó mas penosas el siguiente: la poblacion flotante, que de contínuo se vé en la ciudad industrial, esto es, los marineros, que se suceden unos á otros todos los dias, como las generaciones de cierto tiempo, estaban ya recogidos en su inmensa mayoría en sus correspondientes buques, y el agudo sonido del clarin y el lúgubre y solemne de la campana habian hecho ya retirar tambien á sus destinos á una infinidad de vivientes, sujetos *á la fuerza* á la ordenanza militar, ó *voluntariamente* á implorar el auxilio del que *todo lo es y todo lo puede*. No estaba, sin embargo, en silencio la gran ciudad; todavía llegaban desde el interior del puerto hasta los paseos de su Rambla y otros puntos mas remotos, los acentos de tiernas, sencillas é insinuantes barcarolas, entonadas por alguno que otro marino, extasiado sobre la cubierta de su buque con el grandioso

espectáculo que á su imaginacion ofrecian la grata calma del firmamento, lo reverberante de las estrellas y lo sereno y límpido de las aguas del mar: no pocas personas del gran mundo, ricos propietarios, fabricantes y comerciantes, altos y medianos empleados, dirigíanse, ávidos de placer, ansiosos de fuertes emociones en la música y el canto, al gran teatro del *Liceo*, el mas capaz y magnífico de Europa, incluso el tan celebrado de la *Scala* en Milan; mientras que otras, en general mas modestas ó menos acomodadas, hacian sentir sus pisadas por las enlosadas calles en busca del *Nuevo Teatro de Capuchinos*, destinado á la declamacion; y por último, esbeltas y seductoras damas y elegantes caballeros cruzaban tambien en opuestas direcciones tras los gratos solaces que pudieran proporcionarles los brillantes conciertos y las recien abiertas aristocráticas tertulias.

Verdaderamente que tenia un poco de loco y otro poco de filósofo aquel que dijo que *el mundo no es mas que una gran jaula de dementes*: mientras unos gozan, otros padecen; mientras unos rien, otros lloran; y mientras estos cantan, rabian aquellos: en esto no vemos mas locura que en la cabeza del que de locos calificó á los humanos, porque el mundo no puede menos de ser así; pero si se medita un poco sobre la indeferencia con que unos miran la posicion de los otros, no podremos menos de convenir en que aquella calificacion no deja de encerrar una gran dósis de filosofía.

Mientras tantos séres mas dichosos... ó acaso mas desgraciados, marchaban en busca de ruidosas y gratísimas emociones, en un cuarto tercero de una casa sita en la angosta y oscura calle de San Ben, no lejos de la *placentera de Trentaclaus*,

ni de la fábrica de Padrast, dos mujeres llenas de juventud y de hermosura, que no hacia mucho acabaran de llegar de ganar con sus manos el diario sustento, estaban á la cabecera de un enfermo despues de haberle suministrado una de ellas un ligero caldo de vaca y haberle curado con sus blancas y delicadísimas manos algunas de las heridas que tenia en su cuerpo y en su cabeza: no estaban solas las interesantes jóvenes: sobre el amoroso regazo de la una, descansaba entregada á un dulce y tranquilo sueño una hermosísima niña de tres años, á cuyos sonrosados labios asomaba la mas angelical y encantadora sonrisa... ¿y por qué habia de turbar su plácido ensueño ningun accidente desgraciado? ¿qué le importaba á ella el mundo, ni sus infinitos sinsabores? ¿no vendria tiempo en que estos turbasen por varios estilos y acaso de una manera cruel la paz de su espíritu, la calma de su corazon...? Reclinado sobre el seno de la otra un niño de cinco años, de bella fisonomía tambien, ora miraba con una espresion de sentimiento, desconocida generalmente á su tierna edad, al hombre que estaba postrado en el lecho, ora á la jóven que tenia en sus brazos la niña, como en demanda de algun alimento que recuperase las fuerzas de sus cansados miembros... Creemos que sin esfuerzo alguno habrá ya conocido el lector á los actores de esta escena, que no eran otros que Juan Roviralta, marido de Dolores, esta que era la que tenia entre sus brazos á su hija, y la alegre é interesante Lucila, contra cuyo seno descansaba la hermosa cabeza de Pepito.

El cuarto ó habitacion en que vivia la familia de Roviralta se componia solamente de tres pequeñas piezas correlativas que daban á la calle, y

de una cocina seguida de un chirivitil oscuro, separadas de aquellas por un estrecho tránsito: la primera, adornada con una docena de sillas muy decentes, un pequeño sofá con su colchoncito de algodon, una mesita de tocador, una cómoda usada, un brasero con su caja, cuatro felpos y unos cuantos cuadros de papel con sus correspondientes marcos, era la mas capaz de las tres, y Dolores la tenia destinada esclusivamente para recibimiento de las pocas personas que pudieran visitarla; la segunda, mucho mas pequeña, contenia solo dos catrecitos y dos pequeños baules destinados para sus dos hijos; y la tercera, que además de su puerta que daba al tránsito tenia otra pequeñita que la comunicaba con la segunda, servia de dormitorio al matrimonio, y no encerraba mas muebles que dos catres muy regularmente dispuestos, dos grandes baules, una larga percha, ocupada á la sazon por vestidos de Dolores y Roviralta, seis sillas sencillas de paja y una mesa de pino, sobre la que se veian trapos, vendas y varios tiestos sin duda con medicinas para el enfermo: el aseo y el gusto mas esquisitos habian presidido en la colocacion del modesto ajuar de la pobre Dolores, que tendria mejor alhajada su habitacion, á no haberse visto en la precision de vender los mejores muebles que poseia para soportar los gastos de una enfermedad, que con ocasion de un mal parto la acometiera no hacia aun un año completo.

—Pero ¿por qué no das de cenar y acuestas en seguida á ese niño? decia el enfermo con voz doliente á su esposa... ya es hora para él.

—Pero, hombre, decia Dolores; ¿no lé has oido que mientras no vengan D. Eduardo y su padrino se quiere estar aquí?

—Pues déjale que se esté con nosotras el pobrecito, dijo á la sazon Lucila: ya no deben tardar esos señores; además de que lugar tiene de dormir en toda la noche... ¿no es verdad, Pepito?

—Así es, respondió el niño; yo quiero ver á don Eduardo y á aquel señor tan guapo que me besó esta mañana.

—Pues dále sino de cenar, repuso Roviralta.

—Eso sí, dijo Dolores; lo haré así que acueste é la niña.

—¡El buen señor Solís! ¡qué jóven mas bello! esclamó Roviralta... no he visto un corazon como el suyo.

—Acaso sea tan bueno, por no decir mejor, el de su padrino, dijo Lucila.

—Sí, sí; ya me ha enterado Fabra... pero mejor no puede ser que el del señor Solís... ¡y qué ganas tiene aquel de ver á nuestro teniente!

—Ya se vé... como que hace ya cuatro dias que no le ve...

—No; si no es por eso: segun él dice, tiene que comunicarle una cosa importantísima.

—¡Oh! lo que es Fabra siempre tiene noticias que comunicar, dijo Dolores... sin duda anda á caza de ellas.

—Es que el dueño de su fábrica es mas tolerante y humanitario que Padrast, dijo Lucila: allí no tratan á los trabajadores como á perros: les dejan hablar, porque la lengua nada tiene que ver con los brazos... así es como quiero yo trabajar... ¿para que nos ha dado Dios la sin hueso?

—Vaya; yo voy á echar á la niña, dijo Dolores: ¡qué bien ha cogido el sueño el angelito! añadió contemplándola con inefable ternura.

—¿Y á darme de cenar, mamá? dijo Pepito.

—Sí, hijo mio.

—Pues vamos ahora mismo, dijo Lucila; yo alumbraré, que Juan no necesita nada en este momento.

—No, no, dijo Roviralta.

Apenas habian trascurrido siete minutos, durante los cuales el niño de Dolores tomó una cena poco mas abundante que la necesaria para un pajarito, cuando sonaron tres golpes acompasados á la puerta de la habitacion.

—¿Serán los señores? dijo no sin emocion Dolores.

—No mujer, dijo Lucila; es Fabra; le conozco en el llamar; voy á abrirle.

—¡Hola, mi querida Lucila...! dijo el recien entrado: ¿ha ido bien?

—Mejor que he querido.

—¿De veras...? yo me alegro de eso... ¿y Juan?

—Bien está ahora, respondió Dolores; nunca le he visto mejor.

—¿Pues cómo...?

—Tiene motivos para ello... pero entremos en su cuarto, repuso Dolores.

Era el recien llegado un jóven de treinta años, alto, fornido, de larga y espesa barba, ojos grandes y negros y nobles y pronunciadas facciones: un gorro catalan cubria su cabeza, y una blusa de tela de algodon caia hasta la mitad de su pantalon de paten azulado con franjas verdosas.

—¡Hola, Juan...! dijo el mancebo dirigiéndose al enfermo: me acaba de decir Dolores que te sientes mejor que nunca, ¿eh?

—Sí, me siento bastante animado.

—¿Sabes en qué consiste, Fabra...? dijo Lucila;

en que va á venir D. Eduardo, acompañado de su padrino y su criado.

—¿De veras? dijo Fabra con extraordinaria alegría.

—Sí, nos lo han prometido...

—¿Quiénes?

—Ellos mismos.

—¡Cómo!

—¡Toma...! han estado esta mañana á ver la fábrica de Padrast, se han entretenido con nosotras mas de media hora...

—Casi no lo creo.

—No tenga Vd. duda, Fabra, dijo Dolores.

—¡Oh! ¡oh! continuó Lucila; el padrino es tan llano, tan noble, tan guapo como el ahijado...? nada digo de su compañero; quieren ver á Juan, pasar aquí el rato con nosotras...

—¡Caramba! ¡cuánto me alegro de haber venido...! esclamó Fabra; por poco me comprometen allá mis amigos *Gispert* y *Buquerol* á ir á una junta de obreros para tratar de no sé qué asociacion de socorros mútuos para los enfermos... pero ya se vé; yo me disculpé con venir á ver á Juan y... para un hombre que no hace ocho dias se ha declarado *formalmente*... añadió mirando á Lucila con amoroso respeto.

—Sí, sí, dijo esta desentendiéndose de las últimas palabras de Fabra; has de saber que les tengo de *caballeros* mios esta noche... les tengo á mi disposicion, añadió con graciosa coquetería echando una dulce y escudriñadora mirada sobre el arrogante mancebo.

—¡Hola! esclamó este sonriéndose: ¡loquilla...! ¿con qué se han brindado á acompañarte?

—Sí, todos tres.

—Ponte, ponte ancha mujer, repuso Fabra, ¿y no me concederás á mí semejante honor?

—¡Qué torpe eres! eso es ya cosa de ellos.

—Tienes razon, querida: nadie discurre peor que un amante, pero por eso no me he de enojar... conozco bien á mi teniente...

—Ahora eres mas torpe, dijo Lucila con aparente gravedad.

—Vamos; no me martirices, tirana; hablemos de su padrino...

—Sí, sí.

—Pues bien; habeis de saber que hoy toda la conversacion con mis compañeros ha sido acerca de mi teniente y de sus nobles paisanos; como les he leido en estos dias el periódico... pues; ya sabeis que yo sé leer bien, merced á los frailes capuchinos que me enseñaron hasta de gramática, y que, entre paréntesis, no éran tan malos como algunos que se llaman liberales... pues! tan entusiasmados los tengo á todos con la accion heróica sobre mi capitan, que el dia que quisiera disponer de ellos para cualquier cosilla que se les ofreciese, para cualquier jarana en que se metiesen, los levanto en masa á su favor.

—Hombre, tú no piensas mas que en *jaranas*, dijo Lucila.

—Nada de eso, querida: yo no pienso mas que en trabajar, y ahora mejor, que me quiero casar contigo... Yo soy un hombre eminentemente pacífico si no se meten conmigo.

—Sí serás; pero todos sabemos que si no es por D. Eduardo ya estás en el otro mundo, y luego gracias que, atendiendo á lo reciente de tus heridas y á lo que él trabajó por tí, pudiste lograr el

quedarte en *Cádiz*, que si no puede ser que te hubieran enterrado en la isla de *Pinos*.

—¿Y qué?... ¿eso prueba que yo no soy hombre pacífico?... yo aborrezco á los déspotas que nos quieren tratar á los trabajadores como bestias, v. gr., á Padrast; aborrezco las leyes malas, como la de quintas... ¿por qué me marché yo con mi capitan Vicens?... por la ley de quintas: querian llevarme á mi hermano menor y al hijo mayor de mi hermana Antonia, *á la fuerza*, á batirse *contra su voluntad*, por los ricos, mientras estos se libran de las balas por el dinero... ¡pues! yo no quiero quintas, como buen catalan, como buen liberal: el que quiera ser soldado que lo sea: cuando llegue el caso, ya sabe la patria que aquí me tiene para defenderla, como lo hice en la guerra civil, siendo individuo del 12.º ligero, de aquel valiente batallon de la *Blusa*... No es esto decir que haya quedado aficionado á salir otra vez al campo; eso no... Un soltero, añadió fijando sus ojos en Lucila, hace diabluras, porque nada se le pone por delante: el casado ya es otra cosa... ¡Oh! cuando yo sea casado no me meteré en ninguna *jarana*... á no ser en *casa*, y eso cuando yo conozca que hay necesidad de ella, que está de nuestra parte la razon, que hay buena fé en los *manipulantes* y un verdadero deseo de mejorar nuestra condicion .. ¡pues! lo que quieren muchos es valerse de nuestros brazos para realizar sus indignos fines, y luego que los consiguen, nos dan una patada que nos quitan los dientes: á mí ya nadie me engaña; ya no me alucinan las promesas, no me llenan el ojo las *celebridades*, ni me ofuscan el entendimiento los nombres... hechos, hechos, eso es lo que quiero: para ver un hombre de bien te encuentras

con cincuenta pícaros; muchos se llaman del *progreso*, y es porque no les dió el moderantismo lo que querian, ya en empleos, ó ya en otras cosas que son peores que los empleos: otros se dicen *demócratas*, y es porque no les dió el progreso, y tal hay que se llamará *rojo* en todas partes á título de ver si le tapan la boca... con ese dulce bocado que llaman *turron*...

—Tiene razon Fabra, dijo con acento apagado Roviralta.

—¡Vaya si tengo! repuso aquel; pero eso que nos prometen tantos no hay que esperarlo mas que del tiempo y de algunos hombres de bien como Vicens, Solís, eso que milita en campo contrario; su padrino y otros por el estilo, hombres, en fin, formales en cuerpo y en alma, que amen al prójimo como nos manda Jesucristo... vamos; cada vez que me acuerdo de aquel *chisgaravis*, un poco bizco y un mucho parlanchin, que fué el que mas nos comprometió á que nos marchásemos con los *centralistas*, y luego en vez de seguirnos se entregó á los que mandan porque le hicieron *alcalde-corregidor* de no sé dónde!... ¡Oh! desde entonces no tengo fé en ningun *chiquitin*... para mí todo lo que no sea llenar los cinco piés, tener una frente serena, dulce mirada y franca fisonomía... podrá ser bueno, pero no me entra de lleno...

—¡Silencio!... han llamado á la puerta, dijo Dolores... sí, sí; ellos son sin duda: vamos corriendo, y cogiendo la luz, se lanzó al tránsito seguida de su querida Lucila.

No se habia equivocado Dolores: fieles á la promesa que hicieron, no eran otros los que acababan de llamar á la puerta de su pobre habitacion, que D. Perrondo, Masalegre y Eduardo.

—¡Hola! ¡hola! dijo el último así que vió á las dos amigas... tan puntual como bella, tan hermosa como fiel á su palabra...

—¡Cuidado, mi teniente! ¡que tenemos quien nos oiga! dijo Lucila con una sonrisa seductora.

—¿Y qué importa que oigan la verdad? dijo Masalegre.

—¡Ah, picarilla! los trapillos, ¿eh? ahora, ahora nos entenderemos, repuso Eduardo marchando para la habitacion del enfermo... ¿y Juan, Dolores?

—Esta noche se siente mejor que nunca.

—¡Hombre! ¡cuánto me alegro! esclamó Eduardo... ¡Hola? añadió entrando en la habitacion y fijando su vista en Fabra, ¡tanto bueno por aquí!...

—Para lo que gusteis mandarme, mi querido teniente, dijo el jóven obrero: sabeis que todo soy vuestro.

—Gracias, amigo... ¿Y Juan? ¿cómo estamos? prosiguió Eduardo dirigiéndose al enfermo.

—Me siento mejor, dijo este levantando un poco su cabeza, envuelta en un gran vendaje, y fijando su triste mirada en nuestros viajeros.

—¡Quieto; ¡quieto! repuso Eduardo... Vd. no tiene que molestarse...

—No, no, dijo D. Perrondo.

—Estos caballeros, continuó Eduardo, son mi padrino y...

—Ya me ha dicho Dolores...

—Quieren tener el gusto de veros.

—¡Dios les premie su buena accion!

—Es mi deber, amigo mio, dijo D. Perrondo con una dulzura que no pudo menos de conmover al enfermo y á todos los circunstantes... la religion y la filosofía nos aconsejan visitar enfermos, aunque

no sea mas que para consolarlos; pero la amistad nos lo ordena imperiosamente... Ya dije á vuestra esposa esta mañana que siendo amigos de Eduardo lo sois ya nuestro.

—¡Tanto honor! esclamó el enfermo con el acento del mas vivo reconocimiento.

—Dejémonos de eso, amigo mio; el honor es recíproco, repuso D. Perrondo: sé por Eduardo que sois un hombre honrado, que teneis una esposa virtuosa, y esto basta para que nosotros os apreciemos... nada mas que como mereceis. Pero ¿cómo os sentis? yo tambien entiendo un poco del arte de curar, especialmente tratándose de simples heridas... aprendí algo de lo mucho que sabia el buen padre de Eduardo... ¿Teneis fiebre?

—En este momento creo que no.

—Pero siéntense Vds., dijo Dolores alargando una silla á D. Perrondo.

—Sí, sí; sentémonos, dijo este... ¿y el brazo?

—Le tengo entablillado.

—¡Oh! eso será lo peor, dijo Dolores... si quedará inútil para el trabajo, ¡Dios mio! ¿qué será de nosotros?

—¿Qué sabemos, señora?... yo, aunque no le he visto, no pienso tan tristemente... ¿y las heridas de la cabeza?

—Se van ya cicatrizando, segun dice el facultativo: las que creo que he de tener peor son las del hombro y el costado derecho, que fué el que mas sufrió.

—¿Qué facultativo os asiste?

—Un cirujano romancista.

—Otro Almogabar, dijo á la cazon Eduardo.

—Cuando no sea un nuevo Sebastian Lanceta, añadió Masalegre.

—¿Y qué remedios ha aplicado á las heridas? preguntó D. Perrondo á Dolores.

—Cataplasmas y no sé que emplastos... ahora acabamos de curarle: apenas llegamos de la fábrica cuando ya se presentó el cirujano.

—¿Le ha sangrado mucho?

—Al principio le hizo cuatro evacuaciones.

—Eso es... debilitar mas la naturaleza. Y de alimentos, ¿cómo estamos?

—Lo que há que está enfermo no ha tomado mas que caldos y alguna que otra yema.

—Sí, martirizadores, verdugos: eso es lo que son la mayor parte de los cirujanos romancistas... vos no podeis llamar á un buen facultativo, porque os costaria caro... sí, sí, el pobre, que es el que mas necesita de buenos facultativos, no se vé visitado en sus dolencias mas que por esa *turba multa de matasanos*, que en general llevan malamente el nombre de cirujanos... Vamos, sin perjuicio de que os visite dentro de dos ó tres dias un facultativo amigo mio, que se halla ausente, permitid que vea yo vuestras heridas... no siento mas que me deis otro mal rato...

—¡Quiá! no señor, dijo el enfermo con admirable conformidad.

—Pues vamos á ver, repuso levantándose D. Perrondo: si yo puedo hacer algo, lo haré desde luego, porque no quiero que se retrase vuestra curacion; pero si es cosa que no está á mis alcances no habrá otro remedio que aguardar á mi amigo.

—¿Pero vos le habeis de curar, señor? dijo Dolores asombrada.

—Sí, menos la fractura, que quedará á cargo de mi amigo, creo que lo d más soy yo quien para curarlo... ¡pronto, pronto! continuó con energía,

viendo que Dolores y Lucila permanecian aun sentadas; vamos á ver qué aspecto presentan las heridas.

Alumbrada por Lucila, medio conturbada su mente por la inopinada determinacion de D. Perrondo, impelida, digámoslo así, por una fuerza á la que ni queria ni le era dado resistir, desató Dolores, en medio del asombro de todos, si se escepta Macalegro, el vendaje que cubria la cabeza de su esposo, cuyas heridas no gustaron mucho á nuestro viajero por el mal color que presentaban y la no pequeña fetidez que de ellas salia; sin embargo, con objeto de animar al paciente y á su pobre familia,

—Esto no ofrece cuidado, dijo muy sereno despues de examinar las llagas un corto rato: la cataplasma creo que está retrasando la cicatrizacion: venga un poco de aceite comun en un plato, unas hilas, trapos y una venda limpia... con el alcanfor es cosa de ocho dias... Vamos, vamos, añadió con ilimitada confianza, viendo que Dolores le miraba entre dudosa y agradecida; repito que esto es cosa de ocho dias... no tengais cuidado.

—Aquí ha de estar todo sobre la mesa, dijo Lucila.

Presentaron las dos bellas jóvenes á D. Perrondo lo que acabára de pedir; sacó este de su bolsillo un papel que contenia una porcion de quina y un pómito lleno de alcanfor hecho polvo por la accion del espíritu de vino, y envolviendo una buena parte de aquella sustancia volátil en el aceite, cogió un trapito, con el cual bañó, humedeciéndole en el líquido, las heridas de Rovira; colocó luego encima de ellas unas hilas, que

rocío con quina y polvos de alcanfor, y en seguida ayudó á poner el vendaje de la manera mas conveniente. Examinó acto contínuo las heridas del hombro y del costado, y observó no sin dolor que presentaban tan mal aspecto, que podria ser muy funesto al enfermo si no se aplicaba luego el oportuno remedio; lavó la parte enferma con un poco de agua tibia, agujeró por una multitud de puntos un gran trapo, que empapó bien en el aceite alcanforado, y colóscle sobre las heridas, echando luego encima una capa de alcanfor en polvo, y cubriéndole de hilas empapadas asimismo en el aceite; lo sujetó todo, por último, con unas vendas, con encargo de no llegar á ello en dos ó tres dias, esto es, hasta que viniese el facultativo amigo suyo, de despedir al cirujano romancista pagándole sus honorarios, y de suministrar algunos alimentos al enfermo para que recuperase poco á poco sus perdidas fuerzas.

Ya fuese porque realmente la limpieza de las heridas hiciese que estas no molestasen tanto al paciente, ya porque el lenguaje asaz dulce y consolador de nuestro viajero le inspirase una grandísima confianza, lo cierto es que momentáneamente sintó un alivio tan marcado, que sus amortiguados ojos se reanimaron, y el color algo lívido de su rostro fué reemplazado por otro, si bien pálido, mas natural. Con esto Dolores y Lucila contemplaban llenas de asombro y reconocimiento el noble castellano, y hasta el inocente Pepito le miraba con una espresion de gratitud angelical; pero Fabra, en quien la sola presencia de D. Perrondo, ya por su figura imponente y simpática, ya por lo que de él sabia, habia causado turbenta sensacion, al observar ahora su lenguaje,

sus modales, su resolucion y confianza para examinar y curar las terribles heridas de su amigo Reviralta, y el sorprendente y satisfactorio estado de este, no creia ver en él solamente un hombre: figurábase estar delante de un Dios á quien contemplaba con profunda veneracion, en términos que, aunque poco acostumbrado á genuflexiones, se hubiera adorado en aquel momento de rodillas á habérselo así mandado, ó á haber obedecido á los impulsos de su corazon.

—Pues señor, corriente, dijo D. Perrondo sentándose de nuevo en su silla; esta noche dormireis perfectamente, y si teneis mañana apetito, es preciso que comais cual si estuviéseis bueno..... lo que por de pronto os conviene es descansar.

—Como que me siento con ganas de ello, dijo Reviralta.

—Sí, sí, no puede menos de ser así, os dejamos solo para que reconciliéis el sueño.

—Pasaremos al cuarto inmediato si Vds. gustan, dijo Dolores.

—Sí, sí; la mucha conversacion no puede menos de perjudicar á las cabezas delicadas... ¿Y este mocete? añadió D. Perrondo dirigiéndose á Pepito, á quien Eduardo tenia entre sus piernas; ¿no tienes ganas de dormir, hijo mio?

—No señor, contestó el niño bajando su vista al suelo.

—No ha querido acostarse con el objeto de ver á Vds., dijo Lucila.

—¡Pobrecito! esclamó Masalegre.

—Pero ya es hora para él, dijo su madre: ¿no quieres ir todavia á la cama, Pepito?

—Como tú quieras, respondió el niño con humildad.

—Sí, sí, hijo mio; has cenado ya, has visto á los señores, que era lo que deseabas, y mañana *tienes que trabajar*.

—¡Pobre criatura! esclamó D. Perrondo... vaya, hijo; dános un besito á todos, y despues, que te acueste tu mamá.

Hízolo así el niño y en seguida le llevó de la mano Dolores al cuarto inmediato, donde le acostó. Acto contínuo, despidiéndose de Roviralta, se encaminaron todos á la pequeña pieza de recibimiento del pobre cuarto honrado artesano, donde las dos bellas jóvenes hicieron sentar á nuestro viajero en medio del sofá, colocándose ellas á sus lados.

Despues de consolar D. Perrondo á Dolores, asegurándola que las heridas de su esposo no ofrecian cuidado alguno, y que en cuanto á la fractura confiaba tambien en que su amigo el médico de Molins la curaria bien y pronto, Fabra, que estaba como suele decirse reventando por hablar, y mas como no habia podido desplegar sus labios con la conducta estraordinaria y sorprendente de nuestro viajero, dirigiéndose á Eduardo, dijo:

—Tengo que comunicaros una noticia importante, mi querido teniente... en estas últimas noches no he tenido el gusto de veros...

—Y yo tambien deseaba hablaros, mi amigo Fabra, dijo Eduardo interrumpiéndole, y lo deseaba delante de la encantadora Lucila.

—No, no, mi querido teniente, repuso Fabra; ya sé por donde vais ahora: no es asunto de amores el que os tengo que comunicar... el amor nos

vende sin necesidad de que le declaremos á las personas con quienes tratamos.

—¡Qué! ¿estamos metidos ya en otra gresca? repuso Eduardo sonriéndose.

—No, no...

—¡Ah! á propósito, mi querido padrino, dijo Eduardo... ¿no sabeis que este es el jóven á quien salvé como por milagro de las garras de los mozos de escuadra?

—¡Hombre! esclamó D. Perrondo mirando fijamente á Fabra.

—El mismo que os tiene consagrada su vida, porque os pertenece, porque es vuestra, porque como hombre honrado, aunque pobre, no cumple con otra cosa, dijo Fabra con entusiasmo.

—¡Guapo jóven! dijo Eduardo dando una palmadita en el hombro de Fabra: ya sé que sois agradecido.

—No seria honrado sino lo fuera, mi querido teniente: el ingrato debia ser escarnecido por todo el mundo como mas indigno y perjudicial que el ladron y el asesino.

—Teneis muchísima razon, amigo mio, dijo don Perrondo mirando á Fabra con singular satisfaccion.

—Yo soy así, caballero: el que me hace un favor es sagrado para mí... No digo nada de mi teniente, porque si ahora me mandara arrojar de una torre, lo haria sin titubear.

—¡Buen Fabra!... ¡yo agradezco esos hermosos sentimientos hácia mi persona! esclamó Eduardo; pero no os mandaré mas que vivais tranquilo, y que si llegais á unir vuestra suerte á la de la señorita Lucila...

—¡Por Dios, D. Eduardo! que eso es mucho

adelantar, dijo Lucila con graciosa coquetería.

—¡Hola! ¡hola! ¡parece que os descubro vuestros trapillos! ¡eh! pero no me querreis mal por eso, mi adorable amiga, porque yo no deseo mas que vuestro bien.

—Como yo, el de mi teniente.

—¡Oh! sí, sí, dijo Fabra con marcada impaciencia; pero repito que no es asunto de amores el que tengo que comunicaros... Desde que leí en los periódicos la accion heróica de estos caballeros, mi corazon fué todo suyo, como no podia menos... ¡Salvaron á mi capitan!

—¡Cómo! esclamó Eduardo.

—¿Cómo, pues, no habia yo de adorarles desde el momento que ví que vos, erais ahijado de don Ferrondo?... ¡este, salvador de mi capitan! ¡vos y mi capitan, salvadores mios!

—¡Cielos! ¡qué decís? dijo Eduardo... ¡luego Vicens!...

—¡Es mi capitan! la persona á quien amo tanto como á vos, la que disputó mi existencia á los mozos de escuadra, la que os bendijo al confiar á vuestro corazon leal y generoso mi espirante vida, encomendando la suya á la ligereza de su caballo.

—¡Oh! ¡oh! esclamó D. Ferrondo lleno de visible emocion... ¡qué feliz casualidad!

—El dedo de la Providencia, dijo Dolores.

—Sí, sí, la mano de Dios, añadió Lucila.

—Desde que llegó á mi noticia la accion de estos caballeros en Molins, continuó Fabra con entusiasmo, he andado en busca vuestra para decíroslo... era una pesadilla que queria echar de mi corazon... ¡ya estoy tranquilo! No tengo mas que decir sino que soy todo de estos caballeros, que

dispongan de mí como de su mas fiel y sumiso servidor.

—Gracias, gracias, amigo mio, dijo D. Perrondo contemplando al jóven con verdadero interés: no echaremos en olvido vuestros ofrecimientos. Vidons y vos vivireis juntos en nuestros corazones.

—Aceptamos vuestros servicios al propio tiempo que vuestra amistad, añadió Masalegre.

—Ese es demasiado honor para mí: me basta vuestro afecto, dijo Fabra.

—Pues bien, un afecto sincero es equivalente á la misma amistad, dijo D. Perrondo, y yo no tengo inconveniente en dispensar esta á los hombres de bien, sea la que quiera su posicion.

—Bien triste es la de un pobre obrero, caballero, repuso Fabra no sin alguna conmocion; pero cuando ofrece de buena voluntad lo que tiene, sus brazos y su corazon...

—No se puede exigir mas de él, dijo D. Perrondo. ¡Oh! ¡algo mas dichosos serian los mortales, si se convencieran de que en el mundo valen mas la virtud y la generosidad del corazon que los bienes de fortuna!

—Eso digo yo continuamente, caballero, dijo Fabra: ¿de qué le sirve al señor Padrast tener una fortuna colosal, sino conoce el valor de la amistad? ¿qué es lo que le sucede en medio de su opulencia? que es aborrecido, detestado de todos, como si fuera un réprobo... vamos, Dios me perdone; pero es hombre á quien no puedo arrastrar... solo tiene una cosa buena para mí... que quisiera que no le perteneciese.

—¿Cuál? le preguntó Masalegre.

—El ser padre de la señorita Adela, de ese án-

gel, á quien yo no puedo menos de mirar con veneracion, contestó Fabra echando una mirada de reconocimiento sobre Eduardo.

—¡Oh! ¡sí que es un ángel! esclamó con entusiasmo Dolores.

—El reverso de la medalla que su padre, añadió Lucila: vamos, yo soy de la opinion de Fabra; no le puedo arrastrar, y el trabajo en su casa es por no abandonar á Dolores.

—Y yo te agradezco, querida amiga, el sacrificio que estás haciendo en mi obsequio.

—Y las dos le hacemos, porque tenemos esa obligacion. ¡Oh! ¡oh! es una obligacion sagrada. ¿no es verdad, mi querido teniente? dijo Lucila con la sonrisa en los lábios.

—¡Qué buena pieza! dijo Eduardo.

—¡Oh! ¡oh! se conoce que son tus verdaderas amigas, dijo á Eduardo Masalegre: pero ¿tan malo es Padrast?

—Mas que la peste, dijo Fabra con resolucion: es un avaro y está dicho todo: inhumano, cruel, déspota, orgulloso con los pobres, bajo y rastrero con los poderosos; todas sus operaciones, todos sus pasos, todos sus pensamientos van dirigidos á *adquirir*... si puede quitar al pobre su jornal, lo hace; cuando está en su mano cercenar este lo cercena; cuando aquel no le hace mucha falta, le arroja de su casa; cuando en ella se inutiliza, la echa á morir al hospital... con nadie ha tenido la gran *generosidad* que con Roviralta, y dudo mucho que ella no encierre un fin siniestro.

—¡Cómo! dijo El Perrondo.

—Yo le conozco á fondo, caballero, repuso Fabra con una seguridad que no puedo menos de llamar la atencion de nuestro viajero: he trabajado

algunos años en su casa, y casi me atreveria á apostar que ese acto lleva consigo una idea secundaria.

—¿Y le creeis capaz...?

—De todo: os aseguro que su corazon es de mármol; no puede abrigar un sentimiento generoso... ya se lo he dicho á Dolores.

—Sí, sí, dijo esta... me haceis vivir prevenida...

—Y debes estarlo, querida mia, la dijo Lucila; yo opino lo mismo que Fabra y puedo decir sobre el asunto mas que él... tal vez mas que tú misma, porque tu alma angelical, incapaz de pensar siquiera en ruines acciones, cree que no caben en las de los demás

—¡Tal es nuestra suerte! esclamó Dolores, si bien tristemente, con la mayor conformidad.

—No, no; vuestra suerte no es esa, dijo D. Perrondo, Pero tal vez tengais razon, hija mia, añadió contemplando á Dolores con infinita ternura: sí, sí, lo es, ¡merced á la organizacion ruin y mezquina de la sociedad...! Sin embargo, por lo mismo es preciso desafiarla con heroismo hasta vencerla, ó sucumbir con honor .. sí, con honor... ¡y cuánto mas vale el honor pasado por el crisol de las asechanzas, que el que jamás ha sufrido la mas pequeña prueba!

—Terribles son las que nos aguardan á cada momento á los obreros, dijo Fabra: convengo con vos en que hay que desafiar á la suerte; pero ¿pueden sostener ese rudo combate mas que las almas heróicas? ¿no necesitan nuestros corazones estar dotados de una fuerza prodigiosa para no sucumbir en esa lucha desigual? ¡Oh! ¡oh! ¡es muy desigual esa lucha, caballero...! es la impotencia del pigmeo queriendo probar las colosales fuerzas del

gigante: la inseguridad en ocasiones de trabajo, la mala recompensa de este en otras, las enfermedades, una familia numerosa, todo esto produce la miseria, y la miseria... ¡oh! ya sabéis lo que es la miseria, caballero.

—*En la opulencia nada cuesta el ser virtuoso*, dijo don Perrondo: por lo mismo que sé lo que es la miseria, admiro en ella la virtud... No por eso quiero que la clase obrera esté sujeta á esas pruebas; todo lo contrario: ¡harto frágil es la humanidad para que deseemos esponerla á más contingencias que las que son inseparables de su naturaleza... yo quiero de todas veras que en medio de vuestras faenas tengais un presente menos amargo y que vislumbreis un porvenir, sino halagüeño, al menos tranquilo; quiero que se os recompense el trabajo nada más que como es justo, que no se os abandone cruelmente en vuestras enfermedades... esto lo quieren conmigo todos los hombres de corazon, y nada queremos de más, porque esto lo tienen hasta las bestias de carga... ¿por qué, pues, habeis de ser de peor condicion que ellas?

—¡Ah! ¡cuán bueno sois, señor! esclamó Lucía clavando sobre nuestro viajero sus hermosos ojos con una espresion de inmenso reconocimiento, de puro y acendrado cariño.

—¡Oh! sí, sí, dijo Dolores, á cuyas mejillas asomó una gruesa lágrima de gratitud.

—Eso es lo que queremos nosotros, dijo Fabra sumamente conmovido: los que digan que queremos otra cosa, nos calumnian... Los obreros somos los afluentes de un gran rio, que es el fabricante... ¡que este rio sepa que nos debe á nosotros la mayor parte de su inmenso caudal de aguas! no para que nos le dé, sino para que nos trate como

merecemos. Los que agotamos nuestras fuerzas con el trabajo, derecho me parece que tenemos á que se nos preste el auxilio conveniente para reuperarlas y volver otra vez á él; derecho nos asiste para que no perezcamos de miseria y de insulto nuestra posicion por los mismos que mas debian respetarla.

—¡Oh! sí, sí; veo que pensais con juicio y con honradez. No lo olvidaré.

—Lo que quiero que no olvideis es que teneis en mí un hombre dispuesto á sacrificar su existencia en vuestro obsequio.

—Y en nosotras unas fieles servidoras, dijo Lucía.

—Gracias, gracias, amigos mios, dijo D. Perrondo agradablemente conmovido. Yo he tenido una singular satisfaccion en pasar este rato con tan amable compañía, añadió levantándose. No será la última vez que nos veamos.

—Cuando gusteis venir, señor, mi pobre casa está á vuestra disposicion, dijo Dolores levantándose al propio tiempo que Lucía.

—Vos, continuó dirigiéndose á aquella D. Perrondo, no debeis afligiros por nada, vuestro marido se pondrá bueno... Somos dos médicos á curarle, añadió sonriéndose... esto es lo principal... lo demás, nada os debe amilanar, nada tiene que turbar ya la calma de vuestro noble corazon, y si en alguna ocasion se ve sujeta por cualquier accidente á rudas y crueles pruebas vuestra alma sensible, acordaos...

—¿De qué?

—De que somos amigos, dijo D. Perrondo tendiendo á Dolores su blanca mano, que estrechó

con efusion la mas blanca y delicadísima de la pobre esposa de Roviralta.

—Y vos, mi amiga Lucila, porque por tal os tengo ya desde este dia, prosiguió D. Perrondo, puesto que decís que soy *bueno*, espero que si llega el caso no os contenteis con saberlo. Por de pronto, añadió sonriéndose, yo no tengo mas que deciros, que está de por medio empeñada una palabra...

—Oh! sí, sí, y no quiero que se falte á ella en manera alguna, dijo la jóven con seductora gracia .. estoy en disposicion de marchar... ¡A Dios, mi querida Dolores...!

—Aunque todos cuatro os iremos acompañando... uno tiene que ser el mas favorecido, dijo don Perrondo.

Lucila clavó alternativamente sus brillantes ojos sobre Eduardo, Fabra y Masalegre, como queriendo decirles que á todos les amaba, que por todos latia su corazon; fijándolos por último en don Perrondo con una espresion marcadísima de respeto y benevolencia.

—¡Vos! esclamó radiante de purísima alegría, y al propio tiempo enlazó su terneado brazo al robusto de nuestro viajero.

—¡Bien! ¡bien! esclamaron todos con entusiasmo.

—¡A Dios, amiga mia! te llevo nuestro médico del cuerpo y del alma, dijo Lucila dirigiéndose á Dolores; pero... ¡ya sabes que no nos abandona! añadió echando una tierna y dulcísima mirada sobre D. Perrondo.

—¡Ah...! se me olvidaba, dijo este dirigiéndose á Dolores: Pepito no *trabaja* mañana; quiero que

coma conmigo: mandaré por él al asistente de Eduardo.

—¡Oh! ¡eso es demasiado! esclamó Dolores profundamente conmovida de admiracion y de gratitud.

—Y tal vez cene... sí, sí... no le espereis en todo el dia... ¡A Dios! ¡á Dios!

—¡El os bendiga!.

A los pocos minutos, despues de haber dejado á la alegre cuanto interesante Lucila en su morada, nuestros viajeros y el jóven oficial entraban en la *fonda del Universo*, y el obrero Fabra marchaba desde aquí en busca de sus compañeros, á quienes creia encontrar todavía reunidos, con el corazon lleno de satisfacciones y la mente embargada de dulces y consoladoras ideas.

CAPITULO VI.

CORRESPONDENCIA CON LOS AMIGOS.

Siete ú ocho dias llevaban ya nuestros viajeros en Barcelona: este era el primero de noviembre, dia grande entre los cristianos como destinado á honrar la memoria de todos los hombres grandes que ha producido la doctrina del Crucificado, dia en estremo consolador para el que tiene fé, esa fé, que es para el alma lo que la sangre para el cuerpo, lo que la savia para la planta, lo que el suave rocío para la hermosa y delicada flor. Durante ese poco tiempo habian visto y hecho mucho nuestros viajeros en la ínclita ciudad: con el afecto de Fabra y su infatigable actividad se habian proporcionado numerosos y ardientes partidarios en la clase obrera: con Vidal tenian en la prensa un auxiliar

poderosísimo para cuanto pudiera ocurrirles; con el de Eduardo tenian tambien el amor de varios militares, á quienes ya les unian escelentes relaciones, y con su accion en *Molins* tenian por último vivas y sinceras simpatías entre todas las clases de la sociedad. Ya estaba *Vicens* en su compañía, no el Vicens luchando en Molins contra un porvenir que por presentársele siempre oscuro, amenazador, preñado de terribles males, le hiciera aborrecer la vida en sus floridos años, sino el Vicens lleno de esperanza, de fé y de religion para con Dios y para con los hombres; ya el pobre Koviralta, á quien el ilustre médico *Rosell* habia visitado, se encontraba notablemente aliviado de sus heridas, aunque no en disposicion de abandonar la cama hasta dentro de unos dias; ya Adela visitada tal vez con mas frecuencia de la que quisiera Padrast por nuestros viajeros y el jóven oficial, se hallaba animada, con el corazon henchido de valor y de dulcísimas esperanzas, y aunque no en disposicion de romper estrepitosamente con su padre, porque esto jamás se lo hubieran aquellos aconsejado, al menos decidida á manifestarle con la debida prudencia, con el conveniente respeto su irrevocable voluntad, y á no consentir impunemente que se ultrajase por el mismo tan sin piedad y sin motivo al ídolo de su corazon; y ya por fin Massalegre se habia quitado el vendaje del brazo, que tan poderosamente contribuyera á hacerle conocido de multitud de personas.

Todo, pues, marchaba bien en Barcelona hasta la fecha, todo contribuia á tenerles contentos y tranquilos, no tranquilos no; la tranquilidad abraza digámoslo así el presente y el futuro, y en Barcelona como en todas partes, ese futuro podria

presentarse preñado de tempestades, fecundo en desgracias; pero en aquel momento, por lo que respecta á Barcelona, ¡podian estar satisfechos de sí mismos y de los demás! ¡Feliz del que pueda pronunciar esta bella y consoladora frase!... Mas nuestros viajeros no vivian solo en Barcelona... las personas queridas que habian dejado en casa, en Búrgos, en Zaragoza y en Molins ¿no vivian continuamente en sus corazones? ¿no correspondian al afecto entrañable de ellos con otro no menos entrañable, tierno y verdadero? ¡Oh! sí, sí; habianse jurado un amor eterno, una amistad inviolable, y como buenos guardaban religiosamente su fé... La prensa se habia encargado ahora de hacer que aquellas personas aumentasen, si capaz era ya de aumento, su sincero afecto hácia nuestros viajeros, publicando su accion en Molins y su entrada en Barcelona; la prensa habia hecho que les escribiesen Gumersinda, Arciniega, el conde de Melgar, el comandante general de Logroño, Valverde y Fornoll, y la prensa habia hecho por último que sus nombres fuesen pronunciados en todas partes por sus amigos y conocidos con entusiasmo, por los estraños y desconocidos con veneracion y respeto. Justo es, pues, que antes que en el primero de noviembre salgamos con nuestros viajeros de la fonda del Universo, enteremos al lector, si no de toda su correspondencia, al menos de las principales cartas que habian recibido y de las que en contestacion dirigieron en aquel dia á sus amigos.

Masalegre habia cogido tres dias hacia una carta del carabinero Gutierrez, que pondremos aquí la primera, y estaba concebida en los términos siguientes:

«Búrgos y octubre 2... de 184...—Mi querido Masalegre: Prometimos escribirnos á fuego que legárais á Barcelona; por mi parte repetí mi promesa en la que dirigí á vuestro amo y *mi señor* á Zaragoza, y como hombre que nunca he faltado á mi palabra os dirijo esta cuando me cabe la dicha de si estareis ya en aquella ciudad, ó en sus inmediaciones; pero para el caso es igual, pues todo estará reducido á leer un par de dias antes ó un par de dias despues lo que os puede comunicar vuestro fiel amigo, y en verdad que es tanto que casi no sé por donde empezar. De Gumersinda nada quiero decir, lo primero porque no estoy en el caso de afligir el mio ni vuestro corazon con cosas que, aunque no se me dicen ni pretendo que se me digan, yo las adivino, y lo segundo porque ella se las dirá ó habrá dicho ya á vuestro amo, y vuestro amo á vos. En cuanto á mi no tengo que decir otra cosa sino que obra ya en mi poder el nombramiento en forma de cabo, y como tal hago pagar á *mis amigos* La viña y el Chato los sinsabores que á todos nos hicieron pasar; no soy rencoroso; pero yo les *alumbro* de tarde en tarde siquiera para que Dios les *ilumine* y se hagan mejores y escarmienten otros en su cabeza. Supongo sabrá usted ya cómo el brillante jóven D. Pepito y su tia marcharon á Madrid bendiciendo á su misterioso bienhechor. El pobre ebanista, que salió del hospital dos dias despues que aquel, está dando ahora las convenientes disposiciones para establecer un magnífico taller no lejos de la posada del *Pez Amarillo*, porque dice que ya que no puede contemplar á vuestro amo, quiere que la sola vista de la casa donde vivió venga todos los dias á recordarle al hombre grande y generoso, á quien

profesa una profunda veneracion. Tanto él como Atanasia y sus pobrecitos niños, que por una casualidad han sabido la pequeña parte que yo tuve en el mejoramiento de su posicion, me miran como si fuese un Dios; es indecible la pura alegría, la singular satisfaccion que se apodera de todos así que me ven... calculad ahora, por lo tanto, el amor infinito que tendrán á vuestro amo, á ese hombre estraordinario, que no se separa un punto de mi imaginacion, ya esté en casa, ya en el campo ó ya en cualquiera otra parte. El señor conde de Melgar y el señor Arciniega, á quienes veo casi todos los dias que estoy en esta, en casa de Gumersinda, me aprecian mas de lo que yo merezco, y el primero, digno émulo de vuestro amo, ha llevado el consuelo por mi mano á mas de cuatro desgraciados... ¡qué señor tan bueno! ¡y cómo quiere á vuestro amo! pero ¿quién no quiere á este? ¿quién es el que conociéndole no sacrificaria su vida en su obsequio?... ¡qué hombre! Bien nos decia á los dos en el camino de Nájera hablando sobre la conversion de Retuerta, única persona de quien ya solo me resta hablar. Habeis de saber que el *escriba* sigue siendo tan beato como lo era en el dia de vuestra salida de esta; pero el amor al dinero ha tomado un aumento tan grande en su infame corazon, que parece mentira á no verlo: como la cosecha ha sido tan mala en el presente año, muchos de los infelices, á quienes tenia hechos préstamos en todo el pais, le han pedido esperas; pero á ninguno las ha concedido, haciéndoles malvender para cobrarse hasta el último grano destinado para la *material manutencion* de ellos, sus familias y sus caballerías: no han encontrado otra diferencia los infelices en el inhumano *escri-*

ba, que en otros años solia recibirles cuando le hablaban de esperas en medio de su diluvio de ternos y juramentos, y ahora lo ha hecho entre *Jesuses*, *Dioses* y la innumerable letanía de santos y santas, de quienes es ferviente devoto... ¡bribon! Dicen que se va á armar una... si así fuese, y me le pesco por mi banda, le aseguro á Vd. que no quedo satisfecho sino le descuartizo vivo... Despues de *esprimir* así á una porcion de infelices ha vuelto á prestarles las mismas ó mayores cantidades: pero ¿direis á cómo? *¡á un treinta por ciento!* esto sin contar gastos de escritura, derechos del registro de hipotecas, papel, etc...: vamos; ¡esto no se puede sufrir!... ¿y es posible que queden impunes semejantes crímenes? ¿no son mayores que los que cometen los saltoadores de caminos, en quienes al menos hay arrojo y valor, prescindiendo de la terrible esposicion, inseparable de su oficio?... Concluyo rogando á Dios porque esto se mejore, y porque él haga que la salud y la felicidad os acompañen en todas partes. Vuestro sincero é inolvidable amigo

JUAN GUTIERREZ.»

Carta de Masalegre al carabinero Juan Gutierrez.

«Barcelona 1.° de noviembre de 184... Mi querido Gutierrez: Prometiste escribirme y lo has cumplido, viniendo á mis manos tu apreciable que recibí hace tres dias: esto me acredita mas y mas tu honradez: al que promete y no dá le aborrezco si cabe mas que al inhumano y duro de corazon, porque este al menos no defrauda esperanzas legítimamente concebidas. Yo soy lo mismo que tú,

y en esto de cumplir lo que prometemos creo que llevamos gran ventaja á tantos *saltimbanquis y titiriteros políticos* como andan por esos mundos de Dios prometiendo mucho y no dando nada al pueblo *bartolo*, y aunque á este le quiero con toda mi alma le llamo *bartolo*, porque engañado una vez, no escarmienta, y engañado otra tampoco, y me temo que, aunque le engañaran ciento, habia de suceder lo mismo; esta es la parte flaca del pueblo, á la que quisiera que aplicasen buenos confortantes probos é inteligentes facultativos. Pero prescindiendo por ahora de esto, debo decirte, que así como se ha ensanchado mi corazon al enterarme de la posicion lisonjera de la pobre Atanasia y su familia, se ha encogido demasiado al ver las desgracias que está causando en ese pais el bergante de Retuerta, á quien, entre paréntesis, no convengo contigo en eso de *desciuartizarle*, si llegara el caso, porque eso sería una medicina no adecuada al mal que padece, y á mí me gusta, como á los buenos médicos, aplicar á cada enfermedad el oportuno remedio; yo le sacaria á *tenaza* las muelas y los dientes; y así, ya sin obstáculo la boca, se la llenaria de oro derretido, como dicen que hicieron con no sé qué avaro ó usurero de la antigüedad, á ver si de esta manera le hartábamos para siempre de tan miserable metal. No me estraña que ese tunante de *escribà* siga siendo tan beato como dices, al propio tiempo que tan inhumano y tan pirata; cierto es que la Sagrada Escritura (y eso debe saberlo él), le manda que preste al prójimo sin interés; pero esto, que para otro sería un invencible escrúpulo de conciencia, no lo será para él, porque á fuer de beato dirá para sus adentros, que el pobre necesitado, y más

si no pertenece á sus cofradías, no es prójimo ni se acuerda de ello, y á fuer de buen escribano se echará la cuenta de que un *treinta por ciento* no es cosa que merece la pena. Desgraciadamente hay aquí, como en esa, y como creo que habrá en todas partes, algunos hombres como Retuerta, porque la caridad va siendo entre nosotros una moneda tan poco corriente, que si Dios no lo remedia, me temo que dentro de pocos años tengamos que ir á buscarla á tierra de moros ó de infieles. Como llevo pocos dias en esta, no me he enterado aun á fondo de los Retuertas que hay en ella; pero repito que hay algunos, y aunque te dijera que *muchos*, creo que no iria desacertado, porque esa gente es como la mala yerba, que crece estrordinariamente y en abundancia en todas partes: hay aquí otra cosa peor; en esa y en mi tierra he visto siempre que para *diez* que tengan que comer, esto es, como el hombre debe comer, hay *ciento* que carecen de ello; pero en esta ciudad el número de los últimos es infinitamente mayor en proporcion; la cuadra bien aquella tan fatídica sentencia que habrás oido á muchos predicadores al empezar sus sermones: *multi sunt vocati, pauci vero electi*, ó lo que es lo mismo, porque supongo que tú no sabes latin, *muchos son los llamados, pocos los escogidos*; pero no es esto lo mas malo, sino que algunos de los *llamados* son tan inocentes como los ángeles, y sin embargo, se les destina á la clase de los *réprobos*, cosa que no puede menos de conmover el corazon mas empedernido. Es esta ciudad lo mas bonito que puedes imaginarte, y tan industriosa, tan trabajadora, que yo la comparo á una colmena inmensa, y aunque nadie ó muy pocos huelgan en ella, no

por eso deja de tener sus *zánganos*, que se absorben casi por completo el producto que rinde el trabajo de los demás: yo, que no quiero otra cosa sino que *viva todo el mundo*, deseo ardientemente que se encuentre un medio en virtud del cual los que emplean *y quieren emplear de continuo* sus brazos, tengan una recompensa justa y proporcionada, sin perjudicar á los que tienen empleado su capital; mas algunos de estos últimos, hombres en general salidos de la miseria, temen, por causa de su ignorancia, que se atente á su propiedad; mientras que otros, duros de corazon, que levantarian un templo para adorar al dinero, quieren que el trabajador viva siempre pobre y sin porvenir, esclavo y embrutecido; y como este último no se puede conseguir, y menos cuanto mas tiempo trascurra, de ahí es que unos y otros se miren mal y se aborrezcan cruelmente, cuando deberian amarse como hermanos. Ya voy siendo demasiado largo, y luego tengo que salir en busca de un brillante caballero á quien el amo y yo tuvimos la fortuna de salvar de las garras de la muerte, como ya habrás visto en los papeles públicos. Por lo mismo no te encargo mas que digas á Gumersinda, al señor conde y al señor Arciniega, que estoy bueno, que deseo que ellos lo estén, y que soy suyo hasta la muerte; lo mismo te encargo para el jóven elegante barbilampiño, añadiéndole que no deseo mas que servirle para acreditarle mi gratitud; y si por casualidad ves al *ministril* de la *fechuría* que me hizo conocer y apreciar á aquel guapo mancebo, le dices de mi parte que aprenda bien la tan sabida máxima castellana de *la lengua suelta y las manos quietas*, tanto mas necesaria, cuanto que creo

que, aunque con mucho trabajo, vamos entrando en el reinado de la razon, que solo quiere aquella en su ayuda, concluyendo con el de la fuerza bruta, que siempre ha buscado en esta sus naturales auxiliares. Dios te guarde, para disponer como gustes de tu buen amigo,

MASALEGRE.»

Carta de Valverde á D. Perrondo.

«Zaragoza y octubre 2... de 184... Mi respetable amigo: Al salir del aula hace unos minutos he sido llamado por el dueño del café de las *Cuatro Estaciones*: César, Laguna, Tárrega y otros amigos me acompañan; imposible me seria, aunque quisiera, pintaros el delirante entusiasmo de que se hallan poseidos nuestros corazones en este momento... ¡acabamos de leer en los papeles públicos vuestra heróica accion con el desgraciado capitan Vicens! ¡loor eterno á vos y á Masalegre! ¡oh! ¡oh! ¡bendito sois! ¡bendito el padre que os engendró! ¡y bendita la madre que os llevó en su seno! No es la amistad, esa amistad tan querida para mí y para los brillantes jóvenes que me cercan, la que me dicta estos renglones... la amistad podria ser parcial, al menos apasionada, y lo que ahora me hace estampar sobre el papel estas incoherentes frases es una admiracion inmensa, sincera, justa, desapasionada hácia vuestra persona y la de vuestro criado, dignas de otras edades, grandes como la virtud, sublimes como el heroismo. ¡Oh! ¡quién pudiera estar ahora en esa ciudad para veros, para abrazaros, para espresaros personalmente lo que sienten nuestros corazones, para comunicaros las dulces ideas que en este momento embargan

nuestras almas y de las cuales solo os puedo hacer aquí una pálida descripcion!.. De nuestros ojos han brotado lágrimas de alegría al leer y releer la comunicacion de Molins; nuestros corazones han latido violentamente al ver en el papel la lucha terrible y heróica que sostuvisteis para salvar con inminente riesgo de la vuestra la vida del capitan, y nuestras almas se han extasiado de placer al contemplaros fuera de las ondas del Llebregat con vuestra preciosa presa, arrancada á las garras de una muerte cruel y desesperada... ¡Oh! ¡oh! ¡qué dia tan feliz nos habeis dado, querido amigo! ¡qué ejemplo tan elocuente de verdadero liberalismo!.. Hay valor, grandiosidad, heroismo en el que en defensa de la patria trepa á la trinchera, ó se lanza al enemigo con frente serena y corazon tranquilo, despreciando una vida, que antes que á él cree que pertenece á aquella madre comun; pero aquí hay mas que valor y heroismo... ¡hay amor! amor al prójimo, ese amor que encierra todas las virtudes, que es la verdadera vida, porque sin él se vegeta sin vigor, se languidece, se muere para con Dios y para con el mundo: el amor es lo infinito, lo inmaterial, *la dicha*; sin él todo es deleznable, ruin, perecedero, *miseria*... ¡Oh! tan conmovido estoy, querido amigo, que no me es posible hablares de otra cosa que de vuestra accion y la de mi apreciable Masalegre... os supongo ya en esa ciudad, á vos sano y contento, á aquel aunque no tan sano, fuera de peligro y mas contento que vos, siquiera por haber salvado vuestra preciosa vida... ¡abrazadle por ello en mi nombre!.. otro dia os escribiré de mis asuntos y de otros referentes á nuestras conversaciones en esta, Nájera y Logroño, indignos todos de figurar al lado de una

carta de enhorabuena: recibidla la mas cordial y sincera de todos los presentes; recibidla de Landuza que, aunque no está con nosotros, llorará con nosotros de placer al saber la grandiosa nueva, y recibidla por último de Camila, á quien ahora mismo voy á escribir para que os admire, os respete y os ame con el mismo delirio que vuestro

TEODORO.»

Carta de D. Perrondo á Valverde.

«Barcelona 1.° noviembre de 184... Mi querido don Teodoro: ¿qué os podré decir, qué podré consignar aquí en contestacion á vuestra carta, entusiasta como debe ser la amistad, dictada por esta sin vos conocerlo, aunque me haceis la protesta de que no es hija de aquel efecto tierno y sublime? ¿os daré las gracias por las alabanzas que nos dispensais á Masalegre y á mí? no: ¿rechazaré estas como hijas de una torpe adulacion? tampoco: convencidísimo estoy de que la adulacion no cabe en vuestro pecho... ¿qué os diré pues? QUE OS AMO CON EL MISMO DELIRIO QUE VOS Á MI... ¡sí, noble jóven! yo os amo y amo á esas personas, tan queridas de vos, porque todos sois dignos de ser amados. Ese entusiasmo sublime que os ha producido la natural é insignificante accion mia y de Masalegre con el capitan Vicens, ¿no prueba que vuestros corazones se hallan dispuestos á ejecutar otras de mas importancia, si llega el caso? sí, sí, persuadido está mi corazon de la virtud, de la nobleza, de la generosidad de los vuestros: esto es lo que importa: lo demás nada vale, nada significa: nosotros cumplimos con un deber; nada pues hicimos de mas: estamos satisfechos, porque al desempeñarle

conseguimos nuestro objeto... ¡gracias á Dios que vino en nuestra ayuda! ¡con ella salvamos un desgraciado!.. ¡Oh! ¡y qué jóven mas brillante es! pero ¡qué perseguido por la suerte!.. Ya sabeis que yo nunca aprobaré el suicidio; con todo; tan encarnizadamente le ha perseguido aquella, que mas que horror me ha inspirado lástima su desesperada resolucion. Ya está con nosotros en esta ciudad, en la que he procurado asegurar su porvenir... sí; es muy digno de ello: de poco servia que le hubiéramos salvado la vida material, si de nuevo le dejábamos espuesto á los tormentos consiguientes á un presente sombrío, á un porvenir terrible y amenazador... mas no creais por esto que, aun cuando yo no le hubiese cogido bajo mi amparo, iba á atentar otra vez contra su existencia, no: al sacarle del Llobregat, al salir de una muerte desesperada á una vida dulce y tranquila! le hemos devuelto la *fé*, esa fé que le llevó durante muchos años á ejecutar las acciones mas sublimes y generosas, que solo le abandonó en un momento de estravio y que no le abandonará ya, cualquiera que sea su posicion sobre la tierra... Luego voy á salir de casa en su busca... le haré que os ame, que ame á los vuestros, como vos le amareis, sabiendo que yo le amo! Tengo en mi compañía al hermano de Gumersinda, de quien tantas veces os hablé en los pocos pero felices dias que vivimos juntos... ¡Si vierais qué jóven tan escelente! tiene un alma tan heróica como la de su pobre hermana, un corazon tan bondadoso, un físico tan interesante como el de aquella pobre niña, á quien profeso un amor de padre... ¡Oh! ¡qué hermosos son los dos en todo y por todo, amigo mio...! le he encontrado perdidamente

enamorado, finamente correspondido por una jóven en estreme linda y seductora; pero contrariado en su amor por el padre de esta, no es tan dichoso como vos... no es rico y su querida lo es... mas, ¿qué importa si yo estoy en su ayuda? sí, sí; yo le haré feliz; yo haré que se enlacen dos corazones virtuosos, nacidos para vivir unidos, á pesar del vil interés que quisiera separarles, sin considerar que así serian desgraciados .. Estoy satisfecho y contento en esta gran ciudad; pero ¡cuántas veces me acuerdo de vuestro noble corazon al presenciar la triste posicion de millones de obreros, entre los cuales descubro no pocos adornados de un sobresaliente talento y de las mas sublimes virtudes! ¡Oh! ¡y cuán sublime es la virtud en la desgracia...! ¡cómo se conmoveria vuestra alma sensible en esta nueva Babel al ver á multitud de párvulos, que apenas saben hablar, ganando con sus delicadísimas manos un sustento miserable y malsano, mientras que la sociedad lo mira con la mayor indiferencia! ¡y luego querrá que sean buenos ciudadanos! esto es llevar el delirio hasta un estremo inconcebible... ¡A Dios, amigo mio! abrazad en mi nombre al señor Lanuza, á César, Tárrega, Laguna y demás brillantes jóvenes á quienes sabeis quiero de todo corazon; comunicad mis sinceros afectos á la señorita Camila, y recibidlos vos en union de los de Masalegre, que ya está del todo restablecido, del que de todas veras es vuestro

BÁRCENA.»

Carta de Gumersinda á D. Ferrando.

«Burgos y octubre 2... de 184... ¿Cómo empezaré esta carta, querido amigo? ¿os hablaré de mi situacion? no; ¿os hablaré de mi hermano? tampoco: ¿os hablaré por fin de nuestros amigos de esta? mucho menos: todo cede hoy ante la única idea que embarga deliciosamente mi espíritu... ¡Soy feliz en este momento! sí, sí; muy feliz, amigo mio, aunque derraman mis ojos abundantes lágrimas; pero son lágrimas de ternura arrancadas al alma por la conducta mas noble y generosa del hombre mas noble y generoso que conozco en el mundo. Antes que llegára vuestra carta, que he recibido en esta mañana, me ha mandado el buen conde, á quien luego espero, los periódicos que contienen la comunicacion de Molins... ¿cómo no he de ser feliz llamándome amiga, la mejor amiga del hombre que con sin igual arrojo salvó al capitan Vicens? ¡Oh! ¡qué bálsamo tan consolador ha derramado sobre mi alma la sola lectura de vuestra accion! con él no temo ya á la suerte; todo lo contrario, la busco, la desafío, la provoco... ¡sí! ¡qué importa el resultado de esa lucha! sea el que quiera, ¿no está despues la felicidad para un corazon *que vive en el amor del prójimo*? ¡Oh! sí, sí el mio arde en ese amor divino; á vos os debo tan inmenso bien... ¡soy feliz! Hombre grande, que poneis en práctica vuestras doctrinas, yo os comprendo y os admiro... no; no; es poco... ¡os adoro! ¡Oh! sois grande hasta en vuestra modestia: me escribís no mas poner el pié en esa ciudad, y nada me decís acerca del peligro que dias atrás corriera vuestra interesante vida... ¡bendito Dios

que veló por ella! ¡bendito Masalegre que acudió á salvarla con la del desgraciado capitan...! ¡y qué hubiera sido de vuestra pobre huérfana, si dais el último aliento entre las aguas del Llobregat? ¡Oh! ¡oh! esta sola idea me horroriza... pero ¿por qué pienso en ella, si ya estais sano y salvo, si ya vivís con mi querido hermano, si ya sereis objeto de ardientes apologías en esa ciudad, y si ya en fin hasta vuestro nombre será pronunciado con respeto y veneracion en todas partes! ¡ah! sí, sí, debo pensar aun, para dar gracias á Dios, á ese Dios que tan bien me hicistes comprender, á ese Criador que, aunque lo parezca, nunca abandona á la criatura que en él confia y cree... Luego espero tambien al general, al general que ayer me dió una noticia que recibió no sé por qué mi corazon con sobrada tristeza: esta ha desaparecido con la importante noticia de Molins, que ha electrizado mi alma... ¡Dios quiera que en la de aquel hombre produzca el efecto que en la mia...! díjome, aunque no como cosa segura que espera le trasladen de este mundo al de ese pais: no soy supersticiosa; pero no sé por qué mi corazon, en vez de alegrarse, augura tremendas desgracias en esa traslacion... ¡quiera el cielo que mis pronósticos salgan fallidos! el tiempo nos dirá... Pero me separo involuntariamente de lo que siente y solo quiere espresar el corazon: ¿qué me importan en este momento todas las cosas del mundo? nada: lo que quiero es que os cuideis, amigo mio, que á todo trance trateis de conservar una vida destinada á hacer bien, consagrada mas que á vuestra dicha, á la de vuestros semejantes... ¡qué feliz mision! El conde se me figura que llama... ¡qué dicha! en la noble alma de este hombre ilustre veo retratado

la nuestra... ¡A Dios, amigo mio! Dad un abrazo á mi Eduardo y otro no menos sincero á Masalegre, que bien le merece siquiera por la accion de Molins en nombre de la que de todo corazon es vuestra.

Gumersinda.

Carta de D. Fernando á Gumersinda.

«Barcelona 1.° de noviembre de 184... Mi querida Gumersinda: En esta misma mañana he recibido tu grata de 2... del último mes: veo por ella que nuestra accion de Molins te ha entusiasmado estraordinariamente: yo me alegro de ello, porque me convenzo mas y mas de la bondad de tu corazon y de la nobleza y sublimidad de tus sentimientos: por lo demás, Masalegre y yo no hicimos otra cosa que cumplir con un deber sagrado; tuvimos la satisfaccion de llenarle cumplidamente, y por esto nuestros corazones rebosan de purísima é inefable alegría... Pero, ¡dejémonos de rezo: habiéndote escrito por largo en mi anterior, solo tengo que hablarte ahora de dos cosas y muy brevemente, porque el tiempo de que puedo disponer es muy corto, mediante á que voy á salir dentro de unos minutos á una cita, á la cual no me es dado faltar; la una es referente á tí y la otra á tu hermano. Si sale cierta la nueva que tenia dado el general de trasladarle al mando de este pais, no tengo mas que decirte que, si quiere que le acompañes, le obedezcas ciegamente, y si te ordena que te quedes en esa, le obedezcas tambien; sigue siendo como hasta aquí, que Dios y yo velamos por tu suerte; esto por lo que respecta á tí: en cuanto á tu hermano tengo que noticiarte que, por raso-

nes que yo respeto y tú debemos respetar tambien, no ha creido conveniente el participarte su relacion con una jóven de esta, de la que solo quiero por ahora decirte *que es digna, muy digna de él*: no te alarmes ni formes juicios de ninguna clase por esta noticia, que acaso no trascurran tres dias despues que recibas esta, cuando ya estarás orientada de todo cuanto te convenga y debas saber sobre el asunto. Todos estamos buenos, y Masalegre se ha quitado ayer el vendaje que hizo necesario la operacion del brazo... ¡A Dios, amiga mia! ¡cuán buena eres! ¡cuán acreedora al acendrado cariño que te profesa mi corazon...! ¡A Dios!

BARCENA.»

Despues que D. Perrondo y Masalegre hubieron cerrado su correspondencia, que entregaron al asistente de Eduardo para que la encorrese, salieron con este de la fonda del Universo, cuando el reloj de la catedral acababa de dar las nueve de la mañana. Puestos á la puerta del magnífico establecimiento de Coll, D. Perrondo dijo al jóven oficial:

—Con que tú... ¿te diriges...?

—A cumplir con mi obligacion.

—Vete con Dios, dijo Masalegre... y nosotros ¿á donde vamos?

—¿No lo sabes ya? contestó D. Perrondo... ¡á la calle de Fernando VII!

CAPITULO VII.

ROBERTO VICENS.—VERDADERO SOCIALISMO.

La calle de Fernando VII, embellecida estraordinariamente en los últimos años, es una de las mas céntricas y magníficas de Barcelona. Los comercios que ostentan sus sólidas y elegantes casas se ven surtidos á satisfaccion del consumidor de toda clase de telas, producto de la industria de Cataluña, Francia, Inglaterra y diversos paises de Europa. En uno de aquellos, sito á la mitad poco mas ó menos de la hermosa calle, se encuentra solo un jóven de unos treinta y cuatro años, alto, esbelto, de noble presencia, bella aunque pálida fisonomía, cabello negro, penetrante mirada y despejada frente, vestido con un levita azul, chaleco oscuro de seda, pantalon de paten claro y gorro sencillo de terciopelo verde. Como que se encuentran cerradas al público con ocasion de ser la festividad de Todos los Santos, ora se pasea el interesante jóven por las dos piezas del establecimiento, cuyos estantes se hallan atestados de ricos y variados géneros; ora, sentándose junto á una gran mesa, hojea dos voluminosos libros de cuenta, haciendo sus apuntaciones en un medio pliego de papel que tiene á su diestra; ora por fin deja su trabajo, y levantándose por un movimiento impulsivo, á que no le es dado resistir, se acerca á los cristales, que dan á un pequeño y bien dispuesto jardin separado por ellos de la segunda pieza, y deteniéndose allí algunos segundos, fija sus brillantes ojos en el azul del cielo, como si quisiera penetrar la inmensidad del espacio y bus-

car en él al Supremo Hacedor, para rendirle su humilde y respetuoso homenaje, para tributarle sus sinceras gracias por los inmensos beneficios que de él ha recibido. Despues de extasiar un momento su alma en la contemplacion de la Divinidad, se dirige de nuevo á sus libros, que abandona al instante como quien no sabe lo que le pasa, mira asombrado las ricas telas que por todas partes tiene de manifiesto, como quien las vé por la vez primera; vuelve á pasearse con la frente inclinada y no sin notable agitacion, pronuncia un nombre querido, el mas querido que hay para él sobre la tierra: luego otro que ya ocupa en su corazon un lugar casi tan preferente como el primero, y vuelve á bendecir á Dios, no con la lengua, sino con ese mismo corazon, noble, tierno y entusiasta, cuya grata conmocion hace asomar á sus párpados dos gruesas lágrimas, que vienen á perderse en su largo y espeso bigote. Diríase que el gallardo mancebo, cediendo á multitud de violentas y gratísimas emociones, habia perdido el juicio... Oh! sí, sí; al menos en aquellos momentos de meditacion y de asombro sus facultades intelectuales no deberian hallarse en estado normal... el insomnio, y mas que este el reconocimiento y la religion no podian menos de tenerlas trastornadas, pero era un trastorno momentáneo, pasajero; el trastorno que produce la dicha alcanzada cuando menos se piensa y por los medios en que menos se ha imaginado despues de años enteros de terrible y constante desgracia... Sacad á un infeliz de entre las negras paredes de un lóbrego calabozo, que le haya servido de mansion durante largos años, y espondedle de repente, aunque sea por grados, á los luminosos rayos de un sol perpendicular y al-

diente... bendecirá á Dios y á sus bienhechores; pero su vista, debilitada con la oscuridad, no podrá resistirlos, y sus restantes sentidos se os presentarán al pronto como embotados por el efecto que la esplendorosa luz produzca en sus órganos visuales. Pues bien: muy semejante á ese infeliz es Roberto Vicens, por quien han pasado largos años de desgracias; Roberto Vicens, á quien esas desgracias impulsaron á privarse impiamente de la existencia, creyéndolas eternas; Roberto Vicens, que en la actualidad está esperimentando la verdad de que no las hay eternas en este mundo; Roberto Vicens, en fin, que lleno ya de fé y de inmensa gratitud implora á Dios con fervor, y entre lágrimas de ternura, con el corazon palpitando de placer y de esperanzas, pronuncia el nombre querido de su madre y el de su salvador y bienhechor, á quien aguarda de un momento á otro. . .

. . . . . .

Suenan en efecto dos golpecitos á la puerta de la segunda pieza, que comunica á esta con el tránsito de la casa; el jóven endereza su cabeza y con el corazon conmovido de alegría se dirige á abrir aquella... Ya no está solo: dos personas, de figura imponente y simpática, á quienes ya puede conocer el lector, acaban de entrar en el establecimiento comercial puesto á su cargo desde la tarde anterior.

—¡Hola, mi querido amigo! esclamó D. Perron, deteniendo su mano á Vicens... ¿cómo hemos descansado?

—Yo .. así, así... ¿y vos? ¿y mi querido Matalegré? contestó el jóven apretando con sus dos manos las de nuestros viajeros.

—¡Bien! ¡bien! contestaron estos á un tiempo.

—¿Y mi querido Eduardo?...

—Ahora se acaba de separar de nosotros, dijo Masalegre.

—No estraño yo que no hayais descansado, mi buen amigo, repuso D. Perrondo... es una necedad el querer imposibles... vuestro nuevo estado... la circunstancia de haberos quedado solo... ¿por qué tuvísteis el capricho de no dormir con nosotros, como en las últimas noches, en casa del excelente *Coll*, que indudablemente os aprecia de buena fé?

—Necesitaba estar solo... mi corazon tenia precision de desahogarse, dijo Vicens mirando á don Perrondo con inefable ternura.

—Bien, bien, dijo este: me gusta... la soledad es en ocasiones tan necesaria al alma como lo es en otras la compañía... Pero ¡caramba!... no habeis debido pasar toda la noche en un completo insomnio, añadió contemplando con solicitud á Vicens... no os habeis acostado...

—¡Cómo!...

—Lo está diciendo vuestro rostro, amigo mio.

—Cuidado con eso, señor Vicens, que aun estais delicado, dijo Masalegre.

—Gracias, amigos mios, dijo Vicens sumamente conmovido... me acosté, pero no pudiendo reconciliar el sueño, preferí levantarme y bajar á este sitio... Como principiante en el oficio, añadió sonriéndose, necesito irme enterando poco á poco.

—Sin embargo... pero sentémonos, dijo D. Perrondo.

—Sí, sí, dijo Vicens.

—No quiero yo que os molesteis, continuó don Perrondo, contemplando con ternura al antiguo capitan: si no podeis dentro de dos, abriréis den-

tre de cuatro dias *vuestro* establecimiento.

—¡Oh! ¡cuán bondadoso sois!

—*Vuestro* es, amigo mio; estais al frente de él, sois el único dueño, el único responsable... hemos hecho un contrato solemne, en virtud del cual se ha encomendado á vuestro talento... vais á tener en las ganancias una participacion que no me atreveré yo á llamar justa.

—¡Por Dios, amigo mio!... ¡la tercera parte de las ganancias es poco!

—Asi lo habeis querido vos, y yo no he tenido otro remedio que acatar vuestra voluntad... justo es que el capital tenga su participacion en las ganancias: pero esto de equipararse al trabajo del director, del hombre sobre quien pesa toda la responsabilidad de las operaciones consiguientes á un establecimiento de esta clase, me parece que es dar á la propiedad mas valor del que la corresponde... Me temo tambien que el mal estado de todos los negocios no os proporcione los ahorros necesarios para asegurar un porvenir lisonjero...

—¡Oh! sí, sí, yo creo todo lo contrario, amigo mio, dijo Vicens: con un capital de *veinte y cinco mil duros* y otros *cinco* en comision, sin contar con casa de valde por seis años y dos meses... me persuado que están asegurados mi presente y porvenir, los de esos dos jóvenes obreros y los de mi querido Eduardo, merced á vuestra sublime generosidad...

—Ya os he dicho, amigo mio, que á Eduardo no hay que participarle nuestro contrato en lo que á él atañe... sabeis que hice tambien la misma prevencion al escribano, y que encargué al buen señor *Mirall* el mayor sigilo sobre el asunto.

—Perded todo cuidado: la copia de la escritura

no saldrá de este pupitre hasta que vos lo querais, ni su contenido de mi boca, ínterin no dispongais otra cosa.

—Corriente, amigo mio... ¿Y el señor Mirall?... ¿le habeis visto esta mañana?

—No señor... ¡pobre Mirall! ¡qué lástima me inspiró ayer tarde al otorgar la escritura de cesion de su establecimiento!...

—¡Oh! sí, sí, tambien me compadecí de él estraordinariamente, dijo Masalegre.

—¿Sabeis, continuó Vicens, que creo que ha perdido mas de *cinco mil duros* en la cesion?

—¿De veras? dijo D. Perrondo.

—Se me figura que sí... ya habeis adivinado que no he dormido en toda la noche: pues bien; me he entretenido en examinar los libros, en consultar todas las facturas, en registrar todos los estantes, y casi me he llegado á convencer de que nos deja para la venta, de su propiedad se supone, valor de treinta mil duros por los veinte y cinco que resultan de la escritura.

—Si así fuese, no quiero que pierda ese caballero un solo maravedí, cuanto mas una cantidad tan respetable, dijo D. Perrondo: no puedo consentir en manera alguna que se agrave la posicion de un desgraciado... Ya habeis visto que yo le dí lo que dijo valia su tienda con anaquelería y vivienda para vos por seis años y los dos meses que faltan del presente: me enteré antes de su honradez á toda prueba, de su acrisolada probidad, y confié como debia en sus palabras: de presente le dí los *quince mil duros*...

—Que tanto asustaron al bribon de Padrast, dijo á la sazon Masalegre.

—Sí, continuó D. Perrondo, y cuya mayor parte

creo que vuelva á él, por tener á su favor y en contra de *Mirall* un pagaré de *diez mil duros* que vence dentro de unos dias.

—Y esa ha sido la causa que ha impulsado á Mirall á hacer cesion de su comercio, dijo Vicens.

—Indudablemente, dijo D. Perrondo: por fortuna parece que no debe mas, y con los *quince mil* duros que le sobran despues de pagar tengo entendido que piensa emprender otro giro, donde acaso le vaya mejor que en este.

—¡Dios lo quiera! esclamó Masalegre.

—Sí... tambien es dueño de esta casa, que valé un dineral, y le puede producir buena renta, además de vivir en ella... Pero volviendo á nuestro asunto, prosiguió D. Perrondo, digo que le dí los quince mil duros de presente y el pagaré de los diez mil restantes, que vencerá de hoy en un año, en la persuasion de que eso valia su tienda; mas si efectivamente está perjudicado; si, como decís, segun vuestras cuentas, que espero volvais á echar bien despacio, porque de pronto es muy fácil que os hayais equivocado, ha dejado aquí valor de *treinta mil duros* para la venta, repito que no quiero de ningun modo hacer mas amarga su suerte... le firmaré otro pagaré de *cinco mil duros*, pagadero dentro de dos años.

—En cuya época es muy fácil que la compañía pueda ya satisfacérselos, como quisiera que pudiese hacerlo para el año inmediato de los diez mil que corren de su cuenta, dijo Vicens.

—No os hagais tan lisonjeros cálculos, señor comerciante nuevo, dijo risueño D. Perrondo. Si la compañía no puede satisfacer esos *diez mil duros*, aquí estoy yo para hacerlo en su nombre, que

bien me podrá indemnizar de ellos, si no es al año, será á los dos, y si no, será á los tres ó á los cuatro: lo primero y principal es que la compañía *viva*, que esa asociacion de cuatro personas queridas logre su objeto, esto es, hermanar la inteligencia y el trabajo con el capital; que vos, representente de la primera, Fabra y Roviralta del segundo, y Eduardo del tercero, ganeis de comer á un mismo tiempo; que haya entre vosotros perfecta solidaridad de intereses; que no perezca uno de miseria, ó sucumba á crueles privaciones, mientras otro se haga opulento; que os ameis, en fin, como debeis amaros, como deberian amarse todas las personas que conspiran juntas, con los medios de que disponen, á fomentar cualquier ramo de riqueza.

—¡Hombre grande y generoso! ¡estais comprendido! esclamó Vicens, clavando sobre D. Perrondo sus brillantes ojos con una espresion de profundo reconocimiento.

—No, yo no puedo ver esos contrastes horrorosos que á cada paso nos ofrece esta hermosa y riquísima ciudad; no quiero que al lado del *sibarita* se encuentre el hombre de las privaciones; que junto al suntuoso palacio del *capitalista*, habite en estrecho é insano tugurio el trabajador, cuyos brazos hacen producir al *capital*; no quiero *esclavos* al lado de ningun *señor*... quiero que todo el que trabaje tenga derecho á vivir; quiero que *vivan á la vez* el hombre del dinero, el hombre de cabeza y el hombre de los brazos... yo nunca deificaré, como algunos, la pobreza, por la misma razon que no tributo un culto grosero á la opulencia.

—¡Bonita deificacion es la que hacen algunos del pobre! esclamó Masalegre... quieren que exista para despreciarle, para escarnecerle: no parece

sino que se proponen con él lo que algunos tiranos se proponían en lo antiguo con sus víctimas, no privarlas de la existencia para tener el bárbaro placer de verlas padecer, de gozarse en su lenta y cruel agonía.

—¡Ah! ¡no lo sabeis muy bien, amigo mio! dijo Vicens con visible conmocion.

—De mas que lo sé, mi querido capitan; no, mi querido comerciante, repuso Masalegre... ahí está Padrast y otros tan malos ó peores que Padrast... El pobre es vilipendiado de la generalidad del mundo: pocos son los que estiman mas las virtudes que el dinero... al que le ven rico, aunque sea un bribon, le respetan, le adulan, le dan incienso; al que pobre, aun cuando sea un modelo de virtudes, le ultrajan, le escarnecen, le desprecian, como si fuera un miembro corrompido de la sociedad.

—¡Ah! ¡qué verdad tan grande! esclamó con amargura Vicens... La pobreza parece que lleva consigo la infamia: si vivís pobre... ¡cuántos son á despreciaros! ¡y cuántos, á quienes consta que habeis venido á serlo por vuestra abnegacion y patriotismo, son los que mas os escarnecen y vilipendian! ¡y... cuidad de que esos mismos no os calumnien cobarde y villanamente!

—Eso es lo mas cruel, dijo D. Perrondo: la ingratitud y la perversidad insultando juntas á la desgracia... ¡Oh! ¡muy cruel debe ser eso, amigo mio! ¡muy cruel!.. Sé que habeis pasado por ese trance terrible en estos tiempos de positivismo; pero... ya se acabó para vos... sí, sí, añadió con calor como si tratára de reanimar el abatido espíritu del ex-capitan... ¡se acabó para vos! y solo nos resta ver cómo mejoramos estos mismos tiempos en provecho de otros, contribuyendo á ello en

cuanto de nosotros dependa... no se nos puede exigir mas... ¡Oh! ¡y qué envidiable mision! ¡y qué ocasion mas oportuna para ella! no seremos solos en tan santa obra... aun hay algunos corazones generosos, que valen infinitamente mas que muchos corrompidos... sí, sí; hora es ya de que se desmienta al poeta; hora es ya de que se lo diga: «tus versos no van á tener de hoy en adelante ningun valor; llegó el momento de borrarles de tus inmortales sátiras; ya no serán *ridículos* los pobres, porque la sociedad, hermanando á todos los hombres por medio de la deificacion y una justa recompensa del trabajo, del trabajo que hasta aquí solo ha constituido un patrimonio maldito, les va á hacer tres veces sagrados, tres veces santos y respetables» (1).

—¡Oh! ¡oh! ¡cuán noble sois! ¡cuán grande, amigo mio! esclamó Vicens radiante de entusiasmo. ¿Cómo os he de pagar yo?..

—Con usuras lo vais á hacer, amigo mio... ¿no vais á trabajar para mi pobre Eduardo? dijo don Perrondo.

—A quien amo casi tanto como vos, á quien debo mas que vos... ¡oh! ¿qué no haré yo, qué no daria por verle feliz?

—Pues bien, amigo mio: todos lo seremos, repuso D. Perrondo: sí, sí; todos... ¡menos su pobre hermana!.. Pero, ¡á dónde voy yo ahora, Dios mio! añadió sumamente afectado... ya se vé... acabo de escribirla... dejemos, dejemos esto á un lado... sí, sí; me trastorna los sentidos y hoy todo

(1) *Nihil habet infelix paupertas durius in se, quam quod ridiculos homines facit.* JUVENAL, *Sat. III.*

debe ser alegría y satisfaccion... ¿Y nuestro Fabra? parece que tarda...

—No; aun no es hora, dijo Masalegre.

—Se le dijo que viniera á las nueve y media, añadió Vicens.

—En punto son, dijo D. Parrondo sacando su muestra del bolsillo.

—Pues no pasarán dos minutos sin que le tengamos aquí, repuso Vicens. ¿Veis?.. él es el que ha llamado, añadió levantándose y dirigiéndose á la puerta.

—¡Mi capitan! á la órden... dijo Fabra, pues no era otro el que acababa de llamar... no creí acertar... ¡vaya! ¡qué feliz encuentro!...

—¿Por qué te quedas ahí á la puerta, hombre?..

—¿Pero qué diablos es esto? repuso Fabra asombrado adelantándose hácia nuestros viajeros... vengo meditando sobre nuestro misterioso hallazgo, y ahora me quedo absorto, confundido.

—Vamos, buena pieza; dignaos tomar asiento, le dijo risueño Masalegre.

—Pero... ¿qué es esto? ¿os habeis hecho comerciantes?.. no veo aquí al dueño de este establecimiento...

—Ha mudado de manos, amigo mio, le dijo don Pérrondo.

—Y aquí están dos de sus dueños, añadió Masalegre.

—¡Cómo!.. ¿sois vos?

—No.

—Pues...

—Calculad quiénes serán.

—¿Vuestro amo y..?

—Tampoco.

—¿Quereis confundirme mas?

—¿Por qué os he de confundir?... vos teneis parte en él...

—¡Yo!.. yo no tengo mas que mis brazos y me bastan, como Dios me de salud, para ganar de comer, al menos por ahora.

—Es decir que cuando corra de vuestra cuenta la interesante Lucila...

—¡Oh! entonces ya será otra cosa; pero Dios proveerá.

—Vamos, vamos; sentáos, querido Fabra, le dijo D. Perrondo con su acostumbrada afabilidad...: Os hemos llamado á este sitio contando de antemano con vuestra cooperacion.

—Ya sabeis que estoy á vuestras órdenes para cuanto gusteis mandarme.... mis brazos...

—Necesitamos de ellos.

—Aquí y en todas partes, y para cuanto gusteis, están á vuestro disponer.

—Gracias, gracias...

—Tratándose de vos, de mi capitan y de mi querido teniente, yo no me pertenezco... mándenme arrojar al mar, y Fabra no es de este mundo el 2 de noviembre.

—¡Noble corazon! esclamó Vicens.

—¡Oh! no tanto, no tanto, amigo mio, dijo don Perrondo ligeramente conmovido al ver la nobleza del obrero; se trata del bien de las personas que mas quereis en el mundo... de Eduardo, de Vicens, de Roviralta... de vos mismo.

—Y de la señorita Lucila, añadió Masalegre.

—¡Por Dios!

—Sí, sí, amigo mio, continuó D. Perrondo; es una asociacion santa, en que el trabajo, el capital y la inteligencia se han de ver perfectamente hermanados; en que esos tres elementos han de pens-

pirar de consuno para la produccion: en que esta produccion ha de servir para el sostenimiento decente de cuatro familias, conservando íntegro el capital...

—¿Y en qué puedo yo?...

—¿No sabeis leer y escribir?

—¡Oh! eso sí, y hasta algo de latinidad... tengo que agradecérselo á los frailes capuchinos... mas debo yo á los frailes, que nada me prometieron, que á los que me llevaron cien veces á los combates, prometiéndome montes de oro y dias felices, que nunca he podido alcanzar.

—Pues bien: sabeis leer y escribir, teneis un buen juicio, un corazon franco y honrado... os sobra para el destino que habeis de ocupar en este establecimiento, que ayer dejó de pertenecer á su antiguo dueño, por escritura pública y solemne, que os enseñará vuestro capitan... aquí es donde queda instalada desde este momento esa asociacion santa que asegurará el porvenir de las personas queridas de quienes os he hablado, de Eduardo representante del capital, del señor Viceas representante de la inteligencia, de vos y de Roviralta representantes del trabajo...

—Pero señor...

—Teneis un capital de *quince mil duros*, que pertenece á Eduardo, *cinco mil* mas en comision y otros *diez mil*, cuyo pago corre de mi cuenta, para el año próximo... No será mucho, atendiendo á vuestro celo, honradez y laboriosidad, que esos treinta mil duros produzcan al año, libre de contribucion, un diez ó un doce por ciento; de modo que por cálculo aproximado debereis ganar con ellos *sesenta y seis mil reales*: de estos he determinado últimamente que destineis cada año por sin-

co seguidos los *cuarenta mil* á la amortizacion de los diez mil duros que yo satisfaré, quedando al cabo de los cinco años la mitad de este capital para el señor Vicens y la otra mitad para vos y para Roviralta: los *veinte y seis mil* restantes de las utilidades se dividirán en tres partes iguales, una para Eduardo, otra para Vicens y otra para vos y Roviralta: trascurridos que sean los cinco años é indemnizado yo de mi adelanto de los diez mil duros, las ganancias que rinda el establecimiento por el año restante de la escritura se dividirán asimismo en tres partes iguales, una para Eduardo, otra para Vicens y otra para vos y Roviralta: despues... ¿pero qué digo? despues vosotros, que os amais y os amareis como verdaderos hermanos, vereis lo que mas cuenta os puede ofrecer y seguireis unidos, haciendo otro contrato en que á cada uno se le den las ganancias correspondientes á su capital y á su trabajo...

—Pero ¡Dios mio...! esclamó Fabra, que con el mayor asombro habia escuchado la relacion de nuestro viajero: ¿es esto un sueño...? mas... no, no... ¡perdonadme, señor! añadió profundamente conmovido y contemplando á D. Perrondo con una espresion de infinito reconocimiento... no sé lo que digo; me olvidaba de que erais un ángel, mas... ¡un Dios!

—¡Oh! sí, sí; ¡sí lo es...! dijo Vicens con exaltacion: nos confunde á beneficios, amigo Fabra... ¿con qué podremos pagárselos?

—¡Ah! ¡nosotros no podremos...! esclamó el obrero con abatimiento... ¡solo aquel! ¡aquel! añadió señalando al cielo.

—Vamos, vamos, dejémonos de eso, dijo don Perrondo con visible conmocion... ya os he dicho,

mi querido capitan, que me lo vais á pagar con usuras...

—¡Oh! ¡oh...! ¿para qué me volvísteis á la vida, si no he de poder consagrarla á vuestro obsequio? dijo enternecido Vicens.

—Sí, sí, amigo mio, dijo D. Perrondo tendiendo su mano á Vicens, de cuyos ojos salian desrandales de lágrimas; la consagrais entera en mi obsequio, sí... ¡vos, Eduardo, Fabra, Lucila, Dolores, Roviralta...! ¡á todos os amo! ¡todos me amais! ¡todos amamos al prójimo! en eso está encerrado todo... acá abajo el amor al prójimo, arriba el amor á Dios... Pero dejémonos de esto, añadió haciendo un esfuerzo como para contener una lágrima que asomó á sus ojos al ver que tambien Fabra y Masalegre lloraban como dos criaturas... no siento mas que una cosa, y es que suponiendo que el establecimiento os produzca los *sesenta y seis mil reales*, como que en los cinco primeros años teneis que indemnizar el capital de los *doscientos mil* no han de ser suficientes los *veinte y seis mil* restantes para sosteneros con las comodidades correspondientes...

—¡Oh! sí, sí; nos sobra, querido amigo... dijo Vicens enjugándose los ojos... ¡casi nueve mil reales y casa de balde! ¡para el que no ha tenido nada en muchos años!

—Pero Fabra y Roviralta necesitan vivir con mucha economía...

—¡Por Dios, señor...! dijo el obrero: podemos vivir como unos príncipes... hoy ganamos dos pesetas diarias; hay que sentar con que tenemos al año trescientos dias de trabajo, de modo que, suponiendo que no caiga Vd. enfermo, vendremos á ganar en los trescientos sesenta y cinco dias, de que

se compone, doscientos ducados solamente; ahora nos proporciona Vd. cuatrocientos, un capital enorme al cabo de seis años, y lo que mas vale, ¡nos emancipais, nos declarais libres...! Vos no sois como Padrast, el gran rio que absorbe todas las aguas dejando secos á sus afluentes... sois como el corazon que reconcentra junto á sí toda la sangre para repartirla despues con equidad por todos los miembros.

—¡Oh! sí, sí, dijo Vicens... y tú, mi buen Fabra, tendrás tambien vivienda de balde desde este dia... Mi madre no quiere abandonar á Molins... Cuando te cases con tu Lucila la traerás aquí; viviremos como hermanos, ella nos asistirá, á mí me sobra con la habitacion que dá á la calle.

—Vamos, mi querido Fabra, dijo Masalegre; ya podeis pensar en mudar de estado; en vuestra nueva posicion justo es que lleveis á Lucila de vez en cuando al teatro de la Ópera.

—¡Oh! es muy caro, amigo mio, y hay que atender á otros asuntos de mas preferencia, dijo el obrero. Hay mucho desgraciado, y á mí, á quien nunca han sido indiferentes las desdichas de mis semejantes, menos me podrán ser de hoy en adelante... Tengo hermanos, sobrinos y otros deudos... Con todo, añadió contemplando risueño á Masalegre; basta que vos lo querais para que la lleve á la ópera el dia de mi santo, y en cuanto á las comedias, la llevaré una vez cada mes, que no es poco.

—Me vais á permitir una cosa, amigo mio, dijo Vicens, dirigiéndose á nuestro viajero. Ya que ayer no logré convenceros para que el capital de tus diez mil duros, que hay que entregar á Miralt,

se dividiese como era justo entre Eduardo, Fabra y Roviralta y mi persona...

—No, no; Eduardo tiene bastante, dijo D. Perrondo interrumpiendo al capitan; son suyos quince mil duros; luego tendrá en cada uno de los cinco años ocho ó nueve mil reales de réditos, y al sesto veinte ó veinte y cinco mil... le basta, le basta; está perfectamente asegurado su porvenir.

—Pues bien; yo quiero que á la terminacion del contrato se partan esos diez mil duros con entera igualdad entre Fabra, Roviralta y vuestro servidor.

—Corriente, corriente; convenidos, dijo D. Perrondo: no quiero oponerme á los impulsos de vuestro corazon.

—¡Ah! me olvidava de otra cosa, repuso Vicens: el pobre Roviralta tiene dos hijos...

—El uno ya sabeis que corre de mi cuenta por los cinco años primeros, dijo D. Perrondo.

—Le queda otro: Fabra no tendrá en buen rato tantas obligaciones; cuenta además con casa de balde... soy de opinion de señalarle de mis ganancias dos reales diarios y uno de las de Fabra.

—Lo apruebo, amigo mio, dijo D. Perrondo, y añadidle otros dos de la de Eduardo: con esos cinco reales podrá tomar una habitacion mas cómoda, más sana y mas adecuada á su nueva posicion...

—Estoy en un todo conforme con Vds., dijo Fabra.

—Corriente, queridos amigos, dijo D. Perrondo ligeramente conmovido: quedais instalado en vuestro establecimiento, que abrireis á la venta así que hayais tomado los conocimientos mas indispensables para hacerla con ventaja y paseis las oportunas circulares á vuestros corresponsales. En

un oficio nuevo es preciso caminar con tiento, y mas vale que abrais vuestro establecimiento dos dias despues que dos dias antes: Roviralta vendrá á él cuando se ponga bueno por completo... Vosotros, añadió levantándose, os quedeis aquí hasta la hora de comer, y ante todo os encargo que procureis ver si ese pobre *Mirall* está perjudicado en los *cinco mil duros*, que si así fuese, ya sabeis mi voluntad. Nosotros nos marchamos á cumplir con algunas visitas. En la fonda os esperamos á comer, señor Vicens: pasearemos esta tarde, y la noche la mataremos con Roviralta y su familia, á cuya casa se servirá asistir el amigo Fabra... ¡Ah! se me olvidaba lo mejor: Fabra, á quien enseñareis nuestra escritura, no está enterado de que por de pronto conviene que nada sepa Eduardo de su contenido.

—Deponed todo cuidado, que yo le prevendré, dijo Vicens.

Un momento despues, D. Perrondo y Masalégre marchaban con direccion de la casa de Dolores, y Vicens y Fabra, instalados en su establecimiento comercial, empezaron á registrar los libros, á echar diferentes cuentas y á examinar las ricas telas de que estaban repletos los grandes y elegantes estantes que cubrian las paredes de las dos piezas; pero por mucho que trabajaron, poco pudieron hacer de provecho en aquella mañana los interesantes jóvenes, porque el asombro y el reconocimiento les tenian medio conturbados sus sentidos.

CAPITULO VIII.

LOS AMORES DE PADRAST: ARGIROCRACIA.

El tortuoso giro que se ha dado á la revolucion en los últimos años del siglo pasado y en los que llevamos del presente, si bien es cierto que ha causado un gran quebrantamiento en la antigua aristocracia, tambien lo es que ha creado al propio tiempo otra nobleza no menos enemiga de la causa del pueblo, aunque sí mas insoportable que la de los pergaminos y la sangre azul: á la vida, al movimiento, al brillo de los hombres del privilegio *de la cuna* han sucedido la vida, el movimiento y el brillo de los hombres del privilegio *del dinero*; á los hombres de los recuerdos los del positivismo; á los hombres de los tiempos pasados, al menos enthusiastas y espiritualistas, los hombres del tiempo presente, materialista, ateo y por consecuencia inhumano, cruel, desmoralizador... Y no es decir con esto que estén ya anonadados, confundidos, los hombres que en vano claman por los tiempos caballerescos y heróicos, ni tampoco es decir con esto que le pueden todo, aunque sí pueden muchísimo, los hombres del tiempo positivista... Nos alegramos de la posicion que han alcanzado los primeros en cuanto *aristócratas*, y pedimos á Dios de todas veras una posicion idéntica y aun peor para los últimos en cuanto les consideramos como *positivistas*... Y en verdad que, bien apurado el negocio, no son los peores los aristócratas de nacimiento, ya se les contemple en su vida pública, ya en sus relaciones particulares; lo son esos hombres de fortunas colosales é improvisadas á cualquier pre-

cio, en general vanos, desatentos, ergullosos, inconsecuentes, necios, ingratos, impuros, osados, olvidadizos y atropelladores. El aristócrata de la sangre ofende el amor propio del que le trata, del que solo se presenta á él *no siendo su igual*, pero es con tanta delicadeza, que se diria que su ofensa era la picadura del mosquito, que interesando solo la dermis causa un dolor ligero y momentáneo; el aristócrata del dinero ofende desde luego con marcada violencia, con grosera brutalidad; diríase que la suya era la coz tremebunda del asno á quien acabaran de adornar con una riquísima gualdrapa y demas atavíos de un soberbio caballo: el uno es insinuante, meloso, cumplimentero, seductor, aun cuando todas sus palabras, todas sus acciones vayan acompañadas de una sonrisa sarcástica; el otro es duro en demasía, grosero hasta la indecencia, inhumano hasta la crueldad, atropellador hasta el delirio; el uno solo espone con su presencia y sus modales al hombre de genio y de pundonor á que le contemple con serenidad y hasta si se quiere con desprecio, diciéndose interiormente: *¡vanitas vanitatum et omnia vanitas!* El otro espone á ese mismo hombre en idéntico caso á que le dé de mojicones ó haga con él cualquier otro despropósito: el uno mira al pueblo con desprecio, pero de vez en cuando suele darle una limosna, y aun algunos dias se proclama *su hermano* en el templo del *Señor*; el otro no solo no le socorre, no solo no le quiere en parte alguna *por hermano*, sino que le calumnia, le insulta y le escarnece en todo lugar con la mas insigne ingratitud: esto en cuanto á la vida privada. En cuanto á la pública, el aristócrata de nacimiento, representante de acciones caballerescas ó heróicas, tiene un corazon y en él un culto, con el

cual deleita su alma, reasumido en estas tres palabras: *patria, honor y rey*... no somos devotos de esa religion, pero al cabo hay religion... el aristócrata del dinero, sin pasado y sin porvenir, es escéptico, no tiene alma ni corazon, y por consecuencia ni tiene ni necesita de culto alguno... pero, sí, sí, tiene tambien su culto, su alma, su corazon; mas su corazon es de piedra, su alma de metal, y su Dios no es otro que *el becerro de oro*.

Sabe muy bien el lector que D. Antonio Padrast era uno de los mas ardientes adoradores de aquel dios impuro, de aquella divinidad predilecta del avaro, que ocupa por completo su insensible corazon, y como en este dia tengamos que presenciar, aunque sea con repugnancia, algunas ceremonias del estravagante culto tributado á tan nauseabunda deidad, no creemos que esté fuera de su lugar la ligera reseña que hemos hecho de lo que comunmente es el aristócrata del dinero, ó lo que es lo mismo, *el hombre de la aristocracia metálica*.

Tenemos ya consignado que Padrast no era insensible á los placeres sensuales, tras de los cuales marchaba de vez en cuando, aunque procurando empero que su satisfaccion no le ocasionase gastos de gran cuantía: queria dar gusto á sus sentidos, pero en términos que este gusto no fuese acibarado por el sentimiento tan natural en un avaro de desprenderse de lo que mas ama en este mundo, del aurífero metal; queria el placer, pero no el dolor; queria el deleite, pero no sus naturales consecuencias. No era como otros de su clase, que insensibles á las desgracias y crueles privaciones de millones de sus semejantes, derrochan grandes caudales con una ó varias concubinas, á

quienes visten de oro y de pedrería y hacen lucir su impúdica desvergüenza en soberbios y elegantísimos landós, servidas dentro y fuera de casa por multitud de abyectos y envilecidos lacayos, escarneciendo la moral, corrompiendo las costumbres y escandalizando á todas las personas sensatas, no: Padrast no era un *corruptor* que escandalizase; pero si huia del escándalo no era á la verdad por virtud, sino porque ese escándalo cuesta muy caro, y él no era amigo de *ninguna cosa cara*. Por esta razon sus pretensiones no podian dirigirse nunca mas que contra las hijas del pueblo; contra esas desgraciadas que sucumben *con poco y á poca costa*, porque la miseria las *trabaja mucho*; contra esas desgraciadas, á quienes la sociedad abandona, á quienes vé con impasibilidad bajar al inmundo lodazal de la prostitucion para luego escarnecerlas ó castigarlas, para luego estigmatizarlas sin piedad ó lanzarlas de su seno encerrándolas en una galera. Sabia muy bien que á la hija del poder y de las riquezas hay que ofuscarla, entontecerla, fascinarla, para perderla, con cualidades que él no poseia: su seductor viene á ser como la culebra que hace suyo al inocente pajarito, turbando sus sentidos con la mágia de su virtud atractiva; no ignoraba tampoco que para la hija del pueblo no hay generalmente necesidad de esa mágia seductora. ¡oh! las hijas del pueblo! á estas se las atropella, se las ataca brutalmente; su seductor es el lobo hambriento, que obedeciendo al primer impulso de su terrible pasion, se echa sobre la inocente é indefensa oveja para devorarla en un segundo. ¿Y por qué se han de guardar mas consideraciones con esas desgraciadas, que nacen, viven y mueren en la mi-

sería ¿por qué se han de emplear el mismo lenguaje, los mismos modales y la misma perseverancia para hacer suya á una *zapaterilla*, á una *sirvienta* ó á una *obrera*, que á una hija de un rico fabricante, de un opulento asentista ó de un noble infanzon? ¿son de igual naturaleza por ventura? ¿merecen acaso aquellas los honores consiguientes á una larga y penosa conquista? no, no: que de gracias la *zapaterilla* que se acuerde de ella un rico y elegante mozalvete, que en cambio de su virtud, que nada ó bien poco vale, la dá un puñado de oro que vale mucho; que de gracias la *sirvienta* que su opulento señor, á cuya disposicion está, fije sus ojos en ella, y que de gracias por último la *obrera* que el rico fabricante, para quien suda y trabaja, se digne pedirla su honor, pues que al fin y al cabo la *dá de comer* en recompensa ocupando sus brazos... ¡Miserable sociedad! ¡hasta en tus vicios eres ruin y mezquina!

Segun dejamos apuntado en el capítulo cuarto, así que ocurrió la desgracia de Roviralta, Padrast, en quien la hermosura y donaire de Dolores habian causado no pequeña sensacion, con asombro de todos sus operarios y de cuantas personas le conocian, se apresuró á hacer menos amarga la suerte de su obrero estropeado, concediéndole la mitad del salario que ganaba estando bueno y admitiendo á trabajar en la fábrica á su hijo Pepito: á beneficio de esto logró la infeliz obrera soportar en su casa los gastos de la enfermedad de su esposo y asistirle con el cuidado y esmero que, por bien que se hallen montados, no encuentran los enfermos en los hospitales; pero ya dejamos dicho tambien que no fué la virtud ni menos la compasion, la que impulsó al avaro fabricante á

ese acto... que nunca calificaremos de generoso: en su criminal ruindad llegó á abrigar la loca idea de conquistar el corazon de la obrera con una *miserable limosna*, que en rigurosa justicia debió haber duplicado: en la misma esperanza, facilitó Padrast desde entonces á Dolores la entrada en su casa, favor que no dispensaba mas que á los trabajadores de cuya fidelidad y humildad tuviese grandes y repetidas pruebas, y en los últimos dias, esto es, durante los que habian estado allí nuestros viajeros, redobló sus obsequios hácia la obrera, llegando hasta el estremo de concederla asueto en la tarde, víspera de Todos los Santos, bajo el pretesto de que fuese á cuidar á su marido á quien prometió ir á ver, lo que no hubiera sorprendido á Dolores por la circunstancia de que en el curso de la enfermedad le habia hecho dos ó tres visitas, á no ser por los recelos que ya abrigaba su corazon desde la noche en que Fabra conoció á D. Perrondo y á Masalegre. Padrast creyó ya llegado el dia de recoger el fruto de su *gran comportamiento*, y para el caso escogió el primero de noviembre... ¡Contraste singular! mientras en ese dia, casi á la misma hora, la nobleza y la generosidad se ostentaban en toda su magnífica majestad en la calle de Fernando VII, la ruindad, la vileza y la lujuria se presentaban en toda su ridícula y asquerosa pequeñez en la de *San Ben*.

Efectivamente, ínterin nuestro viajero, que decia con *Tito Vespasiano* cuando no se le habia proporcionado ocasion de ejercer un acto generoso *¡he perdido este dia, amigos mios!*, estaba instalando en el establecimiento comercial de la calle de Fernando VII á Vicens y á Fabra, llenando al propio tiempo su noble corazon de entusias-

mo, de amor y de esperanzas, Padrast, que tambien hacía la misma esclamacion de aquel emperador inmortal, pero era cuando no ganaba lo que queria, ó se habia imaginado en sus especulaciones, presentóse en casa de Roviralta, firmemente decidido á declarar su pasion á Dolores de la manera que *él, grande y generoso señor*, podia declarársela á *ella, objeto de su magnífica generosidad, humilde sierva, pobre trabajadora* en su soberbio establecimiento.

El fabricante no iba vestido con el mismo desaseo, con el mismo desaliño que en los dias no festivos; mas no por eso dejaba de parecer tan antipático y repugnante como de costumbre: llevaba una levita flamante, paño de pasa, que por ser larguísima de talle hacía mas baja su pequeña estatura; el buen tinte negro de su finísimo pantalon hacía resaltar mas y mas la gran blancura de su chaleco de cachemir, que le llegaba hasta el ombligo, y cuya parte superior ocultaba un enorme lazo hecho en su chalina de seda de colores, unas botas de charol, que encerraban un pié bastante diminuto, y un rico sombrero de castor, bajo el cual se ocultaba su mas que mediana calva; completaban el traje de Padrast, que para su pretension le pareció á él sobremanera á propósito, aunque no dejaba de presentarle un tanto ridículo y grotesco: no hay para qué pintar aquí su rostro, por cuanto ya le conoce el lector, y solo diremos que su sojos garzos y pequeñitos aparecian un poco inyectados de sangre, como si no hubiera podido reconciliar el sueño en la noche anterior: esta circunstancia añadia algunos grados á los de su ordinaria fealdad. Por el contrario Dolores; nunca, ni aun en los mejores dias de su florida

juventud, habia estado tan bella, tan interesante, tan seductora: decidida á salir á misa en aquella mañana, habíase adornado de sus mejores joyas, si joyas pudieran llamarse los pobres trapos que componen la vestimenta de una hija del pueblo, que vive con el trabajo de sus manos: tenia puesto un vestido de chaconada verdosa, que por estar tan perfectamente ajustado al cuerpo, hacia mas elegante su talle, de suyo esbelto y seductor; sobre él campeaba, formando un bonito contraste, el pañuelo pequeño de crespon encarnado de la India, regalo da su esposo en el dia de su himeneo; un zapato de rusel azulado oprimia su diminuto pié, y una flor de terciopélo de colores, prendida en el lado izquierdo de la inmensa rosca que habia hecho de sus cabellos, tan negros como el ébano, daba una gracia particular á su hermosa cabeza; su frente, tersa y despejada, espresaba la grata calma de la niña inocente y candorosa, sus ojos, grandes y rasgados, brillaban de alegría, y en su peregrino rostro, del que casi habia desaparecido la ligera palidez que le empañára en los anteriores dias, estaba pintada la mas pura satisfaccion..... ¿Y por qué no habia de estar satisfecha? Su esposo se veia fuera de peligro, dentro de pocos dias estaria en disposicion de ganar su jornal, y sobre todo, era apreciada como una amiga sincera de los nobles y generosos castellanos... ¿Qué le importaban con esto Padrast ni las pretensiones que ante ella pudieran llevarle?

Recibió Dolores á su amo ó principal en la primera pieza de su habitacion, que, como ya sabe el lector, tenia destinada para las pocas visitas con que pudiera ser honrada en su humilde posicion. Colocado que se hubo la obrera en el pa-

cueño sofá, ocupó Padrast una silla inmediata, con el aire de importancia peculiar á la generalidad de los hombres adinerados, y mas cuando se han hecho tales recientemente y en poco tiempo.

—¿Con que Juan dices que va mejor, eh? dijo Padrast, echando sobre la esposa de Roviralta una impúdica mirada.

—Sí señor, está perfectamente, dijo Dolores.

—Bueno, bueno, repuso el fabricante: al fin y al cabo has logrado lo que querias, curarle en tu casa... A mí me cabe la satisfaccion, añadió con marcada grosería, de haber contribuido á que tus deseos se realizasen...

—Y yo no podré menos de vivir agradecida á ello...

—¿Sí? ¿de veras? dijo Padrast con impaciencia interrumpiendo á su operaria.

—No tengais duda, señor Padrast... pobre soy, pero agradecida, y si no lo fuese, dejaria de ser *honrada*.

El fabricante quedó algo pensativo al ver la naturalidad con que Dolores pronunció la palabra *honrada*. Con todo, despues de un momento de inquietudumbre,

—Sí, sí, dijo; siempre te he tenido por una muchacha *agradecida*... al revés á tu compañera Lucila..... me parece muy orgullosa, y en su posicion, pues... el orgullo sienta mal en la pobreza...

—Creo que estais equivocado, señor Padrast, dijo Dolores, saliendo á la defensa de su querida Lucila; mi compañera es cuando menos tan agradecida como yo, solo que tiene un génio diferente..... ¿Qué quiere Vd.? no todas tenemos el mismo génio.

—Sí; sí; ya lo veo... pero en fin; ahora no viene al caso el hablar de Lucila... ella... que sea lo que quiera... lo que me interesa es verte á tí... así... tan...

—¿Tan qué, señor Padrast?

—Tan hermosa, contestó el fabricante fijando sus ojos en el divino rostro de Dolores con una espresion marcadísima de lujuria.

—¡Tan hermosa! no lo soy, señor Padrast...

—¡Oh! sí, sí; dijo Padrast con calor.

—Pero aun cuando lo fuese ¿qué os podria importar?

—¡Que qué me podia importar? repuso Padrast con progresiva exaltacion... ¿tú, que desde hace dias ocupas un lugar tan distinguido en mi corazon, tú, que debes haber conocido en mi conducta el inmenso, el entrañable amor que te profeso, tú eres la que me preguntas eso!

—¡Por Dios, señor Padrast! que os pueden oir...

—¡Ah! ¡ah! dijo el fabricante en tono mas bajo aunque no ménos exaltado por eso... ¡esos ojos seductores, divinos!.. ¡ese rostro tan encantador, tan hermoso!..

—Pero, ¡por Dios, mi principal!. no sé qué diga de vuestro estado, dijo Dolores mirando al fabricante con mas lástima que horror... ¿estais loco? esos estremos...

—¡Oh! sí, sí; loco estoy, pero es de amor, de amor puro, sublime, acendrado, y tú, solo tú...

—¡Quieto, señor Padrast! esclamó Dolores con imponente dignidad al sentir cerca de su hombro la inmunda mano del fabricante... Si no puedo oir vuestras palabras, porque son ofensivas á mi honra, ¿cómo quereis que tolere vuestras obras?

Padrast quedó petrificado: por la misma razon

que no podia él imaginarse en su obrera la mas ligera resistencia á su criminal capricho; por la misma circunstancia que se habia presentado ante ella en la seguridad de ser correspondido á la menor insinuacion que se dignára hacerla, la confusion y el desconcierto se apoderaron de su alma ruin y corrompida. Mas no por eso desistió de su temerario empeño: todo lo contrario; la misma esquivez, la misma altaneria de Dolores, que dió una sublime espresion de belleza á su peregrino semblante, avivó mas y mas la inmunda llama que ardia en su innoble corazon. Repuesto á poco de su primera impresion, herido por otra parte en su amor propio, aguijoneado en fin por el ardor creciente de su terrible al par que ridícula pasion,

—¡Pero Dolores! dijo ¿es posible que siendo tan hermosa?..

—Os he dicho que yo no soy hermosa, señor Padrast; pero aun cuando lo fuese, una mujer casada no lo es mas que para su marido... Yo creia que vos deberiais saber esto mejor que otro alguno, por cuanto teneis hijas...

—Pero el amor que se apodera del corazon...

—Se procura lanzarle de él cuando es criminal, señor Padrast: repito que vos mejor que otro debeis saber las obligaciones de una esposa, le dijo Dolores con gravedad. Pero... ¡ah! me olvidaba que estaba hablando con un hombre opulento! añadió con amargura... ¡para los opulentos las pobres no tenemos deberes, no tenemos obligaciones... no tenemos honor!

—Pero si yo no te ofreciera mi corazon, si no viniera á consagrarte mi existencia como un esclavo...

—Ni quiero ni pretendo tener esclavos á mi

disposicion, señor Padrast... soy yo dos veces esclava.

—Pues bien; ¡serás señora! esclamó entusiasmado el miserable.

—Me hallo contenta con mis dos cadenas, repuso la jóven con sonrisa melancólica... con una estoy sujeta á mi marido, con otra á mi trabajo... vos, que sois viudo, deberéis declararos esclavo de una mujer que os pueda corresponder.

—¡Te burlas de mi amor! ¡te complaces en atormentar mi corazon! ¡mi corazon que late por tí con estraordinaria violencia! esclamó Padrast haciendo un jesto mímico y poniéndose su diestra sobre el pecho.

—¡Jesus que disparate, mi fabricante! dijo Dolores contemplando á este con cierto aire de desprecio... yo nunca fuí cruel ni aun para mis enemigos, ni aun para los que me hicieron pasar ratos de amargura y desesperacion.

—Pues bien: si no eres cruel, si no lo has sido ni aun para los que te han causado algun mal, ¿por qué lo eres conmigo, conmigo que te he dispensado mas de cuatro beneficios?

—¡Ah señor! esclamó Dolores levantándose de su asiento y con el acento del mas profundo dolor... ¡vos sí que me insultais! ¡vos sí que me escarneceis! ¡vos sí que venís á atropellar á la desgracia! ¡quereis mi honor porque me habeis ayudado á soportar la enfermedad de mi marido, de mi marido estropeado en vuestro servicio, concediéndole la mitad del salario que ganaba estando bueno!.. Ese honor vale mas que todo cuanto poseeis... ¡sí! pero nada os quiero deber... cuando se ponga bueno mi esposo y gane su jornal completo, entonces nos lo quitaremos de la boca para sa-

tisfaceros lo que nos habeis dado, lo que ya no puedo considerar sino como un simple adelanto.

—¿Pero Dolores? esclamó aterrado Padrast contemplando á la obrera, que tenia fija sobre él su centellante mirada con una espresion marcadísima de horror y de desprecio.

—Respetad la desgracia, continuó Dolores con majestuosa dignidad; estais en la morada de un pobre. En vuestra casa brillarán el oro y los muebles preciosos, pero no se albergará en ella el honor con mas pureza que en la de Juan Roviralta. El de su esposa es tan puro como ese sol que nos alumbra, añadió estendiendo su diestra en direccion del balcon y lleno el rostro de una sublime é imponente majestad.

—¡Oh! ¡oh! no te he querido decir tanto... ¡perdóname si te he injuriado! ¡perdóname por el amor que te profeso! esclamó Padrast con acento suplicante.

—¡Amor! ¿vos comprendeis lo que es el amor? le dijo con desprecio Dolores; ¿quereis llamar amor á esa pasion brutal, que al parecer se ha apoderado de vos? ¿á esa pasion desordenada, que ha traido tan de mañana vuestro insolente orgullo de capitalista ante la inofensiva humildad de la obrera? esa pasion tiene otro nombre.

—Pues bien, llámala como quieras! ella abrasa mi pecho, y ella es la que te disculpa tu lenguaje injurioso... ¡yo te adoro! Si antes no te lo he declarado... yo... soy torpe... pero amaré como tú me mandes, como tú quieras que ame.

Habia en el acento con que Padrast pronunció estas palabras un sentimiento tal de verdad, que cualquiera hubiese dicho que el duro corazon de aquel avaro acababa de convertirse de repente en

tierno y compasivo: indudablemente que la repetida repulsa de Dolores habia hecho tomar momentáneamente á su pasion las formas mas bellas, si capaz fuera de belleza una pasion criminal: el resultado es que en aquellos instantes de duda cruel, de incertidumbre terrible no hablaba el avaro, no hablaba el hombre de la aristocracia metálica... el corazon de piedra se habia hecho sensible y el insolente orgullo engendrado por el dinero habia dejado su lugar á la súplica respetuosa y hasta humillante.

—Vamos, vamos; está visto, señor Padrast, dijo Dolores procurando recobrar su calma, que habeis perdido el juicio por completo... para que podais recobrarle os aconsejo que me dejeis sola con mi pobreza, que os vayais con vuestras riquezas á donde... Dios os ayude.

—¡Oh! ¡no, no! no me voy de aquí sin que me des una esperanza en mi tormento, dijo Padrast cada vez mas exaltado: ¡una palabra siquiera que calme el ardor de mi tremenda pasion...! ¡una palabra, hermosa mia! añadió levantándose y acercándose hácia Dolores.

—¡Quieto...! gritó esta con varonil resolucion, dando un paso hácia atrás: cuidado con que os propaseis, porque sacaré fuerzas de mi flaqueza... Pero ¡silencio! ¡he sentido ruido en el tránsito! añadió aplicando el oido en direccion de la puerta.

—¡Ah! ¡no, no! lo dices por alejarme... yo me iré, pero... ¡una palabra!

—Ni media... haced el favor de marcharos de mi casa.

—¡Por Dios! ¡serás mi reina! ¡mi dueña absoluta! esclamó Padrast completamente enajenado: si no quieres trabajar...

—Yo quiero vivir y morir con el trabajo.

—Pues bien; en ese caso aumentaré tu jornal, el de tu marido, el de tu niño...

—Repito que os alejeis de mi vista, le dijo Dolores con estraordinaria indignacion. Hay una cosa mas repugnante que el mismo vicio, y es la indecencia con que por algunos se anuncia.

—Me alejaré ¡cruel! ¡me alejaré! esclamó con abatimiento Padrast; pero antes te quiero dar la última prueba de mi cariño, á ver si en cambio me das tú un solo resto de esperanza... ¡un solo resto...! Mírame á tus pies, añadió fijando su rodilla en el suelo; contémplame á tus plantas rendido, humillado...

En este momento la puerta del cuarto giró suavemente sobre sus goznes, y dos hombres de elevada talla entraron en él: ambos vestian con elegancia, aunque el uno iba de frac y el otro de chaqueta: sus rostros espresaban la mayor satisfaccion, y sus ojos radiantes de alegría se fijaron sobre el fabricante, que por darles su espalda, no habia podido advertir su aproximacion.

—Humillado, no, señor Padrast; *envilecido*, sí, dijo D. Perrondo.

—¡Cielos! esclamó todo aturdido el fabricante levantándose y fijando sus ojos espantados sobre nuestros viajeros.

—¡Ah! esclamó al ver á estos la pobre Dolores, como si con su presencia se la acabára de quitar un enorme peso de su corazon.

—¡Hombre, señor Padrast! esclamó Mascalogre contemplando al fabricante con una sonrisa cruel y sarcástica; habíanme dicho que erais tan poco amigo de arrodillaros, que por no hacerlo, rara vez oiais misa, y ahora veo que sin duda os en-

lumnian: sin embargo, no puedo menos de daros un consejo de amigo: esas posturas no convienen á los viejos por la circunstancia de que tienen muy delicadas las rodillas.

—¡Pero vos! dijo Padrast á quien su asombro no habia permitido comprender bien la burla de Masalegre, ni permitia aun creer en la inopinada aparicion de este y de su amo.

—¿Os estraña mi presencia en este sitio, no es verdad? le dijo D. Perrondo con imperturbable calma: es muy natural... vos no sabeis que yo soy médico; he visitado al esposo de esta señora, y al salir no pudieron menos de llamar mi atencion vuestras amorosas esclamaciones.

—Que por cierto son muy sentidas, dijo Masalegre con el mismo tono burlon con que acabara de martirizar al fabricante: sin duda no ha tenido presente el señor Padrast para decidirse á enamorar á su edad aquella sentencia de Ovidio, la persona mas competente en materia de amores... Pero ¡carámbal yo sí que no me acordaba de que no habeis estudiado gramática, señor Padrast, y que por consecuencia no habeis regalado vuestros oidos con los inmortales versos de aquel poeta. Horon... ¿No sabeis lo que dice de vos? «es torpe el amor de viejo como es torpe el soldado anciano.» (1.)

Padrast, ya algo repuesto, se mordió los lábios de coraje, intentó hablar, pero le contuvo D. Perrondo.

—¡Oh! es porque el señor Padrast no conoce el amor, como le ha dicho muy bien la señora... no le conoceis, no... ¿verdad, mi querida Dolores?

(1) *Turpe senex miles, turpe senilis amor.*

dijo D. Perrondo mirando risueño á la obrera, á quien alargó su mano, que aquella cogió con delirante entusiasmo... ¿Veis, señor Padrast? añadió contemplando al fabricante y apretando la delicadísima mano de Dolores: este es el amor, amor puro como el de los ángeles, como debe ser el amor del prójimo, que solo se funda en la virtud...

Padrast, fascinado por la ardiente mirada de nuestro viajero, bajó sus ojos al suelo, volviendo á su antiguo asombro, muy natural con lo que estaba viendo y que en manera alguna le era dado comprender.

—Este es el amor y no el vuestro, señor Padrast, continuó D. Perrondo... ¡Oh! ¡el vuestro! el vuestro os le voy á definir tal cual yo le comprendo, siquiera para que no quede rastro alguno de él en el doliente pecho al regresar á vuestra casa... Teniais, añadió en tono solemne, soltando la mano de Dolores, un honrado obrero en vuestro establecimiento, que se inutilizó con inminente riesgo de su vida en vuestro servicio: como hombre y como fabricante, os vino una estrecha obligacion de soportar los gastos de su dolorosa enfermedad... su sudor y su sangre habian regado vuestra fábrica... bien merecia tan pequeño sacrificio. Pero en vez de hacer esto, le señalásteis la mitad del mezquino salario que ganaba estando sano y consentistéis que su hijo inocente, cuyos brazos apenas pueden sostener los juguetes destinados á la infancia, entrase á perder la salud de su cuerpo y de su alma en el mismo sitio en que su padre acabára de ser magullado por la máquina. En medio de su triste posicion el infeliz obrero no posee mas que una cosa, que le sirve de consuelo en sus tribulaciones é in-

fortunios, que le hace desear su mísera existencia; y vos, rico fabricante; vos, opulento capitalista; vos que en vuestro brillante estado podeis porporcionarlos á poca costa todos los goces del mundo, os valeis de lo terriblemente angustioso del de vuestro obrero para arrebatarle esa única cosa que posee, su honor y el de su tierna y fiel compañera.

—¡Señor! esclamó Dolores llena de entusiasmo y clavando sobre D. Perrondo sus negros ojos inundados de lágrimas, mientras que Padrast, horriblemente pálido y conmovido, parecia que no encontraba en sus piernas la suficiente fuerza para sostenerse... Dejad, dejad á ese hombre.. añadió sollozando, yo... le perdono.

—Aun no he concluido, hija mia, dijo D. Perrondo. ¿Y á eso quereis llamar amor? continuó dirigiéndose á Padrast, á quien sus palabras tenian tan aterrado que no se atrevia á levantar los ojos del suelo... Eso no es amor, es una infamia, un crímen enorme y tanto mas, cuanto que procurais perpetrarle en medio de los insultos mas groseros y repugnantes.

—¡Cómo!

—No os altereis, señor Padrast... ¡sí! *aun hay una cosa mas repugnante que el mismo vicio, y es la indecencia con que por algunos se anuncia*... ¡qué verdad os ha dicho esta infeliz...! ¡el honor por un vil interés! ¡Oh...! Pero sabed que ya no necesita de vos, que ya Dios se ha encargado de premiar su virtud y endulzar sus sufrimientos... ya no está sujeta á vos, ya no trabajará mas en vuestra fábrica.

—¡Cómo! esclamaron á un tiempo Dolores y Padrast.

—Sí, que lo entienda el señor Padrast, prosiguió

don Perrondo dirigiéndose á Dolores; vuestro esposo sabe que sois digna de él, y esto os debe tranquilizar; en cuanto á vuestro hijo corre ya de mi cuenta, y ahora mismo nos le llevamos en nuestra compañía: desde mañana si quereis verle podeis ir al colegio de educacion de *D. Prudencio Vilaregut*.

—¡Dios mio! esclamó Dolores levantando sus manos al cielo.

—Vuestro esposo tambien está colocado desde este dia con mas ventaja que en la fábrica del señor Padrast... Es sócio en el establecimiento comercial á cargo de D. Roberto Vicens, calle de Fernando VII, número...

—¡Cómo! ¿quién es ese D. Roberto Vicens? dijo enderezándose Padrast, en cuyo corazon acabáran de hacer revivir su natural avaricia las últimas palabras de D. Perrondo.

—El sucesor de *D. Federico Mirall*.

—¿Hablais de veras? ¿Mirall ha hecho cesion de su establecimiento? preguntó espantosamente aterrado Padrast.

—Sí, señor Padrast; yo nunca miento

—¡Dios mio! esclamó medio acongojado el fabricante, olvidándose de su situacion y de los antecedentes que le trajeran á ella... ¡Diez mil duros!... añadió lanzándose hácia la puerta: ¡mi pagaré! ¡mi pagaré! murmuró dirigiéndose á la escalera, que bajó con tanta celeridad como si fuera un jóven de veinte años.

—¡Corre, miserable! ¡vuelve á tu elemento! dijo Masalegre.

—¡Anda, corazon de hiena! esclamó D. Perrondo, mientras se alejaba el fabricante... Nada perderás; pero no te gozarás en los infortunios ni en la deshonra del hijo de tu antiguo principal.

—¡Ah! ¡no pue'o mas! esclamó Dolores cayendo rendida sobre el sofá.

—¡Sois digna de la felicidad! esclamó D. Perrondo contemplándola con ternura.

—Allí... allí... murmuró Dolores clavando su dulce mirada en el hermoso azul del cielo.

—¡Allí nos amaremos como aquí! dijo con entusiasmo, aunque no poco conmovido D. Perrondo.

—¡Sí, sí! dijo Dolores dirigiendo sobre él sus hermosos ojos con una espresion indefinible de cariño, de admiracion y de reconocimiento.

—¡Masalegre!... dijo sollozando D. Perrondo: vámonos... luego volverás por el niño... para que coma con nosotros... y despues... se le entregaremos á Vilaregut... el llevarle ahora... seria aumentar la afectacion de esta infeliz... ¡Adios!

Dolores quiso hablar: tan conmovida estaba que no podia articular una palabra siquiera. D. Perrondo, de quien no se separaban los brillantes ojos de la obrera, la contempló un momento con infinita ternura; cogió el brazo de Masalegre y bajaron enlazados la escalera en direccion de los hermosos paseos de la Rambla, entre cuyos árboles lograron recobrar la serenidad que se habia alejado de sus corazones con los amores de Padrast y la indomable virtud de la tierna y por todos conceptos apreciabíilisima esposa de Roviralta.

CAPITULO IX.

LA SANTA ALIANZA. EL OBRERO DE LOS BRAZOS Y EL OBRERO DE LA INTELIGENCIA.

No crea el lector que le vamos á hablar de la *alianza* de los reyes de derecho divino, que viven

persuadidos de que las naciones son patrimonio suyo, legítimo, justo é incontrovertible; de esa alianza, *santa* en el nombre, *maldita* en sus obras; de esa alianza, azote de los pueblos cuando estos son débiles ó se hallan envilecidos; de esa alianza que, invoca los trata los, cuando ve que no puede recurrir á la fuerza, que los pisotea escandalosamente cuando se cree segura con esta; de esa alianza, tan valiente cuando no hay combates, tan cobarde y sumisa cuando se manifiesta en toda su majestad y grandeza el principio revolucionario; de esa alianza que, teniendo avasallada la Francia, tembló al solo grito de las *Cabezas de San Juan*, como habria temblado tres años despues, si la España no hubiera estado condenada en lo que llevamos del siglo á ser gobernada por manos ineptas y cabezas vacías; de esa alianza, que se humilló llena de miedo ante el estandarte tricolor enarbolado sobre el *Louvre*, las *Tullerías* y el *Hotel de Ville* por el el heróico pueblo de *Paris* en las inmortales jornadas de los tres dias mas inmortales aun; de esa alianza, en fin, que á pesar de ser tan enemiga de las constituciones, temiendo que la constitucionalizase la propaganda armada, se apresuró servilmente á constitucionalizarse ella misma, cuando vió que el 24 de febrero la poblacion obrera de ese mismo *Paris* derribó de un solo soplo, con la misma facilidad que el huracan violento arranca del seno de la tierra la raquítica planta y la trasporta en medio de su furia á paises lejanos, la monarquía del *justo-medio*, que tan olvidadiza se mostrára de su plebeyo orígen.

Es otra alianza, no tan ruidosa ni temible como esa que sacrílegamente lleva el nombre de *santa*, pero mucho mas magnífica, mucho mas interesan-

te, la que hoy vamos a describir; es la alianza *del trabajo material con el de la inteligencia*, la del obrero de las ideas y el obrero de los brazos, alianza que no quiere combates, que rechaza las intrigas, que aborrece las falsías, que no conoce lo que es diplomacia, que no necesita de grandes actas ni de inmensos protocolos, porque la bastan para su objeto la virtud y la buena fé. No se celebrará en ningun palacio, ni se verán al rededor de la modesta morada, donde va á tener lugar, sorprendentes aparatos, ni relucientes bayonetas, ni dorados cañones, ni soberbios trenes, ni lujosos maceros, ni elegantes introductores de grandes políticos ó *grandes calabazas*, que vienen á ser lo mismo, ni pelucones rubios, ni fraques largos, ni pantorrillas enjutas, ni caras avinagradas, ni corazones negros por fin, que sienten una cosa mientras la lengua tarda ó espedita está espresando otra. En esta alianza no se va á disponer de lo ajeno, porque los actores respetan la propiedad de los demas por la misma razon que quieren que estos respeten la suya; no se va á alarmar á nadie, porque las partes contratantes son de suyo laboriosas y como tales pacíficas, ni ella tiene, finalmente, que ser anunciada con marcial estrépito por toda la Europa, porque no interesando mas que á los que la celebran y estando decididos á cumplir lo acordado, les basta que esto quede en sus pechos, con lo que ahorran por otra parte trabajo á los aficionados á criticar y morder hasta las cosas mas santas y respetables.

¡Oh! ¡pero cuán magnífica, cuán sublime es esta alianza, que no quiere ruido, que no necesita de escrituras ni de sellos, que apoyándose solamente en la reciprocidad de intereses santos y legítimos

tiene mas sólido fundamento que todas cuantas han celebrado los príncipes y reyes! El *obrero*, que dedica sus brazos continuamente al fomento de la riqueza, que no cultiva con esmero, salvas ligerísimas escepciones, sus facultades intelectuales, porque destina durante todo el dia las físicas á ganar su sustento y el de su familia, no puede ser abogado de sí mismo, no puede atender á la par á su vida material y á la defensa de sus derechos; necesita de otro obrero, *del trabajador de la inteligencia*, que le consuele, le sublime, le enaltezca y le defienda en su cuitada posicion: á su vez el obrero de las ideas necesita del auxilio de su compañero, á beneficio del cual no ejercita sus facultades físicas, y puede seguir con ventaja cultivando las intelectuales: esto está en el interés de ambos... ¿qué sería del primer obrero, *del obrero del trabajo material*, sino fueran solidarios sus intereses con los intereses del segundo obrero, *del obrero de la inteligencia?* ¿y qué sería del obrero de la inteligencia sin esa solidaridad con el obrero del trabajo material? ¡Oh! indudablemente que hay reciprocidad de intereses entre el obrero que trabaja con sus brazos y el obrero que trabaja con su cabeza: aisladles á los dos; el uno predicará en el desierto, y el otro jamás llegará á vislumbrar el porvenir brillante que le corresponde; el uno se convertirá en un relator insulso, ó en bufon, ó en adulador rastrero y envilecido, y el otro seguirá en la mas bochornosa degradacion.

En un modesto gabinete, última pieza de una habitacion baja, correspondiente á una gran casa, sita en una calle algo escéntrica de Barcelona, se encontraba trabajando muy de madrugada el dia 2 de noviembre, esto es, el que siguió al en que

Padrast recibiera la justa repulsa en sus impúdicos amores de parte de la esposa de Roviralta, el brillante jóven D. Celso Vidal, director del *Sol de la Libertad*, á quien ya ventajosamente conocen nuestros lectores. Tan acostumbrado estaba el escritor á trabajar en medio del ruido, inevitable en una imprenta y mas cuando en ella sale á luz un diario político, que ni el inarmónico ruido producido por los cajistas, que ocupaban las piezas inmediatas, para la conveniente colocacion de las letras, ni las pisadas de otros oficiales que entraban y salian en aquellas en cumplimiento de sus obligaciones, ni las palabras que entre unos y otros tenian con precision que cruzarse, eran capaces de distraerle en lo mas mínimo de la tarea á que estaba dedicado. Sin embargo, no por eso escribia sin interrupcion el periodista, porque esto ningun escritor puede hacerlo, por fecunda que sea su pluma: corria, sí, la de Vidal con asombrosa ligereza; pero de vez en cuando se detenia repentinamente y ya llevaba la mano á su ancha frente, ya fijaba sus negros ojos sobre los objetos que cubrian la gran mesa que tenia delante de sí, ya se mordia el labio inferior con sus dientes incisivos y superiores, iguales, blancos y bien conservados, ó ya se ponia á fumar un puro, cuyo humo solia venir á ofuscar momentáneamente su mirada, para en seguida estampar en el papel algunas ideas, que con el descanso se agolpáran á su imaginacion.

Un individuo, á quien no nos atrevemos á llamar *personaje* (porque los sugetos á los cuales se suele dar semejante dictado, no visten como él) prévio el anuncio de ordenanza, vino á interrumpir al periodista en su trabajo: era Fabra, que á

pesar de su mutacion de estado, que sin embargo de haber pasado de obrero de una fábrica de hilados á obrero de un comercio al por menor, venia vestido con su gorro catalan, su pantalon de patén azulado y su blusa de algodon de colores.

—¡Hombre! ¡Fabra por aquí tan de mañana! esclamó Vidal lleno de satisfaccion al ver á nuestro obrero, colocando su pluma en uno de los vasos de la escribanía.

—Sí, mi amigo señor Vidal; he querido hacer á usted una visita antes que empiece mi trabajo, que no podré abandonar en todo el dia.

—Bueno, bueno, mi querido Fabra; dignáos tomar asiento.

—Sí haré, pero por poco tiempo.

—Corriente, corriente; por el que gusteis, *señor comerciante nuevo*, dijo risueño Vidal mientras que el obrero ocupó una silla dándole su frente... pero bien podremos fumar un cigarrito de papel.

—¡Oh! eso sí; aun puedo disponer de ocho ó diez minutos.

—¡Bah! pues en tal caso, haced y fumad con calma vuestro cigarro, repuso Vidal alargando al obrero su enorme petaca llena de tabaco picado... ¿Y en qué puedo servir por ahora á mi antiguo compañero de armas?

—¡Oh! en mucho, mi querido señor Vidal, dijo Fabra: en cuanto á lo primero vengo á pediros una cosa, que será para mí el mayor favor que se me haya hecho en el mundo, incluso el de salvarme la vida, que debo á su amigo de Vd. y mi apreciabilísimo teniente.

—Sabeis que siempre os he querido por vuestra franqueza y honradez.

—Gracias, señor Vidal.

—¡Oh! ¡oh! . fuimos compañeros de armas en el mismo batallon de voluntarios nacionales de esta plaza, y juntos batimos al enemigo en mas de un encuentro. Esto no lo he olvidado yo, como lo han olvidado otros, que deben lo que tienen y lo que son á haber pertenecido á la milicia en aquella época... sois además amigo de mis amigos, de Vicens, de Eduardo, de esos dos heróicos castellanos...

—¡Oh! ¡y cuán heróicos son, señor Vidal! esclamó enternecido el obrero. Os aseguro que yo no sé dónde estoy, que no sé lo que pasa por mí desde que he conocido á esos hombres... me parece que estoy en otro mundo, ó que este que habito ha sufrido una completa trasformacion, que los hombres y las cosas han tomado ante mi vista otro aspecto... ¡Ah! pero no, no... ¡el mundo es el mismo! ¡aun abriga hombres como Padrast!...

—Pero tambien abriga mujeres como Dolores, dijo con entusiasmo Vidal.

—¿Luego sabeis?..

—Sí, mi amigo Fabra: sé lo que ocurrió ayer con ese miserable: me lo dijo en el paseo Vicens, á quien se lo contára Masalegre, aunque contra el parecer de su amo, que no queria se divulgase una escena, tan sublime por una parte, tan vergonzosa por otra.

—Sí lo creo; es el hombre mas justo y más grande en todos conceptos que encierra la España.

—Sí, sí; pero yo, al propio tiempo que admiro esa gran caridad que le lleva á respetar al prójimo hasta en sus vicios, disculpo á Masalegre, cuya noble idea al descubrir á sus amigos la asquerosa pasion del avaro fabricante no ha sido otra que ensalzar la acrisolada virtud de la pobre Do-

lores... ¿Por qué el vicio ha de estar oculto cuando de su publicacion puede sacar provecho la sociedad? ¿por qué han de estar enterrados bajo una misma losa el crímen y el heroismo, el héroe y el delincuente, la víctima y su verdugo?.. yo no llevo la caridad hasta ese estremo... y en fin; si por cualquier otro estilo fuera acreedor Padrast á las consideraciones de sus semejantes, podría disimulársele su pasion...

—Ni aun así, señor Vidal, dijo Fabra interrumpiendo al periodista; si esa pasion la hubiera declarado en otras circunstancias, si esa pasion hubiera nacido en su pecho, como nacen otras que sólo tienen su principio en un legítimo entusiasmo por lo bello, lo grande, lo sublime, convengo que mereceria disculpa; pero esa pasion, como la comprendió muy bien Dolores, como despues la calificó mejor D. Perrondo, constituia un crímen inmundo, envolvia la vida entera del fabricante; su vida de insaciable codicia, de infame crueldad hácia los desgraciados que dependen de él, de ódio y de desprecio hácia las clases trabajadoras.

—Nos hallamos conformes, amigo Fabra: tan lejos estoy yo de disculpar á Padrast, que si no fuera porque he tenido presente que es el padre de Adela, y porque de seguro desagradaria á nuestro D. Perrondo, hubiera puesto en el Diario de hoy un artículo, sin valerme por supuesto de nombres propios, describiendo su infame proceder y la bonita leccion que supo darle la pobre Dolores.

—Sí, sí, pensais con juicio, señor Vidal; demasiado pública se hará la accion de ese miserable en toda Barrelona, sin que caiga bajo el dominio de la prensa, cuya circunstancia seibergria mas y

mas el bello corazon de su hija... Pero dejémonos ahora de Padrast, que el tiempo de que yo puedo disponer es bien corto; le necesitamos todo para tratar de los asuntos que me han traido ante vos.

—Dignáos esplicármelos, mi buen Fabra.

—Estais enterado ya del proceder de ese hombre, no de Padrast, del reverso de la medalla, para conmigo y para con todas las personas que me son mas caras.

—Ayer tarde me enteró de todo Vicens...

—Lo supuse así que me dijísteis que habiais paseado juntos. Conozco vuestro corazon y el de mi capitan, y por lo tanto me persuado que ya tendreis andada la mitad del camino que yo quiero que se recorra. Con todo, lo que le haya dicho á usted el señor Vicens no lo ha dicho Fabra, y Fabra quiere que se sepa su modo de pensar, que se consigne de una manera solemne su inmensa gratitud hácia el hombre grande que tan generosamente le ha proporcionado un presente tan lisonjero, un porvenir tan brillante... quiero que pongais cuanto antes un buen artículo en vuestro periódico.

—En efecto que llegais tarde, mi querido Fabra, dijo Vidal interrumpiendo al obrero; precisamente estoy componiendo el artículo que deseais, y que saldrá en el número de mañana puesto á vuestra satisfaccion.

—Yo os doy las gracias anticipadamente.

—No, no; no solo como amigo, sino tambien como periodista, tengo una estrecha obligacion de dar cuenta al público de ese grande acontecimiento, que ha venido á cambiar, mejorándola, la posicion de una porcion de séres tan virtuosos como desgraciados; tengo como tal un deber im-

prescindible, deber que al propio tiempo me proporciona la mas pura satisfaccion, de anunciar un acto generoso y sábiamente combinado, en cuya virtud un hombre ilustre, sin notable esfuerzo en su brillante posicion, resuelve prácticamente un problema inmenso, y tanto que en él se encierra la causa futura de la humanidad... ¡Oh! sí, sí; con él está resuelta satisfactoriamente la gran cuestion de que los *brazos*, el *capital* y la *inteligencia* pueden y deben vivir unidos; con él se van á tocar las ventajas de la *asociacion libre*, que hace á los hombres fuertes, que les emancipa en beneficio hasta del mismo capital, en contraposicion del aislamiento de aquellas tres potencias, que las hace enemigas unas de otras en perjuicio de todas, y en especial de la que constituyen los brazos, que como mas débil es tambien la mas desgraciada.

—¡Oh! ¡por eso llamó él á su obra *santa*! ¡lo será! ¡lo será! esclamó con entusiasmo el obrero... y las cuatro personas que á él deberemos nuestra dicha, y todos los séres que dependen de estas cuatro personas, le llamaremos tres veces bendito.

—¡Pobre Fabra! ¡cuán bueno sois...!

—Lo que me precio de ser, Sr. Vidal, es agradecido: consignadlo en vuestro artículo, haced entender á todo el mundo que nuestro reconocimiento es infinito... eso tambien entra en vuestro deber... y en vuestro interés, que es el mismo que el nuestro.

—Sí, sí, amigo Fabra, nuestros intereses son recíprocos.

—Lo son sin disputa, señor Vidal, y por vivir tambien separados, creo que nuestra posicion no es tan lisonjera como deberia serlo... aquí está

el segundo punto que hoy he venido á tratar con vos. Nosotros, y bajo la palabra *nosotros*, aun cuando mi posicion ha variado desde ayer, comprendo á todos los obreros, y todos esos hombres débiles y desgraciados porque se ven aislados; nosotros, digo, estamos en una situacion muy semejante en general, y en ocasiones peor que la que tenian los antiguos *siervos*, y no ignorais vos que algunos séres inhumanos quisieran hacerla mas triste y precaria: á nosotros se nos esplota como á bestias de carga; á nosotros se nos da la ley oprimiéndonos sin piedad; á nosotros se nos abandona, cuando no hay necesidad de nuestros brazos, con la misma crueldad que si fuéramos *cosas*, con la misma indiferencia que si fuéramos muebles inútiles. Nosotros no podemos defender nuestros derechos, ya porque nos faltan los conocimientos indispensables para ello, ya porque, aun cuando los tuviéramos, necesitamos todo el tiempo preciso para hacerlo en proporcionarnos nuestra subsistencia... Vos y los que se hallan en el caso que vos, debeis ser nuestros abogados; vos y los que se hallan en el caso que vos, *obreros de la inteligencia*, debeis ser los defensores de nosotros, *obreros del trabajo material*: nosotros, que no ejercitamos nuestras facultades intelectuales, necesitamos de las vuestras, tenemos un grandísimo interés en que funcionen en nuestro beneficio; y vosotros, que no ejercitais vuestras fuerzas físicas, que necesitais, por lo tanto, de los productos de nuestras manos, teneis asimismo un interés directo, inmenso, en el mejoramiento de vuestra posicion, para que la vuestra tambien se mejore... ¿qué os puede dar un triste trabajador en su espantosa miseria? ¿de qué os puede servir en su completa nulidad?....

Así como el buen comerciante procura ensanchar el círculo de sus relaciones, buscar nuevos mercados para aumentar sus ganancias, vos debeis procurar porque la ilustracion cunda entre las masas, para que, leyendo vuestras obras, encontreis una justa recompensa á vuestro trabajo... Sí, sí, defended al obrero de las máquinas, de los talleres y de los campos; trabajad sin descanso por que se mejore su estado, que él corresponderá agradecido á vuestros desvelos y sacrificios... ¿de qué le sirven vuestros escritos, sino sabe leer? ¿cómo ha de premiar vuestros afanes, si ni siquiera sabe que los empleais en su obsequio...? Hagamos, pues, una alianza eterna, íntima, cordial, la mas magnífica que haya existido jamás... ¡que la cabeza sostenga á los brazos, mientras estos trabajan por aquella! ¡que en los brazos se encuentre una recompensa justa para que á su vez recompensen ellos á la cabeza!

—¡Oh! ¡oh! ¡qué bello corazon! esclamó Vidal entusiasmado con el lenguaje del obrero: ahora que habeis pasado de la miseria á un estado próspero, ahora que habeis salido de la abyeccion en que vegetárais toda la vida, ahora que habeis sido ennoblecido por el mas generoso de los hombres, es cuando os afectan doblemente las desgracias de vuestros compañeros... ¡Oh! eso os favorece mucho, eso me hará apreciaros inmensamente mas que lo que hasta el dia os he apreciado... Por lo demás... teneis razon ¡bien dicen que generalmente discurre mejor el hombre de corazon que el hombre de cabeza! ¡teneis razon, mi amigo Fabra! los intereses del obrero de la inteligencia y los intereses del obrero del trabajo material son recíprocos: están aislados con perjuicio de ellos mis-

mos... sí, sí; necesitamos de esa alianza íntima que me habeis propuesto, de esa alianza que yo acepto con trasportes de alegría, de esa alianza que queda hecha entre nosotros desde este dia, desde este momento...

—Sí, sí, repuso Fabra radiante de júbilo; sois tambien obreros mal recompensados; ayudémonos mútuamente, vos á trabajar por nosotros, nosotros por vos.

—Lo haré, lo haré, mi amigo Fabra, continuó con notable calor el periodista: mi corazon ha latido contínuamente por las clases trabajadoras, mis aspiraciones han sido siempre porque se mejore su lamentable estado; pero desde hoy, fortalecido con esa alianza que acabamos de hacer, me dedicaré con mas empeño, con mas constancia, con mas fé á pedir la emancipacion de los siervos del trabajo, á reivindicar los sagrados derechos que os corresponden... No creo que esto, apoyándome y apoyándose los que me sigan en las armas de la razon, fundándonos en los eternos principios de la justicia, nos ocasione persecuciones; pero si estas viniesen, merced á una ignorancia vituperable ó á criminales pasiones, que no tienen otro fundamento que un orgullo insensato y una codicia desmesurada, las sufriremos con valor... vosotros nos alentareis para sobrellevarlas.

—Y las sufriremos con vos; ese será nuestro principal deber.

—Pero nada significan las persecuciones, amigo Fabra: si vinieran, no por eso quedaria sin defensores nuestra causa... ¿y por qué han de venir...? procuremos porque se estienda esa alianza, vos con los vuestros, yo con los mios... ¡Oh! ¡oh! mil y mil corazones generosos se acogerán á ella con en-

tusiasmo: entonces seremos los mas fuertes, fuertes por el número, fuertes por la justicia de nuestras reclamaciones: sí, sí; no hay que dudarlo; esa alianza logrará al fin su objeto, esa alianza quedará al fin triunfante á despecho de cuantos obstáculos quieran oponerse á su marcha imponente y magestuosa; y despues de eso, despues que vosotros, obreros de las máquinas, los talleres y los campos, no necesiteis, de nosotros, obreros de la inteligencia...

—¡Oh! sí, sí; no digais eso, por Dios, señor Vidal: os necesitaremos para que deleiteis nuestras facultades intelectuales que, mejorada nuestra posicion material, no estarán en la lamentable inercia en que hoy se ven; os necesitaremos, para celebrar y cantar juntos nuestra ventura.

—Teneis razon, mi querido Fabra; entonces nosotros, obreros de la inteligencia, tenemos nuestra mision que cumplir como vosotros, obreros de los brazos; entonces nosotros, obreros de la inteligencia, nos dedicaremos á relacionar vuestras virtudes y á ensalzar como vuestros los productos de vuestras manos, en vez de qué hoy relacionamos vuestras miserias y ensalzamos á nombre solo del capital las preciosidades que da á luz vuestro trabajo; alabaremos tambien á Dios y sus maravillas en oraciones que á todos nos servirán de consuelo.

—Sí, sí; magnífica y feliz será entonces nuestra mision: pues bien; trabajemos con fé para alcanzar esos tiempos... ¿por qué han de ser desgraciadas las nueve décimas partes del género humano? ¿por qué no las hemos de proporcionar la felicidad, si podemos lograrlo sin perjuicio de la parte restante...? sí, sí; lo lograremos, merced entre otras cosas á nuestra sublime alianza, que contará

tantos partidarios cuantos corazones nobles encierra nuestra patria, que será tan firme como sincera, á pesar de no constar en escrituras públicas ni haberse celebrado con el aparato y solemnidades que otras alianzas, cuyo objeto es hacer más desgraciada á la humanidad...

—Pero reside en nuestros jóvenes corazones, amigo Fabra, en nuestros jóvenes corazones henchidos de entusiasmo, sedientos de justicia, ansiosos de hacer bien...

—Sí, sí; dijo el obrero. ¡Feliz del que quiere la dicha de los demás! ¡desgraciado del que solo piensa en la suya propia...! Pero ya es hora de que me marche, señor Vidal, añadió levantándose.

—¿Tan pronto? dijo Vidal levantándose tambien.

—Sí; los minutos de que podia disponer sin faltar á mi obligacion han trascurrido ya: he logrado por completo mi objeto al acudir á la nobleza y sensibilidad de vuestro corazon... el mio por lo tanto rebosa de alegría y de gratitud... aunque estamos convencidos los dos de que nuestra alianza será inviolable, á pesar de no constar en documentos solemnes; con todo, quiero que la echemos nuestro sello, el sello que es sagrado para los hombres de bien... Este es el que quiero para nuestra alianza, añadió estendiendo su mano en busca de la del periodista.

—¡Oh! ¡oh! eso es poco, amigo Fabra, dijo Vidal lleno de emocion. Este, este es mas sagrado y digno de nosotros, añadió arrojándose con los brazos abiertos al obrero, que le recibió entre los suyos con trasportes de júbilo y de amoroso entusiasmo.

—¡Gracias, gracias, señor Vidal! esclamó enternecido el obrero al separarse de los brazos del periodista: ¡gracias por vuestra prueba de cariño á mi humilde persona! nuestros corazones han latido juntos unos segundos; el mio latirá mientras viva por vos y por los que como vos comprenden la mision del obrero de la inteligencia.

—Y el mio, dijo Vidal, por vos y por los que como vos desean ardientemente el bienestar de sus semejantes.

—¡Adios!

—¡Adios!

Mientras el periodista salia medio desfallecido de gratísimas emociones en la silla donde habia estado sentado el obrero, este le hizo una respetuosa inclinacion: enderezándose de repente, traspuso la puerta del gabinete, teatro de la sublime alianza, cruzó en seguida con acelerado paso las piezas inmediatas sin fijarse en las personas que allí estaban, porque sus ojos preñados de lágrimas no podian distinguir bien ningun objeto, y ganando la calle, tomó la direccion de su establecimiento mercantil, donde ya le estaba esperando, agradablemente entretenido con las faenas de su nuevo oficio, el valiente ex-capitan, hoy jefe de aquel, D. Roberto Vicens.

CAPITULO X.

LA SEPARACION.

Aidada de la alianza la separacion, al lado de la concordia la desunion, al lado de la dulce y afectuosa armonía la escision terrible y desenvue-

ladora. Dos ó mas corazones generosos se unen en el momento de conocerse; dos que no lo sean, jamás pueden enlazarse con vínculos estrechos y respetables; y uno que no lo es, no puede menos de separarse que tarde que temprano de otro que ha nacido para hacer bien; ya les haya unido hasta la fecha la casualidad, ya hayan debido su enlace á la misma naturaleza.

Hemos presenciado la alianza del obrero de los brazos con el obrero de las ideas, alianza sublime, puesto que se propone que dos potencias débiles, por estar aisladas, se hagan fuertes por medio de una union íntima y cordial; alianza nóble, puesto que solo tiende á enaltecer toda clase de trabajo, fuente de toda riqueza, manantial seguro de toda felicidad; alianza *santa* en fin, puesto que su objeto no es otro que la defensa recíproca por medios pacíficos, y como tales lícitos y permitidos, de los intereses mas sagrados y respetables... ¡Oh! ¡cuán deliciosa es la espansion que se apodera de los corazones generosos á la sola vista de cualquiera accion, de cualquiera idea, que tiendan á la felicidad de los demás! ¡Oh! si ellos pudieran labrar en un segundo la dicha de todos sus semejantes, ¡con qué gozo se apresurarian á ejecutarlo...! pero la generosidad no es patrimonio de todos los mortales, no lo es siquiera de la mayoría de los mismos... ¡feliz la humanidad, si aquella mayoría obedeciese de contínuo á nobles y sublimes sentimientos, á grandes y generosas inspiraciones! Ahora nos toca presenciar una escena enteramente distinta, aunque no menos interesante, de la que dejamos descrita en el capítulo anterior: el genio del mal tiene que gozarse en ella... interviene Padrast y con esto está dicho todo.

Mientras Vidal y Fabra celebraban su sublime alianza en la redaccion del *Sol de la Libertad*, Adela, que acababa de levantarse del mullido lecho, puesta delante del magnífico tocador fronterizo á un elegante piano, que entre otros muebles preciosos adornaban su habitacion, al propio tiempo que adornaba con su delicadísimas manos su poblada, luenga y sedosa cabellera, contemplaba con noble y justísimo orgullo sus peregrinas facciones perfectamente reflejadas en la clara y límpida superficie de la gran plancha de cristal azogado; y á la verdad que el orgullo de que se hallaba henchido su corazon no podia ser mas justo, porque nunca se habia parecido á sí misma tan soberanamente hermosa, ni nunca habia deseado serlo tanto como en aquella ocasion en que su amor, amor finamente correspondido, tenia en su pecho tan hondas raices, que ya no era posible su existencia sin consagrarla entera á nuestro jóven oficial. «Eres tan hermosa como mi hermana» (se decia interiormente la jóven mirando con inocente coquetería su divino semblante); así me dice mi Eduardo en la esquela que ayer recibí de él... ¡Oh! ¡qué hermosa debo parecerle cuando se atreve á compararme con su hermana, con su hermana, de quien él es un vivo retrato; con su hermana, que sé que es la reina de la hermosura!... pero su hermana debe ser mas hermosa que yo... veamos si siquiera me puedo comparar á mi amante... ¡Oh! sí, sí; mis ojos son negros como los suyos, mi frente es tan serena como su frente, mis labios tan delicados como sus labios de coral, mis dientes tan blancos como sus dientes de marfil... ¡Oh! sí, sí; ¡soy hermosa! y esta gran cabellera que suelta me cubre toda la espalda y llega hasta el pavimento...

¡cómo encanta á mi amante!... sí, sí; ¡soy hermosa!... Pero qué loca soy, prosiguió la jóven separando su vista del luminoso espejo; para él, para él soy hermosa... ¿qué me importan los demás hombres? la hermosura agrada á todo el mundo, pero la hermosa solo debe poner su conato en agradar á su amante... pues bien, yo quiero ser hermosa para agradar al mio, que él es mi vida, mi aliento, mi esperanza, mi único bien!... ¡Oh! ¡oh! no quiero la vida sin mi Eduardo, no la quiero, no: su amor abrasa mi pecho; su amor está enamasado en todo mi sér, su amor embarga por completo mi espíritu, ya me contemple sola, ya me encuentre en medio del bullicio y algazara del mundo, que hacen mas amarga para el corazon que ama la farsa que generalmente se representa en él... ¡Oh, Dios mio! ¿por qué me arrebataste en lo mejor de mis años á mi buena madre? ella sería hoy mi escudo contra las injustas exigencias de mi padre; ella, que siempre fué amiga de lo bello y de lo grande; al ver cuán grande y cuán bello es mi adorado amante, venceria con solo querer los obstáculos que ruines y vituperables pasiones oponen al enlace de dos corazones nacidos para vivir unidos, unidos para la mas pura felicidad... mas ¿á qué invocar la sombra de mi pobre madre?... Dios me dará valor en su lugar para oponerme con aliento á las exigencias de mi padre; de mi padre, cuya alma fria y... mas no le injuriemos: él es mi padre, él me dió el sér, y yo le debo toda clase de consideraciones... bueno que me oponga á sus miras interesadas, bueno que procure por los medios que siempre están al alcance de una hija hacerle comprender que la nobleza del alma y del corazon valen infinitamente mas que todas las riquezas del

mundo; bueno en fin, que le desobedezca si no le puedo convencer; pero tengo obligacion de respetarle... sí, sí; y tal vez así logre vencer sus repugnancias, tal vez pintándole respetuosamente lo vehemente de mi pasion se apiade de su hija, y consienta en que sea feliz... ¡Oh! ¡muy feliz! ¿quién mas feliz que yo con mi amor? nadie, nadie... ¡amor! ¡amor! ¡Oh! me vuelvo loca á la sola idea de perderle... pero ¿cómo le he de perder?... ¡la vida, la vida primero que el amor que la sostiene! ¡ah! ¡yo fallezco! ¡pierdo el sentido!... ¡amor! ¡amor! ¡dame aliento! ¡ay! no sé lo que pido: ¡aliento al amor que me postra, me enerva, me languidece! ¿qué importa? el amor lanza á cosas imposibles, el amor vence las mayores dificultades... sí, sí; al menos quiero deleitarme ahora con mi amor, quiero que con él se extasíe mi alma, ávida de sus inefables y purísimas emociones... Voy, voy, añadió entusiasmada la jóven acercándose al magnífico piano; voy á cantar mi amor, tan puro como vehemente, tan inocente como acendrado... quiero cantarle, sí; ahora que nadie me oye... ¿y qué que me oigan? ¡que me oigan, que sepa todo el mundo que quiero á mi amor mil veces mas que mi vida, porque sin él esta seria para mí una pesada carga!... ¡que vengan, prosiguió sentándose y acercando sus dedos de nieve al elegante teclado, y vean cómo estoy lóca de amor!...

Despues de preludiar unos segundos, lleno el noble corazon de sublime entusiasmo, encendido el rostro, centelleantes los ojos, entonó con seductora, si bien conmovida voz, acompañándose del armónico instrumento la siguiente

CANCION.

Arde en mi pecho
vívida, pura
llama sagrada
de inmenso amor:
grato apacible
es á mis penas
bálsamo suave
y á mi dolor...
¡ay! ¡que es mi vida
mi dulce amor!
Gentil mancebo
de negros ojos,
ojos de fuego
me entusiasmó:
por él aliento,
por él provoso
de cruda suerte
todo el rigor...
¡ay! ¡que es mi vida
mi dulce amor!
Víle rendido,
tierno, amoroso...
¡es mas hermoso
que un querubin!
por él ya solo
quiero la vida...
¡sin él la muerte
como un favor!
¡ay! ¡que es mi vida
mi dulce amor!
Cuando los mios
buscan sus ojos,
llénase el alma
de fruicion;
sutil, ligero
corre en las venas
fuego que enerva
todo el vigor:
¡ay! ¡que es mi vida
mi dulce amor!
Hado enemigo
fiero, sañudo
nuestra ventura
quiere frustrar...
Valor y amparo
dadme ¡oh Señor!
si no la muerte
como un favor.
¡ay! ¡que es mi vida
mi dulce amor!

Estraordinariamente encendida, anhelante, entregada á las inefables delicias de una postracion amorosa, abandonó la jóven el instrumento, echándose para atrás en el magnífico sillon donde estaba sentada; pero de pronto un ruido particular hizo que se incorporase y aplicando el oido en direccion de la puerta.

—¡Cielos!... ¡siento pasos! esclamó sumamente sobresaltada: sin duda mi padre... sí, sí... ¡él es! ¡Dios me dé fuerzas!

En efecto: Padrast, que tambien acababa de levantarse, entró al cabo de algunos segundos en la

habitacion de su hija. El fabricante iba envuelto en una larga bata de colores, y su rostro aparecia bastante demudado, como si hubiera pasado una noche de insomnio terrible.

—¿Cómo habeis descansado, padre mio? le dijo Adela estraordinariamente avergonzada y sin atreverse á mirarle el rostro.

—No tan bien como tú, contestó Padrast secamente sin mirar tampoco á su hija y poniéndose á pasear por la habitacion.

—¿Estais malo? repuso Adela con timidez dirigiéndole una furtiva mirada.

—No estoy muy bueno... no he podido pegar el ojo en toda la noche... ayer fué un dia de prueba para mí.

—¿Por qué os habeis levantado?

—¿Y qué hago en la cama? dijo Padrast encogiéndose de hombros: ponerme peor... sí, sí... quiero hablarte.

—Pudísteis llamarme...

—He querido mejor decírtelo en tu cuarto.

—¡Dios mio! dijo para sí Adela.

—¡Qué contraste! continuó el fabricante con acento dolorido y sin dejar de pasearse. ¡Tú cantando y tocando mientras á tu padre le haces pasar ratos de desesperacion!...

—¿Pero, papá?...

—Sí, sí, prosiguió Padrast interrumpiendo á su hija; ya te dije anoche lo que es el mundo, el mundo real y positivo, no el mundo que tú tienes en tu imaginacion por efecto de la perniciosa lectura de las novelas, que por una estraordinaria condescendencia de mi parte han venido á trastornarte el juicio... ¡El mundo! es necesario tratarle de cerca para comprenderle: no se compone mas

que de ingratos.... ¡de ingratos y perversos!... tén, tén buen corazon, que ya te lo pagarán: haz, haz favores; sacrifícate por esa... Doleres, por esa obrera tan humilde, tan juiciosa, tan guapa segun tu opinion...

—Pero, papá; no sé qué os haya podido hacer esa muchacha, dijo Adela ya bastante repuesta de la impresion que la causára la repentina aparicion de su padre.

—Ya te dije anoche lo bastante, y no necesitas saber otra cosa; te dije que es una ingrata, y esto es mas que suficiente.

—No quiero oponerme á vuestras ideas...

—¿Con que todavía te empeñas en defenderla?

—Pero si no me habeis dicho...

—Ni te lo diré nunca; basta que yo te asegure que es una ingrata para que tú lo creas ciegamente.

—No os incomodeis, papá, repuso Adela con dulzura al ver la alteracion de su padre, porque no hay motivo para ello; apuradamente, que sea ingrata ó que no lo sea esa muchacha, nada os debe importar ya, si no ha de trabajar en vuestra fábrica.

—Es que con su conducta te quiero hacer entender lo que es el mundo para que no tengas ese corazon tan compasivo y generoso: tú estás imbuida en una porcion de máximas, muy bellas para leidas, muy perjudiciales para ponerlas en práctica. Tú, respirando siempre generosidad, no piensas en el dia de mañana, y yo como buen padre tengo un deber en apartarte de la senda de perdicion que has emprendido, y de la que por desgracia creí que te habias ya separado.

—No sé dónde vais á parar, papá.

—Yo te lo diré, ó mejor, acabaré de decirte lo que anoche no quise hacer delante de tu hermana... Ya sabes que ayer no comí con vosotras.

—En efecto; no sé qué negocios de tan grave importancia pudieran ocuparos, que disteis órden para que comiéramos solas Marcela y yo, y no tuvimos el gusto de veros hasta ya algo entrada la noche.

—No me vísteis antes, porque me interesaba hacer efectivo un pagaré de *diez mil duros* que tenia en contra de Mirall, quien en el dia anterior acababa de hacer cesion de su establecimiento comercial.

—¿Mirall ha hecho cesion de su establecimiento? preguntó Adela asombrada.

—Sí; no hay mal que por bien no venga; así me sucedió ayer á mí... *sufriendo una de los infinitos desengaños del mundo*, aprendí que Mirall habia hecho cesion del establecimiento: semejante noticia me dejó helado; creí, como era natural, que tal cesion no se habia hecho con otro objeto que el de no solventar mi pagaré, de cuya mitad soy yo responsable á mi compañero *Bareló*...

—Pero Mirall ha pasado siempre por un modelo de honradez...

—Déjate de cuentos, prosiguió Padrast con insigne brutalidad: si no ando yo listo, Dios sabe lo que hubiera sucedido.

—Mirad, papá, que Mirall, además de una honradez acrisolada, es dueño de la hermosa casa que habita en la calle de Fernando VII...

—Que nos podia haber empatado con la tercería de su mujer, repuso Padrast con desprecio encogiéndose de hombros... Pero repito, añadió mudando de tono, que yo anduve listo, que al ins-

tante vine á casa por mi pagaré, que corrí con él en busca de Barceló, que juntos fuimos á casa de Mirall una, dos y tres veces, y al fin logramos que le recojiera su amigo *Vigodet*, dándonos este otro pagaré firmado por él, y que nos hará efectivo el 15 del corriente.

—No teneis, por consecuencia, motivo para sospechar mal del pobre Mirall.

—Yo sospecho mal de todo el que no tiene.

—¡Por Dios, papá...! esa es una lógica atroz... si las desgracias acuden á un hombre...

—Será por su mala conducta.

—O porque la suerte se le haya mostrado adversa.

—No hay suerte que valga... pero, en fin, dejémoslo; nosotros logramos poner á salvo nuestros intereses, y allá Mirall que sufra las consecuencias de su conducta.

—¡Pobre Mirall...! No olvideis, padre mio, que debeis al suyo el principio de vuestra fortuna.

—Yo no debo nada á nadie; todo lo que tengo se lo debo á mi trabajo y á mi economía, dijo Padrast sumamente amostazado.

—Yo no os digo mas de lo que cien veces oí á mi buena madre.

—Tu madre era una pobre mujer, una tonta como tú, repuso el fabricante no sin indignacion..... Pero ahora no tratamos de eso, añadió en diferente tono; ante todo voy á darte una noticia que anoche no quise comunicarte, una noticia en la que jamás podrias tú imaginar.

—¿Cuál?

—¿Sabes quién es el sugeto en cuyo favor se ha hecho la cesion del establecimiento comercial de Mirall?

—¿Quién?

—¡Oh! ¡oh! si ese hombre es lo mas raro del mundo: yo creo que está loco, ó al menos fastidiado con sus intereses... Pásmate... el nuevo comerciante, el que al menos ha pagado esa cesion, es mi recomendado D. Perrondo de la Bárcena.

—¿Qué decis? esclamó Adela asombrada.

—Nada mas que lo que hay: los *trescientos mil reales* que sacó de mi casa han ido á parar á Miralt, dejando este de ser comerciante.

—Pero como D. Perrondo...

—¿Ha de ponerse al frente de una tienda, eh...? Todo menos que eso... ahí está su locura.... ha entregado su establecimiento, no sé bajo qué condiciones, al capitan que salvó en Molins, á don Roberto Vicens.

—¡Oh, padre mio...! esclamó entusiasmada la jóven... ¿y á eso llamais locura...? Pero sí, sí; ¡loco está! ¡loco de amor á la humanidad, de amor al prógimo, que le lleva á esas acciones sublimes, acciones que él mejor que nadie puede ejecutar en su brillante posicion!

—Vamos, ya tenemos en campaña el buen corazon, dijo Padrast con risa sardónica, deteniéndose delante de su hija; ya está entusiasmada la niña... ¡Necia! ¿qué entiendes tú de mundo? prosiguió en tono de reconvencion; ¿quién te ha dicho que esa no es la mas insigne locura? ¡entregar un establecimiento comercial á un hombre que solo sabe manejar la espada! ¡á un hombre completamente desconocido para él!

—Tened, padre, en cuenta, dijo Adela con dignidad, que le salvó la vida que aborrecia, y que en su posicion lisonjera es un deber de su parte

el hacérsela amar: esto por un lado; por otro... ¿quién ha dicho que el ex capitan Vicens no podrá desempeñar dignamente su nuevo oficio? no necesita por ventura mas que honradez y laboriosidad para el comercio?

—Y conocimientos...

—O fortuna.

—Pues bien, sea así; sea como tú quieras: lo que menos me importará á mí será que el ex-capitan concluya con los caudales que le han entregado al cabo de un par de años... quien únicamente me interesa eres tú, solo tú.

—Así lo creo, padre mio.

—Y debes creerlo: yo no puedo querer mas que tu bien... ya te indiqué anoche delante de Marcela...

—¿Que debia renunciar por completo á mi amor hácia Eduardo? preguntó Adela esperando con la mayor ansiedad la respuesta de su padre.

—Sí, contestó Padrast con resolucion.

—¡No está en mi mano! ¡no me es posible, padre mio! esclamó Adela en tono suplicante.

—Pues tienes que hacerlo, repuso Padrast con brutalidad.

—¡Haced lo que quereis de mí!..

—Lo que quiero es que renuncies á ese amor por otro mas digno de tí.

—¡Ninguno!

—Sí... ayer tambien hablé acerca de eso con Barceló... por su parte no hay inconveniente en que su hijo...

—¡Nunca seré de él!

—Pe lo manda tu padre.

—Mi padre no debe querer mas que mi dicha, y con semejante enlace yo no puedo ser feliz: por

otra parte yo sé que el hijo de Barceló ha renunciado á mi amor.

—Eso no le hace; su padre está dispuesto á hacerle volver á él.

—¡Unir dos almas que han nacido para vivir separadas! ¡Oh! ¡eso es lo mas cruel!

—Eso es lo mas natural entre gentes de gran fortuna: los enlaces entre las familias opulentas deben hacerse de la misma manera que los de los príncipes, *por el interés*, única cosa que proporciona la felicidad en este mundo.

—Prescindiendo de que eso es falso, acordáos, padre, de vuestra antigua posicion.

—¿Por qué?.. el hombre no debe mirar mas que el presente y el porvenir... ¿qué significa el pasado? ¿de qué le sirve á uno que fué opulento y hoy se ve en la miseria el volver la vista atrás? ¿qué importa que yo fuese pobre un tiempo, si hoy soy poderoso?.. Pues bien, como poderoso quiero tratarme, como poderoso quiero que te cases con un jóven, cuyo padre ocupe una posicion idéntica á la mia... Hay además entre Barceló y mi persona escelentes relaciones, que tú estrecharias mas y mas uniéndote con su hijo... Precisamente ayer tarde, despues de asegurar nuestro pagaré, arreglamos las bases para tomar juntos el suministro de las tropas en esta plaza y otras del Principado por todo el año inmediato; dentro de dos dias, que ya contaremos como nuestra la contrata, empezaremos á hacer los oportunos acopios. Y no es mucho que en ella nos quede un producto de *veinte y cinco ó treinta mil duros*... ya ves que esto no es para despreciarse...

—¡La dicha! ¡la dicha! esclamó tristemente la jóven interrumpiendo á su padre.

—¿Y por qué no has de encontrar esa dicha uniéndote con el hijo de Barceló? Si tú te casas con él...

—¡Jamás!

—¡Cómo!

—¡Jamás! repitió la jóven con una resolucion que hizo palidecer á Padrast.

Este, despues de un momento de silencio, procurando reprimir la indignacion que embargaba su pecho en la esperanza de poder todavía convencer á su hija, dijo:

—¡Qué nécia eres!.. la dicha se alcanza siempre que hay de sobra bienes de fortuna: el que crea lo contrario vive en un grandísimo error: tú debes saber esto mejor que otra alguna: donde reine la miseria no puede haber felicidad: esto es lo que no quiero pase por tí: tú no tienes que temer á la miseria uniéndote con el hijo de Barceló; pero ¿qué seria de tí si te enlazaras con Eduardo? vamos, vamos; no hay que pensar en eso... ¡Su padrino! ¡yo que creí en un principio, que ese hombre sacaba los *quince mil duros* de mi casa para casar á su ahijado! pues, ¿no lo dijo él? y si así hubiese sido, menos mal; pero ya ves el destino que les ha dado, ya ves que hasta cierto punto trató de engañarme, de burlarse de mi buena fé para que...

—¡No hableis así, padre! ¡no hableis así!.. esclamó la jóven con un acento de respetuosa reconvencion, que no dejó de desconcertar á Padrast: amo á Eduardo con un amor tan puro como inmenso, pero tan lejos de quererle por un vil interés, que yo misma le he dicho, que si hacia que le mandase alguna cosa su padrino, no me casaba con él.... ¡Y ahora tiene con qué mantenerme, y

si por casualidad llegasen á privarle de su destino, cuento (desgraciadamente) con recursos propios.

—¡Cómo! esclamó Padrast inmutado y lleno de cólera.

—Sí señor... ¡vos me obligais á espresarme así, padre...! ¡yo no puedo, no quiero vivir sin Eduardo...!

—¿Y qué ibas á decir? repuso con aparente calma Padrast.

—Nada, nada, dijo la jóven en estremo anhelante; pero... ¡no quiero vivir sin mi amor! ¡no! prosiguió con exaltacion; ¡haced lo que querais, mas nunca lograreis que mi amor pierda un átomo siquiera de su intensidad, jamás conseguireis que entregue mi corazon á otro que á Eduardo...!

—¡Sella esa boca, infeliz!

—¡No! ¡no!

—Bien está, dijo con terrible calma el fabricante... sino haces caso de los sanos consejos de un buen padre, lograré verte miserable, porque... te abandonaré completamente, te abandonaré como si nada tuviera contigo.

—Me debeis mi hijuela, señor...

—¡Tu hijuela!

—Sí señor; cuando murió mi madre hicisteis un inventario de *cuarenta mil duros*, ganados durante el matrimonio... la mitad os pertenece, pero la otra mitad...

—¡Amenazar á un padre...! ¡Desgraciada!

—Yo no os amenazo... ¡os ruego, os imploro humildemente...! dijo la jóven juntando sus manos en ademan suplicante: ¡tened compasion de vuestra hija!

—¡Fuera! yo no puedo tener compasion de una

hija ingrata y desobediente... jamás obtendrás mi consentimiento para celebrar un enlace tan funesto... ¿lo oyes? ¡jamás!

—Pues bien; acudiré á la autoridad, dijo la jóven revistiéndose de nuevo de una sublime dignidad: ella me oirá, y hará las veces de un padre tierno y cariñoso.

—¡A la autoridad! ¿eh...? ¿estás ya cantada? ¿estás dispuesta á hacer tu gusto aun promoviendo un escándalo? ¡muy bien! dijo Padrast con reconcentrada ira; pero no han tenido presente los que te aconsejan...

—¡Ninguno! solo recibo las inspiraciones de mi corazon.

—¡No, no, continuó Padrast; pero los que te hacen marchar por el camino de la perdicion ignoran lo que dispone la legislacion catalana, que no se ha derogado en este punto, *como se han derogado los mayorazgos de Castilla*; no saben que aquí hay un *hereu* y una *pubilla*; que yo puedo castigarte cuando llegue el caso, disponiendo de mis bienes en términos que solo vaya á tu poder á mi fallecimiento la parte mas insignificante de ellos, aunque deje un caudal enorme.

—Haced lo que gusteis, padre, le dijo Adela con indiferencia: escusado es que os molesteis en eso conociendo mis sentimientos... espero ser feliz con mi amor, y para nada miro los bienes de fortuna.

—¿Ninguna cosa te intimida? repuso Padrast: ¿nada te hace ceder á los deseos de un padre, que no quiere mas que tu bien...? corriente; yo tambien acabo de tomar mi partido; ya que quieres escándalo, es necesario que sea lo mas estrepitoso posible: yo no te doy el consentimiento; tienes que

acudir, ú otro en tu nombre, á la autoridad... pues bien: no quiero que esto se haga estando tú en mi casa.

—¡Cómo!

—No: desde mañana, desde este mismo momento, tienes que abandonar la casa de tu padre, y come una mujer...

—¡Padre!

—Está dicho.

—¡Mirad que soy vuestra hija!

—Nada me importa, repuso Padrast con brutalidad: no es hija mia la que tan tenazmente me desobedece.

—¡Aun estoy en vuestro poder!

—Ya te has emancipado de él.

—¡Nunca!

—¿Cómo nunca? ¿quieres añadir el escarnio á la desobediencia...? Saldrás de mi casa...

—¡Como debe salir una hija! ¡como debe salir una hija que nunca os dió el mas insignificante disgusto! ¡como debe salir una hija, que os respeta y os ama de todo corazon! esclamó Adela con acento dolorido, que no dejó de conmover el alma del avaro fabricante.

—No lo mereciais, dijo este clavando sobre Adela sus ojos inyectados de sangre, y echando amarillento espumarajo por la boca: yo debia espulsarte ahora de mi casa con ignomia, lanzarte á la calle como si fueras una mujer perdida... pero aun quiero darte la última prueba de cariño... ocho dias tienes de término para que medites sobre lo que te conviene: si durante ellos te reconoces y te decides á obedecer á tu padre, que no desea mas que tu bien, yo te recibiré con los brazos abiertos, te adoraré mas que nunca... mas si insis-

tes en tu amor insensato, si todavía quieres á pesar de mi oposicion, unir tu suerte á ese *oficialillo* sin nombre y sin fortuna, abandona esta casa para siempre y no me tengas por tu padre porque yo no te tendré por mi hija. Y esto diciendo, salió de la habitacion con acelerado paso sin dar lugar á que su hija pudiera contestarle.

—Bien está, dijo esta incorporándose con orgullo así que vió alejarse á su padre: *ese oficialillo sin nombre y sin fortuna* vale mas que multitud de mozalvetes faltos de corazon, aunque llenos de oro y de necia presuncion... para mí tiene un precio infinitamente mayor al que juntos puedan tener cuantos hombres opulentos encierra el mundo... ¡Ocho dias! no necesito yo tantos para abandonar, sin menoscabo de mi honor, la casa de un padre cruel, para quien nada significan las afecciones del corazon, para quien nada vale este amor que abrasa mi pecho, este amor que alienta mi vida, este amor que la consuela y la sostiene, porque pospone al interés la nobleza del alma, la generosidad y todas las demas virtudes, sin las cuales no se encuentra la felicidad sobre la tierra.

CAPITULO XI.

POR SER MAS CONVENIENTE.

Era la mañana del siguiente dia al en que Padrast significára á su hija Adela la brutal determinacion que adoptaria contra ella, si no lanzaba de su pecho el sublime amor que profesaba á Eduardo para reemplazarle por otro *mejor y mas digno de su posicion social*. Al propio tiempo que

se desayunaban nuestros dos viajeros y el jóven oficial en la habitacion que ocupaban del soberbio establecimiento de *Coll*, sostenian esta conversacion:

—¿Con que tan bribon y tan estúpido es como nos dijiste anoche el antiguo tejedor, despues dependiente del padre del señor Mirall? dijo Masalegre dirigiéndose á Eduardo.

—¡Oh! no he podido pegar el ojo en toda la noche, dijo este con tristeza, mientras que D. Perrondo meditaba y como maquinalmente llevaba á la boca de vez en cuando la gran jícara de chocolate que acabáran de servirle.

—¡Bah! ¿y por qué? ¿no dices que Adela está dispuesta á arrostrar toda clase de compromisos en tu obsequio? repuso Masalegre. ¡Oh! bien se conoce que lo está... ¡pobrecita! la tengo tanta lástima como amor... ¡ir ella misma ayer tarde en tu busca á casa de Dolores, mientras nosotros pasábamos el rato con Vieens y Fabrá en la calle de Fernando VII! ¡Oh! eso debia haberte hecho dormir mejor...

—Eso es lo que me hace estar intranquilo.

—¡Toma! ni el diablo que entienda á estos mozalvetes: si son correspondidos, no tienen tranquilidad; si no lo son, dicen que están desesperados; si se hallan dudosos sobre el éxito de sus pretensiones tienen el alma en vilo: ¿cómo diantres se compone eso...? yo he estado y aun estoy enamorado; no sé todavía si soy correspondido, y sin embargo de todo, cómo y he comido siempre con buenas ganas, ceno como un compadre, duermo como un liron...

—¡Buena diferencia!

—¡Cómo qué! ¿en qué está la diferencia? ¿en

que tú sabes que eres correspondido y yo no? auto en mi favor.

—No es eso...

—¿Pues qué es...? ¡ah! ya doy en ello: tú crees sin duda que á los cuarenta años... ¡pues! pero ten entendido, que á los que, como yo, han observado una conducta arreglada no se les acaba á esa edad la naturaleza...

—¡Siempre de buen humor! esclamó Eduardo riéndose involuntariamente.

—¡Ah! á propósito; para acabar de alegrarte voy á decirte un cuento, que aquí viene como de molde. Pues señor...

—Déjanos ahora de cuentos, hombre, dijo á la sazon D. Perrondo, saliendo de la especie de éxtasis en que estaba.

—¡Oh! lo siento: era el cuento, ó mejor historia de *D. Pedro Casinulo*, famoso hidalgo de nuestro lugar que, como Vd. sabe, se casó por primera vez á los setenta años con una plebeya de cuarenta y cinco, que sin disputa era todavía...

—Aun nos le has de encajar.

—No, no; solo iba á decir que como el insigne *D. Pedro* estaba tan escurrido, tan enjuto, tan estraordinariamente chupado cuando se casó, y su mujer tenia unos mofletes tan colorados, unos lábios tan arremangados, unos ojos tan llorones, una *zaguera* tan atroz...

—¡Hombre! ¡por Dios! repuso D. Perrondo; lo que has dicho vale ya por tres cuentos y, segun veo, llevas trazas de...

—De nada, de nada: punto concluido: solo tenia que decir ya, que como la naturaleza del buen *D. Pedro* estaba tan acabada... Pero dejemos descansar en paz los huesos de *D. Pedro Casinulo*, á

quien yo siempre conocí cuando éramos chiquitos de *alcalde de las pajarillas* ó sea de la *santa hermandad*.

—Sí, sí.

—Y volvamos á Padrast, cuya naturaleza no está tan acabada, por lo visto, como la del famoso *D. Pedro*. Vamos á ver, Eduardo: esa hombre es tu pesadilla... ¿me encargo yo de convencerle?

—¿Tienes ganas de broma? dijo D. Perrondo.

—No hay broma que valga; lo digo muy formalmente.

—¿Cómo? dijo Eduardo.

—Eso no te lo he de decir yo á tí; que me dé el santo permiso, que me faculte para tocar los resortes que mueven el alma del antiguo tejedor. Y, ó le pongo antes que anochezca, antes de la hora de comer, mas suave que un ante, eso que, segun su hija, está mas áspero que un cardo corredor, ó le hago salir los celeres al rostro llenándole como una máña y diciéndole cuántas son cinco.

—Vamos, vamos; déjate de tonterías, dijo D. Perrondo, y hablemos de lo que es preciso hacer en el caso en que Padrast no desista de dar un escándalo con su hija... ¿Dices, añadió dirigiéndose á Eduardo, que le ha señalado ocho dias para que se decida?

—Así es: en otra ocasion era tiempo mas que suficiente para tomar un partido, pero... ¡todavía no soy capitan!

—Eso es lo que menos importa: ahora te vas á casar: tiempo tendrás despues de pensar en tu muerte y en la viudez de tu Adela.

—¿Y quién diablos piensa ahora en esas *pequeñeces*? dijo Masalegre. Cuando el hombre se va á casar no debe pensar mas que en cosas alegres; á

casarte, á casarte: despues... Dios dirá... ¿No dices que tiene tu futura una hijuela de *diez mil duros?* ¡pues digo! *¡Diez mil duros!* y luego...

D. Perrondo dirigió una significativa mirada á Masalegre, que este no necesitaba, y asi continuó:

—¿No eres teniente capitan con esperanza de ascender mucho y pronto en tu carrera? bien pueden mantener á tu mujer sin necesidad de su hijuela, cuyos productos aseguran vuestra subsistencia en caso de desgracias: á sacarla, á sacarla cuanto antes del poder de ese pirata, que perderá diez años de vida el dia que tenga que aflojar los *diez mil del pico...* ¡bergante! sin duda no quiere que se case su hija contigo por no soltar ese dinero: no sabes tú lo que daria por ser yo mismo el que se lo sacase, á ver qué cara ponia... ¡oh! estoy seguro que mas compungida y avinagrada no la habria visto en toda mi vida... ¿Me has de dar poder para ello?... ¡qué diablo! parece que dudas, ¿eh?... si fuera un buen suegro, podias dudar: yo le guardaria tambien las convenientes consideraciones; pero... ¡no transijo con ningun avaro!

—Volvamos á nuestro asunto, dijo D. Perrondo tomando el último sorbo de chocolate: mañana es domingo ¿eh?

—Todo el dia, contestó Masalegre.

—Pues bien; es preciso que inmediatamente queden orillados dos negocios á cual mas importantes; el casamiento de Fabra y la traslacion de Reviralta y su familia á una habitacion mejor y mas capaz que la que tienen.

—Pero ¿podrá Juan...

—Creo que sí: Rosell, que como sabeis viene mañana, me parece ha de ordenar que se levante, y el lunes, si no puede ir por su pié á la casa que

hoy sin falta se ha de buscar, se le conduce en un carruaje: en cuanto á Fabra, bien pueden quedar corrientes, entre hoy y mañana, todas cuantas diligencias sean precisas para que el martes se case con su Lucila.

—¡Pobres muchachos! esclamó Eduardo: ya sabeis que habian determinado no casarse hasta que Juan se hallase restablecido por completo.

—Y yo que he de ser padrino de esa boda, repuso D. Perrondo, tendria en dilatarla por unos dias el mas singular placer; pero prescindiendo de que si se celebra el martes podrá asistir á ella Roviralta, conviene que tengamos dos casas á nuestra disposicion para el caso en que Padrast no haya abandonado su brutal determinacion.

—No penseis que Adela quiera ir á otra casa que á la de Dolores, dijo Masalegre.

—Lo creo; pero tal vez la convenga á ella y nos convenga á todos, que vaya á la de D. Roberto Vicens, en cuyo caso es preciso que ya estén con él Fabra y Lucila: esto no es mas que una prevencion, porque yo bien sé que Adela no querrá ir á otra parte que á la casa de Dolores, ni nosotros debemos privarla de ese gusto, á no ser que haya una necesidad.

—¡Oh, Dios mio! esclamó Eduardo llevándose su diestra á la frente.

—¿Qué es eso, niño? le dijo D. Perrondo; nada debe afligirte: por un lado siento la bárbara conducta de ese hombre para con su hija; pero por otro me alegro de ella: apuradamente no habia pensado asistir á tu boda, y Padrast creo que me va á proporcionar esa dicha... de cualquiera manera no teneis mas que un padre que pudiera bendecir vuestro

enlace: no quiere Padrast: aquí estoy yo en su lugar.

—Teneis razon, padrino mio, dijo Eduardo clavando sobre D. Perrondo sus hermosos ojos enternecidos de gratitud: nuestro matrimonio será mas dichoso bendiciéndole vos, en vez de un padre inhumano y encenagado en el vil interés... pero yo quisiera celebrarle en paz, sin escándalo, sin que la pobre Adela...

—¡Toma! ¿y quién reduce á Padrast? ¿quién convence á la misma Adela?... ¿no te ha dicho esto diferentes veces despues de nuestra primera entrevista, que si procurabas quitar un átomo á la pureza de su amor, haciendo que yo te mandase alguna cosa, no querria casarse contigo?

—Así es en efecto.

—¿No te ha dicho tambien que es inútil el que yo hable á su padre?

—Tambien es cierto.

—Pues bien; no hay mas remedio que casarte de la única manera que puedes hacerlo. Yo quisiera que tu matrimonio se celebrase con la pompa y majestad que el de un príncipe, y que fuera á satisfaccion de cuantas personas interesadas pueda haber en él; pero esto no es posible, atendida la terquedad de Padrast... Busquemos hoy la casa para Roviralta, hagamos que Fabra se pueda casar el martes próximo, y empecemos á dar los oportunos pasos para el depósito de Adela.

—¡Oh!

—Ya veo yo que á este *mocete* le tenemos que casar medio á la fuerza, dijo Masalegre dirigiéndose á Eduardo. ¿Tú quieres casarte? eso es muy natural: ¿tú quieres que consienta en ello Padrast? eso es pedir peras al olmo: tienes que elegir uno

de los dos medios, ó casarte contra la voluntad del antiguo tejedor, ó abandonar á su bella é interesante hija: veamos por cuál de ellos te decides.

—De mas que estoy decidido.

—¿Pues luego?... ¿sientes que Adela salga de la casa de su padre en medio de *miniptrisas*?

—Sí, eso es lo que siento, por ella, porque por mas que se halle dispuesta á arrostrar los mayores compromisos, no puede menos de llevar un rato cruel.

—Pues yo no, repuso Masalegre; tan lejos de eso, que no sé lo que daria porque hoy mismo abandonase para siempre á un padre tan cruel, tan inhumano y tan bárbaro, y si de mí se habian de guiar Vds., no porque tema que Padrast ha de torcer la voluntad de su hija, sino porque no la martirizase mas, el lunes sin falta la habíamos de tener ya depositada en casa de Dolores.

—No, no; dijo D. Perrondo; aguardemos al octavo dia: de aquí allá... Dios sabe lo que podrá suceder. Tengámoslo todo preparado; pero obremos con calma y con prudencia. En saliendo de aquí, yo me voy á ver á la autoridad civil, tú á buscar con Fabra una habitacion para Roviralta, que no esté lejos de la calle de Fernando VII, y Eduardo á participar cuanto le ocurre á su coronel.

—Si así lo disponeis vos... dijo Eduardo.

—Sí; y si Adela, ayudada por su hermana, no puede convencer al padre en estos dias, saquémosla de su poder con arreglo á las leyes y con el decoro correspondiente... Mientras tanto, como si nada supiéramos nosotros de la determinacion de Padrast, no dejaremos de visitarle, y hoy mismo, antes del medio dia, pienso ir yo solo á su casa sin

otro objeto que el de invitarle para el convite que quiero dar aquí mañana en honra del ilustre médico Rosell y en celebridad del establecimiento de Vicens y de sus consocios.

—¿Y cómo quereis que acepte con lo que pasó el dia de *Todos los Santos* en casa de Dolores? dijo Masalegre.

—Eso creo yo que le ha de hacer venir mejor: en fin yo me encargo de convencerle, repuso don Perrendo.

—Corriente, corriente, dijo Masalegre frotándose las manos en señal de satisfaccion: vamos á tener el *gran gusto* de comer con tu suegro, continuó dirigiéndose á Eduardo; anímate ¡qué diablo! razon tienes para ello... ¡pues digo! ¿dónde hay una cosa mas magnífica que casarse contra la voluntad de un suegro avariento? Sí, estás dos veces de enhorabuena, chico, y no va de broma... hermosísima es Adela, pero por no recibirla de mano de su padre, me parece que renunciaba yo á su inestimable posesion... Verdad, mi querido *Coll?* añadió viendo á este á la puerta del cuarto con una porcion de papeles en la mano.

—No sé de lo que estais hablando, *Sr. Masalegre*, contestó el fondista.

—¡Hembre! Vd. es *retrógrado*, amigo Coll, repuso muy sério Masalegre mirando fijamente al *antiguo mariscal de Navarra*.

—¡Yo!... ¡voto á!... primero...

—No, no; no hay que jurar, amigo Coll...

—¿Por qué me decís eso?

—Sois *retrógado*, y os lo voy á probar.

—Vamos; teneis ganas de broma como siempre, mi querido huésped.

—Nada de eso: aun en broma digo yo siempre la verdad.

—No sé por qué...

—Os lo voy á decir, mi querido patron, repuso Masalegre sonriéndose: los de mi lugar, que son en lo general *mas que retrógrados*, porque no conocen sus intereses, me llaman á boca llena *el tio Masalegre*: en Búrgos, en Zaragoza y en otras partes me han llamado muchos (contra mi gusto se supone), sin duda porque se consideran *mas en progreso, señor Masalegre*; y el fabricante Padrast, á quien yo no puedo menos de tener por *del progreso rápido*, me ha tratado de *D. Masalegre*.... Todo ha sido *progresar* en este negocio; pero ahora me viene Vd. sin ton ni son con un *señor Masalegre*, ó lo que es lo mismo, todo lo que hasta aquí ha sido *progresar* en mi carrera de tratamientos, me lo echa Vd. á tierra en un segundo, llamándome *señor reaccionariamente*, puesto que, bien ó mal, ya he conseguido un *Don* como un templo..... ¿Sois *retrógrado* ó no, mi querido Coll?

—En esa parte..... dijo el fondista algo avergonzado, aunque sonriéndose involuntariamente, mientras que Eduardo y D. Perrondo celebraban la ocurrencia de Masalegre con una estrepitosa carcajada.

—Ahora bien, mi amigo Coll, yo no quiero *ese señor*, continuó Masalegre; *ese señor* me recuerda casi siempre al famoso hidalgo *D. Pedro*, no el *Puntapié*, sino el *Casinulo*, de quien hace un minuto he hablado á estos caballeros..... ¿No sabeis lo que sucedió con el dicho *D. Pedro Casinulo*?

—Vamos, teneis ganas de...

—No, no, prosiguió Masalegre en medio de la hilaridad de su amo y del oficial, y del no pequeño aturdimiento del fondista; no es broma, amigo Coll. Pues señor, siendo *alcalde de las pajarillas* el famoso *D. Pedro Casinulo*, sucedió que un pobre diablo, que habia hecho no me acuerdo qué cosa en el campo, en medio de sus súplicas para que el hidalgo le perdonase su picardigüela, acertó á llamarle *señor Pedro*..... ¡Tú que tal dijiste! ¡cómo se entiende! ¡desvergonzado! ¡insolente! esclamó *D. Pedro* lleno de ira... ¡á un hidalgo llamarle *señor Pedro*! ¡*señor ladron*! hubiera querido cien veces mejor que *señor Pedro*.... ¡qué horror! ¡á la prision con él! ¡á la prision!

—¡Já! ¡já! ¡já!

—Con que, amigo Coll, continuó Masalegre mirando al fondista, que ya se reia de mejor gana con D. Perrondo y el oficial; aunque yo no soy hidalgo, como que me tengo por tanto como *D. Pedro Casinulo* y como el hidalgo mas pintiparado de Barcelona, espero que os dignareis darme otro tratamiento, en lugar de ese *señor* tan pobre, ramplon y descolorido, que á pesar de ser *señor*, nada tiene con *señoría*, ni menos con *merced*.

—Corriente, corriente, mi querido huésped, dijo muy formal el fondista: podeis descuidar, que desde hoy en adelante.

—¿Qué? ¿me llamareis *D. Masalegre*, eh?

—Justamente.

—¡Cómo qué...! por esta pase, mi querido Coll; pero para en adelante sabed que yo solo gusto de que se me trate de *Masalegre á secas*; no soy tan tonto como algunos que halagan su vanidad con verse tratados por delante con *dones* y con *ustas*, sin embargo de saber muy bien que por detrás

solo les llaman *Pedros* ó *Pericos* á secas, *Pepes* ó *Jusepes*, *Paces* ó *Antones* pelados. Lo que se me ha de decir por la espalda, quiero que se me diga á la cara, porque por detrás y por delante, por el lado izquierdo y por el derecho, por arriba y por abajo, siempre soy el mismo, esto es, *Masalegre* mondo y lirondo, sin mas pretensiones que de pasar en todas partes por honrado, porque por tal me tengo.

—Vamos, vamos; basta de broma, dijo risueño D. Perrondo interrumpiendo á Masalegre. ¿Qué nos trae de bueno el señor Coll? añadió dirigiéndose al fondista.

—¡Ah! ya no me acordaba, dij: su criado de Vd. es el demonio... todo me ha cortado, y si usted no me recuerda... ¡pues! me estoy aquí hecho un babieca con estos papeles.

—¿Es el correo?

—El correo, el Diario, el anuncio de la ópera el de la comedia, dijo Coll, depositando porcion de cartas y papeles sobre la mesa.

—Muy pronto ha venido el correo, repuso don Perrondo tomando en su mano las cartas.

—No es tan pronto, mi querido huésped; van á dar las nueve: ya se vé; para otros que están todavía roncando á pierna suelta, y que seguirán así hasta las diez, ó las once... ¡pues! como se acuestan á las dos de la mañana... yo estoy por el método de estudios... la noche se ha hecho para dormir, y el dia para vivir...

—Sí, sí, dijo D. Perrondo interrumpiendo á Coll, que llevaba trazas de no concluir de charlar en un cuarto de hora.

—¿Quién duda? añadió este.

—Sí, sí; pero dejemos eso, amigo Coll, repuso

don Perrondo... Ya sabeis que mañana teneis que disponer...

—¿El banquete de quince cubiertos? ¿no es verdad?

—Eso os dije ayer, y me alegro que hayais venido para advertiros que ha de constar de diez y ocho.

—Corriente, corriente; de los que digais, mi querido huésped; yo no deseo otra cosa que serviros, y me parece que quedareis satisfecho de Coll, que...

—Está bien: es preciso que sean diez y ocho, porque espero tres convidados forasteros, y tambien quiero que nos acompañen esos dos estranjeros...

—¿El *francés* y el *belga* que están en casa?

—Justamente.

—Pues señor, bien; me alegro: son unos escelentes sugetos... algo de amor propio tiene el frances por las cosas de su pais, pero aparte de esto...

—¿Con que estais bien enterado, amigo Coll?

—¡Oh! si señor: no hay mas que hablar.

—Pues en ese caso...

—Sí, sí; yo me voy: Vds. van á ver el correo, conque... disimular, Masalegre.

—Así, así, amigo Coll.

—Si, así me gusta á mí; yo no soy ceremonioso... con que... ¡adios, señores! ¡hasta mas ver! Y esto diciendo salió el fondista de la habitacion de nuestros amigos, donde por su gusto se hubiera estado hasta la hora de comer.

—Cartas de Gumersinda... del conde y... del señor cura, dijo D. Perrondo mirando los sobres de las que Coll acabára de poner sobre la mesa...

—¡Hombre! ¡del señor cura! ¡cuánto me alegro

por saber de nuestro lugar! esclamó Masalegre: desde que salimos de casa no nos ha escrito mas que esta vez y otra cuando estábamos en Búrgos.

—Ni nosotros hemos hecho mas que contestarle á la primera y dirigirle otras dos desde Logroño y Zaragoza, dijo D. Perrondo. Veamos qué dice, añadió rompiendo el sobre de la carta del cura, y mientras tanto tú, Eduardo, puedes ver lo que dice tu hermana.

—¡Pobre hombre! esclamó de allí á un rato don Perrondo.

—¿Qué? dijo Masalegre.

—Que ha muerto *Braulio Lobete*.

—¿Qué dice Vd.?

—Sí... ¡pobrecito! en el mismo dia en que le nació un hijo.. ¡Ese es el mundo!.. no parece sino que hay necesidad de que salga un individuo de él para que entre otro en su lugar.

—¡Pobre Braulio! esclamó enternecido Masalegre: lo peor es que deja cinco hijos menores.

—Como no sean seis... ¡qué desgracia!

—¿Y ha muerto sin testar?

—Nada dice el señor cura; pero no debe ser así, porque el infeliz ha sucumbido á una enfermedad de quince dias... ¡Calla! por fin se casó la hija de la *Juliana* con el hijo de *Miguel García*...

—¡Hombre! ¡cuánto me alegro! se conoce que el señor cura ha sabido cumplir con su deber.

—¡Oh! sí, sí; se casaron el 24 de octubre.

—¡Pobre chica! ¡qué ratos debe haber llevado por la barbaridad del tal Miguel!.. ya se vé; este habrá quedado satisfecho al ver los 5,000 reales que dejásteis al señor cura para dotar á la pobre Luisa... ¡pues! con 5,000 reales la ha querido por ahora, y sin ellos no; con 5,000 reales ya tendrá

honor la muchacha, ya será su hijo el único causante del estado en que aquella se halla... ¡maldito interés! en todas partes lo mismo... ¿y no trae mas la carta?

—Nada mas, dijo D. Perrondo dejándola sobre la mesa..., ¡Oh! y trae demasiado... ¡una boda, un bautizo y un entierro! ¡el medio y los polos de la vida! ¡el llanto duradero y la alegría momentánea! ¡la *nada* de esta mundo y el *todo* del otro! ¡Oh!.. ¡Si el hombre se fijára en la rapidez con que pasan las tres épocas de su miserable existencia, la infancia, la virilidad, la senectud!.. ¡si se parára á considerar mas de contínuo que lo hace la corta distancia que las separá, algo mas virtuoso seria, un poco menos apego tendria á las miserias de esta vida y un poco mas á las felicidades de la otra!.. Vamos ¿y qué nos dice tu hermana? añadió dirigiéndose á Eduardo al ver que este habia concluido de leer la carta de Gumersinda.

—Que ya tenemos al general en marcha para esta ciudad, contestó Eduardo con tristeza.

—¿De veras? dijo D. Perrondo.

—¿Es cierto? añadió Masalegre.

—Leed, repuso Eduardo alargando á D. Perrondo la carta, que decia así:

«Búrgos etc.—Mi querido amigo: Escribo bajo una impresion de angustia y de zozobra tan inmensa, que aun contra mi voluntad tengo que ser corta en la presente. Conforme con lo que os tenia dicho en mi anterior, el general ha salido hoy de esta con direccion á ese pais, á donde dice que le traslada el gobierno por ser mas conveniente al servicio público. Probablemente podreis verle en ese dia 8 del mes que va á empezar. Su corta

un poco fria despedida tiene atribulado mi espíritu: díjome que no me llevaba en su compañía, entre otras cosas, por ser esa una ciudad en donde, segun él, ha hecho la desmoralizacion grandes progresos... ¡Oh! Sean las que quieran sus miras al dejarme abandonada, ¿por qué insultarme así? ¿por qué insultar á esa ciudad, que vos y mi hermano me habeis pintado tan ilustre...? Espero sin pérdida de correo vuestra contestacion para ver la conducta que debo seguir... ¡A Dios, amigo mio! si no os hubiera vuelto á ver, si no me hubiérais dejado al salir de esta ciudad unos tan buenos amigos como el Conde y Arciniega, este era el dia en que el dolor y la vergüenza habrian acabado con la existencia de vuestra

GUMERSINDA.»

—¡Oh! esclamó Eduardo llevándose sus manos á la frente.

—¿Qué es eso, hombre? dijo D. Perrondo procurando ahogar en su pecho la impresion que le habia causado la lectura de la carta anterior... Nada hay en esto que nos pueda afligir... ¿Se viene el General sin Gumersinda...? acaso sea esto mejor; veremos cómo se esplica S. E. delante de mí... sí, sí; tú no pienses mas que en tu negocio... veamos lo que dice el Conde.

D. Perrondo abrió la carta del Conde de Melgar, que en resumidas cuentas venia á decirle lo mismo que la de Gumersinda.

—Pues señor, corriente, dijo así que la leyó... Vistámonos inmediatamente y vamos cada uno á cumplir con nuestro cometido: eso es lo que importa... ¡Ah! otra cosa... ¿á qué hora se reparte el *Sol de la Libertad*?

—Hasta las doce no sale de la imprenta, contestó Solís.

—Está bien: sobra tiempo. Antes de ir á ver á la autoridad, me entraré en la redaccion del periódico y haré que Vidal anuncie la venida de *nuestro amigo*... sí: ¿qué sabemos? yo al menos no le puedo todavía tener por enemigo... ¡Oh! es una noticia importante, que de seguro, cuando no á todos, cogerá de sorpresa á la mayor parte de los barceloneses.

Unos minutos despues de esta conversacion cada uno de nuestros amigos marchaba por las calles de Barcelona á desempeñar su respectiva comision, y los habitantes de la ínclita ciudad, de allí á poco que sus numerosos relojes dieron las doce del dia, pudieron leer en el *Sol de la Libertad* el siguiente articulito:

«Por ser mas conveniente. Sabemos por conducto fidedigno que nuestro digno capitan general va á ser reemplazado en el mando del Principado, donde tantas y tan fuertes simpatías ha sabido conquistarse con su conducta altamente prudente y conciliadora, por el general T..., que ha tenido á su cargo durante varios años el distrito militar de Burgos. Dícese que el Gobierno le traslada por ser mas conveniente su presencia en esta plaza que en la de Búrgos, atendidas las críticas circunstancias por que estamos pasando... ¡Dios quiera que semejante traslacion no haga derramar alguna lágrima á los habitantes de este hermoso país, tan poco conocido como calumniado de algunos espíritus superficiales ó mal intencionados... la

CAPITULO XII.

EL CONVITE. LIBERTAD DE COMERCIO. GLORIAS ESPAÑOLAS.

Son las dos de la tarde próximamente: en todos los departamentos de la soberbia fonda del antiguo *mariscal de Navarra*, del escelente y simpático Coll, se advierte una estraordinaria animacion; pero donde esta se deja sentir con mayor fuerza es en un salon cuadrilongo, cuyas empapeladas paredes baña un sol resplandeciente y hermoso, que entra por cuatro magníficos balcones con vistas á la espaciosa y pintoresca Rambla. Diez y seis ó diez y siete personas, cuya mayor parte ya conoce el lector, sentadas unas y de pié las mas, esperan de un momento á otro la órden de colocarse al rededor de la gran mesa cubierta, que ocupa el centro del salon y está destinada para el convite dispuesto por D. Perrondo dos dias hacia. Este y el ilustre Resell, que ha venido en aquella mañana en union del honrado alcalde de Molins y del no menos honrado y para nosotros celebérrimo Almogabar, se pasean solos hablando sobre Roviralta, trasladado ya con su familia en el estado de la convalecencia á una habitacion mas céntrica y capaz que la que antes tenia: Eduardo, el coronel de su regimiento, anciano de noble presencia y finos modales, Valtierra y otro compañero suyo hablan con sentimiento sobre la relevacion del capitan general: el periodista Vidal, los huéspedes estranjeros de Coll, esto es, el francés y el belga de quienes aquel hablára en el dia anterior, el ex-comerciante Mirall, cuya simpática fisonomía espresa la honradez y la benevolencia, y

D. Prudencio Vilaregut, á cuyo cargo pusiera don Perrondo la educacion del hermoso niño de Dolores, y cuya ancha frente y espresiva mirada revelan una superior inteligencia, tratan con notable calor sobre asuntos de política palpitante; y por último, Masalegre, Vicens y Fabra, colocados en uno de los grandes balcones, junto al cual se hallan sentados Almogabar, el alcalde de su pueblo y un compañero de Vidal, sostienen esta conversacion:

—No lo dudeis, mi querido D. Roberto, decia Masalegre á Vicens; cuando el amo asegura que será con nosotros...

—Pero ya deberia haber venido, porque para las dos...

—Aun no lo son, amigo Fabra, repuso Masalegre, y por consecuencia no hay motivo para dudar de su venida: no, no; no faltará: yo ignoro lo que ayer le diria á fin de decidirle á venir, pero sé que le tocó los convenientes resortes para que no nos deje feos en esta ocasion: sin embargo, no sé que miras pueda tener el amo en esto: lo que es por mí... maldita la falta que hacia el tal Padrast entre tantos hombres de bien.

—Lo mismo digo yo, añadió Fabra.

—No, no, yo no pienso así, dijo Vicens; cuando don Perrondo se ha decidido á invitarle, sus razones habrá tenido para ello. Nosotros debemos aprobar desde luego sus miras, y lo que yo sentiria de todas veras seria el que no viniera.

—En cuanto á eso, soy con vos, mi querido capitan, dijo Fabra.

—Sin embargo, dijo Masalegre; yo le he cogido al fabricante tan mala voluntad, que no quisiera tenerle ante mi vista mas que para reñir con él.

Luego... no sé qué repugnancia voy á sentir al ver juntos al señor Mirall y á Padrast, á la honradez y generosidad en su punto y á la avaricia y crueldad en el suyo.

—Con todo: Padrast tiene que ser suegro de Eduardo, repuso Vicens.

—Sí, pero *á fortiori*: no me parece que necesitamos regalarle el estómago para que su bella Adela sea de nuestro teniente: *vellis nollis*, él tiene que tragar el *papá* del *oficialillo barbilampiño*.

—Otra razon mas para que yo le considere con derecho á disfrutar del convite.

—En ese caso teneis compasion de él, mi querido D. Roberto.

—¡Oh! sí, mucha...

—La misma que yo, dijo Fabra.

—¡Viva la caridad para con el prójimo! esclamó Masalegre... ¡Que venga Padrast á solazarse con nosotros...! ¡Vaya unas tripas como las que tendrá el avaro al verse arrastrado á remolque á un banquete, que para mí en su caso seria casi de tan mal agüero como el *del rey Baltasar*! ¡Oh! yo en su lugar no acepto aun cuando me hubieran amenazado con arrojarme al mar; desde luego hubiese creido, que era un convite anticipado en honor del casamiento de mi hija.

—Pero como que no es así... dijo Vicens.

—Y como que vuestro amo le habrá hecho entender lo contrario... añadió Fabra.

—Estoy en eso; pero de cualquiera manera se conoce que Padrast no tiene cabeza ni corazon mas que para atesorar, repuso Masalegre... ¿Y saben ustedes, añadió con su sorna acostumbrada, ya que de caridad se ha hablado, que en conciencia debemos tenerla y muy grande del futuro *papá suegro*?

¿No les parece á Vds. que el pobrecito se ha desmejorado notablemente desde que Dolores se mostró *tan cruel* para con él...? Ayer tarde le ví cruzar la Rambla, y se me figuró que marchaba triste, meditabundo, cabizbajo... vámos; decididamente le persigue la desgracia...

—Y lo mas malo es que es desgraciado en amores, dijo Fabra interrumpiendo á Masalegre.

—Pues ahí está, repuso este, y ¡cuidado con una desgracia en amores á su edad! ¡pues dígole á usted que es broma! pero en fin, bien puede consolarse de su mala estrella en este punto con la gran fortuna que le acompaña para todas sus especulaciones.

—Y puesto que para él tiene el dinero un precio infinitamente mayor que las afecciones mas caras del corazon...

—¡Silencio, Fabra! dijo á la sazon Viceas dirigiendo su vista á la puerta del salon.

—¡El es! esclamó Masalegre mirando al mismo sitio; ¿no les dije á Vds.?

—Teniais razon, amigo Masalegre, dijo Viceas.

—¡Oh! sí: Padrast es un hombre completo.

En efecto: Padrast, vestido de frac negro de falda descomunal, chaleco oscuro, corbatin blanco y pantalon aplomado, acababa de presentarse á la puerta del salon. D. Perrondo y Roselli, que atraidos por el ruido de sus pisadas, esperaban junto aquel punto su venida, recibieron al fabricante con inequívocas muestras de satisfaccion, y todos los circunstantes, suspendiendo sus respectivas conversaciones, se apresuraron á corresponder al saludo que con no pequeño desembarazo les dirigió el padre de Adela.

—¡Señor Coll! gritó en seguida D. Perrondo.

—¡Señor! contestó el buen fondista, que habia seguido á Padrast en su direccion hácia la sala del convite.

—Ya nos podeis servir.

—Al momento, al momento, repuso Coll con el semblante lleno de satisfaccion, y se echó á andar para comunicar á sus dependientes las órdenes oportunas.

El mismo fondista que habia vuelto al salon, en la idea de animar á sus sirvientes para que no diesen el mas insignificante motivo de queja á su querido huésped, empezó á escanciar á gusto de cada convidado.

—Poco á poco, mi querido Coll, dijo Masaregre al acercarse á él el fondista y verle en disposicion de llenarle la gran copa tallada que tenia á su derecha: sepamos qué *licor* es esé.

—¡Oh! magnífico: vino añejo del *Priorat*.

—No le quiero.

—¿Quereis Malvasía?

—¿Con que rechazo lo primero por fuerte, y me quereis servir lo segundo que es mucho mas?... ya sabeis mi gusto, y sabeis tambien que soy amigo del *progreso* en todo.

—¿Y qué tiene que ver...?

—Mucho, querido Coll; el *progreso* hasta las cosas mas insignificantes de la vida es muy saludable: yo tengo entendido que es convenientísimo á la salud empezar con vino aguado ó por naturaleza flojo, una comida, y *progresivamente* irlo mejorando hasta concluir con el *Champagne*, *Lacrima-Christi*, etc...: ¿no es verdad, señor D. Jaime?

—En efecto que es así, contestó Roselt.

—Y yo opino lo mismo, añadió Almogabar.

—Pues yo, dijo á la sazon Vicens, que estaba junto á Masalegre, respetando cual se merecen las opiniones de mi amigo Jaime y del señor Almogabar, estoy por empezar con el añejo de Priorat: servidme de esa botella, amigo Coll, que en esto no puedo menos de ser *retrógrado*.

—¡Bien! ¡bien! esclamaron varios convidados.

—Pensamos del mismo modo, mi capitan, dijo Coll llenando la copa de Vicens: los que no han servido en campaña no tienen los estómagos como nosotros, capaces de beber alquitran y de digerir carnes crudas las mas insípidas... ¡Oh! ¡cuántas veces las hemos comido!... ¿os acordais de cuando os dí aquella lonja de caballo á medio asar cerca de Braga?

—De sobra que me acuerdo, mi querido Coll, y por cierto que entonces no disponiamos de mas líquido que el que llenaba el álveo del Llobregat.

—Pues yo no estoy ahora por carnes crudas; me gusta sobremanera la pechuga de esta perdiz, que aunque no puede estar mas tierna, no por eso recibirá mal el Priorat, dijo á la sazon Vidal.

—Yo estoy mas bien por el *Manzanilla* para esta falda de cóngrio, dijo Valtierra.

—Corriente, caballero oficial; sereis servido al instante, dijo Coll buscando con la vista una botella de Manzanilla.

—Soy contigo, amigo Valtierra, dijo en buen andaluz uno que estaba al lado de aquel y cuyos hombros adornaban dos charreteras de capitan: ¡venga el vino de mi tierra, señor Coll!

—¡Oh! la tierra *é María Zantísima*, repuso sonriéndose Valtierra.

—La tierra del mundo para todas las cosas agra-

dables á la vida, con inclusion de vinos y mujeres, replicó con énfasis el capitan.

—¡Pues viva la Andalucía! esclamó risueño el coronel.

—Servid al gusto de cada uno, señor Coll, dijo D. Perrondo.

—Sí, sí; sobre gustos nada hay escrito, dijo el fondista.

—El mio está por la *Malvasía de Sitges*, dijo Padrast.

—Tal vez porque nada te cuesta, dijo para sí Masalegre.

—Y el mio por el *vino dulce del Puerto*, dijo el coronel.

—¡Magnífico, mi coronel! esclamó el capitan; ya no soy con Valtierra. ¿Dónde hay vino como el del Puerto?

—El de Priorat es mejor, dijo el periodista compañero de Vidal.

—Y yo opino lo mismo, añadió Vicens.

—Y yo, dijo Fabra.

—¡Oh! es porque Vds. son catalanes, repuso el capitan.

—Y por ser Vd. andaluz pondera el vino de su tierra, replicó Vicens.

—¿Qué vinos de la nuestra ponderaremos nosotros, mi querido Eduardo? dijo Masalegre.

—Tambien los tenemos de sustancia y calidad, contestó Solís.

—¿Cómo puede ser eso si en la vuestra no hay mas que una detestable *pichorra* (1), comparable solo al *chacolí* de Vizcaya? replicó el andaluz.

---

(1) Nombre vulgar del vino de las nueve villas de Campos, y de otros pueblos inmediatos.

—¡Cómo qué! esclamó Masalegre dando una fuerte palmada sobre la mesa.

—La he bebido por mi desgracia, amigo mio, repuso el andaluz.

—¡Vuelvo por el honor de mi tierra, patria de escelentes vinos para comidas ordinarias y opíparos banquetes! esclamó Masalegre: para aquellas tenemos, entre otros, los vinos de *Pesquera* y de *Peñafiel*, de los cuales se dice, *vino de Pesquera hasta que me muera, y si puede ser de Peñafiel*; el de *Bueñas*, *Cevico y Torquemada*, sustancioso, confortante é inofensivo, y el dulce clarete de *Valoria la Buena*, que en ciertos años no cede al de Priorat. Para suntuosas y espléndidas comidas tenemos el dulcísimo y fragante *tostadillo* de las riberas del *Duerga*, comparable solo al néctar de los Dioses.

—¡Bravo! ¡bravo! ¡mereceis bien del país, amigo mio! esclamó entusiasmado Valtierra.

—¡Sí! ¡sí! dijeron D. Perrondo y Eduardo.

—Ese *tostadillo* no tiene nombre y por consecuencia dudo que sea tan buen vino como decís, dijo el capitan andaluz dirigiéndose á Masalegre.

—Eso no prueba mas que una cosa, amigo mio, repuso este, y es que los castellanos viejos somos parcos y hasta si se quiere apáticos para ponderar nuestras cosas, y de ahí el que estas no ocupen en la opinion el lugar que legítimamente las corresponde... Por lo demas.. ¡cuántos hombres conozco yo, que son unas solemnes calabazas, con nombradía de tener cabezas! ¡y de cuántas cabezas pudiera yo hablar tambien, que están arrinconadas y despreciadas cual si fueran solemnes calabazas!...

—¡Bien! ¡bien! ¡magnífico! esclamó Valtierra, mientras que todos los circunstantes prorumpieron en una estrepitosa carcajada.

—Venga ya vino mas fuerte, amigo Coll, continuó Masalegre, que pulverice esta tajada de pavo en el estómago.

—¿Quereis de *Burdeos?* preguntó el fondista.

—No; quédese el Burdeos para *Mr. Gautier*, que yo mas bien quiero Malvasía.

—¿No os gusta el vino de Burdeos? preguntó como asombrado el francés.

—No señor: de los franceses no me gusta más que el *Champagne*, pero no le quiero porque es mas caro que *aceite de Aparicio*.

—Eso prueba su bondad, repuso Mr. Gautier.

—Algo habria que hablar sobre eso, dijo Masalegre: pero aun suponiéndole bueno, lo cierto es que su escesiva carestía le hace tan solo *potable* para los banqueros y contratistas, quienes no dejan de tener sin embárgo un pésimo gusto en preferirle á multitud de vinos españoles tan deliciosos, aunque infinitamente mas sustanciosos, estomacales y fragantes.

—¡Jesus, qué disparate! esclamó Mr. Gautier; ¡dónde hay vino en el mundo que pueda compararse al *Champagne?* ¡qué digo al *Champagne!* ese es sin disputa el rey de los vinos... ¡dónde tienen ustedes uno que admita cotejo con cualquiera de los infinitos que producen nuestras provincias centrales y meridionales?...

—¡Cincuenta, cincuenta, que son superiores! esclamó el capitan andaluz.

—¡Sí, sí! dijeron todos menos el belga.

—Es un error, señores, es un error, repuso Mr. Gautier. No solo son superiores, continuó con marcado énfasis, por naturaleza los vinos nuestros á los españoles, sino que en todas partes les hacen pasar por tales los quilates de bondad que han sa-

bido y saben comunicarles las artes y las ciencias, inmensamente mas adelantadas en Francia que en este país.

—Mucho habria que hablar sobre eso, dijo Rosell.

—¡Sí! ¡sí! gritaron varios con notable calor.

—¡Señores! esclamó Mr. Gautier: no hay que alterarse: me contraigo á la cuestion de vinos y digo lo que es bien notorio en todas partes, que no los hay mejores que los franceses, y en este punto reclamo el apoyo de mi amigo *Mr. Roterám*, que ha tenido ocasion de gustar de todos los de nota en el mundo, recorriendo *la Europa y el Archipiélago*.

—No diré yo tanto como vos, mi querido monsieur Gautier, dijo el belga; lo que sí puedo asegurar es que he bebido escelentes vinos en *Tolon y Marsella* y que para mí no hay uno que se iguale en delicadeza con el de *Champagne*: sin embargo, soy con el señor, añadió dirigiéndose á Masalégre; el último es costoso en demasía.

—Lo es á causa de los exorbitantes derechos que paga por su introduccion en España, y lo propio sucede con una infinidad de géneros, que nosotros podríamos vender aquí á la mitad del precio que lo hacemos, replicó Mr. Gautier.

—Lo mismo haríamos nosotros con no pocos productos de nuestra agricultura y de nuestra industria, dijo el capitan andaluz.

—Y no seríamos nosotros los que perderíamos en el ramo de vinos con el libre cambio, añadió don Perrondo.

—Pues yo soy partidario de él en todo y para todo, dijo Mr. Gautier.

—Y yo, añadió Mr. Roterám.

—Pues yo no, dijo á la sazon Padrast, no sin alguna alteracion: eso, respecto de la industria de este país, seria tanto como decretar su completa ruina.

—Eso lo decís vos porque sois *proteccionista*, dijo el capitan andaluz.

—Claro es que lo soy como buen catalan.

—No, señor Padrast, dijo Rosell con estrema amabilidad; habeis soltado una espresion que no puedo dejar pase desapercibida: no todos los buenos catalanes son proteccionistas, pues tambien los hay amigos del libre cambio, porque conocen las inmensas ventajas que él ha de proporcionar á los pueblos.

—Yo, señores, soy *libre-cambista*, y no por eso quiero mal á Cataluña, dijo el capitan andaluz.

—Y yo, que tambien lo soy, dijo D. Perrondo, amo con predileccion á este país industrioso y morigerado.

—¡Vos tambien! esclamó asombrado Padrast; ¡Jesús qué disparate! Vamos, se conoce que ustedes no tienen una idea cabal del estado de nuestra industria.... ¿no le parece á Vd. señor Vicens?

—Hay que hablar mucho sobre eso, señor Padrast, dijo nuestro ex-capitan.

—Sí, sí, soy de la misma opinion que vos, señor Vicens, dijo el escelente Miral.

—¿Qué decís á esto, señor Vidal?... dijo Padrast, esperando con ansia la respuesta del periodista.

—Que tambien quiero el libre cambio, mal hablado, contestó con calma, si bien con resolucion, Vidal.

—Y yo lo mismo, añadió su compañero.

—¡Cómo!... ¿no hay un catalan que salga á

mi defensa? dijo Padrest sumamente apurado.

—Así parece, dijo Vilaregut.

—Entendámonos, señor Padrest, dijo D. Perrondo.

—Sí, sí, y mientras tanto podeis preparar el Champagne, señor Coll, que vuestra habilidad en el arte culinaria ha hecho que se sacien nuestros estómagos con cuatro ó cinco platos solamente, dijo el coronel.

—Gracias por el favor, mi coronel, pero...

—Sí, sí...! ¡venga el Champagne! gritó Masalegre interrumpiendo á Coll.

—Y siga la cuestion del libre cambio, añadió el capitan andaluz.

—Pero, señores, dijo Padrest, como si creyera que solo por efecto de los vapores de los esquisitos vinos catalanes y andaluces se habian declarado todos los circunstantes libre-cambistas: ¿es posible que entre tantas personas ilustradas no haya una que abogue conmigo por los intereses nacionales?

—¡Todos! ¡todos! gritaron de todas partes.

—Vos no los conoceis con ser proteccionista, le dijo el capitan.

—Los que conocemos á fondo los intereses de Cataluña, no podemos menos de serlo.

—Pero no hay que mirar la cuestion bajo ese punto de vista, señor mio, repuso el capitan: primero es una nacion que una provincia, y primero el género humano que una nacion: si con el libre cambio ha de ganar un pueblo entero, justo es adoptarle, aunque se resientan los intereses de una pequeña parte de ese mismo pueblo... Sin embargo, con la adopcion de ese principio tan salvador creo que no sufrirán menoscabo los inte-

reses de Cataluña; y así, cuando oigo á algunos ciegos proteccionistas de esta hermosa ciudad, no puedo menos de compararlos á los provincianos, que abrazando la causa de D. Carlos durante la guerra civil, siendo ellos libres, peleaban por la esclavitud de toda España.

—Opino con vos, mi capitan, dijo á la sazon Masalegre, porque yo, que como decia el otro, soy ciudadano de todo el mundo, quiero que vivan los catalanes, los demás españoles, y en fin, todos los hijos de Adan.

—Ahí está la cuestion, dijo Vidal.

—A eso vamos, señores, dijo D. Perrondo: los que somos libre-cambistas y estamos al propio tiempo interesados por la prosperidad de Cataluña, de este pais, que depende en general de la industria, no queremos que se adopten desde luego en la práctica nuestros principios, porque conocemos que su inmediata plantificacion ocasionaria la ruina, no de toda esa industria, pero sí de una porcion de sus ramos, y entre ellos el mas principal, que es el de los algodones. Las ventajas que ha de proporcionar el libre cambio al género humano, son inmensas: nadie desconoce que ha de hermanar á los pueblos, contribuyendo en gran manera á su felicidad; pero tratándose del español, es preciso no perder de vista que su inmediata adopcion respecto de ramos en los que, sea por estar dedicados á ellos desde una época mas remota que nosotros, sea por otra causa, nos llevan una gran ventaja los estranjeros, haria que los productos de estos reemplazasen completamente á los nacionales en nuestros mercados, resultando de aquí males que no pueden menos de estar calculados de Vds: otra cosa sucederia con los

productos de nuestra agricultura y con una gran parte de los de nuestra industria, afortunadamente tan adelantada, que nada tiene que envidiar á los estranjeros: para ellos el libre cambio produciria el mismo efecto que el que ocasiona para la marcha tranquila y sosegada de las aguas á su natural destino el levantamiento de un porton que las ha tenido sujetas por mucho tiempo, improductivas y espuestas á la putrefaccion. Así, pues, nuestros legisladores deberian, á mi modo de ver, proclamar desde luego el *libre cambio* para una infinidad de artículos, producto de nuestro suelo y de nuestros brazos, y reconocer sus ventajas respecto de los restantes para dentro de un número determinado de años, durante los cuales llegariamos á perfeccionarlos en términos que igualasen ó superasen á los estranjeros, despreciando y hasta provocando la competencia en todos los mercados del mundo. Y no creo que haya un español, conocedor de lo que es capaz el génio nacional, y de lo que es susceptible el suelo privilegiado que nos ha concedido la naturaleza, que no opine conmigo en que el *libre cambio* conviene mas á la España que á ningun otro pueblo de Europa, ni creo que se dé tampoco un catalan que concienzudamente haya estudiado esta gran cuestion, que no le desee tambien para Cataluña; para Cataluña que vive en general de las transacciones comerciales, que necesita de la mayor libertad para estas transacciones y que precisa buscar centros de consumo para despachar los inmensos productos de su industria y centros de produccion que en su cambio le proporcionen los artículos de primera necesidad que la niega su ingrato y áspero suelo. Dejo á mi ilustre amigo Rosell, mas como-

cedor que yo de las pestes que han afligido á la España y causas de su espantosa aparicion, la tarea de enumerar las que han pesado sobre Cataluña, efecto sin duda de la escasez y carestía de los mantenimientos, escasez y carestía que no han reconocido en mi concepto otro orígen que el *sistema prohibitivo*, perjudicialísimo por esto para las clases ricas y medianamente acomodadas, asesino de las clases pobres. Sin embargo, repito, esa medida trascendental, ese principio inmenso y fecundo no hay que adoptarle por ahora á ciegas... En una palabra, señores, valiéndome casi de la misma idea que he emitido anteriormente, yo comparo ese principio en la actualidad á un canal de riego, cuyas aguas han de salir con medida y pausadamente á dar vida al terreno, en vez de que si saliesen de un golpe llevarian á todas partes la desolacion y la miseria.

—Bien, bien, amigo mio, dijo Vidal; comprendeis y definis perfectamente lo que mas conviene en la actualidad á Cataluña.

—¡Sí! ¡sí! esclamaron todos menos Padrasc.

—Convengo en un todo con mi amigo la Bárdena, dijo Roseli, y cómo no he de convenir yo, señores, yo que soy catalan y amo á mi país con delirio, pero sin preocupacion, porque profundamente he meditado como médico acerca de las causas que mas directamente influyen en la aparicion, desarrollo y terminacion de las enfermedades, y mas cuando son pestilentes? Yo bien sé que estas reconocen varios orígenes, tales como el estado de la atmósfera, si se halla cargada de demasiada electricidad, si se presenta en estremo húmeda ó por el contrario muy seca, los recios vendabales, los temblores de tierra, etc.; pero

desgraciadamente he observado, y conmigo lo habrán hecho tambien mas de cuatro comprofesores, que la inmensa mayería de ellas es ocasionada por la falta ó escasez de vituallas, la limpieza y demás comodidades de la vida. No hay mas que leer la historia de las pestes que han afligido á la España para convencerse, como le está mi ilustre amigo, de que de esa contribucion espantosa quien mas ha pagado ha sido la Cataluña. Desde los siglos medios, en que empezaron á florecer la industria y el comercio, merced al génio emprendedor y activo de sus habitantes, hasta nuestros dias, por cada *una peste* que se haya desarrollado en otras comarcas de España contamos *tres* los catalanes. No presentaré yo aquí una relacion de todas ellas, pero sí diré algo de las mas terribles y funestas contando en primer lugar la de 1632, que en concepto mio no reconoció otro orígen que la escasez de artículos de primera necesidad, aun cuando mi ilustre progenitor el médico en aquel tiempo de esta ciudad, *D. Juan Francisco Rosell*, que se cubrió de gloria curando en la Cataluña entera infinidad de apestados, la atribuye se á otros motivos en su obra *sobre aquella peste y sus causas*, dirigida á los *Consellers* de Barcelona: tampoco reconozco otro orígen en la peste que se declaró en Barcelona y vários pueblos de Cataluña unos años despues, esto es, en 1650 y 1651, la cual fué tan cruel y despobló tanto la ciudad, que llegó el caso de no encontrar gente que tocase las campanas de la catedral: lo mismo digo de las horrorosas pestes que en el último tercio del siglo próximo pasado afligieron este pais, donde el insólito médico *Masdeval* se inmortalizó por las infinitas y sorprendentes curaciones que hizo, mere-

ciendo las mayores distinciones y recompensas que le diera el insigne *Cárlos III*, y la justa admiracion de los pueblos agradecidos, que le prodigaron el brillante título del *moderno Hipócrates español*. No pasaré por último en silencio la horrorosa hambre que á poco de abolido el sistema constitucional del 20 al 23, obligó á infinitos catalanes á emigrar á bandadas para las dos Castillas y otras provincias interiores en busca del miserable sustento que proporciona la caridad: esto lo han conocido casi todos Vds... ¿Y á qué se pueden atribuir tantas, tan terribles y continuadas calamidades, tratándose de un pais que es inmensamente rico y que en general goza de una temperatura envidiable y hermosa...? nada mas que al *sistema prohibitivo*, que paralizando multitud de brazos industriosos ha tenido estancados en determinadas épocas géneros de inmenso valor, que vendidos en estranjeros mercados, hubieran proporcionado á Cataluña en su cambio artículos de primera necesidad, llevando la abundancia á sus mas remotos confines. Lejos, pues, de tener la Cataluña el *libre cambio*, debe desearle mejor que ningun otro pais de España, aunque protegiendo por de pronto los ramos de su industria en que los estranjeros la lleven una conocida ventaja: durante el tiempo de esa proteccion, yo que confio estraordinariamente en la laboriosidad y virtudes de mis paisanos y que sé de positivo que ni los franceses, ni los ingleses, ni ningun otro pueblo de Europa les gana en génio emprendedor y activo, estoy segurísimo de que elevarian esos ramos atrasados de su industria á la altura de los estranjeros, para en seguida poder competir ventajosamente con ellos en todos los mercados del globo, sin necesidad de una

particular proteccion, que es al revés que la *lanza de Aquiles*, pues que esta curaba las heridas que causaba, y aquella, aplicada como remedio de una enfermedad, lleva consigo otra que suele ser mas funesta.

—¡Bien! ¡bien! ¡sois un verdadero español y un verdadero catalan! esclamó el capitan andaluz.

—¡Sí! ¡sí! gritaron todos menos Padrast.

—¡Señores! dijo en seguida Masalegre; tiempo es ya de empezar los brindis, porque...

—¡Sí! ¡sí!

—El Champagne espera: ¿es verdad, querido Coll?

—En efecto, contesté este, que ya estaba armado del correspondiente instrumento para destapar botellas.

—Empezad vos, dijo Fabra.

—Hombre... hay otras personas mas dignas, repuso Masalegre, mirando al coronel.

—No, no; vos habeis de ser, dijo este.

—Gracias, mi coronel; pero tambien está ahí el señor Padrast, á quien por su edad le corresponde dar el ejemplo.

—Vaya un modo de llamarle viejo, le dijo Fabra en voz baja.

—A quien corresponde es al primero que ha emitido la idea de los brindis, dijo el periodista Vidal.

—¡Sí! ¡sí!

—Corriente, señores, dijo Masalegre levantándose: llenad esta copa, amigo Coll... ¡Brindo por el *libre cambio*, que entre otras cosas ha de aumentar las fortunas de los ricos y ha de proporcionar comodidades y salud á los pobres!

—¡Bien! ¡bien! gritaron de todas partes.

—¡Que siga por la derecha! esclamó Rosell.

Brindó Vicens y despues de él otros tres ó cuatro, cada una por los objetos de su mayor predileccion hasta que llegó al capitan andaluz.

—¡Brindo, dijo este, por los buenos catalanes que quieren su prosperidad al propio tiempo que la de sus hermanos de otras provincias!

—¡Bravo! ¡magnífico!

Tocóle su vez á Mr. Gautier, quien levantándose, dijo:

—¡Brindo por la prosperidad y ventura de todas las naciones interesadas en la causa de la civilizacion, á cuya cabeza marcha y ha marchado la Francia, mi querida patria!

—¡Bien! ¡bien! gritaron todos, aunque no con mucho entusiasmo, porque no debió gustarles la última frase del brindis del francés.

Brindaron en seguida D. Perrondo y su amigo Rosell por la ventura del género humano, Padrast por la prosperidad de la industria de Cataluña, Fabra por el mejoramiento de las clases pobres, sin perjuidicar á las ricas, Vilaregut por los adelantos de la civilizacion y Selís y Valtierra por los de la agricultura de Castilla. No pasaremos en silencio el brindis del coronel por constituir una verdadera réplica al de Mr. Gautier.

—¡Brindo, dijo el escelente militar, porque deponiendo miserables rencillas de partido, contribuyamos de consuno todos los españoles al engrandecimiento que corresponde á nuestra patria por su hermosa posicion en el globo, por el génio y valor de sus hijos y por la riqueza y variedad de los frutos que produce su privilegiado suelo!

—¡Bravo! ¡magnífico! gritaron todos con frenético entusiasmo.

—Nos habeis dado un rato de inmensa satisfaccion, dijo Rosell con voz conmovida y mirando al coronel con respetuosa admiracion.

—¡Sí! ¡sí! gritaron si cabe mas entusiasmados todos los presentes, si se esceptúa Mr. Gautier.

—¿Y quién es, señores, el verdadero español que, conocedor de lo que ha sido su patria en anteriores siglos, no se avergüence del papel secundario que está representando en todas partes! dijo lleno de fuego el escelente coronel. Yo, continuó, no soy amigo de conquistas, porque ya se pasó el tiempo de ellas; no quiero que se eleve mi patria sobre las ruinas de otros pueblos; pero sí quiero que las artes, las ciencias y la agricultura tomen el vuelo, de que son por mil conceptos susceptibles, para constituirnos en una nacion fuerte, feliz y respetada: no quiero que se desprecie á nadie, pero menos quiero que estos pretendan ejercer sobre nosotros una vergonzosa tutela; no quiero, no puedo oir ni leer siquiera con el ánimo tranquilo, atendidos los inmensos recursos materiales é intelectuales con que contamos, y menos cuando recuerdo que nuestra patria descubrió un nuevo mundo, dominó todos los pueblos de Europa y todos los mares del globo y marchó á la cabeza de la civilizacion durante tres ó mas siglos, el que se diga de ella *que el Africa empieza en los Pirineos*... ¡Oh! esto me atormenta, me subleva la sangre, y creo firmemente que á todo el que se precie de ser español le sucederá lo mismo.

—¡Sí! ¡sí!

—Señores, dijo el francés despues de pasado el primer momento de entusiasmo; el amor á la patria es tan natural y legítimo, que al dirigirme á vosotros en estas circunstancias en que tan viva-

mente le manifestais hácia la vuestra, no deja de ser algo crítica mi posicion...

—Nada de eso, Mr. Gautier, dijo el coronel; podeis hablar con entera libertad.

—¡Sí! ¡sí! gritaron todos.

—Y bebamos *Champagne*, que bien cabe en nuestros pechos sin ofender lo mas mínimo á nuestras cabezas, dijo Masalegre.

—Perfectamente, señores, dijo Mr. Gautier. Si bien no soy de los que dicen *que el Africa empieza en los Pirineos*, continuó con alguna petulancia, y sin que sea mi ánimo ofender á la España en lo mas mínimo, creo firmemente que está muy atrasada en la carrera de la civilizacion y que esta y no otra es la causa de que sea considerada como potencia de tercero ó cuarto órden en Europa... Vosotros no podeis negarme que la civilizacion en Francia ha tomado un grado tal de perfeccion que la hace marchar á la cabeza de todo el mundo...

—Mucho habria que hablar sobre eso, Mr. Gautier, dijo interrumpiéndole Rosell.

—¡Por Dios! esclamó el francés. ¿Podeis desconocer eso? añadió mirando á todos lados.

—Continuad, continuad, dijo D. Perrondo.

—No solo creo que marcha mi patria á la cabeza de la civilizacion del mundo, sino que, contra la idea emitida por el señor coronel, vivo persuadido de que siempre ha marchado, aun en los tiempos de la preponderancia militar española por sus victorias marítimas y sus conquistas en la *Italia y el Nuevo Mundo*. Presentadme si no un catálogo, como el que yo os puedo presentar, de los hombres grandes que florecieron en Francia en los siglos XVI y XVII; presentadme, como yo

puedo hacerlo, uno de esos génios privilegiados que con sus maravillosos inventos logran mudar la faz de las naciones; presentadme por último un general como el príncipe de *Condé* y un guerrero como *Bayardo*, tipo perfecto de valor, de gentileza y generosidad.

—¡Ciento! ¡ciento! gritó el capitan andaluz.

—Pues yo digo que estoy seguísimo de que no me presentareis un número, no digo igual, que siquiera llegue á la cuarta parte que el que os puedo presentar de hombres célebres en la milicia, en las artes y en las ciencias... Y no puede ser otra cosa, señores: el espíritu público nunca fué comprimido en Francia de una manera tan terrible como en España... Nosotros no hemos tenido una *inquisicion*...

—Pero tuvisteis una *S. Bartolomé*, que horrorizó al mundo mucho mas que la inquisicion española, dijo el coronel.

—Sin embargo, aquella catástrofe produjo el mismo efecto que una violenta tempestad: sus estragos desaparecieron con la temprana muerte del monarca cruel que la decretára.

—¡Oh! Esos estragos no desaparecieron nunca, y aquella catástrofe probó que la intolerancia era mayor en Francia que en España en aquellos tiempos, dijo el capitan andaluz.

—¡Sí! ¡sí! dijeron varios.

—Pues sea lo que quiera, señores, continuó Mr. Gautier, dándose una estraordinaria importancia; el resultado es que desde los tiempos de Francisco I ha sido la Francia la primera nacion del mundo, que ella está hoy al frente de la civilizacion, que es patria de los hombres mas célebres de los tiempos modernos, que ella ha opera-

do la mas magnífica revolucion en las artes y en la industria por medio de los eminentes físicos, químicos y mecánicos que ha producido, que sus costumbres y su lengua se estienden por el orbe, que si ella se mueve hace que se mueva toda la Europa, y si permanece estacionaria, esa misma Europa se está quieta cual si fuese un cadáver.

—Eso es inexacto, dijo el capitan andaluz; la España se movió en el año 20 y contribuyó á que otras naciones se levantasen en defensa de sus derechos en medio de la inmovilidad de la Francia.

—Demasiado se movió la Francia, dijo á la sazon el coronel; pero fué para cubrir de luto á la España, haciéndonos retroceder medio siglo.

—Es porque marcha y ha marchado á la cabeza de la civilizacion del mundo, dijo con sorna Masalegre.

—¡Já! ¡já! ¡já!

—Me gusta, Mr. Gautier, que todo hombre defienda á su patria y procure en todas partes hacer resaltar sus glorias, dijo á la sazon D. Perrondo; pero el sentimiento natural de amor hácia ella preciso es que sea prudente, desapasionado y contenido dentro de justos límites: de lo contrario, mas que de sentimiento de amor á la patria, pueda eso calificarse de orgullo nacional insensato, ridículo é injurioso para otros pueblos. Convengo con vos en que nuestra industria se halla hoy mas atrasada que la francesa, aunque no en todos sus ramos: os concederé tambien, si quereis, que las ciencias están mas adelantadas allí que aquí; pero no por eso confesaré que la civilizacion francesa sea mas perfecta que la española, porque multitud de poderosísimas razones me hacen pensar de otra manera. Mas justo que vos os diré, que la Francia

ha producido hombres grandes en todos los ramos del saber; pero no digais por Dios delante de quien siquiera haya leido la historia que vuestra patria ha sido la primera nacion del mundo desde los tiempos de Francisco I, y menos que nosotros no os podamos presentar ni con mucho un número cuatro veces menor de celebridades en todas las carreras al que vosotros teneis. Nadie ignora, á no ser algunos compatriotas vuestros, preocupados é injustos cuando se trata de otra nacion que la Francia, que la España fué la primera del mundo por todos conceptos en los siglos XV, XVI y XVII: ella disponia entonces, mejor que hoy la Francia, de los destinos de la Europa, ella quebrantó la potencia otomana, hizo temblar multitud de veces al Africa, descubrió y conquistó un nuevo mundo, llevó sus naves á las remotas islas de la Occeanía y abrió al comercio de la Europa los mercados de todo el universo... ¿Decís que no os podemos presentar un catálogo de celebridades como el que vosotros teneis?... Sed mas justo, Mr. Gautier, con la generosa y magnánima nacion que salvó en *Lepanto* la causa de la civilizacion, que produjo en literatura á un *Cervantes*, á un *Ercilla*, á un *Garcilaso*, á un *Calderon* y á un *Quevedo;* en las artes á un *Murillo* y á un *Velazquez;* en la milicia á un *Gonzalo de Córdova*, á un *Cárlos V* y á un *duque de Alba*, y en la marina á un *Colon*, que es nuestro, á un *Magallanes* y un *Cano*, los primeros que dieron la vuelta al mundo, un *Garcia de Loaisa*, que tuvo la gloria de verificar el segundo viaje de circum-navegacion, y un *Mindana*, que descubrió, entre otras infinitas, esas islas *Marquesas ó de Nouka Hiva*, á las que vuestras discordias civiles han dado recientemente una

funesta celebridad. Contamos asimismo entre los conquistadores á un *Pizarro* y á un *Hernan Cortés*, entre los políticos á un *duque de Osuna* y entre los historiadores á un *Mariana*, á un *Moncada* y á un *Mendoza*: os diré tambien, contra vuestras pretensiones, que en España nació el génio maravilloso que conoció la fuerza del *vapor*, ese *Blasco de Garay*, que tuvo la gloria de ensayar en esa bahía, que podemos ver desde estos balcones, tan poderoso agente, llamado á verificar la mas magnífica revolucion que han presenciado los siglos, y el sentimiento de que sus profundos deavelos se perdieran para mal suyo, de su patria y del mundo entero. Por último, no pasaré en silencio algunos de los hombres célebres que hemos tenido en el arte de curar, algunos de esos hombres *divinos*, consagrados al alivio y consuelo de la humanidad doliente, para mí la mas magnífica mision que puede tenerse sobre la tierra: contamos entre otros á *Andrés Alcázar*, al ilustre riojano *Miguel Martínez de Leyva*, al insigne *Antonio Ponce de Santa Cruz*, que al propio tiempo que famoso médico era *abad de Covarrubias*, al célebre amusqueño *Juan Valverde* y al no menos célebre *Sebastian de Soto*, que ya en el primer tercio del siglo XVII se quejó del amor propio de Vds., así como de algunos españoles que contribuian malamente á fomentarle; pero sobre todos brilla para gloria de nuestra patria y de tal manera que Vds. no tienen uno que pueda compararsele al celebérrimo, al nunca bien ponderado médico del siglo XVI *Francisco Valles de Covarrubias*, llamado por el suizo *Haller*, *el alma de Galeno*, y á quien nosotros con mas propiedad damos el título de DIVINO... Ahora os desafio yo, Mr. Gautier, á que me presenteis un número

siquiera igual de vuestros compatriotas que hayan hecho cosas tan magníficas, tan sobrenaturales como los nuestros que os acabo de enumerar, que hayan alcanzado la inmortalidad que esos hombres eminentes en todas las carreras... pero no, no, no quiero esas comparaciones: todos los hombres grandes desde el momento en que mueren pertenecen al género humano; su patria es el mundo entero, que está en obligacion de admirarlos y contemplarlos con la misma veneracion con que nosotros, seamos ingleses, franceses ó españoles, contemplamos hoy á las celebridades griegas y romanas. Creedme, Mr. Gautier, los franceses estais acostumbrados, con menosprecio de las demás naciones, á no ver grandeza, generosidad é ilustracion mas que en la vuestra; pero tened entendido que vendrá un tiempo, y acaso no esté lejano, en que los pueblos, y sobre todos los de Europa, se consideren como hermanos: entonces que ya habrá desaparecido ese orgullo injusto y parcialísimo de nacion, vuestros apasionados juicios de ahora y de los tiempos pasados solo servirán de irrision á las gentes sensatas.

—¡Magnífico! esclamó el coronel radiante de satisfaccion.

—¡Sí! ¡sí! gritaron todos con frenético entusiasmo, mientras Mr. Gautier devoraba en silencio y cabizbajo la vergüenza que no habia podido menos de ocasionarle la relacion de D. Perrende.

—Esto vale otra copa de Champagne, señor Coll, dijo el capitan andaluz.

—¡Sí! ¡sí!

—¡Señores! dijo á la sazon Massalegre; tenia animo desde el momento en que oí hablar á mon-

sieur Gautir de contarles á Vds. un cuento, que á la verdad no es cuento sino historia, de lo que sucedió en mi tierra con un francés que venia amolando tijeras y navajas.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—No hay que reirse, señores, continuó muy formal Macalegre: de veras que iba á contar esa historia; pero como que yo soy muy tolerante, y por otra parte veo que ya Mr. Gautier se va dando á la razon...

—¡Yo! ps...

—Sí, Mr. Gautier; por eso desisto ya de mi propósito.

—¡No, no!... ¡qué siga! ¡qué siga! dijeron varios.

—Es que no quiero que se incomode Mr. Gautier, porque aun cuando nada va con él, como que se trata de un paisano...

—Decid lo que gusteis, repuso Mr. Gautier entre risueño y avergonzado.

—No tengais recelo de que os agravie, dijo don Perrondo.

—Ea pues, señores, prosiguió Macalegre: preséntese el francés no há muchos años y en un dia de fiesta, con su correspondiente *tren amolatorio* en un pueblo que llaman *Amuseo*, cuya gente tiene mas de traviesa y burlona que de santa, lo cual no estrañarán Vds. si les digo, que en su mayoría está dedicada á la *pelaira* y demás oficios de esquilar, hilar y tejer la lana: acertó á pararse cerca ya del anochecer junto á un corro de hombres, todos *pardillos* y entre los cuales se hallaba el alcalde, que á nadie iba en zaga respecto de buen humor y travesura.

—¿Qué hay por Francia, buen amigo? dijo al francés aquella autoridad.

—¡Oh! *aquello estarr en mellor situasion que esta.*

—¿Por qué?

—*¡Uf! serr aquella mellor terra .. La España estar mu atrrasada*: serr un pais barbáro... *¡llamarronme ahi franchute!... decir bien en mi terra:* EL AFRICA EMPEZARR EN LOS PIRRINEOS...

¡Tú que tal dijiste!

—¡Ah *gabacho!*...esclamó el alcalde: ¿por qué, si tal piensas, vienes amolando por esta tierra? ahora te lo diremos... ¡á la prision con él! ¡á la prision!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Echáronse unos seis individuos sobre mi francés, y en medio de mil ternos y juramentos de parte de este y de risotadas y bufonadas de parte de aquellos, en andas y volandas le llevaron á la *trena*, firmemente decididos á hacer una diablura con él. El pobre francés, pasado el primer momento de furia y desesperacion y viendo que no habia otro remedio que armarse de paciencia, pidió de cenar manifestando que tenia una hambre canina. Los amusqueños, siguiendo aquella máxima *de que nada quita lo cortés á lo valiente*, se dispusieron á darle una cena *abundantísima*, como Vds. van á oir. En cuanto á lo primero le sirvieron una *ensalada de pasas*...

—*¿Cómo ensalada de pasas?* dijo Mr. Gautier.

—No pasas de *Málaga*, Mr. Gautier, sino *pasas* para magnetizarle y de esta manera quitarle el hambre.

—¡Ja! ¡já! ¡ja!

—Los de Amusco, *aunque atrasados como españoles*, por lo visto entienden algo de *magnetismo*.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—Despues de bien *sobado*, trajéronle un escelente principio.

—Sí; escelente seria, dije con incredulidad monsieur Gautier.

—¿No lo es un vaso *de agua lisa* para un tan buen adorador de *Baco*, como le era vuestro paisano?...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—Trajéronle por último de postre...

—¿Todavía mas? repuso Mr. Gautier.

—No hay cena en España que, al revés que Dios, no tenga principio medio y fin: falta por consecuencia á mi cuento el fin ó postre servido al buen francés... Sabedores los de Amusco de que era un gran fumador, y que antes de meterle en *chirona* habia concluido los cigarros que comprára en aquella mañana, le llevaron una gran caja de *tabaco colorado* para que tomase un polvo.

—¡Bravo! ¡bravo! esclamó Vidal; sin duda quisieron *desmagnetizarle* con el polvo.

—Esa debió ser su idea; mas lo fuese ó no, el resultado es que el pobre francés no pudo pegar el ojo en toda la noche.

—Eso ya pasó de broma, dijo con alguna formalidad Mr. Gautier.

—Confiese que fué algo *pesada*, Mr. Gautier; pero la injuria que nos hizo vuestro paisano no pecaba de *lijera*...

—Cierto, cierto, dijeron varios.

—Mas no creais, continuó Masalegre, que le tuvieron sin comer desde que entró hasta que salió de la cárcel. A la mañana siguiente, y cuando ya tenia una hambre que no le dejaba ver, le sirvieron un almuerzo espléndido.

—¿Todavía le martirizaron mas? preguntó visiblemente enojado Mr. Gautier.

—Nada de eso, Mr. Gautier, dijo Masalegre con imperturbable calma; ya el almuerzo fué de veras. Para que en ningun tiempo dijese que los de Amusco le habian querido matar de hambre, le sirvieron una gran racion de lomo de buey estofado, un enorme ganso asado y vino en abundancia: el buen francés vió los cielos abiertos al fijar sus ojos en tan abundante comida.—*¡Ah! yo serr amigo del boy*, decia engullendo estófado.—Sí, se conoce, le contestaba con sorna el truhan del alcalde, que era quien habia dispuesto la *cena* y el almuerzo para su huésped.—*¡Oh! yo serr ganso.*—No se puede negar.—*¡Uf! yo serr muy vinoso.*—Eso no ofrece duda. *¡Alon, petit monseur!* le dijo el alcalde así que concluyó de almorzar: no direis que los de Amusco os han tratado mal.

—¡Of! no, no, dijo el francés, que con ocasion del almuerzo habia olvidado por el pronto la *ensalada*, el *principio* y el *postre* consabidos: *yo estarr reconosido...*

—Ya estais en libertad, y vais á ser conducido en triunfo á la ciudad.

—¿Otra ignominia con mi pobre paisano? dijo Mr. Gautier.

—Yo no hago más, mi querido Mr. Gautier, que seguir con mi cuento... Sacaron al francés de la cárcel, y montándole en un pollino pelicano, seco como una astilla, grande como un dromedario y pesado como un bronce, le pusieron camino de Palencia, á cuyas puertas llegó seis horas despues que salió de Amusco, marchando triunfante entre dos filas de diez ó doce hombres armados de palos, y entre una innumerable multitud de gentes, y

sobre todo de chiquillos, prevenidos por los de Amusco para ir cantando, como lo hacian, por las calles una mala letrilla, que estos últimos habian tenido cuidado de colocar á la espalda de su prisionero.

—¿Y este no hacia ni decia nada al verse tratado de una manera tan indigna? dijo lleno de cólera Mr. Gautier.

—¡*Quiá...!* el hombre conoció lo mal que se habia producido, y sin necesidad de cargarse de paciencia, dejó á sus conductores que le llevasen donde fuese de su agrado... La letrilla decia así:

Segun costumbre
de mi pais,
yo ultrajé al vuestro
con un rocin:
Dije que el Africa
estaba aquí,
y un *africano*
se encierra en mí.

¡*Guerra al gabacho*!
podeis gritar,
y que á su tierra
vuelva á amolar.
Yo allí de España
no diré mas,
que si la pinchan
suele saltar.

—¡Bravo! ¡bravo! ¡vivan los de Amusco! esclamó Valtierra.

—¡Sí! ¡sí! ¡vivan! gritaron todos menos el francés y el belga.

—Llegó, ó mejor fué conducido el francés entre la mas estrepitosa algazara que imaginarse pueda hasta el centro de la plaza Mayor, en cuyo punto la autoridad de la poblacion, que allí se enteró del suceso, considerando que ya habia pagado el buen estranjero hasta con las setenas su temerario juicio sobre la España, ordenó á los de Amusco que se retirasen á sus casas, y disolviendo en seguida con prudentes razones los grupos que rodeaban á aquel, le dejó en plena libertad para que fuese en busca de su subsistencia donde mas le acomodase.

—¿Y no hizo mas esa autoridad? ¿no castigó el atentado cometido contra un estranjero? preguntó notablemente alterado Mr. Gautier.

—Nada mas hizo, Mr. Gautier, contestó con la mayor sangre fria Masalegre, y en ello obró con cordura: yo, por mi parte, creo firmemente que si un español hubiese dicho de vosotros lo que el francés dijo en Amusco de nosotros, acaso sin formacion de causa le hubiérais hecho *mudar de domicilio*, trasportándole á las islas *Marquesas*.

—¡Sí! ¡sí!

—Eso, señores, no debe aprobarlo ninguna persona sensata, dijo con seriedad Mr. Gautier.

—No; pero tampoco ninguna persona sensata aprobará el lenguaje injurioso de vuestro paisano, le dijo Rosell.

—Convengo en ello, repuso Mr. Gautier algo confuso; pero...

—En ese caso no podeis menos de convenir tambien, dijo interrumpiéndole Masalegre, en que no obraron tan mal los de mi tierra con vuestro paisano.

—¡Hombre! es necesario tener en cuenta que se trataba de un infeliz trabajador, de un estranjero...

—Esta última circunstancia debió él tener presente para no injuriar al pueblo donde venia á ganar de comer, repuso interrumpiéndole por segunda vez Masalegre: vamos, Mr Gautier; está visto que os ciega la pasion de paisanaje mucho mas que á mí: yo no hubiese querido que con el pobre francés hicieran la diablura que ejecutaron mis paisanos; pero *sibi imputet*... no le hubiese querido (y lo digo de todo corazon) entre otras razones, porque por naturaleza soy amigo de los pobres y

mas de los que con tanto trabajo y tantas esposiciones como aquel se proporcionan una miserable subsistencia.

—Todos opinamos con vos, dijo en esto el coronel.

—Sí, sí; nuestras simpatías como hombres de buenos sentimientos y corazon generoso están por las clases trabajadoras, dignas de toda clase de proteccion, añadió Vidal.

—¡Sí! ¡sí! gritaron varios.

—Por las clases trabajadoras que agradecen lo que Vd. hace con ellas, convenido, dijo Padrast.

—Eso significa mucho y significa nada, señor Padrast, dijo Vicens; convengo en que al *agradecido*, que para mí es sinónimo de *hombre de bien*, debemos favorecerle con preferencia al *ingrato*, *que es lo peor que pueda darse sobre la tierra* (1); pero ¿quién es el que forma una línea divisoria, tratándose de clases enteras, que nos deslinde y haga conocer los agradecidos y los ingratos? y como que se dan de estos últimos así en las clases trabajadoras, como en las ricas y medianamente acomodadas, ¿quién será el que pueda hacer un favor en este mundo, cualquiera que sea su posicion, si tiene por delante la idea de que se lo agradezcan?

—Cierto, cierto; dice muy bien mi amigo Vicens, dijo á la sazon el alcalde de Molins; los favores debemos hacerlos sin mirar si han de ser ó no agradecidos; si buscamos la gratitud queremos una recompensa, y entonces aquellos no pueden llamarse favores, sino préstamos á calidad de reintegro.

(1) *Ingrato homine terra pejus nihil creat.* Auson. *Epig.*

—Creo, señores, que no han comprendido ustedes mi idea al tomar en boca á las clases trabajadoras, dijo Vidal, porque yo no he querido decir que á estas se las dispensen favores, sino que se las haga justicia; no he querido significar al hablar de las simpatías que sienten hácia ellas todos los corazones generosos, que estos deben hacerlas una limosna, sino protejerlas decorosamente en su posicion: en una palabra, los que simpatizamos con las clases trabajadoras, en general prudentes, sufridas y morigeradas, queremos que se las proteja en sus faenas, que se las asegure su trabajo, y que este las proporcione siquiera lo indispensable para una regular subsistencia.

—Pero vos pedís un imposible, caballero, porque lo es y muy grande el proporcionar en todo tiempo á esas clases el trabajo que necesitan, dijo Padrast. Y eso es muy natural, señores, porque yo necesito hoy *sesenta* obreros en mi fábrica, y mañana por efecto del mal estado de la industria me bastan solo *veinte y cinco,* y lo propio que conmigo sucederá con ciento ó mas fabricantes de Barcelona. Semejante alternativa tiene con precision que dejar ociosos en determinadas épocas muchos brazos, y no es justo que entonces se obligue á nadie á emplearles á la fuerza. En esas épocas el trabajador no tiene otro remedio que revestirse de paciencia...

—¿Y que perezcan él y su familia de miseria? repuso interrumpiéndole Vidal.

—Que sea morigerado y económico cuando tiene jornal, y así se proporcionará ahorros para cuando le falte, contestó brutalmente Padrast.

—¡Cómo! esclamó en esto D. Perrondo: ¿puede por ventura la mayoría de los trabajadores pro—

porcionarse ahorros con el mezquino salario que generalmente gana?.. ¿y quereis ver al trabajador sin pan y que muera de miseria, *queriendo trabajar?* ¡por Dios, señor Padrast, que eso es en estremo cruel é injusto! eso es condenar al trabajador á un suplicio cien veces mas espantoso que el de *Sísifo*, porque este para sobrellevar *su faena forzada é infructuosa* debemos suponer que al menos tendria la conveniente manutencion, mientras que aquel en su holganza tambien *forzada* se vé desfallecer de *miseria*, doble tormento que contribuyen á hacer mas horroroso la desesperacion y angustia de sus hijos y mujer. No se trata, señor Padrast, de que vosotros deis á la fuerza ese trabajo en épocas en que os sea imposible darlo, sino que lo que se quiere es que *en caso* le proporcione el gobierno que representa á la sociedad... El labrador que, pudiendo valerse de otros medios, confia al cielo su fortuna, es un imbécil; el que acude al riego para aumentarla y de esta manera asegurar el presente y porvenir de su familia, es un sábio: el gobierno que deja á merced del acaso la suerte de las clases trabajadoras es el labrador imbécil; el gobierno que con su prevision y cordura ahuyenta en determinadas épocas las calamidades que habian de llover sobre esas clases es el labrador sábio.

—¡Señores! dijo Masalegre; la opinion del señor Padrast me recuerda un caso que ocurrió cerca de mi pueblo cuando la invasion napoleónica...

—¡Otro cuento! esclamó soltando una risotada Valtierra.

—¡Bien! ¡bien! gritaron casi todos los circunstantes dirigiendo sus miradas sobre el fabricante,

que ya empezaba á tembar del lenguaje sarcástico de Masalegre.

—¡Qué le diga en pié! gritó Vicens.

—¡Sí! ¡sí!

—¡Corriente, señores! ¡venga otra copa de *Champagne*, amigo Coll! esclamó Masalegre poniéndose de pié.

—¡Bravo! ¡bravo!

—¡Magnífico!

—Yo soy muy amigo de cuentos, dijo Masalegre despues que hubo apurado la copa, y no se estrañarán Vds., señores, si les digo, que Castilla es la patria de ellos, y que á mi padre, por tantos como sabia y relataba á todo el mundo, le llamaban en todas parte el *tio Cuentero*...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—De modo, señores, continuó Masalegre, que en resumidas cuentas vengo yo á ser dos veces hijo de los cuentos, una por mi madre patria y otra por mi padre natural... Hecha esta salvedad, entro en materia y digo, que habia cerca de mi pueblo un convento de frailes *mostenes*...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—No hay que reirse; eran *mostenes y muy mostenes*, ó por mejor decir el convento solo encerraba un *mosten* de tomo y lomo, ancho, panzudo, grave y *tabacoso*, como eran generalmente todos los de la órden...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—El convento era muy rico por efecto de las inmensas y magníficas propiedades que en su derredor habia, formando un hermoso coto redondo de dos ó tres leguas de circunferencia. Todo el mundo conoce las calamidades de la guerra, que no

trae consigo mas que horrores, asesinatos, incendios, hambres y pestes: devastado el pais por el enemigo en últimos del año de 8 ó principios del 9, los ricos no podian dar trabajo á los pobres y estos se morian de miseria hasta en medio de las plazas, calles y pórticos de las iglesias: todavía no habian penetrado los franceses en el convento de mi *mosten*, cuyos anchos y profundos sótanos estaban por esta razon atestados de granos, y cuya bodega contenia 5 ó 6000 cántaros de rico vino: los pobres acudian á bandadas á implorar la caridad del padre: este al que le pedia una limosna le echaba de un bufido.—¡*Señor, que tengo cinco hijos*! esclamaba uno.—*Manténgales quien les hizo*, contestaba el fraile.—¡*Señor, que hace tres dias no he tomado cosa caliente*! esclamaba otro.—*El agua, que no está lejos, tiene tambien sus partes de calórico*, replicaba el padre, que por lo visto entendia algo de física. —¡*Dadnos trabajo en vuestras tierras y viñas*! esclamaba un tercero.—*No es tiempo*, decia el clérigo de misa y olla; *ya vendrá la primavera y daré veinte ó treinta jornales: el trigo está ahora caro; hay poco dinero, y me pide mucho el general, que se ha refugiado en Cádiz.—¡Teneis mucho trigo!—Es falso y aunque tuviera mas, lo necesito para la órden....*

—¿Y no le despedazaron vivo? preguntó lleno de ira Viosns.

—No señor; los pobres, al menos por entonces, no tenian fuerzas mas que *para pedir y llorar*. Pero Dios se encargó de castigar por estranjera mano la inhumanidad del mosten: sorprendieron una noche los franceses el convento, le entraron á saco y mas caritativos que el fraile, dejaron que un enjambre de hambrientos se llevase todo el trigo y vino que de años atrás habia en él depositado...

—¿Pero nada hicieron al fraile? preguntó con ánsia Vicens.

—Ps... poca casa, continuó Masalegre: al rayar el alba le *hicieron la merced* en paños menores (porque le sorprendieron dormido como un liron), colgándole del balcon principal de la casa en medio de un entusiasmo delirante de parte de la multitud, que ya habia satisfecho el hambre en la magnífica repostería, donde el buen mosten solia *martirizarse* unas cuatro veces al dia.

—¡Bien! ¡bien!

—De allí á algunos años vino otro fraile, que aunque yo no le conocí por ser todavía muchacho, es fama que era apreciado en todo el pais por sus muchas virtudes; hizo trabajar bien la hacienda empleando multitud de brazos, triplicó con esto los productos de aquella, y despues de hacer muchísimas caridades á cuantos creia necesitados, pudo mandar todos los años un valor casi doblado que su antecesor á los hermanos de la órden... Aquí, señores, dió fin mi cuento...

—¡Bien! ¡bien!

—Y solo me resta decir al señor Padrast, que á mi modo de ver los gobiernos que miran *por todos* son tan estimados de los pueblos como el último fraile de mi cuento, y que los que no miran *por nadie* suelen tener por disposicion de la Divina Providencia, ó por otras causas mas ostensibles, el fin que el primero.

—¡Magnífico! ¡magnífico! esclamó el capitan andaluz: ¡otra copa de Champagne!

—¡Sí! ¡sí!

—Nada mas, señores, dijo muy serio Masalegre; si he de pasear por el muelle, ó por la Ram-

bla quiero que mi cabeza mande libremente al cuerpo.

—¡Bien! ¡bien!

—El sol se va á ocultar, dijo levantándose el coronel, y los que tenemos obligaciones...

—Idos con Dios, mi coronel; ya sabeis que hemos tomado palco en el teatro de la Opera, dijo don Perrondo levantándose y dando la diestra al escelente militar.

—Allí nos veremos, amigo mio, repuso el coronel.

—Voy con vos, dijo el capitan andaluz.

—Vámonos todos, mi coronel, dijo Valtierra.

—Sí, sí, dijeron de todas partes.

Salieron los primeros el coronel y el capitan andaluz, y unos minutos despues ninguno de los convidados por nuestro viajero se hallaba en la fonda del escelente Coll: unos se fueron á sus casas, otros á desempeñar sus respectivos negocios, y don Perrondo, Rosell, Vicens, Fabra, Masalegre, Almogabar y el alcalde de Molins se pusieron á pasear por la Rambla, donde permanecieron hasta la hora de ir al gran teatro del Liceo, al cual se dirigieron todos, menos Fabra y Masalegre, quienes, mejor que oyendo *gorgoritos*, quisieron pasar la noche en compañía de la interesante Lucila, de Roviralta y de su apreciable familia.

CAPITULO XIII.

TRES BENDICIONES.

Ya conoce el lector el escritorio de D. Antonio Padrast en su magnífica casa de la Calle Nueva, donde acompañados del jóven Solís tuvieron nues-

tros viajeros el honor de conocer á Adela y á su bella hermana. Solas se encuentran en él las dos interesantes jóvenes, porque bastante de madrugada y sin siquiera saludarlas, ni dar á sus dependientes órden alguna contra su ordinaria costumbre, ha salido su padre con direccion á la fábrica de hilados que, como sabemos, tiene junto á la muralla de tierra. Sin duda que el fabricante no se ha dirigido á su establecimiento, como en otras ocasiones, en la idea de martirizar con su presencia y codiciosas miradas á sus muchos operarios: lo ha hecho distraido y como maquinalmente, aunque por huir de la presencia de Adela, á quien ni siquiera ha hablado desde que la colocó en la alternativa de abandonar la casa paterna ó el amor de Eduardo. Así al menos lo creen aquella y su hermana, segun se deduce de la conversacion que sostienen en el consabido escritorio.

—¿Con que nada es capaz de convencerle? decía Adela con notable angustia á su hermana.

—¡Nada, querida, nada! contestó con tristeza Marcela: estoy segura que se ha salido tan temprano de casa nada mas que por no vernos.

—Por no verme, querida hermana, repuso Adela.

—Todas mis súplicas, todas mis reflexiones, continuó Marcela, se han estrellado ante una determinacion, que creo sea irrevocable. Ya te he hablado de lo mucho que anoche me costó para hacerle siquiera entrar en conversacion... Yo creí que viniendo como venia del banquete dado por don Perrondo, de cuya circunstancia quise aprovecharme, le hubiera encontrado mas complaciente y templado que en los anteriores dias; pero todo lo contrario: «No la vuelvo á hablar mien-

tras no se convierta en una hija obediente y respetuosa»: cien veces me dió esta respuesta, y con ella y con echarme de su cuarto concluyó nuestra entrevista.

—Pero tú...

—Le dije mucho mas que tú podrias haberle dicho en tu defensa; le insté, le supliqué, lloré... mas todo fué en vano.

—¡Pobre Marcela!... ¿y cómo, pues, aceptó el convite del padrino de Eduardo?

—Eso es para mí un enigma, contestó Marcela: no sé qué resortes pudo tocarle ese hombre ilustre para comprometerle á aceptar un convite, al que por lo visto fué de muy mala gana, y del cual sin duda no salió satisfecho... Yo así discurre, porque el resultado es que ese convite, en vez de hacer variar á nuestro padre de su propósito, lo que ha hecho ha sido exasperarle mas.

—¡Pobre hermana mia! esclamó Adela clavando sus hermosos ojos sobre Marcela: no te deja discurrir bien el inmenso y purísimo amor que nos tenemos. No creas que el padrino de Eduardo ni ninguno de sus amigos le hayan dado el mas insignificante motivo para que insista en su negativa: confieso que abrigué un resto de esperanza al saber que aceptaba la oferta de D. Perrondo, oferta que le seria hecha por este en la idea de congraciarle; pero ahora veo que me engañaba miserablemente: nuestro padre aceptaria... Dios sabe por qué: el resultado es que antes del convite queria y despues de él quiere aun, mejor que la felicidad de su hija, el vil y sórdido interés.

—¿Pero no habrá un hombre que pueda convencerle?

—¿Quién? ¿tiene por ventura alguien á quien

confiar sus secretos y á quien oir?... pero ¿qué digo? tiene un consejero á cuyas inspiraciones no le es dado resistir, á cuyas insinuaciones es imposible que se resista, porque ese consejero es la *avaricia*, la avaricia que no conoce la amistad, que no sabe lo que es la confianza, que es cruel hasta para el mismo que la tributa su culto grosero y repugnante... No, Narcela; no esperes que nuestro padre desista de su propósito: si quieres ver feliz á tu pobre hermana ha de ser sin su consentimiento.

—Sí, sí; quiero verte feliz, Adela mia, quiero verte dichosa, replicó Marcela con entusiasmo: ¿qué importan los bienes de fortuna, si no simpatizan los corazones?... ¡Oh! ¡cuánto siento que no esté aquí mi querido Julio! acaso lograria convencer á mi padre... pero no pensemos ahora en cosas imposibles: cásate, cásate con tu bello Eduardo: despues que haya venido mi esposo y cuando ya vea mi padre que no hay otro remedio que conformarse con lo hecho, tal vez entre los dos podamos reconciliaros; sí, sí, ¡pobre Adela mia! ¿por qué te he de aconsejar yo, que para tí ocupo el lugar de madre, que sucumbas á ser desgraciada? no, no: ¡primero quisiera serlo yo! Sí, querida mia, añadió tomando la mano de Adela que oprimió fuertemente entre las suyas; quiero que seas dichosa casándote con el hombre á quien adoras: nada importa que lo hagas contra la voluntad de nuestro padre, cuando ya hemos apurado, aunque en vano, todos nuestros recursos para convencerle. Si despues de casada insiste en su infundado ódio hácia tí, á pesar de cuanto hagamos mi buen esposo y yo para que te ame como lo que eres, ¿qué es lo que puede hacer contigo? ¿desheredarte? pues

bien; ¡que lo haga! tras de su voluntad estará la mia, que te devolverá lo que él te quite, que te reconocerá tus legítimos derechos, iguales en un todo á los de tu hermana, que te amará hasta la tumba con el mismo delirio con que hoy te ama.

—¡Gracias, hermana mia, gracias! esclamó Adela sumamente conmovida de gratitud. Y no pudiendo resistir á los naturales impulsos de su noble corazon, sacando su mano de entre las de su hermana, arrojóse al cuello de esta para abrazarla y besarla con trasporte de infinito júbilo.

—Sí, hija mia, sí... ese es mi deber... soy tu hermana mayor, dijo Marcela sollozando y correspondiendo al propio tiempo á las tiernas caricias de Adela.

—No esperaba yo otra cosa de tu buen corazon, repuso Adela sollozando tambien; pero no quiero los intereses; lo que quiero es tu amor, hermana mia, ¡tu amor! ¡ya me quedas tú sola en el mundo! sin tí, vivo retraido de la que á ambas nos dió el ser, de la que como buena nos contempla en este momento desde el Empíreo, aun cuando voy á consagrarme á un hombre que me adora, faltaria á mi existencia la mitad de las emociones que la hacen apetecible.

—Pues bien: ¡tienes mi amor, hija mia, que es tan puro como el del Criador hácia sus buenas criaturas, que será tan duradero como nuestra estancia sobre la tierra! esclamó Marcela estampando acto contínuo un ardiente beso sobre la pura y tersísima frente de su hermana.

—Otra cosa espero de tí, querida mia, continuó Adela clavando sus hermosos ojos preñados de lágrimas, aunque con una espresion de indefinible dulzura sobre su hermana; tal vez no tengamos ya

otra ocasion propicia como esta para que puedas cumplir con los deberes de hermana mayor á falta de padre y madre, y mis brazos no se separarán de tí sin que me des palabra de llenarlos.

—Sí, sí; todo lo que quieras, dijo involuntariamente Marcela.

—¡Oh! ¡es una ceremonia tan sencilla como sublime, tan tierna como indispensable, tan sagrada como justa! esclamó Adela en estremo conmovida: Dios nos llevó al mejor tiempo nuestra buena madre... tal vez abandone mañana esta casa...

—¡No! ¡no!...

—Sí, sí, querida mia, prosiguió Adela; no podemos pasar por otro camino: tú lo sabes: ahora bien; á falta de las del padre y de la madre necesito una bendicion para que mi enlace sea feliz...

—¡La tienes! ¡la tienes, hermana mia!... *¡yo te bendigo!* esclamó Marcela radiante de entusiasmo.

—¡Dímelo otra vez, hermana mia! ¡repítemeestas palabras, que me dan aliento, que llevan á todo mi sér una inefable felicidad! esclamó Adela sin separar sus hermosos ojos de los de su hermana.

—*¡Yo te bendigo!* repitió maquinalmente Marcela; y estrechándose fuertemente las dos jóvenes permenecieron así largos instantes en un sublime y religioso silencio, que no las permitia romper la grande agitacion de sus nobles corazones.

—Ya nada temo, dijo Adela desprendiéndose de su hermana y cayendo medio desfallecida de gratísima emocion sobre una cómoda butaca. Con tu bendicion, continuó clavando de nuevo sus negros ojos sobre su hermana, Dios presidirá nuestro enlace, que no podrá menos de ser feliz. Hoy mismo, dentro de breves instantes, como tú sabes,

se casarán Fabra y Lucila, esos jóvenes brillantes, verdaderos tipos de la honradez y de la dignidad entre las clases trabajadoras... ese enlace apresurará probablemente el mio... mañana, como llevo dicho, lo mas tarde al otro dia, abandonaré con el decoro correspondiente esta casa donde nací y donde nos hemos criado .. pero ¿parece que llores, hermana mia? ¿no quieres que te abandone?...

—¡Oh! ¡oh! bien quisiera .. pero...

—Bien sabes que no puedo permanecer á tu lado mucho tiempo. Mi presencia ahuyenta la apacible calma que siempre ha habido en esta morada, continuó Adela. Pero no hablemos mas de esto, prosiguió al ver que Marcela derramaba abundantes lágrimas; no hablemos de nuestra separacion, porque esta es irrealizable estando unidos nuestros corazones... ¿no es verdad, querida mia?

—¡Sí! ¡sí!

—Pues bien; no hablemos de separacion cuando todos los dias podremos abrazarnos como lo hemos hecho hasta la fecha, cuando á todas horas podremos darnos pruebas del inmenso cariño que nos profesamos, cuando á todos momentos podremos acreditarnos mútuamente el amor que nuestra madre nos recomendó al espirar... Yo no me voy de Barcelona... Mira, querida mia; si no puedo venir aquí, tú me irás á buscar con Senén á mi morada; allí nos veremos, nos veremos en el campo, en los paseos, en el templo, en todas partes... ¿me lo prometes, hermana mia?...

—¡Sí, sí, repitió Marcela sollozando.

—¡Oh! ¡qué feliz soy! me parece que he descargado un enorme peso que oprimia mi corazon...

¡pobre Marcela! ¡cómo te querrá mi Eduardo! ¡cómo te adorará!... ¡Ah! á propósito; mudemos, mudemos de conversacion, que bien lo requiere nuestro estado: ¿no te he dicho que anoche llegó el nuevo capitan general?

—No, hermana mia, contestó Marcela enjugándose los ojos.

—¡Pobre Gumersinda! ¡yo que habia abrigado la esperanza de verla en esta hermosa ciudad! ¡pero... ¡vino solo, dejándola, al parecer, sumida en el mayor desconsuelo!

—¡Pobre muchacha!

—¡Ese es el mundo que quiere nuestro padre, hermana mia! ¡ese es el mundo apetecido de los que creen, ó al menos dan á entender con sus obras, que no hay otra vida donde se premiará al justo y se castigará al malvado! Pero viven en un error, porque los malos, por una ley providencial, aun aquí encuentran siempre su merecido... Si ese hombre no se reconoce...

—¿Quién sabe? dijo Marcela.

—¡Mucho lo dudo! esclamó Adela tristemente... Hoy, continuó, piensa hablarle D. Perrondo despues que haya recibido las correspondientes felicitaciones... ¡Dios quiera que le encuentre propicio! ¡Dios quiera que le halle dispuesto á labrar la felicidad de aquella pobre jóven, á quien luego tendré que llamar hermana!

—Todavía no hay motivo para desconfiar de ese hombre, dijo Marcela. Pero ya vuelve este diablillo, añadió viendo entrar á su hijo Senén en el escritorio.

—Ven aquí, hijo mio, ven, dijo enternecida su tia al niño, que se acercó á ella resueltamente reclinándose sobre su regazo.

Pero dejemos á las dos interesantes jóvenes entretenidas con la traviesa criatura, á la que ya conoce el lector, mientras llevamos á este á presenciar otros espectáculos no menos tiernos y patéticos que el que nos han ofrecido las dos por todos conceptos hermosísimas hijas del fabricante Padrast.

En la misma calle de *San Ben*, donde antes vivia Roviralta, habitaba aun á la sazon la hermosísima Lucila en compañía de Julia, aquella sobrinita huérfana que vimos en la fábrica de Padrast y de una anciana, parienta bastante lejana, á la cual sostenian tia y sobrina en recompensa del asistimiento que las prestára para poderse dedicar todo el dia al trabajo con entera libertad.

Nunca se habia visto tan favorecida la humilde habitacion de la pobre obrera como en la presente ocasion: allí, animados de un mismo deseo, embargadas sus almas por un mismo pensamiento, estaban de pié y elegantemente vestidos, D. Perrondo, Masalegre, Eduardo, Vicens, Fabra y un hermano de este, entre Dolores, Lucila y la tierna y hermosísima Julia: no eche de menos el lector á Roviralta y su hijo Pepito, porque el estado de convalecencia del primero no le permitia asistir al augusto acto que luego iba á empezar, y en cuanto al segundo, ya sabemos que estaba sujeto en el colegio de educacion á cargo de D. Prudencio Vilaregut. En la satisfaccion que se veia retratada en todos los semblantes, cualquiera hubiese adivinado al instante que semejantes personas se hallaban dispuestas para una alegre y solemne ceremonia... ¿Y dónde puede haberla mas alegre ni solemne que la de un casamiento, cuando para la celebracion de este solo ha presidido un amor

puro y desinteresado? ¿Dónde cabe un acto mas sublime y magestuoso que aquel en que dos tiernos amantes se juran al pié de los altares, poniendo á Dios por testigo, una fé eterna é inviolable...? Grande, magnífica y en estremo consoladora es la mision que desempeña la religion en la mayor parte de las épocas de la vida del hombre; pero dudamos que sea mas en ninguna que cuando santifica el enlace de dos personas, ese acontecimiento en virtud del cual dos corazones se convierten en uno, dos almas se identifican, dos existencias se confunden ante la Divinidad para procurarse mútuamente toda la felicidad de que es susceptible el hombre sobre la tierra. Y aquí consignaremos de paso que no porque seamos partidarios del divorcio rechazamos la debida intervencion de la religion en el matrimonio: creemos que sin ella este se convertiria en un acontecimiento indiferente, que sería un acto frio, un contrato, digámoslo así, no consumado, al cual como tal darian no pocos contrayentes escasísima importancia: queremos el divorcio, porque estamos íntimamente convencidos de que con él se evitarian terribles males, y la felicidad sería inseparable de todos ó la mayor parte de los matrimonios.

Pero volvamos á nuestro asunto.

Envuelta en un rico vestido de merino azul turquí, un lujoso pañuelo de crespon de Manila, y una larga mantilla trasparente, que dejaba ver un talle de ninfa y no ocultaba una inmensa rosca de negros y lustrosos cabellos, aparecia Lucila radiante de belleza, de juventud y de donaire: el color bajo de su rostro, efecto de la conmocion interior, inseparable de un acontecimiento tan

grande como es el mudar de estado, hacia mas interesante la hermosura de esta jóven, que pronto iba á entregar su libertad á un hombre que con delirio la adoraba; sus grandes y negros ojos, que ora se fijaban con infinito amor sobre Fabra; ora con respetuosa admiracion sobre D. Perrondo, brillaban cual dos luceros en noche de apacible calma; una angosta pero vistosísima guirnalda de palma, símbolo de la castidad, adornaba su frente serena y despejada, dando mayor brillo á su soberana hermosura; un zapato de seda verde, fina y caprichosamente bordado, oprimia su diminuto pié; y por último, unos guantes color de caña, por cima de los cuales se veian los dos anillos nupciales, tan preciosos como elegantes, encerraban sus blancas, pulidas y delicadísimas manos.

—Esto es mucho lujo, padrino mio, para una pobre obrera, dijo Lucila clavando sus hermosos ojos con infinito reconocimiento en D. Perrondo, y mirando despues sus vestiduras nupciales con inocente coquetería.

—Vamos, vamos, querida, dijo Dolores á Lucila contemplándola con indefinible ternura; tu padrino lo ha querido así, y no hay mas que obedecerle.

—¡Oh! sí, sí, madrina mia.

—¿Y por qué no habeis de ir hermosamente ataviada al dulce sacrificio de vuestra libertad? la dijo risueño D. Perrondo: hoy, que encontrais un compañero para recorrer el penoso camino de esta vida, necesitais engalanar vuestro cuerpo con vestiduras adecuadas á la posicion de ese compañero.

—Nada tengo que deciros, padrino mio, repuso

Lucila, clavando de nuevo sus ojos en D. Perrondo con una espresion de inmensa gratitud.

—No hagamos esperar al cura de la parroquia, querida mia, dijo Dolores, que para las nueve.....

—Aun no lo son, mujer, dijo Lucila, y antes de abandonar este cuarto, al cual acaso no vuelva.....

—Como que le tienes mejor en la calle de Fernando VII.

—Yo, en mi nombre y en el de Fabra, doy las gracias por ello á mi padrino, mi querida Dolores; pero creo que no sería completamente feliz nuestro matrimonio, si no me dispensaba otro favor antes de salir de aquí.

—Todos cuantos querais, hija mia, dijo don Perrondo.

—¡Oh! ¡gracias, gracias! esclamó Lucila radiante de alegría. No tengo padres, añadió con tristeza, que puedan darme su bendicion...

—¡Oh! ¡qué pequeño favor! ¡yo lo soy vuestro, hija mia! esclamó conmovido D. Perrondo: ¡yo os daré la mia con la mejor voluntad!

—¡A los dos! ¡á los dos! ¡yo tampoco tengo padres! esclamó Fabra; y cogiendo en el acto la mano de Lucila hincó su rodilla ante D. Perrondo, tomando aquella por un movimiento instintivo la misma posicion que su futuro esposo.

—¡Yo os bendigo, hijos mios! dijo D. Perrondo con voz conmovida: ¡haga el cielo feliz vuestro enlace!

—¡A la parroquia! dijo Vicens en medio de la profunda y gratísima emocion que se habia apoderado de todos los corazones.

Pocos minutos despues entraban los novios, los

padrinos y todas las personas que componian el acompañamiento en el templo del Señor, esta casa en cuyo interior se igualan, ó al menos igualarse deben en todo y para todo, el súbdito y el príncipe, el pobre y el rico, el débil y el fuerte, porque ante Dios no se conocen grados ni gerarquías. Ya, como había previsto Dolores, el párroco vestido de capa pluvial y con el correspondiente ritual en la mano, se hallaba esperando á la alegre comitiva junto á las puertas de la iglesia. En el acto los armónicos sonidos del órgano, de ese instrumento, ó mejor, de esa maravillosa composicion de instrumentos, que llenando el alma de un recogimiento religioso, profundo é indefinible, instintivamente la lleva hácia la contemplacion del Criador, vinieron á dar una imponente majestad á la lectura de la admonicion, que con grave y persuasiva voz empezó el venerable sacerdote. Los dos jóvenes amantes oyeron con estraordinaria atencion las saludables máximas que para estos casos tiene dispuestas la religion, y sobre todo aquella en que recomienda á los esposos el AMOR, fuente de toda virtud y felicidad; *amaos el uno al otro como Jesucristo amó á la Iglesia (ut vos invicem ametis sicut et Christus dilexit Ecclesiam)*: ¡qué hermosas palabras! su sublimidad y sencillez solo son comparables á las que resaltan en la otra máxima que el mismo Redentor dejó á sus discípulos en la augusta ceremonia del *Cenáculo* para que la predicasen por todo el universo, AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS. El corazon de la vírgen latia de indefinible placer y risueñas esperanzas cuando el ministro del Señor, dirigiéndose al mancebo le dijo: *vos, varon, compadeceos de vuestra mujer como de vaso mas flaco; compañera os damos, no sier-*

va (compatiere tamquam infirmiori vasculo; sociam dabimus, non famulam), y el mancebo, firmemente convencido de la virtud de su compañera, recreaba su alma con el porvenir de delicias que le esperaba oyendo decir al mismo sacerdote aquellas palabras destinadas para la esposa: *sed como vergel cerrado, como fuente sellada por la virtud de la castidad (hortus conclusus, fons signatus pudicitiæ laude)*.

Siguió la augusta ceremonia en medio de una indecible satisfaccion de todos los circunstantes, y á los pocos minutos Fabra y Lucila eran ya esposos con la solemne bendicion de la Iglesia.

Dirigiéronse al pié del ara los novios y D. Perrondo y Dolores en calidad de padrinos, y mientras el sacerdote mudaba sus vestiduras, los acompañantes tomaron posicion cerca de aquellos. A luego empezó la misa, que todos oyeron con religioso recogimiento, y cuando despues de acabada, el sacerdote, imponente por sus vestiduras y venerable aspecto, cogiendo á la esposa por la diestra se la entregó al esposo en nombre de Dios, diciéndole con voz grave: *compañera te doy, no sierva; ámala como Jesucristo ama á su Iglesia (sociam trado tibi, non ancillam; dilige illam sicut Christus diligit Ecclesiam)*, sus palabras, conmoviendo á todos los presentes, se grabaron de una manera indeleble en los tiernos y purísimos corazones de los contrayentes. Despidió á estos EN PAZ el sacerdote y mientras se despojaba de sus vestiduras, salió la comitiva de la iglesia tomando la direccion de la calle de Fernando VII y casa de don Roberto Vicena, á donde segun disposicion de D. Perrondo iba á celebrarse el fausto suceso con un magnífico banquete y donde tambien, se-

gun antes se habia acordado, tenian que habitar los nuevos esposos.

Puestos allí, el primer acto de los dos brillantes jóvenes fué pedir á D. Perrondo la mano, que besaron con religioso respeto: aquel apretó en seguida con efusion entre las suyas y, en señal de eterna y purísima amistad, la de la hermosa Lucila, quien en estremo conmovida se abrazó, acto contínuo á su querida Dolores, en cuyo seno desahogó su pecho derramando abundantes lágrimas, que un esceso de gratitud y felicidad hacia brotar de sus ojos. Mientras tanto, Fabra, empezando por don Perrondo, dió á todos los presentes un tierno y estrechísimo abrazo como prenda segura de un cariño, que solo la muerte habia de hacer desaparecer. Tan patética escena acabó de llenar de dulcísima é inefable satisfaccion á todos los corazones, y cuando D. Perrondo, ébrio, digámoslo así, de felicidad por la gran parte que habia tenido en proporcionar la de los dos interesantes jóvenes, dijo con voz conmovida y entrecortada: *¡dudo ya que en mi vida tenga otro dia mas feliz que este!* gruesas y consoladoras lágrimas rodaron por todas las megillas.

—Vamos, vamos, dijo Masalegre enjugándose los ojos con su pañuelo y procurando recobrar la serenidad que, como todos, no habia podido menos de perder; hoy no es dia de llorar, que lo es de reir: ¡pues digo! ¡llorar á la salida de una boda! ¿qué seria si viniésemos de un entierro...? ¿necesitan Vds. de un cuento para alegrarse...?...

—Sí, sí, dílo, Masalegre, contestó Vicens enjugándose y riéndose al mismo tiempo.

—No, no, mi capitan; ya no hay necesidad de cuentos, repuso Masalegre; y contemplando á la

hermosa Lucila, quien con ocasion de su salida tenia ya clavados en él sus preciosos ojos con una espresion de amor infinito, añadió: ¿ven ustedes cómo la novia se rie? volvió ya á nosotros la alegría, y si esta ha de ser completa para mí, necesito una gracia, una prenda de Lucila...

—¿Cuál? dijo esta de repente.

—Estrechar vuestra mano, contestó Masalegre alargando la suya, que apretó Lucila con efusion.

—¡Bien! ¡bien! gritaron todos.

—Como prenda de eterna amistad, dijo Masalegre apretando lleno de gozo la bonita mano de la obrera.

—Como tal os la doy, amigo mio, repuso Lucila radiante de belleza y satisfaccion.

—¡A desayunarnos, señores! dijo Vicens.

. . . . . .

De allí á un buen rato, la hermosa Dolores, que habia salido en la idea de cuidar á su pobre niña, volvió con ella, acompañada tambien de Roviralta, quien con no pequeño trabajo, efecto de su estado de convalencia, pero sí con gran satisfaccion, traspusiera la distancia que mediaba desde su nueva habitacion, sin otro objeto que el altamente laudable de felicitar á sus buenos amigos por el fausto suceso, y celebrarlo con ellos y con las demás personas, que le eran tan caras.

CAPITULO XIV.

LAS DUDAS. EL BIEN Y EL MAL DE LAS REVOLUCIONES.

Serian las cuatro de la tarde poco mas ó menos cuando D. Perrondo, dejando de sobremesa á sus

ahijados Fabra y Lucila y á las demás personas que habian acudido á celebrar el feliz enlace de los dos antiguos obreros, marchaba por la calle de Fernando VII con direccion al suntuoso y moderno palacio de la Capitanía general, sito en la muralla de Mar, entre la puerta de este nombre y el fuerte de Atarazanas. En su andar un tanto apresurado aunque cierto, y mas que en esto, en lo vago de su mirada, diríase que á nuestro caballero le preocupaba vivamente algun negocio de inmensísima importancia, cuya solucion quisiese buscar á todo trance; y en efecto que era así: alejada de su ánimo, á causa de mil encontradas ideas que en él bullian, la tranquilidad que tan pocas veces le habia abandonado en el discurso de su vida, dirigíase en busca del general, firmemente decidido á esplorar el terreno y ver por sí mismo si desde aquel dia en adelante habia de ser su amigo ó su mas encarnizado perseguidor.

Crueles dudas aumentadas por las últimas cartas de Gumersinda, tenian atribulado su espíritu, y sabido es que la realidad, por terrible que sea, atormenta menos que la duda y muy particularmente á los grandes corazones, porque estos encuentran luego tras de aquella la conformidad. Sin embargo, llegado que hubo á la soberbia morada de la primera autoridad del Principado, pasó sin obstáculo alguno con el corazon sereno y la cabeza erguida por entre el cuerpo de guardia, sito en la portada de aquella, y trepando con firme planta la magnífica escalera, logró llegar hasta una ancha y bien alhajada antesala, ocupada tan solo á la sazon por tres ó cuatro jóvenes oficiales, tan apuestos como elegantemente vestidos.

—¿Su escelencia...? dijo á uno de los arrogantes

mancebos despues de haber dirigido á todos el correspondiente saludo.

—No está visible, caballero, le contestó el oficial.

—Hacedme el gusto de prevenirle que está aquí...

—No puedo complaceros: por lo visto se halla sumamente rendido con el recibimiento y tenemos órden terminante de despedir á todo el mundo.

—Sin embargo, repuso con amabilidad D. Perrondo; yo os aseguro que no estaré comprendido en ella.

—¡Por Dios, caballero! dijo risueño el oficial: ¿no estais comprendido *vos en todo el mundo*...? va á ponerse á comer y...

—No importa... aun á trueque de pasar por molesto, os voy á pedir un favor, y es que le paseis esta tarjeta...

—Tanto se me daria anunciaros, repuso el oficial viendo que D. Perrondo sacaba una tarjeta de su magnífica cartera, como introducirle este papel.

—¿Me parece, sino me equivoco, que sois vos el padrino de Solís? dijo otro de los jóvenes interrumpiendo á su compañero y mirando fijamente á don Perrondo.

—Y muy servidor de Vd., contestó este.

—Venga pues, la tarjeta, repuso con resolucion el jóven, que aun á trueque de sufrir una buena reprimenda, deseo complaceros.

—Gracias, caballero, dijo D. Perrondo alargando su tarjeta al amable oficial, que incontinenti entró en el salon inmediato. Al instante salió, y en la satisfaccion de su semblante pudo colegir don

Perrondo que el General estaba visible para él...

—Que paseis, dijo el oficial. ¡Oh! ¡oh! añadió, dirigiéndose á sus compañeros, mientras que don Perrondo entraba en el salon de recibimiento; bien decia ese caballero, que á él no le comprendia la órden de S. E... No mas ver su tarjeta. ¡Que pase al momento! ¿le habeis detenido? dijo:—Unos segundos, mi General.—Ni medio habeis de detenerle en adelante; mis órdenes no rezan con él; ya lo sabeis, y es preciso que así se lo hagais comprender á vuestros camaradas.

—¡Amigo mio! esclamó el general saliendo al encuentro de D. Perrondo y apretándole fuertemente su diestra: aquí, aquí, continuó llevándole de la mano hasta una de las cómodas y elegantes butacas que adornaban el magnífico salon; siento que os hayan detenido mis ayudantes: aunque os he echado de menos, no me acordé de prevenirles.

D. Perrondo, que se habia dejado conducir como maquinalmente por el General, así que se colocó en su asiento y vió que este hizo lo mismo, elevando sobre él su imperativa mirada,

—Yo celebro, General, dijo con voz pausada, que os hayais acordado de mi humilde persona en el momento de llegar á esta ilustre ciudad, porque eso me prueba que, aunque inmerecidamente, ocupo en vuestro corazon un distinguido lugar.

—¡Oh! sí, sí; es aprecio cual un buen amigo, dijo como involuntariamente el General; y luego, mudando de conversacion ¿cómo vamos? añadió, ¿qué tál os ha probado en vuestra peregrinacion?

—Perfectamente, mi General; puedo asegurar que los dias que he pasado en ella han sido de los mas felices de mi vida... ¿Y vos?

—Yo bien, bien... un poco cansadito me siento

por efecto de las malas noches que he sufrido con un viaje tan largo y precipitado: pero esto pasará al instante y...

—Por lo mismo que calculé yo que llegaríais rendido, no he querido presentarme antes á daros la bienvenida... ademas de que mientras habeis estado recibiendo las protestas de adhesion de vuestros subordinados, acto solemne al cual no me ha parecido conveniente asistir, me he hallado agradablemente entretenido en el desempeño de una comision importante... Pero á propósito, mi General; necesito ante todo disculparme por la hora intempestiva que he elegido para veros... sé que no habeis comido aun y...

—¡Oh! ¡oh! yo me alegro de eso, amigo mio, porque así tendré el gusto de que me acompañeis.

—Lo aprecio, mi General, pero no puedo complaceros: estoy de boda, repuso sonriéndose don Perrondo.

—¡Hombre! ¿de boda...?

—Sí, y os añadiré para vuestra satisfaccion, que en ella he desempeñado uno de los principales papeles... ya sabeis que, á pesar de ser soltero, tengo un gusto particular en cooperar á que otros se casen, como llegue á persuadirme que su enlace ha de proporcionarles la dicha....

—Sí, sí; dijo el General bajando al suelo su vista á impulso de la escudriñadora mirada de don Perrondo: este continuó:

—En esta idea, he sido padrino de dos guapos jóvenes que me aprecian cual si fuera su padre, y yo para darles una prueba de mi cariño...

—¿Habeis aceptado el cargo de padrino..?

—No; en ese me acreditaron ellos el suyo.

—No es estraño, repuso el General, que á pesar

de los cortos dias que llevais en esta ciudad, os hayan ya designado para padrino de una boda, porque me son bien notorias las inmensas simpatías que en ella supísteis conquistar con vuestra heróica accion de Molins.

—Ps... tengo algunos amigos que me quieren mas de lo que yo me merezco, dijo con indiferencia D. Perrondo... Pero, repito, mi General; no es cosa de que por causa mia...

—¡Por Dios, amigo mio! no hablemos de eso, porque le tomaré por enojo; vos podeis venir á mi morada á todas horas y á todos momentos, en la seguridad...

—Tantas gracias...

—Pues bien; hablemos de otra cosa.

—Corriente, mi General: hablemos de otros asuntos... ¿Y qué me decís de Gumersinda? ¿está buena?

—Yo la he dejado perfectamente bien.

—Me alegro, me alegro, repuso D. Perrondo con satisfaccion... Aun á trueque de pasar por impertinente, voy á haceros una pregunta...

—Sin que os tenga por tal, podeis hacerme cuantas gusteis.

—Ya sabeis, mi General, que yo hago las veces de padre respecto de esa pobre huérfana... el suyo fué mi mejor amigo... el mio fué su padrino... sola en en el mundo, cual la vistosa flor que ostenta su belleza en el desierto, no tiene mas apoyo que el mio... débil en verdad, pero leal y sincero. No es esto decir, continuó con notable calma al ver que el semblante del General se cubria de una ligera tinta de ecarnado, que la falte vuestra proteccion, no: hablo de apoyo de familia, porque yo á esa niña no puedo menos de considerarla como un miembro de la mia... Bajo estos supuestos, me li-

sonjeo anticipadamente con la idea de que no estrañareis mi pregunta.

—No, no; decid.

—Ella está reducida á saber de vos la causa de su abandono en Búrgos...

—¡Cómo abandono!...

—Permitidme, amigo mio, dijo interrumpiéndole D. Perrondo y procurando con una sonrisa calmar al General; acabo de deciros que confio en vuestra proteccion hácia ella, y por consecuencia no podeis dudar de mis intenciones. La palabra *abandono* no significa ahora en mis labios otra cosa que el hecho material de haberla dejado en Búrgos, de no haberla traido en vuestra compañía. Este suceso, que para mí es un enigma, no ha podido menos de estrañarme, y no dudo de vuestra caballerosidad que me dareis sobre él una esplicacion satisfactoria.

—¡Oh! sí, sí; dijo el General recostándose muellemente sobre el respaldo de la elegante butaca, al propio tiempo que su semblante se revestia de cierta seriedad producida sin duda por las últimas palabras de D. Perrondo; os la daré tan completa como podeis desear... Sin embargo os diré, continuó dando á sus palabras un tono de dulzura bastante forzado, que mas bien como amigo que como protector de Gumersinda me mereceis esa y otras consideraciones.

—No, no, mi General; repuso D. Perrondo con notable gravedad, al propio tiempo que fijó sobre aquel sus hermosos ojos con una espresion que no pudo menos de infundirle respeto; si me llevais la cuestion á ese terreno tendré que deciros, que á un amigo no le es permitida esta, que bien se puede llamar exigencia; y yo como amigo me libraría

muy bien de tenerla con vos en la presente ocasion; pero no dejareis de conocer que un sugeto que se cree fuerte y ama á otro que es débil, que se halla ligado á él con vínculos sagrados por mas de un concepto, y que por ellos, ó por otras causas tanto ó mas respetables, se ha constituido en su defensor, mas, en su padre, no solo tiene derecho para tal exigencia, sino que está en la imprescindible obligacion de hacerla, si ha de llenar cumplidamente su deber... Yo como amigo os agradezco vuestras deferencias hácia mi persona, pero ocupando el lugar de padre respecto de Gumersinda.

—Bien, bien; no riñamos por tan poca cosa, amigo mio, dijo el General interrumpiendo á don Perrondo; dóos yo esa satisfaccion, que la causa, porque la dé es lo que menos importa... Vos sabeis muy bien que mi viaje ha sido precipitado, que hace unos quince dias nada sabia yo de mi traslacion, ni acaso pensaria en ella si que la ha decretado ..

—Permitidme...

—No, no; todo hace al caso, amigo mio, y si he de lograr dejaros tan satisfecho como deseo, ha de ser tomando el asunto desde su principio... Yo, soldado sumiso, he debido cumplir inmediatamente con las órdenes del gobierno, abandonando al efecto cuantas cosas me son mas caras, porque sabeis que todo es para el militar el pronto y ciego obedecimiento de las órdenes que se le comunican. Por otro lado, yo estoy firmemente convencido, y eso no debo ocultarse á vuestra penetracion, de que las circunstancias porque estamos pasando son demasiado críticas, y á vos, hombre de órden aun cuando de ideas no conformes en un todo con las

mias, os añadiré, que la situacion de esta ciudad no deja de ser alarmante... Ahora bien, ¿quereis que, menospreciando las órdenes del gobierno por atender á mis negocios como caballero y como hombre particular, hubiese retrasado mi presentacion en esta?... ¿Quereis que á ciegas, sin entecarme de tal situacion y convencerme de que yo puedo dominarla, como en efecto es así, hubiese traido á Gumersinda, á quien amo de todas veras, tal vez para esponerla á los azares que pudieran sobrevenir al que hoy por hoy tiene unida con ella su suerte?...

—Permitidme que os interrumpa para deciros en honor de nuestra España, que *nunca* ha habido en ella, ni creo que habrá en lo sucesivo para las demas, esposiciones del género de que vos me quereis hablar.

—¡Oh! ¡oh! vos no conoceis mas que superficialmente á esta ciudad... ella encierra un foco permanente de insurrecion contra el gobierno y contra las leyes establecidas, foco que solo pueden apagar las baterías que la asestan de contínuo desde *Monjuich* y la *Ciudadela*; foco, que si llegára á producir su efecto, haria peligrar á todo lo que hay de mas santo y sagrado en la sociedad.

—Acordáos, mi general, de que no he venido á hablaros de política, dijo D. Ferrondo procurando reprimir un movimiento de indignacion que bien llevado á su pecho las palabras del General.

—Lo sé, continuó este; pero vos no podeis ignorar que la política absorbe, digámosla así, mi vida de particular; que aquí, tratándose de mí, no existe el individuo, ni las cosas que le pertenecen sino de ese mismo individuo, sino del hombre público, del General... Ese foco, cuyo orígen ya le descubro en las reminiscencias de épocas fatales y

no muy lejanas, se halla sostenido principalmente por los instintos revolucionarios de una gran parte de la poblacion obrera de esta ciudad, ávida de novedades, ansiosa de movimientos y de jarana, que por sistema aborrece la paz, esa paz de que necesita mas que las otras clases sociales, porque sin ella es imposible que mejore su situacion... No lo dudeis, amigo mio; si, contra lo que es probable, llegase un dia en que esa clase obrera, á la que vos no conoceis por cuanto nunca hasta hoy habeis estado en esta ciudad; si, desgraciadamente, contra todo lo que es de esperar, esa poblacion obrera, en general ignorante, soberbia, viciosa....

—¡Por Dios, mi General! mirad que incurrís en una contradiccion la mas palmaria del mundo, dijo D. Perronde interrumpiéndole con la sonrisa en los lábios, aunque con el corazon lacerado al ver tan injustamente tratada á la clase obrera. Acordáos, continuó pintándose progresivamente en su rostro una imponente dignidad, de lo que acabais de decir... ¿no me habeis anunciado hace un momento que por mi accion de Molina he conquistado inmensas simpatías en esta ciudad? y si es así, ¿nada os prueba esto? esa admiracion, ese amor hácia mi persona por un hecho tan insignificante, por un acto aconsejado por la moral y por la religion, ¿no os hace perder vuestro errado juicio de otros tiempos y os convence de que en esa poblacion obrera, que compone la mayoría de habitantes de esta insigne ciudad, hay elevacion de sentimientos, nobleza de corazon, amor al órden, que produce una buena gobernacion y todas las demas virtudes necesarias para tratarla nada mas que como se merece? Aunque llevo pocos dias en esta ciudad, creo que la conozco en todo y por to-

de mucho mas á fondo que vos. Vos la definís tal vez por apasionados juicios de otras personas; yo lo hago por lo que en ella he observado. Convengo, sin confesar que esa numerosísima clase obrera sea ignorante, en que no está tan ilustrada como seria de desear para que en ciertas y determinadas épocas no la estraviasen cuatro indignos esplotadores; pero no puedo convenir con vos en que sea enemiga declarada de la paz, ni menos viciosa, porque me consta de una manera positiva que es noble y morigerada, sufrida y prudente, y esto no puede menos de ser así por la sencilla razon de que es industriosa, de que por naturaleza y por educacion es amiga del trabajo... ¿Qué pueblo habeis visto vos en el mundo que siendo amigo del trabajo, no le sea de la paz? Consultad la historia, echad una ojeada sobre todos los países del universo, y no podreis menos de convenir conmigo en que cuanto mas trabajador es un pueblo mas morigerado se encuentra, mas amigo es tambien de la paz, mas apego tiene, en fin, al órden; no al órden impuesto por la fuerza bruta, sino al que produce la observancia de leyes sábias y la progresiva adopcion de medidas aconsejadas por la esperiencia y por los adelantos de la cultura... Pero tanto vos como yo nos hemos ido separando insensiblemente de la cuestion, mi General, prosiguió don Perrondo procurando dar á sus palabras un tono de dulzura que se avenia muy mal con su interior agitacion. Habéisme dicho que amais á Gumersinda de todas veras...

—Sí, sí...

—Pues bien; bajo este supuesto, permitidme que os diga con la franqueza que me es propia, que los temores que hayais podido abrigar sobre

malas consecuencias para esa interesante jóven en el caso de una conmocion popular han sido infundados y hasta si se quiere... pueriles, porque conmociones fuertes, violentas y terribles han sido las que ha presenciado esta ciudad en nuestros tiempos, y sin embargo, en ellas se han respetado las personas y las propiedades, nada en ellas han tenido que temer los seres inocentes, los seres que como Gumersinda se hallan bien distantes de la política y de todas sus trascendentales complicaciones. No obstante, prosiguió con voz pausada y en tono entre risueño y sarcástico; yo respeto vuestros cálculos previsores y si, viendo como habeis visto ya, que podeis dominar la situacion y que por lo tanto no se presentan sérios temores para el porvenir, os decidís á traer en vuestra compañía á mi protegida y á reconocer...

La indirecta no podia ser mas significativa: el General, que con poco sólidas razones habia ido esquivando hasta allí el entrar de lleno en la principal cuestion que trajera ante él á nuestro viajero, se vió ya envuelto en un círculo tan diminuto como el de *Antioco*, círculo que aquel le trazára con sus mismas disculpas, y así, mordiéndose involuntariamente el lábio inferior é inclinando su cuerpo hácia adelante, como para ocultar la no pequeña emocion que sobre todo le ocasionára la fatídica palabra de *reconocer*, que con todo cuidado habia soltado D. Perrondo, saliendo al encuentro de este, un tanto avergonzado y confuso, aunque con forzada sonrisa, dijo:

—Si bien os he dicho, amigo mio, que puedo dominar la situacion, acaso falte todavía la prueba... Con todo, y prescindiendo de si vos tendreis razon ó la tendré yo al calcular sobre las contin-

gencias de un movimiento popular en una ciudad como Barcelona... ya que tanto empeño mostrais, os doy mi palabra de hacer venir á Gumersinda...

—No, no, mi General, repuso interrumpiéndole don Perrondo; no quiero yo que venga Gumersinda por *empeño mio*; lo que quiero es que vos reconozcais que teneis un estrecho deber de traerla, de tenerla á vuestro lado, de...

—Corriente, corriente, vendrá.

—Pero como debe venir, señor General.

—Como vos podeis desar.

—¿Y estais en hacerla venir luego?

—Tanto no os diré yo, amigo mio; pero os doy mi palabra de que será para una época... no muy lejana.

—¿No tendré el gusto de verla si permanezco aun aquí unos veinte dias?

—Probablemente no, dijo el General despues de una pausa.

—¿Y si estoy un mes?

—¿Un mes?.. tampoco.

A la contestacion negativa del General, don Perrondo arrugó el ceño, meditó unos segundos en ademan de tomar un partido y levantándose en seguida de repente dijo con sequedad:

—Mucho lo siento, mi General; queria verla en Barcelona.

—¡Pero qué!.. ¿os marchais ya?

—Sí; voy siendo demasiado molesto. Me marcho confiado en que otro dia podremos hablar mas despacio.

—Cuando gusteis... ya os le he dicho...

—¡Ah! se me olvidaba: teneis que disculpar á Eduardo de que no haya venido á cumplimentaros, ó mejor, teneis que disimularme á mí de que

no le haya dejado venir... está tambien de boda, y hemos convenido en que lo hará mañana.

—Está dispensado como súbdito; pero decidle que quiero verle cuanto antes... le he echado de menos...

—Vendrá mañana sin falta.

—Ya sé que vive en vuestra compañía.

—Sí, desde el mismo momento en que llegué á esta... Repito, mi General...

—Adios, amigo mio, dijo el General; y alargando su manó á D. Perrondo, este la cogió con alguna frialdad.

—Basta, basta, dijo D. Perrondo oponiéndose á que el General le acompañase mas allá de la puerta del salon del recibimiento: no lo consiento... ¡Adios! Y haciéndole una graciosa inclinacion de cabeza, y saludando en seguida á los jóvenes ayudantes, quienes le correspondieron con marcadas muestras de benevolencia, á los pocos segundos se encontró ya fuera del palacio de la capitanía general del Principado.

—¡Lo mismo! ¡lo mismo que antes! se decia interiormente mientras caminaba con tardo é inseguro paso en direccion de la calle de Fernando VII: esa reserva, ese empeño constante en salirse de la cuestion, ese propósito deliberado de no contestar categóricamente á mis investigadoras preguntas, han dejado mi espíritu en la misma incertidumbre que antes tenia... este estado de duda me atormenta, me mata... ¡oh! yo he debido despejar mas la incógnita para salir de él á todo trabajo... pero no, no: mejor es que nos carguemos de paciencia, que no le demos á ese hombre motivo para un estrepitoso rompimiento, con el cual quienes mas perderíamos seríamos nosotros... está

tambien de por medio Eduardo, que ahora depende de él, que acaso necesitará de su apoyo para que, frustrándose los planes del avaro Padrast, pueda llamar suya dentro de poco tiempo á la interesante Adela... ¡Eduardo! ¡Gumersinda! ¡pobres jóvenes! tan perseguidos sois de la desgracia como acreedores á que os sonria la fortuna... ¡hijos del mejor de los padres, del mas escelente de los amigos, del mas útil y virtuoso de los hombres! ¡no parece sinó que la Providencia se goza en poner estorbos á vuestra dicha, en teneros en perpétuo infortunio!.. ¡Qué digo! no blasfememos: la Providencia, si bien incomprensible á nuestra limitadísima inteligencia, es siempre justa: en sus inescrutables designios se propone probar á los mortales, pero jamás abandona al bueno, ni deja sin castigo al criminal... confiemos pues en ella... sí, sí, que nunca faltó al que tiene fé.

En estremo conmovido y algun tanto cabizbajo marchaba nuestro viajero con semejantes meditaciones, cuando, alzando de repente sus ojos, vió venir hácia él al periodista Vidal, que con acelerado paso llevaba una direccion opuesta á la suya.

—¡Amigo mio! ¿pues cómo por aquí? dijo Vidal alargando su mano á D. Perrondo... os contaba en la boda.

—Y me contábais muy bien, amigo mio, dijo D. Perrondo, apretando con efusion la mano del periodista; no hace media hora que abandoné á los novios por una diligencia precisa, y vuelvo en su busca.

—Bien, bien,.. ¿y qué me decís de noticias?

—Nada, señor Vidal..... qué, ¿hay algo de nuevo?

—Me parece que sí: los gobernantes, mas cie-

ges que nunca, sin duda quieren poner á prueba la paciencia de esta ciudad, y la paciencia, como es natural, tiene sus límites .. La gran conmocion que, con motivo de la adopcion de la ley de quintas y otras antipáticas medidas, tuvo trabajado al Principado, y sobre todo á este pueblo no pocos meses, conmocion que el último capitan general supo calmar con su esquisita prudencia y finísimo tacto, vuelve á apoderarse de todos los ánimos: acaban de encarcelar, segun me han dicho, á una porcion de ciudadanos bajo no sé qué pretestos... andan de por medio las conspiraciones, ese tema obligado de los gobernantes que no respetan las leyes, la oposicion real ó soñada á los derechos de puertas, y otra multitud de cosas con las cuales se quieren cohonestar escandalosos atropellos: en la creciente agitacion de todos los espíritus me temo una catástrofe... en una palabra, amigo mio, creo que la revolucion está llamando á nuestras puertas, y si aquella llega, son de temer infinitas desgracias, porque las fuerzas del gobierno han de oponer una resitencia terrible....

—Contad con ella, amigo mio; eso os lo puede asegurar porque lo sé de muy buena tinta; es decir, sé que las autoridades están preparadas para cualquier evento.

—Para el éxito de una revolucion en esta ciudad eso es lo que menos importa, repuso Vidal... Yo bien sé que este pueblo en plena revolucion es omnipotente, que si él se lanza en masa á la calle, la victoria es suya... ¡Qué! ¿dudais eso vos?

D. Perrando, despues de una breve pausa, durante la cual contempló con ternura al periodista, dijo:

—Dudo, sí, amigo mio, dudo.

—¿Que pueda salir el pueblo victorioso, si con empeño se lanza á la revolucion? dijo Vidal con notable calor.

—Lo que dudo es, dijo con calma magestuosa D. Perrondo, que el pueblo esté dispuesto para hacerla, amigo mio; lo que dudo es que el pueblo sepa á dónde se le quiere conducir; lo que dudo, en fin, es que ese mismo pueblo se halle preparado para sacar los convenientes frutos de la revolucion, si consigue ver á esta triunfante. Las revoluciones, señor Vidal, siempre van acompañadas de dos génios superiores, enemigo el uno del otro; á la manera que aquella divinidad de los antiguos, que repartia las felicidades y los infortunios, llevan, digámoslo así, en una mano el bien, y en otra el mal, y... ¡ay del pueblo que al hacerlas no sabe lo que tiene que elegir! ¡y ay entonces de los hombres que, embriagados con multitud de halagüeñas esperanzas, las promueven y fomentan, que ellos son las primeras víctimas, ya tengan la fortuna de ver por de pronto coronadas sus empresas de un éxito brillante, ya tengan la desgracia de ver frustrados sus mas bien combinados planes!

El periodista fijó sus ojos en los centellantes de D. Perrondo: la magestad que vió pintada en el hermoso rostro de este no pudo menos de infundirle profundo respeto; titubeó unos segundos, como quien no acierta á hablar, al cabo de los cuales, con una voz un tanto conmovida dijo:

—Teneis razon, amigo mio..... confieso que habeis llevado á mi pecho las mismas dudas que abriga el vuestro... si en mi mano estuviera, contendria la revolucion, que indefectiblemente va á estallar... Sin embargo, como que eso será ya

imposible, si nos vemos envueltos en ella, procuraremos dirigirla... acaso no seais vos el último cuyos consejos haya necesidad de oir sobre el asunto.

D. Perrondo, por toda respuesta, meneó tristemente la cabeza, apretó en seguida la mano de Vidal, y echándole una mirada de infinita ternura, la soltó de repente, murmurando sobremanera afectado un cariñoso *adios*.

El periodista seguia su camino, mientras que en opuesta direccion D. Perrondo caminaba, mas cabizbajo que cuando salió de la morada del capitan general en busca de sus amigos.

—¡Esto me faltaba! decia para sí marchando ya por la calle de Fernando VII: ¡dudas por Gumersinda! ¡dudas por Eduardo; ¡y dudas por una revolucion que acaso...! ¡pero echémoslo todo á un lado...! Mañana veremos lo que sucede. Y haciendo un notable esfuerzo porque sus conmovidas facciones volviesen al estado normal, se entró con resolucion en la casa de D. Roberto Vicens.

CAPITULO XV.

QUIEN MAS TIENE MAS QUIERE.—LA PENA DE MUERTE.

Entre las diversas ya cual mas hermosísimas calles que desembocan en la deliciosa Rambla, le es única titulada de la *Union*, de construccion moderna, espaciosa, bien empedrada y que en la magnificencia y solidez de sus edificios no cede á las mas celebradas de la culta Barcelona. En un ancho gabi-

nete, sito en el piso principal de una de las mejores y mas sólidas casas de dicha calle, cuyas paredes estaban casi cubiertas por altos y elegantes estantes llenos de papeles, y por grandes mapas perfectamente iluminados y sobre cuyo terso pavimento se veian dos lindas mesas de bufete y algunos sillones tan cómodos como delicadamente trabajados, se encuentran tres hombres que en lo centelleante de sus ojos y en lo encendido de sus rostros demuestran hallarse entretenidos en una interesante y animadísima conversacion. Uno de ellos es jóven, y los otros pasan ya de la edad madura. El jóven vestido de blusa, es alto, fornido y de noble y simpática presencia. De los dos viejos, ambos vestidos de levita, el uno es grueso, calvo, de mediana estatura, grandes mofletes y ojos grandes y pequeñitos, mientras que el otro es alto, de pocas carnes, ojos azules y cabello completamente blanco: ínterin este toma con sobrada frecuencia de una cajita de oro cincelada sendas pulgaradas de tabaco colorado, que aumentan mas y mas el fondo oscuro que de ordinario presentan las abiertas ventanas de su enorme nariz, el otro chupa como maquinalmente un grueso y aromático habano, arrojando de vez en cuando inmensas bocanadas de humo que suben al cielo raso de la habitacion. En los semblantes de los dos últimos cualquier mediano observador creeria sin duda ver retratada á la misma avaricia con todos sus repugnantes atributos, así como en el jóven descubriria á primera vista el tipo de la franqueza, de la honradez y de la energía. Los tres están sentados muellemente en sus magníficos sillones, y tanto el viejo de los blancos cabellos, que es el dueño de la casa, como su compañero fijan casi de

contínuo sus escudriñadoras miradas en el jóven cual si quisieran leer en las diversas contracciones que presenta su rostro lo que siente su corazon, y ponen, digámoslo así, todos sus cinco sentidos en las contestaciones que dá á las diferentes proposiciones y reiterados ofrecimientos que ellos le hacen.

—Acabemos, señores, decia el jóven con notable calor mirando alternativamente á los dos viejos, que ya va trascurrida media hora larga desde que entré en esta casa, y yo tengo que hacer en otra parte. Os he dicho que no puedo admitir vuestras proposiciones, y ahora os añado, que las rechazo con toda la energía de que es susceptible mi alma: voy á marcharme en este momento, pero no le haré sin dirigiros una pregunta... ¿Qué habeis visto en mí, para suponerme capaz de faltar á lo que el hombre honrado se debe á sí mismo..? Yo he sido pobre, lo soy aún, y si he de salir de semejante estado no será por medios que condenan de consuno la moralidad y las leyes.

—No os altereis, querido mio, dijo en esto interrumpiendo al gallardo mancebo, y contemplándole con calma, al parecer imperturbable, el *viejo tomista*: sosegaos, sosegaos, que ningun motivo os hemos dado mi buen amigo y yo para que nos trateis con esa dureza impropia de vuestro carácter... sí, impropia, porque os conozco bien á fondo, y en los varios años que há que os trato nunca os ví menos amable que ahora... Os dije al principio de nuestra entrevista que dos mil poderosas consideraciones me habian impulsado á llamaros y poner en vuestro conocimiento nuestros proyectos; una el haber comido el pan de la casa trabajando en mi fábrica por largo tiempo, y

otra, que es la mas principal, el estar iniciado en el mismo asunto el dueño del establecimiento que hoy, por uno de los rarísimos caprichos de la fortuna, se halla casi por completo á vuestro cargo.

—No es esa la cuestion, mi antiguo principal, repuso el jóven con sequedad y procurando reprimir la profunda indignacion que embargaba su pecho; yo ignoro, y no necesito saber ahora, si ese antecesor estaba ó no en vuestros proyectos, aunque si lo estaba creo que seria sin faltar á sus deberes: lo que os he dicho y vuelvo á repetir es, que yo no soy ni he sido jamás instrumento de tenebrosos planes, que ni he vendido ni venderé jamás mis creencias por ninguna cosa de este mundo...

—Si no se dice que las vendais... dijo á la sazon el viejo de mediana estatura.

—Se me dice que trafique con ellas de una manera abominable, que es cien veces peor que venderlas: el que se pasa al campo enemigo no suele inspirar algunas veces mas que desprecio, pero yo no concibo un ente mas repugnante y digno de ser aborrecido que aquel que permanece en el suyo para esplotarle y venderle si se le presenta ocasion... Aquí habeis ido mas adelante en vuestros cálculos egoistas...

—No, querido mio; no califiesis con justicia nuestras *amigables* proposiciones, dijo el viejo tenista con forzada sonrisa: nosotros mereceríamos la dura calificacion de *egoistas* si quisiéramos aprovecharnos *solos* del proyecto que en *caso* os hemos propuesto llevar á cabo; pero cuando tratamos de daros una participacion igual en las ganancias....

—No quiero esa participacion, porque me la

proponeis con unas condiciones tan repugnantes que no puede menos de rechazar todo hombre que se precie de honrado...

—¿Y si, como es posible, os proporcionamos esa misma participacion sin trabajar, acaso sin hacer absolutamente nada...?

—¡Cómo! esclamé el jóven con indignacion: ¡vive Dios, que quereis añadir el escarnio á vuestra mal encubierta impudencia...! ¿A qué fin me habeis llamado, si creeis que yo no pudiera hacer nada?

—No lo creemos así de fijo, pero es fácil que tal suceda, repuso el viejo procurando dar á sus palabras un tono de dulzura que resistia su interior conmocion; los mejores cálculos del hombre suelen salir fallidos, y el mas sábio es aquel que procura asegurarlos por todos los estilos... ¿Quién os ha dicho que la revolucion, que parece está llamando á nuestras puertas, no puede ser aplazada por cualquier motivo imprevisto para otra época mas ó menos lejana? Y si tal sucede ¿no os damos para entonces participacion en las ganancias que podamos tener con nuestras contratas sin poner nada de vuestra parte? ¿no es fácil, no es punto menos que evidente, el que con la simple aceptacion de nuestras proposiciones lleguels á poseer dentro de poco una regular fortuna (porque sabeis que las contratas que corren ya de nuestra cuenta para el año inmediato tienen que rendirnos crecidas ganancias) adquirida por los medios mas lícitos del mundo?

—Vamos, vamos; dejemos esto, señores, repuso el jóven con reconcentrada ira; no quiero esa fortuna, que nunca seria bien adquirida, porque las

condiciones impuestas para lograrla siempre la darian un orígen impuro y vicioso.

—Sois demasiado escrupuloso, amigo mio, dijo á la sazon el viejo de los grandes mofletes al propio tiempo que, arrellanándose en el sillon, continuó saboreando su rico habano dándole repetidas vueltas con sus delgados lábios.

El jóven le dirigió una mirada de horror y de desprecio.

—Lo dicho, lo dicho; repuso el viejo dándose estraordinaria importancia y haciendo un significativo gesto de burla, que hirió en lo mas vivo la justa susceptibilidad del honrado mancebo. Este, levantándose instintivamente de su asiento, clavó sus ojos centellantes de furia sobre el vejete de la enorme calva y abultados mofletes y estendiendo su brazo derecho, con voz algo conmovida, si bien majestuosa, dijo:

—¡Cómo! ¿Teneis valor? ¡viejo avariento! para sustentar que soy escrupuloso cuando me proponeis que sacrifique mi honor por un vil interés? ¿Teneis valor para insistir en que soy escrupuloso porque no quiero asociarme á vuestros planes, porque no acepto, porque rechazo con toda la energía de que soy capaz vuestros insidiosos y abominables proyectos, que en resumidas cuentas, á pesar del barniz que habeis querido darles para alucinarme, solo están reducidos á que ponga en juego mi influencia para que cuatro malvados, que nunca faltan en una ciudad populosa como esta, vayan á saquear vuestros semi-exhaustos almacenes con el siniestro fin, de si triunfa la revolucion, pedir yo con ventaja una indemnizacion *centuplicada*, y si aquella sucumbe, pedirla vosotros en la seguridad de encontrarla...?

—No se os ha dicho tanto, amigo mio, dijo con dulzura el viejo tomista procurando templar la estraordinaria exacerbacion del mancebo.

—¿Cómo no? continuó este con la misma exaltacion dirigiéndose ya al viejo fumador, que incorporado en un sillon miraba con no pequeño sobresalto los descompuestos ademanes del jóven, ya al viejo tomistá, que tambien le contemplaba bastante trémulo y con el semblante notablemente alterado... ¿Quereis volveros atrás?.... Estais entendido: ni soy sordo ni me creo destituido de sentido comun... quereis la revolucion con el solo objeto de medrar, y para lograrlo no repasais en los medios... á eso está reducida mi llamada ante vuestras ilustres personas, pero... habeis calculado mal ¡viejos hipócritas! á quienes tiene trastornado el entendimiento la mas inmunda avaricia: ¿creísteis que bajo esta blusa de obrero encontrarais un corazon corrompido, y como tal dispuesto á cometer los mayores crímenes con la capa de patriotismo? ¿pensásteis que mi pobreza os daba derecho para buscar en mí el instrumento ciego y tenebroso de vuestros planes interesados y liberticidas?... la habeis errado de medio á medio, hombres ricos, que á todo trance quereis ser opulentos... ¡oh! ¡oh! no cambie yo mi humilde pobreza por vuestro soberbio poderío, no quiero salir de ella á tan inmensa costa, no quiero, en fin, echar sobre mi honra sin tacha el inmundo borron con que habeis intentado escurecerla con la brillante perspectiva de un vil y sórdido interés... Pero ya que no me sea posible aceptar vuestras proposiciones, continuó el mancebo contemplando á los dos viejos con una sonrisa tan sarcástica como terrible y hasta si se quiere feroz, me reservo el derecho de mostraros

á la mayor brevedad mi inmenso agradecimiento: por de pronto le haré notorio...

—¡Cómo! sereis capaz de una dela...

—No; la delacion, contestó con dignidad el jóven al viejo de los blancos cabellos, no tiene cabida en los pobres que rechazan con energía los *generosos* ofrecimientos de los ricos... Acordaos, añadió en tono misterioso, de que si no es hoy será mañana, pueda ser que la suerte me proporcione la dicha de pagaros el favor que habeis tratado de dispensarme; pero vivid persuadidos de que si es así, lo haré de una manera noble y en todos conceptos digna. Y esto diciendo salió con resolucion del gabinete, dejando á los viejos, por un lado espantosamente aterrados con la amenaza que acababa de dirigirles, y por otro desconsolados en estremo al ver que sus planes se habian por de pronto frustrado de un modo tan vergonzoso para ellos, como honorífico para el sugeto en quien creyeran encontrar el mas ciego y sumiso instrumento para llevarlos á cabo... Tiempo es ya de decir al lector, puesto que le hemos llevado á presenciar la escena que acabamos de describir, que de las tres personas entre las cuales pasára, las dos eran poderosas, pero á todo evento querian serlo mas, mientras que la otra era pobre y á todo trance queria conservar su honor sin mancha; que aquellas nos ofrecian un ejemplo de los muchos que continuamente se presencian en el mundo, confirmando aquel refran de QUIEN MAS TIENE MAS QUIERE, mientras que esta nos ofrecia otro de los no pocos que tambien vemos todos los dias en confirmacion de aquella otra máxima de QUE LA POBREZA NO ESTÁ REÑIDA CON LA VIRTUD; que el mancebo de la blusa era un antiguo obrero, y los viejos de levita dos

ricos fabricantes, que estos en fin eran *Padrast* y *Bareeló*, quienes como sabemos, deberian tener ya por su cuenta el suministro de varias plazas del Principado para el año inmediato, con cuyo motivo y viendo en una próxima revuelta la ocasion mas propicia para medrar á toda costa, habian ideado un plan tenebroso que les diese tal resultado, y aquel era el valiente, el noble, el pundonoroso *Fabra*, esposo desde el dia anterior de la hermosa, tierna y por todos conceptos apreciabilísima Lucila, que fiel á su conducta, rechazó con la energía propia de una alma virtuosa y de temple los siniestros ofrecimientos de los dos viejos, mas que opulentos, avaros, y mas aun que avaros, torpes, impudentes y nauseabundos.

Mientras el generoso Fabra, radiante de noble y justísimo orgullo, abandonaba la casa de Bareeló, á la cual este le citára bajo pretesto de comunicarle un asunto importante, en la tienda de la calle de Fernando VII, bien conocida ya del lector, D. Perrondo, Masalegre, Vicens y Roviralta, que afortunadamente iba mejorando en su estado de convalecencia, sostenian la siguiente conversacion:

—Parece que tarda mucho el amigo Fabra, dijo D. Perrondo.

—En eso estaba yo pensando, añadió Roviralta.

—No es tarde todavía, señores, dijo Vicens; aunque no dista mucho de esta la casa de Bareeló, con todo, solo la ida y la vuelta le llevan una porcion de tiempo.

—No obstante, dijo Masalegre; como que ya va á hacer casi una hora que salió...

—Como una hora, esclamó Vicens.

—Menos cuatro minutos... son ya mas de las doce, dijo D. Perrondo mirando su reloj.

—¡Caramba!

—Sí, sí, dijo Masalegre, vamos, que tal cual puede haber charlado con ese Barceló, á quien sin conocerle *aprecio* tanto ó mas que á su amigo y *mío* Padrast... pues, señor, buene; cuando vuelva nos dirá el objeto de su llamada.

—Me parece que no voy errado en mi cálculo, dijo Vicens.

—Soy con vos, señor Vicens, dijo Roviralta: como Fabra trabajó bastante tiempo en su fábrica se habrá creido con derecho para llamarle, persuadido de encontrar en él un apoyo si acaso...

—Si Barceló es tan avaro como Padrast... dijo Masalegre.

—No sea mas, repuso Roviralta.

—¡Diantre! ¡mas todavia! esclamó Masalegre.

—Mas... porque no puede ser...

—En tal caso no me queda duda de que será un *medroso* de primera clase...

—Como su digno amigo, dijo Vicens; ya apostaba yo que Padrast no ha pegado el ojo en las dos últimas noches.

—¡Pues!... Dios los cria y ellos se juntan, dijo Masalegre. ¿Si creerán esos bergantes que la revolucion se les va á tragar vivos con toda su fortuna? ¡maldito interés! no sé como le quieren tanto cuando no les permite un momento de reposo.

—La condicion del avaro es vivir en un continuo sobresalto (1), dijo D. Perrondo; de todo tienen miedo, todo les asusta, todo contribuye á arrebatarles la tranquilidad, que no puede alber-

---

(1) *An vigilare metu exanimem, noctesque diesque*
Formidare malos fures, incendia, etc.
HORAT. Sat. 1.ª, Lib. I.

garse mas que en los corazones justos y generosos... Sin embargo, los sujetos de quienes vamos hablando conocen lo que es una revolucion... ¿y qué sabemos si Barceló habrá sido impulsado de otra pasion que la del miedo al llamar á su casa á nuestro amigo?

—Aquí está ya Fabra, dijo Vicens.

—¡Hola, amiguito! esclamó Masalegre al entrar el antiguo obrero... larga nos la hemos tirado... ¿habreis dejado contento al amigo de mi *amigo*, eh?

—¡Nunca creí que hubiese hombres tan infames! esclamó Fabra arrojando con furia su gorro catalan y dejándose caer como desfallecido sobre uno de los confidentes que habia en la habitacion.

—¡Cómo!... vienes sofocado, dijo Vicens.

—Echas llamas por la cara, dijo Roviralta.

—En efecto, dijo D. Perrondo mirando con solicitud á su ahijado.

—¿Qué hay? ¿qué hay? añadió Masalegre.

—Es imposible que adivineis el motivo de mi llamada, dijo Fabra incorporándose en su asiento: ¡oh! ¡me han dado un rato cruel!...

—¡Cómo! esclamaron todos.

—He visto tambien á Padrast...

—¡Padrast!

—Sí; me esperaban los dos... ¡los dos hombres mas avaros que encierra Barcelona!

—Vamos; lo que hemos dicho; los dos creen que si viene la revolucion se les va á tragar en cuerpo y alma, dijo Masalegre.

—¡Quiá! si la desean de todo corazon...

—¿Qué decís? ¿tambien mi *amigo* Padrast?

—Lo mismo uno que otro.

—¡Es posible! esclamó D. Perrondo.

—Como os lo digo.

—¡Malo va esto! teneis razon; repuso Masalegre dirigiéndose á su amo: cuando esos bergantes la desean, nosotros no debemos quererla... Ahora sí que podemos decir nosotros lo que decia nuestro vecino *Pedro Cadenas* cuando el pronunciamiento de 1843.—Esto no puede ser bueno, Masalegre, me dijo un dia con no poco sentimiento. —¿Por qué, amigo *Cadenas?*—Yo no entiendo una jota; mal lo podrá haber hecho el Regente, al menos yo no puedo decir que lo hace muy bien, porque ahora tenemos lo que teníamos con *la otra Constitucion;* pero cuando veo que, porque se le va á tumbar, andan tan alegres y satisfechos nuestros hidalgos *lamerones*, incluso *D. Pedro Canisule*, nuestros clérigos de *misa y olla*, y todos los que nos cantaban la famosa *pitita* hace veinte años, creo que han de venir otros que lo harán cien veces peor que él.

—Tenia razon *Cadenas*, dijo Vicena.

—¡Oh, si tenia! repuso Masalegre; bien se puede asegurar que fué mas sábio que todos los políticos de *vista corta*, que fomentaron y llevaron á cabo aquel bendito pronunciamiento.

—Pues estos no son de la clase de *Pedro Cadenas*, dijo Fabra, á quien la salida de Masalegre habia quitado la mayor parte de su mal humor... estos quieren la revolucion á todo trance...

—¿Tan *revolucionarios* se han vuelto de la noche á la mañana? dijo con sorna Masalegre.

—Es que quieren la revolucion con el solo objeto de medrar... ¡oh! ¡oh! os vais á pasmar... ¡Ne me han propuesto, que si la revolucion estalla, busque cuatro malvados que en medio de ella ve-

yan á saquear los almacenes, donde han empezado á acopiar las provisiones para sus contratas?

—¡Qué horror! esclamaron todos á una voz.

—Y que si triunfaba el alzamiento, pidiera yo, valiéndome de todas mis influencias, una indemnizacion *centuplicada*, y si sucumbia, la pedirian ellos en la seguridad de alcanzarla.

—¡Infames! ¡parece inconcebible tamaña maldad! esclamó D. Perrondo.

—Pues nada es mas cierto, padrino mio, continuó Fabra; me hicieron tan indigna propuesta en unos términos embozados, y á la mira de alucinarme con el cebo de una ganancia exhorbitante y segura, me prometieron, á nombre de la casa, la tercera parte de las utilidades que rindiese su contrata, estallase ó no la revolucion.

—¡Bribones!... ¿y no les ahogaste entre tus brazos? dijo con exaltacion Vicens.

—No: me limité á contestarles como debia...

—Hicísteis bien, dijo D. Perrondo; ya encontrarán su merecido.

—Eso les dije, y que me reservaba el derecho de mostrarles mi gratitud á la mejor ocasion.

—¡Jesús qué atrocidad! esclamó Masalegre..... pues valen un mundo los *nenes* esos.

—¿Y cómo has tardado tanto? pregunté á Fabra Vicens.

—No he estado todo el tiempo que há que falto de casa con los ricos fabricantes... Tengo que comunicar á Vds. noticias que importan mas que las referentes á esos bergantes... Al ir á casa de Barcelo me encontré en la Rambla con dos amigos que me detuvieron un cuarto de hora largo... esto se va poniendo cada vez peor... los ánimos están exaltados hasta el mayor estremo, y es imposible

de todo punto el evitar la revolucion, ó mejor dicho, esta ha empezado ya...

—¡Cómo! esclamó aterrado D. Perrondo.

—En esta misma mañana, continuó Fabra, un poco antes de salir yo de casa, ha ocurrido una terrible reyerta entre el pueblo y un piquete de caballería no lejos de la cárcel: grupos respetables, reunidos en sus inmediaciones desde muy de madrugada, parece que pedian la libertad de algunos presos, el levantamiento del estado de sitio y la abolicion de las quintas y derechos de puertas; pero la tropa, obedeciendo á su consigna, empezó á dispersarles sable en mano. Varios paisanos se resistieron, aunque débilmente, cayendo unos cuantos de ellos prisioneros, y esta misma tarde creo que lleven al patíbulo á un trabajador que en propia defensa dió una cuchillada mortal á un soldado, porque este le hiriera antes con su espada en la cabeza.

—Por eso se ha sentido desde aquí un terrible ruido de caballos, dijo Vicens.

—¡Y por eso sin duda no ha venido aun Eduardo... ¡oh! ¡oh! ¡infeliz poblacion! ¡cuántas desgracias y qué de cerca te amenazan, esclamó don Perrondo. ¿Y en esta tarde han de ejecutar á este pobre trabajador? añadió dirigiéndose á Fabra.

—Así me lo han asegurado, como tambien que en este momento se halla reunido el consejo de guerra para sentenciarle... ¡tal vez esté ya condenado!

—¡Horror! ¿cuándo se dejará de verter sangre española? ¿y qué adelantarán con privar de la existencia á ese desdichado? repuso D. Perrondo.

—Exasperar mas los ánimos, llenar mas de ódio los corazones, dar acaso á la revolucion un carác-

ter que en manera alguna deberia tomar, dijo con tristeza Vicens. La sangre de ese infeliz pedirá sangre... ¿y quién será capaz de evitar las venganzas particulares en medio de una sublevacion?

—Sí, tal es la lógica bárbara de la mayor parte de los gobiernos y los pueblos, dijo conmovido D. Perrondo: *¡la sangre pide sangre...!* Con esta máxima impía y atroz, que lo es mas tratándose de delitos en política, porque solo son tales relativamente, se quiere legitimar la pena de muerte, esa pena única que no llena los dos objetos que consigo debe llevar toda pena, y para imponer la cual nunca he encontrado yo suficientes motivos, ya se mire la cuestion bajo el aspecto político, ya bajo el religioso ó moral. Bajo el aspecto político, esa pena es innecesaria, porque que se aplique que no, la sociedad descansa segura en sus bases; bajo el religioso, no puede ser mas repugnante, porque prescindiendo de que solo al Criador le está reservado el derecho de privar de la existencia á la criatura, una religion de paz, lenidad y mansedumbre, perpétuamente dispuesta á recibir en su seno á los grandes pecadores que se muestran arrepentidos, siempre tiene que desaprobar la efusion de sangre: y bajo el moral lleva implícitamente consigo su condenacion, porque ni al criminal se le da lugar á la enmienda, ni la sociedad, á quien ofendiera con su conducta, puede utilizarse en recompensa de los servicios que despues de su crímen se halle en disposicion de prestarla; ni su ejecucion, en fin, produce para la muchedumbre el objeto que el legislador se propone al llevarle al patíbulo..... En nombre de la justicia, de ese principio santo, que

debe ser fecundo y provechoso en sus multiplicadísimas aplicaciones, y que lo es hasta no mas cuando para la conveniente correccion de los delitos abraza con la debida prudencia la inmensa escala de las penas, desde la de un dia de arresto á la inmediata, se decreta la terrible de muerte; pero ese principio no se vé representado en ella, no; al decretar que se prive de la existencia á un hombre, ese principio venerando, cuya mision *indivisible* es CORREGIR y ENMENDAR, desaparece moral y materialmente, y deja su augusto lugar, que luego ocupa el verdugo para cumplir con su horroroso y tremendo ministerio...

Y en efecto que es así; ya que insesinblemente hemos venido á tocar la cuestion de la pena de muerte, por cuya abolicion claman hoy dia no pocos filósofos, séanos permitido consignar aquí de una manera esplícita nuestra humilde opinion sobre el asunto. Nosotros no queremos la pena de muerte, porque estamos íntimamente convencidos de que hay otras que producen mejor efecto que ella en el ánimo de los malvados para separarles del camino del crímen; porque la sociedad tiene un derecho indisputable á utilizar los servicios del que la ha escarnecido, del que la ha ultrajado atrozmente con sus obras, de lo cual se la priva con la imposicion de esa pena, y porque creemos que la justicia humana gira dentro de su órbita natural imponiendo, en vez de ella, la de trabajos forzados y penosos durante toda la vida del gran criminal, y se separa de aquella desde el momento mismo en que ordena que este sea conducido al patíbulo. Al decretar la pena de muerte, la justicia humana se divorcia, digámosle así de la sociedad, dejando su alta mision de REDIMIR,

moralmente hablando, para que la reemplace la de DESTRUIR... Si un miembro del cuerpo empezaba á gangrenarse, la antigua cirujía determinaba cortarle al momento; ¿no es mas racional la de hoy, que lo primero que atiende es á curarle para conservarle? Cierto que la pena de muerte impone terriblemente, pero es por un corto número de horas, de minutos tal vez: su efecto puede compararse al que esperimenta un niño inocente cuando es reprendido con dureza por su madre cariñosa... Ved si no sobre el oprobioso banquillo al desdichado criminal, pálido, trémulo y sin aliento: acércase el verdugo, ese hombre envilecido, que lo es por ejercer su tremendo ministerio, mediante un mezquino interés; en medio de la mas terrible ansiedad de millares de espectadores dá el ejecutor la vuelta fatal á su tornillo... el infeliz reo está muerto... cumplióse lo que se llama la justicia humana... ya hay un hombre menos en este mundo y un alma mas en el otro... Los espectadores se retiran en aquel momento de la escena con el corazon conmovido á causa del sangriento drama, pero semejante conmocion no pasa para la mayor parte de ellos de aquel dia, ó cuando mas del siguiente... ¿Ha tenido derecho la sociedad á privar á ese hombre de la existencia? ¿ó corresponde solo á Dios este derecho?.. Pero ese hombre mató y mató sin derecho; ¿por qué no ha de asistir este á la sociedad para matarle á él?... ¡Buena lógica! porque él sea asesino, ¿quereis que la sociedad mate tambien?.. Los *atenienses*, para hacer ver que su república no prohijaba la pena de muerte, antes de llevar al suplicio á un criminal, borraban su nombre del registro de los ciudadanos; llevados de la misma idea, los *redios*

prohibian al verdugo la entrada en la ciudad para que ningun reo fuese ejecutado en ella, y los *romanos* durante mucho tiempo no conocieron por última pena mas que la *privacion del agua y del fuego* para que el condenado á ella pudiera conservar su vida, aunque sin volver á pisar el suelo de Roma... ¿Cuándo, pues, siguiendo las nobles inspiraciones de los gentiles, desapareçerá de entre los cristianos el repugnante espectáculo de la pena de muerte?.....

No bien habia acabado D. Perrondo de pronunciar la última palabra en contra de la pena de muerte, cuando un nuevo personaje vino á dar otro giro á la conversacion de nuestros amigos: era Eduardo, que en lo vago de su mirada y en el azoramiento que se advertia en sus facciones demostraba la interior agitacion de su espíritu.

—¿Qué hay, querido? le preguntó no sin ansiedad D. Perrondo no mas verle entrar por la puerta de la habitacion.

—¡Oh! ¡desgracias, padrino mio! contestó con tristeza el brillante jóven sentándose en una silla que le acercó Fabra. Apenas he podido saludar al General... sus antesalas están atestadas de oficiales de superior graduacion... mientras he estado allí, ha recibido una infinidad de partes... Ya sabreis que en esta mañana ha ocurrido un encuentro entre la tropa y el pueblo, que en esta tarde se va á quitar la vida á un pobre trabajador que ha herido de muerte á un soldado.

—Sí; lo sabemos...

—¡Oh! ¡oh! padrino mio; veo que va á correr mucha sangre, continuó Eduardo en estremo conmovido: se han dado á los jefes de los cuerpos las órdenes mas severas, se ha mandado que los arti-

lleros de Monjuich, la Ciudadela y demás fuertes estén al pié de los cañones con la mecha encendida... el pueblo dicen que se apresta para empezar con fuerza la lucha en esta noche, lo mas tarde mañana... á las tres, bajo pena de la vida, tenemos que estar en los cuarteles... ¡Oh! ¡oh..! ¡quién sabe si nos volveremos á ver! añadió con tristeza, y despues de un momento de pausa el gallardo mancebo.

—¿Por qué, hijo mio? le dijo D. Perrondo tomándole su mano y contemplándole con indecible ternura: Dios velará sobre tí como bueno... somos además muchos á pedirle te conserve la vida, esa vida consagrada, cual la del autor de ella, solo á hacer bien, que ofrece un pasado tan noble como virtuoso, que tiene delante de sí tan brillante perspectiva.

—No me daria cuidado el perderla en defensa de la patria contra un enemigo estranjero, pero tiemblo á la sola idea de sucumbir en una lucha intestina, en una lucha de hermanos.

—No la perderás, hijo mio, no, repuso D. Perrondo con inspirado si bien conmovido acento; ¿y por qué has de perderla? yo, que confio en Dios, no abrigo tan espantoso recelo... ¡oh! ¡oh! ¿qué acero alevoso se dirigirá contra tu noble pecho? ¿qué plomo homicida se atreverá á tocar ese corazon tan generoso como entusiasta? no, no: el cielo me dice que Dios vela con interés por tu preciosa existencia, que tu mision sobre la tierra no está cumplida... confia en él: sí, sí; confia en él, querido mio, con la misma fé que el hijo sumiso y obediente confia en los naturales sentimientos de una madre cariñosa.

—¡No sé qué presentimiento lúgubre atormenta

mi espíritu...! repuso el jóven meneando tristemente su cabeza... El dia de mañana, que era cuando deberiamos haber depositado á la pobre Adela, tal vez sea para ella el mas aciago de su vida...

—Vamos, vamos, dijo Masalegre enjugándose los ojos con su pañuelo; no nos vengas con esas ideas tan tristes... ¿no te has visto en otros lances mas apurados...? ¿por qué un valiente ha de perder la vida en la flor de su juventud...?

—¡Ah, querido mio..! no me falta el valor; pero sé que una bala, dirigida acaso por un cobarde, lo mismo corta el hilo de la vida de un jóven valiente que el de un anciano agobiado bajo el peso de los años.

—Pero aquí estamos todos nosotros para cuidar de la vuestra, dijo Vicens echando sobre Eduardo una mirada de indefinible ternura: estamos Fabra y yo, Fabra que os debe su vida, yo que os debo mas que mi vida... los dos consagraremos enteras las nuestras á velar por vos...

—Y todos, todos, dijo Reviralta.

—¡Pobre Juan! esclamó Eduardo mirando á Reviralta con inmensa gratitud.

—Anímate, hijo mio, anímate, dijo D. Perrondo al propio tiempo que de sus ojos caian dos gruesas lágrimas. La Providencia, continuó apretando la mano de Eduardo, no abandona á los justos, y menos cuando otros, que jamás la ofendieran gravemente, le dirigen fervorosas súplicas... Nosotros, y sobre todo tu Adela y tu pobre hermana, pedimos de corazon á Dios que te conserve tus dias, y al menos no es posible que desoiga los ruegos de aquellas dos inocentes criaturas, de aquellos dos ángeles purísimos que sin tu existencia mirárian la

suya como una pesada carga... no, no; tú no debes encontrar una muerte trágica en premio á una vida corta, pero llena de abnegacion y generosidad... ¿Cómo Dios ha de consentir que sean mas insoportables la orfandad y posicion de tu hermana? ¿cómo Dios ha de consentir que se agoste la vida de la inocente Adela á la manera que se agosta la tierna y hermosa flor cuando se la priva del benéfico influjo del rocío..?

—Vamos... ¡yo no puedo oir esto! dijo el buen Fabra prorumpiendo en copioso llanto, que hizo brotar de todos los ojos gruesas y consoladoras lágrimas... menos me atormentaria la idea de morir yo, que la de pensar que mi generoso salvador ha de perder trágicamente su gloriosa vida en la ciudad que me vió nacer... ¡oh! ¡oh! ¡no sucederá tal! primero pierdo yo la mia..! ¡Mi teniente! añadió enjugándose los ojos; despues de comer, vos á vuestro puesto... yo ya sé el mio.

—No seais loco, querido Fabra, dijo D. Perrando.

—Bien sé lo que tengo que hacer, padrino mio, repuso Fabra; en esta tarde no soy con Vds... Pero ya es hora, si hemos de comer, que vaya yo por Dolores.

—Antes de que salgais tengo que haceros un encargo, querido mio, le dijo Eduardo.

—¿Qué no haré yo por vos? dijo Fabra fijando sus ojos en Eduardo con una espresion de indefinible cariño.

—Gracias, amigo mio, gracias... es tambien extensivo á mi querido capitan, repuso Eduardo con acento melancólico... Sabeis que yo como hombre de honor tengo que cumplir con mi deber... Adela es sagrada para mí... Si una bala de un hermano

estraviado ha de poner fin á mi existencia, las últimas palabras que pronuncien mis lábios serán los nombres de ella, de Gumersinda, de mi padrino y los vuestros... Todos sabemos quién es el padre de Adela, pero... ¡es su padre..!

—Estais entendido, mi teniente... ni os digo... ni os puedo. . decir mas, balbuceó Fabra, y acto contínuo se lanzó á la calle en busca de la tierna y hermosísima esposa de Roviralta.

CAPITULO XVI.

LA REVOLUCION.—¡VIVA LA TIA TIRITAINA!

En aquella noche todo fué sobresalto y terror en Barcelona. Al espectáculo desconsolador de una pena de muerte, que tenia conmovidos todos los ánimos, sucedieron bandos severos y terroríficos, cuya ejecucion fué encomendada á gruesas patrullas de infantería y caballería, que sable en mano y fusil al hombro empezaron á recorrer desde la mitad de la tarde las semidesiertas calles y plazas de la insigne ciudad. Diríase que hasta el horizonte, negramente encapotado, venia tambien á aumentar lo horrible de aquella noche de angustia y de zozobra para el noble pueblo barcelonés. La luna, cual si pretendiera no alumbrar con su prestada luz el imponente aparato bélico desplegado por doquiera, estaba completamente oculta tras de parduscos y densísimos nubarrones. Sólo el alumbrado del aceite y del económico gas permitia ver confusamente las en general magníficas casas de la perla del Mediterráneo. Ni de ningun estremo de ella, ni del interior de su soberbio puerto, que por sí solo contiene en cualquiera ho-

che mayor número de habitantes que una ciudad de tercer órden, se percibian, como en otras inmediatas, los acentos de una cantinela sencilla, ó alegre, pastoril ó amorosa, sentimental ó plañentera, y solo se puede decir que interrumpian el pavoroso silencio de la en que nos ocupamos, junto con el trotar de los caballos, las penetrantes voces que en tono lúgubre y en justo cumplimiento de sus consignas daban los infinitos centinelas desparramados por todos los ámbitos de la capital del Principado y de sus numerosas fortalezas. Habian venido á aumentar semejante silencio las severas medidas de la autoridad pública para que no se abriesen las tertulias y teatros, y para que se cerrasen las tiendas y comercios á la misma puesta del sol, en cuya virtud tambien, por las hermosísimas aceras de las anchas y bien alineadas calles no se veian marchar mas que de vez en cuando algunos hombres solitarios, que en su andar apresurado y mirar receloso, bien manifestaban la grande agitacion de sus corazones, ó bien demostraban hallarse dispuestos para llevar á cabo recientes y terribles proyectos. El aspecto que bajo todos conceptos presentaba la ciudad en aquella noche era siniestro y fatídico: su estado por lo que tenia de violento, anunciaba sin disputa una tremenda é inmediata tempestad, cuya terrible esplosion no debia verificarse sin embargo hasta el siguiente dia.

Vino este nublado y en estremo triste, cual si no quisiera presenciar infinitas y crueles desgracias. Tampoco el rey de los astros, que con tanta majestad brillára en *Bailen* y *Vitoria*, y mas tarde en *Mendigorría* y *Belascoain*, como para solemnizar los importantes triunfos obtenidos sobre un

ambicioso usurpador y sobre las huestes del oscurantismo, quiso alumbrar con su presencia el sangriento drama de que iba á ser teatro el emporio de la industria española: oculto por inmensas montañas de parduscas nubes siguió su marcha majestuosa sin querer dar su vista á escenas de horror, en que con tanta profusion iba á correr sangre generosa, vertida en intestinas discordias, siempre lamentables. Con la luz del dia dió principio la lucha, que tantos de desesperacion y de luto habia de proporcionar á Barcelona y á toda la España. Gruesos pelotones de trabajadores, amaestrados en esta clase de guerra y acaudillados en general por inteligentes y valerosos militares, á quienes las discordias civiles hubieran lanzado de las filas, comienzan á escaramuzarse con las patrullas de infantería y caballería que recorren la poblacion: de allí á poco, otros grupos que progresivamente se van aumentando con campeones que llegan de los mas apartados estremos de la ciudad y de sus barrios, sostienen un vivísimo fuego, recibiendo y mandando por do quiera la espantosa muerte, mientras que otros no menos numerosos levantan anchas y elevadísimas barricadas, escogiendo para ello principalmente las calles que rematan junto á la muralla, á fin de sostener tras de ellas la comenzada lucha y ofender á su abrigo con ventaja al enemigo. Los primeros ayes de los heridos y moribundos son ahogados por el terrorífico estrépito del cañon y por el sonido de una infinidad de campanas, que en diversos puntos se tocan á rebato para animar á la pelea, que á cada minuto que pasa se hace mas encarnizada y horrorosa. El imponente tañido de las campanas, el sonoro son de los tambores y cornetas, el nutrido

fuego de fusil y de cañon, los penetrantes lamentos de los heridos, todo contribuye á enardecer mas los ánimos y alienta á tomar parte en la tremenda lucha, de modo que al cabo de una hora la mayor parte de la ciudad se halla en plena insurreccion: desde barricadas, desde bocas calles, desde ventanas, balcones y azoteas se hace fuego sobre la tropa, se la arroja toda clase de proyectiles que hieren ó matan, poniendo á multitud de hombres fuera de combate. La célebre plaza de *San Jaime* que defienden dos batallones apoyados en cuatro grandes piezas de artillería, esa plaza, teatro de sangrientos acontecimientos desde el tiempo de Felipe IV hasta nuestros dias, es disputada por todas sus entradas con un ardor sin igual, y mas digno de ser empleado en otra lucha que en la fatal de hermanos contra hermanos: allí es donde el pueblo se aglomera y se bate con delirante entusiasmo: despues de diferentes choques, lánzase á ella con admirable valor, clava é inutiliza los cañones, que hicieran un estrago horroroso en sus filas y espulsa á los dos batallones que con no menor valor la defendieran: vuelven estos sobre sí, y ayudados por una imponente fuerza de caballería entran de nuevo en su recinto; pero otra vez el pueblo, en medio de la mas espantosa mortandad de una y otra parte, logra apoderarse de la célebre plaza, que ya conserva hasta el fin de la lucha, instalando su cuartel general en la magnífica casa consistorial.

Mientras esto pasaba en la plaza de San Jaime, la lucha se presenta no menos horrible en otros puntos de la ciudad. En toda la estension de la *Rambla* se ven tendidos y sin vida algunos que eran individuos de la clase de tropa y de la de paí-

sanos, que dan horroroso testimonio de los combates que en ella han tenido lugar; el mismo desconsolador espectáculo ofrecen diferentes calles de las mas céntricas y magníficas, y las avenidas de la *Ciudadela*, de ese monumento tan odiado de los catalanes, están obstruidas por la abundancia de cadáveres que atestiguan el mas temerario, aunque generoso arrojo, de parte del pueblo.

En medio de semejantes escenas de horror y de esterminio presénciansé otras que ensanchan el corazon y que afortunadamente son muy comunes entre el noble y magnánimo pueblo español: durante la fratricida y horrorosa lucha la tropa hace prisioneros á muchísimos paisanos, que son conducidos á la *Ciudadela*, y estos rinden á no pocos militares que son llevados á puntos seguros dentro de las calles defendidas por barricadas. En una de aquellas, inmediata á la *Rambla*, unos cuantos furiosos del pueblo intentan asesinar cobardemente á cuatro soldados de caballería, á quienes conducen prisioneros tres valientes despues de acabar de rendirles.

—¡Matarles á esos pícaros! grita un hombre de fatídicas facciones levantando sus tremendas manos, que empuñan una pistola y un enorme puñal... ¡se han batido contra el pueblo con un furor infernal!

—¡Sí! ¡mueran! gritan sus compañeros en ademan de arrojarse á los infelices soldados, que llenos de terror clavan sus suplicantes miradas sobre los valientes á quienes se han rendido.

—Cómo qué... ¡alto ahí, cobardes! esclamó con voz de trueno un gallardo mancebo, que en lo centellante de sus ojos, en lo encendido de su rostro

y en lo anhelante de su respiracion demuestra bien á las claras que es quien mas ha trabajado para la rendicion de los militares: ¡son nuestros hermanos, que no han hecho mas que cumplir con sus consignas! ¡un prisionero es sagrado para los valientes, y de derecho pertenece al que le rinde!... ¡A nadie mas que á nosotros, añadió montando una pistola y apuntando con ella al grupo de furiosos, corresponde fijar la suerte de estos pobres militares, y al que se atreva á tocarles al pelo de la ropa le levanto la tapa de los sesos!

Los hombres furiosos se contienen, el de las fatídicas facciones baja á su pesar los brazos homicidas y el gallardo mancebo da la señal de la marcha en medio de un delirante *¡viva nuestro sargento!* en que hace prorumpir al desalmado grupo uno de los dos compañeros que le ayudaron á la rendicion de los infelices soldados. El mancebo que tan valiente se mostrára en la lucha, como magnánimo con los vencidos, no era otro que el esposo de Lucila, el pundonoroso obrero, el noble y heróico *Fabra*, quien acaso á pesar suyo habia *elegido su puesto*, como él dijera, en la sublevacion que tantas víctimas estaba ocasionando.

Fuera ya del alcance del grupo de furiosos, que se encaminó hácia la barricada levantada á la entrada de la calle, Fabra encomienda á sus dos compañeros la custodia de los militares para dirigirse á un jóven elegante, de nobles y pronunciadas facciones, que se entretiene en dar las oportunas órdenes para conservar el alto puesto que le ha tocado en la revolucion y para hacer que esta triunfe, el cual no era otro que el capitan Vicens, quien en la ansiedad que se pintára en su semblante, no mas ver al antiguo obrero, manifiesta la

idea cruel que mas que nada tiene embargado su espíritu.

—¿Cómo es que te veo aquí? dice á Fabra todo asustado.

—Y estoy descuidado, mi capitan, le contestó Fabra con la mayor sangre fria: en el momento que salga á pelear su escuadron tendré aviso de ello.

—¿Y tienes confianza?

—Como en mí mismo... Cuando considere necesaria vuestra presencia, os llamaré por distintos conductos.

—No quedo completamente tranquilo, querido mio, repuso Vicens cogiendo y apretando la mano de Fabra. Bien sabes las sorprendentes peripecias que ofrece una lucha de esta clase... Con todo, mientras él no salga, no conviene que yo abandone esta y las inmediatas calles... ¡oh! ¡oh!... Si llegase á sucumbir, añadió sumamente conmovido, yo no le sobreviviria.

—Ni yo, dijo Fabra con resolucion.

—No; todo menos que eso: tú tienes que cuidar á Lucila, mirar tambien por mi pobre madre...

—Pero le debo mas que vos, mi capitan.

—No importa...

—¡Adios, adios!... aquel jóven viene en mi busca, repuso Fabra mirando en direccion de la barricada... voy con mis valientes hácia *Atarazanas*.

El antiguo obrero retrocede con apresurado paso, mientras que Vicens toma la direccion opuesta; cambia aquel algunas palabras con el jóven que viene en su busca y en su compañía llegó á la barricada defendida por dos ó tres centenares de combatientes; traspone la angosta y endeble puer-

ta del improvisado fortin, y dirigiendo con avidez su vista por la estension de la Rambla:

—¡Maldicion! esclamó al ver discurrir por ella un escuadron de caballería.

—¿Qué es eso, mi sargento? le preguntó un combatiente.

—¡Id al capitan Viceas, que venga al momento!...

—Yo mejor quiero pelear á vuestro lado, repone el sublevado.

—¿Quién de vosotros vá?... dice Fabra mirando con ansiedad á todos lados... tú, *Castells*... ¡ah, qué torpe has sido!... ¡que venga inmediatamente! Y mientras el llamado *Castells* va á avisar á Viceas, Fabra coloca un pañuelo blanco en la punta de la reluciente bayoneta que adorna su fusil, y subiéndose intrépidamente encima de la barricada, le agita al aire repetidas veces, haciendo que cese con esto la actitud hostil de un numeroso grupo de sublevados que tiene á su frente, y aguarda con serenidad á que pase junto á aquella el escuadron, que no hacia mucho saliera del fuerte de *Atarazanas*.

—¡Mi comandante! grita al jefe de la caballería, empuñando en su robusta diestra el fusil que ostentára el símbolo de paz: ¡hagamos cesar tantos horrores!... demasiada sangre española ha corrido ya en las dos horas que llevamos de lucha.... es debe constar que el pueblo se ha lanzado á ella despues de apurado su sufrimiento...

—¡Españoles! esclama interrumpiéndole el comandante. Nosotros obramos á virtud de órdenes superiores, cuyo cumplimiento no está en nuestra mano el eludir... El pueblo puede reclamar por otros medios el alivio de sus males...

—Se han apurado todos, mi comandante, y cuando un pueblo se lanza á las vias de hecho, es prueba de que tiene razon: entonces los militares, que pertenecen á ese pueblo, no deben consentir en un inútil derramamiento de sangre.

—¿Y quereis que nosotros nos rindamos?...

—No se trata de que os rindais, podeis retiraros.

—¿Y el honor militar? repuso el comandante.

—¡Es un traidor! grita uno de los sublevados.

—¡Fuego en ellos! esclamó otro.

—¡Silencio! gritó Fabra; pero al propio tiempo que su palabra imperativa resonaba por los aires, un tiro, disparado por el cobarde que diera la fatídica voz de *fuego*, fué á herir á un apuesto oficial, jóven imberbe, tan hermoso como valiente, que no habia separado sus negros ojos del antiguo obrero encaramado sobre la barricada: el plomo homicida, impulsado por la terrible pólvora, toca el arzon de la silla, y de aquí salta al brazo y costado derechos del gallardo jóven: la sangre generose brota en abundancia de las dos heridas... siéntese desfallecer el mancebo, su brazo se estiende, y la espada, que empuñara su blanca mano, cae al suelo, que riega el líquido vital. Instantáneamente un juramento terrible y dos ayes penetrantes y lastimeros resuenan por la estension de la Rambla, llenando de pavor á multitud de personas: el primero le pronuncia Fabra y los segundos los exhalan D. Perrondo y Masalegre; pues todos tres, aquel desde la barricada y estos desde la fonda de Coll, han reconocido en el gallardo mancebo, á quien creen herido de muerte, á su querido Eduardo. Fabra, al pronunciar el juramento, desde lo alto de la barricada, se arroja como un leon de un solo brinco sobre el miserable que, faltan-

de á todas leyes observadas, hasta en las mas injustas guerras, ha atentado á la vida de su salvador; le estrella con inaudita fúria contra la pared rompiéndole el cráneo, y con la velocidad del rayo, en medio de la admiracion de todos, esto es, de militares y paisanos, sin abandonar su fusil, que aun ostenta el pañuelo blanco, se lanza anhelante al centro de la Rambla: á los gritos de ¡es mi salvador! ¡no quiero mi vida sin la suya! se acerca á Eduardo, que difícilmente puede ya manejar su brioso caballo, cógele en sus brazos y en seguida le coloca sobre sus hombres, en ocasion en que Vicens, lleno de terrible ansiedad, se presenta acompañado de un solo combatiente, sobre el lugar de la escena.

Mientras Fabra, comparable á *Eneas*, porque si bien no lleva sobre sus robustos hombros al autor de sus dias, conduce al jóven valiente y generoso á quien por dos veces debe su existencia, se dirige á la fonda del Universo, Vicens impone con su presencia y sus palabras á la tropa y á la multitud, que sin moverse le ven marchar tras del noble obrero, hasta que los dos entran en el establecimiento del antiguo mariscal de Navarra, seguidos del combatiente y del asistente de Solís, que conduce el suyo y el caballo de su amo.

—¡Un facultativo! ¡un facultativo! gritó Fabra entrando en el portal de la fonda, á donde ya estaban esperando D. Perrondo, Masalegre, Coll y varios sirvientes de este.

—Ya están á llamarle, dice Coll, y debe venir al momento.

—¡Dios mio!... ¿serán graves las heridas? dijo D. Perrondo, contemplando con dolorosa ansiedad á Eduardo.

Este, al propio tiempo que clavó sus amortiguados ojos en su padrino, exhaló un profundo suspiro.

—¡Ayudemos á Fabra! gritó medio acongojado Masalegre.

—Yo solo sobro, dijo aquel, trepando con su preciosa carga la escalera con más agilidad que si llevara un niño de tres años.

—¡Aquí! ¡aquí! esclamó Coll, señalando una pieza interior sita en el primer piso de la fonda... depósitadle en la cama del gabinete... así tenga tijeras y trapos..... yo voy á recojer hilas y vendas...

—¡El facultativo! ¡el facultativo! gritó D. Perrondo, mientras Fabra dejó sobre la cama á Eduardo.

—Corre á ver si viene, dijo Masalegre á uno de los dependientes de Coll, que tambien habian seguido á Fabra.

—Sí, sí, dijo este; nosotros bastamos para desnudar á mi teniente... me ocurre una idea, padrino mio.

—¿Cuál? dijo D. Perrondo, abriendo con una tijera la casaca de Eduardo para menos molestarle.

—Que vayamos el asistente y yo por el señor Rossell.

—Sí, sí, dijo Vicens.

—Y antes de tres horas estamos de vuelta con él.

Eduardo clavó sus ojos en Fabra con una espresion de inmensa gratitud.

—Sí, sí, ponte en camino inmediatamente, repuso Vicens, aplicando su pañuelo á la herida del costado, de la que salia sangre en abundancia.

—¡Aquí está! ¡aquí está! gritó Cuti, entrando de nuevo en la habitacion seguido del facultativo.

—Monta á caballo sin detenerte, dijo Vicens á Fabra, y á ese chico que está en el portal que se vaya á ocupar su puesto.

—Quiero saber si antes peligra la vida de mi teniente, dijo en voz baja el buen Fabra.

El facultativo se acercó al paciente provisto de todos los útiles necesarios para hacer una curacion. Calculando que la herida del costado podria ser la mas peligrosa, empezó á reconocerla con sumo cuidado, y en medio de la mayor ansiedad de todos los circunstantes. Eduardo estaba mortal; la sangre que con profusion corriera de las dos heridas, habia hecho que su rostro, antes tan sonrosado, tomara la palidez del cadáver, y que sus seductores ojos se cubrieran de una negra tristeza.

—No hay cuidado, señores, dijo con la mayor satisfaccion el facultativo despues de examinar el costado del jóven.

—¡Gracias, Dios mio! esclamó enternecido don Perrondo levantando al cielo sus manos.

—¡Oh! ¡oh! dijeron Vicens y Masalegre con los ojos preñados de lágrimas de alegría.

—El hueso del brazo, continuó el facultativo, no tiene lesion... por fortuna tampoco la tiene la arteria humeral..... y si bien la herida del costado presenta una longitud estraordinaria, la bala no ha hecho mas que raspar las últimas costillas... ¡hola...! aquí la tenemos junto á la primera falsa... todo se nos compone bien, porque puede sacarse con facilidad...

—¿Decís que no hay cuidado, señor facultativo? preguntó á este Fabra lleno de grata comodidad.

—Lo aseguro, respondió resueltamente el facultativo.

—¡A Molins! esclamó Fabra, radiante de pusísima alegría... ¿Qué hora tenemos? añadió deteniéndose.

—Poco mas de las nueve, contestó Coll.

—Antes de las doce estamos de vuelta... ¡cuidado, mi teniente! repuso Fabra. Y con paso acelerado, aunque firme, se lanzó en direccion del portal de la fonda.

Mientras el noble obrero y el asistente de Eduardo marchaban á galope tendido para Molins, agitando al atravesar las calles de Barcelona dos blancos pañuelos como en señal de ser mensajeros de paz, el facultativo estrajo el homicida plomo del costado del gallardo oficial, que con valor heróico, sin siquiera exhalar un suspiro, sufriera la dolorosa operacion: en seguida lavó las heridas con una esponja empapada en agua tibia, juntó todo lo posible los contundidos lábios de ella, y colocando convenientemente dos grandes apósitos, declaró, en medio de la mas pura satisfaccion de todos los circunstantes, que no solo no peligraba la vida del enfermo, sino que este podria contarse sano al cabo de unos dias.

—Vamos, vamos, hijo mio, dijo á Eduardo don Perronde contemplándole con infinita ternura. ¿Cómo te sientes? añadió poniendo su mano sobre la ardorosa frente del enfermo.

—Bien, padrino mio, contestó con debilísima voz Eduardo.

—¡Oh! ¡oh! todavía no se le ha declarado la fiebre, dijo el facultativo tomándole el pulso; pero no será estraño que venga luego... lo menos ha perdido cuatro ó cinco libras de sangre... por esto

la debilidad es grande... de aquí á unos veinte minutos podeis servirle una taza de caldo, señor Coll...

—Corriente, dijo sumamente satisfecho el fondista.

—Yo procuraré volver antes del medio dia, continuó el facultativo; cuanto menos se hable ahora con el enfermo, mejor... basta que uno solo esté con él... Con que... hasta luego.

—Una palabra... señor Vicens... dijo Eduardo con apagado acento así que salió el facultativo. Si llega... á triunfar... el pueblo, no dudo... de vuestra... generosidad...

—No me digais mas, querido mio, dijo interrumpiéndole Vicens; los valientes no conocen el rencor.

—Gracias, murmuró Eduardo echando sobre el ex-capitan una mirada de indefinible ternura.

—Pero no hagais caso mas que de pensaros bueno.

—Sí, sí; á ver cómo descansas, dijo D. Fernando; Masalegre se quedará solo contigo, mientras nosotros estamos en la pieza inmediata.

—Si fuera posible... añadió Eduardo mirando á su padrino.

—¿Qué? le preguntó este.

—Que Adela... ignorase...

—¿Y quién se lo ha de decir?... por fortuna, aunque lo sepa, no ofrecen peligros tus heridas... Vamos, vamos; no pienses mas que en ponerte bueno: ya has oido lo que ha dicho el facultativo... hasta luego.

—Amigo mio, dijo el ex-capitan rebosando de purísima alegría no mas verse con D. Fernando en la pieza inmediata á donde descansaba Eduar-

do: á pesar de ver herido á este jóven, á quien tanto quiero, no sé qué estraña satisfaccion inunda mi pecho: paréceme que el corazon ha echado de sí un enorme peso que desde ayer tarde le ha estado martirizando... ¡ya no veo su preciosa vida tan en peligro como hasta aquí! ¡ya puedo consagrar la mia con entera libertad á la santa causa que hace años abrazára!.. Cuidad de él, amigo mio, mientras yo voy á cumplir con mi deber...

—¡Cómo! ¿pensais abandonarnos? le dijo don Perrondo.

—¿Y creis que puedo estar aquí ya sin menoscabo de mi honra?..

—¡No, no salgais, amigo mio!.. ¿no oís el horroroso estampido del cañon?.. ¡ah! pensando en vos, en Fabra y en Eduardo, nunca ha sufrido tanto mi corazon como en las últimas doce horas, que han cubierto de luto á esta ciudad... Ya habeis hecho cuanto estaba de vuestra parte... os asiste una disculpa legítima...

—No tengais cuidado, amigo mio, repuso sonriéndose Vicens; el corazon, que nunca me ha sido traidor, me anuncia ahora que puedo decir con Napoleon: *todavía no se ha fundido la bala que ha de atentar contra mi vida.*

—Pero el corazon engaña muchas veces...

—A mí nunca me ha sido aleve, amigo mio... Por otra parte vos, que conoceis lo que puede ser un pueblo sublevado cuando le faltan jefes que le dirijan, vos que me conoceis á mí, ¿creis que no puede yo hacer falta en otro sitio?..

—Teneis razon, amigo mio, teneis razon, le dijo D. Perrondo despues de una ligera pausa. El estraño amor que os profeso ofusca mis sentidos: hombres como vos, mas que para conseguir

la victoria, son necesarios para dirigir á los triunfadores... pero nada bueno espero, añadió con tristeza.

—Un hombre armado pregunta por vos, dijo en esto uno de los sirvientes de Coll dirigiéndose á Vicens.

—Que entre.

—Mi capitan, dijo el hombre armado, cuyo rostro aparecia cubierto de sudor y de pólvora; nuestra bandera ondea ya sobre *Atarazanas*: el pueblo en masa se precipita hácia la *Ciudadela*, y los valientes, á quienes habeis dirigido, me mandan en vuestra busca.

—¡Vamos allá...! ¡A Dios, amigo mio! esclamó Vicens abrazándose á D. Perrondo. Dentro de una hora estoy de vuelta á ver á nuestro Rosell. Y desprendiéndose de los brazos de su salvador se lanzó en direccion de la *Ciudadela*.

A poco rato redoblaron el horrísono estampido del cañon y los ayes y lamentos de los heridos. El pueblo, dueño ya de *Atarazanas* y de la mayor parte de la ciudad, embiste con indecible furia por todos sus costados á la imponente fortaleza, que, á costa de los vencidos barceloneses levantára el vencedor Felipe V; sus sobre humanos esfuerzos se estrellan durante mucho tiempo ante multitud de bocas de cañon y de fusil, que vomitan la muerte por do quiera... ¿qué importa? ha decidido que la fortaleza sea suya, y, cueste lo que quiera, lo logrará. Pero mientras le dejamos haciendo prodigios de valor por conquistar aquel edificio, que considera como un monumento levantado para ignominia suya, volvamos á nuestros amigos.

Serian poco mas de las doce del dia cuando don Jaime Rosell, el generoso Fabra, y el asistente de

Eduardo se apeaban en el portal de la fonda del Universo. Necesitamos decir aquí, que mucho ántes que esto sucediese, no sin grande esposicion de perder su vida, habian atravesado la distancia que hay desde la mitad de la calle de Fernando VII hasta el establecimiento de Coll el simpático Roviralta, su digna esposa y la hermosísima Lucila. Sabedores del estado de su querido teniente, volaron al momento los tres á verle y á prestarle cuantos auxilios estuvieran de su parte: creyeron los honrados obreros en inminente peligro la vida de un amigo verdadero y no dudaron un momento en ir á consolarle, aun á trueque de perder la suya. Los tres estaban con D. Perrondo conversando en la pieza próxima al gabinete donde Masalegre velaba á Eduardo, cuando llegó Rosell. Lleno de terrible ansiedad trepa el ilustre médico la magnífica escalera, abraza tiernamente conmovido á don Perrondo, Masalegre y Roviralta, y pasando á reconocer á Eduardo, á quien anima con su lenguaje finísimo y consolador se confirma en la lisonjera idea que le ha hecho concebir Fabra, de que la interesante vida de aquel brillante jóven no ofrece peligro. Mientras que D. Perrondo, Masalegre, Fabra, Roviralta y las dos bellas jóvenes, esposas de los últimos, casi derraman lágrimas de ternura al oir el para ellos único infalible pronóstico de su noble amigo, los ojos de este brillan de inefable satisfaccion y hasta el pálido semblante del enfermo se reviste de una ligera tinta de encarnado, que hace asomar mas que nada la fundada esperanza de vivir para su amada.

—Teneis un poquito de calentura, querido mio, dijo Rosell tomando el pulso á Eduardo despues de reconocer y aplicar sobre sus heridas una

medicina que consigo trajera de Molins; pero presume que os limpiareis de ella en esta misma noche... sí, sí; afortunadamente el plomo no hirió ninguna arteria interesante, y el facultativo que os ha cogido la sangre, sabe su obligacion... ¿Y cuánto tiempo ha señalado para que se pueda contar completamente restablecido el enfermo?

—Ocho dias, dijo D. Perrondo.

—Son bastantes cuatro, repuso Rosell con la mayor confianza.... Vamos, vamos; animarse, querido mio, añadió dirigiéndose á Eduardo, que ya apostaria yo alguna cosa á que mañana mismo quereis dejar la cama al veros limpio de calentura.

—Dios lo quiera, dijeron á un tiempo Dolores y Lucila.

—Lo querrá, amigas mias, lo querrá, dijo Rosell mirando risueño á las lindas jóvenes; pero por ahora conviene que le dejemos descansar... vámonos todos fuera.

—¿Quereis otra tacita de caldo? dijo Lucila fijando sus negros ojos en Eduardo con una espresion de inmensa ternura.

—No le vendrá mal, dijo el médico. Y la esposa de Fabra salió del gabinete, quedándose sola Dolores á la vista del enfermo.

—Yo voy á concluir con mi tarea, señores, dijo Fabra no mas verse fuera del gabinete.

—¡A guardad! esclamó D. Perrondo; ¿no oís un ruido espantoso...?

—Mejor; voy á buscarle, repuso valerosamente el obrero.

—¡Quieto, que aquí se acerca! esclamó Masalegue; he sentido gritos de victoria.

—En efecto, dijo Rovirolta saliendo al tránsito inmediato.

—¡Invaden la fonda! esclamó D. Perrendo.

—Veamos lo que es, dijo Fabra lanzándose apresuradamente en direccion del portal.

—¡Basta, señores...! ¡os suplico que os retireis! esclamó desde la puerta un hombre, cuya voz llenó de alegría á nuestros amigos: ¡hay un enfermo en la casa, y su vida peligraria con una demostracion estrepitosa...! ¡Sed generosos en la victoria, como habeis sido valientes en el combate, y así lograreis la gratitud y admiracion de toda la España!

Un viva entusiasta acogió las palabras del hombre recien entrado en la fonda, el cual no era otro que el noble ex-capitan Vicens, á quien, despues de haber contribuido como un héroe á la rendicion de la *Ciudadela*, conducian en triunfo millares de combatientes.

Vicens, anhelante, cubierto de sudor y de polvo, enmegrecido por la pólvora, aunque radiante de majestad y de orgullo, trepó la escalera, y abrazando con efusion á todos sus amigos,

—¡La victoria es del pueblo! esclamó. Despues de infinitos y costosos esfuerzos se ha hecho dueño de la *Ciudadela* y de todos los cuarteles... la lucha se sostiene débilmente tan solo en algunos barrios estraviados... el General y la mayor parte de los jefes se han refugiado en *Monjuich*... témese un bombardeo... aunque ese medio bárbaro de someter una posicion justamente indignada (prescindiendo de que ni aun así esta cederia) solo pueden adoptarle algunos españoles espíritus; se va á mandar con todo una comision de personas respetables, á la mira de que no tengamos mas desgracias que lamentar... el pueblo ha triunfado

á mucha costa y justo es que saque el conveniente fruto de sus sacrificios...

—¿Y qué sugetos se han puesto al frente del movimiento? dijo interrumpiéndole D. Perrondo.

—Hay un comité interino... los individuos que lo componen me son desconocidos, si se esceptúa nuestro amigo Vidal.

—Pues ahora, amigo mio, es cuando mas necesaria creo vuestra presencia en la *casa de Ayuntamiento*, le repuso D. Perrondo.

—Sí, sí; solo he venido á ver cómo tenemos á nuestro teniente... ¿qué me dices de él? repuso Vicens dirigiéndose á Rosell.

—Que no ofrece cuidado: dentro de pocos dias le tendremos completamente restablecido.

—Bueno, bueno; no quiero saber mas... ¡ah! ¿hay alguna novedad en casa?

—No.

—Pues... ¡A Dios!

—Al instante os sigo, mi capitan, dijo Fabra dirigiéndose á Vicens.

—Corriente... dijo este. Probablemente nos veremos luego, añadió con intencion dirigiendo una mirada de profundo respeto á D. Perrondo, y con apresurado paso se lanzó en direccion de la plaza de San Jaime.

Con el corazon henchido de satisfaccion y de entusiasmo bajaba nuestro ex-capitan la escalera de la fonda cuando, alzando al pié de aquella su vista, se encuentra con una señora al parecer jóven, alta y sobremanera esbelta, que cubierto el rostro por un largo y tupido velo, la respiracion anhelante, atraviesa con acelerado é inseguro paso el ancho portal: instintivamente se detiene Vicens

junto al primer banco y mirando de hito en hito á la elegante encubierta,

—¿A quién buscais, señora? le dice.

Esta se detiene asustada cual el inesperto y tímido mancebo á quien en medio de la noche y cuando menos lo piensa echan el *¡quién vive!*: mira al que tan bruscamente la interpela; intenta contestarle; pero su pecho sobremanera agitado, no tiene fuerza mas que para exhalar un profundo suspiro.

—No os asusteis, señora, repuso Vicens; si en algo os puedo ser útil, contad con mi apoyo.

—Gracias...

—Me ofrezco á vuestra disposicion...

—Gracias... no venge en vuestra busca...

—Eso no importa...

—¿Conoceis un oficial...

—¿Solís?

—Sí,

—¡Dios mio...! ¿sereis vos...? esclamó Vicens.

—¡Decidme si peligra su vida!

—No.

—¡Me engañais!

—¡Os lo juro por el amor que le tengo! ahora le vereis vos misma... no estaria yo aquí si peligrase su existencia...

—¡Gracias, Dios mio! esclamó la jóven alzando sus manos al cielo.

Vicens, radiante de satisfaccion, ofreció su brazo á la jóven, que le aceptó con gratitud y confianza: los dos subieron enlazados la escalera, y entrando en la habitacion donde estaban D. Pedro y sus amigos, quienes se levantaron á su vista,

—La señora, dijo el ex-capitan dirigiéndose á

don Perrondo, quiere hablar con vos y con el enfermo. Y sin detenerse, en medio del mayor asombro de parte de todos los circunstantes, se entró con la jóven en el gabinete donde descansaba Eduardo, cuidado por Dolores, saliéndose acto continuo de dejarla en él.

En el momento levanté la jóven el velo que cubria su divino semblante.

—¡Adela! esclamó lleno de asombro D. Perrondo.

—¡Señorita! dijo Dolores.

—¡Por piedad! murmuró atribulada la jóven clavando sus ojos espantados sobre el semblante de Eduardo.

—¡Cielos! esclamó este levantande un poco su cabeza á la vista de su adorada Adela.

—¿Es cierto?... ¿no me han engañado? añadió la jóven acercándose maquinalmente á la cabecera del lecho, llena de zozobra por las violentas palpitaciones de su hermoso corazon.

—¡No, no! ¡nada tiene, señora, nada! ¡vive y vivirá para vos! esclamó entusiasmado D. Perrondo.

—¡Gracias, Dios mio! repuso la jóven elevando al cielo sus ojos radiantes de alegría y reconocimiento. Luego contemplando de nuevo á Eduardo con un ademan de infinita ternura al propio tiempo que de duda cruel y desgarradora añadió: pero no, no... ¡me engañan! esa palidez... ¡oh! ¡oh! ¡qué desgraciada soy! Y al decir esto, inveluntariamente, como movida por una fuerza superior, aplicó sus divinos labios sobre la ardorosa frente del mancebo, que humedecieron dos gruesas lágrimas.

—No, no, bien mio... sosiégate, dijo Eduardo sintiendo desfallecerse de inefable felicidad al res-

pirar el hálito purísimo de su amada... estoy... bueno... mi padrino... nuestro médico...

—¡ Oh Dios mio! esclamó la jóven incorporándose de repente y mirando con sobresalto á todas partes como avergonzada de su inocente accion... No sé lo que he hecho... yo he venido... ¡ estoy loca !... Luego volviéndose á Eduardo, con el acento del mas acendrado cariño, añadió: ¡ pero yo queria verte ! ¡ verte y morir á tu lado ! Y otra vez se abalanzó al mancebo, sobre cuya tersa frente estampó dos ardientes besos.

—¡ Angel mio !.. cálmate... ya lo ves... mi vida no peligra...

—¡ Oh ! ¡ sí, sí ! esclamó la jóven con desgarrador acento y sin saber lo que decia.

—No, señorita: Dios ha velado por vuestra infandad... es una herida insignificante... á los cuatro dias ya está bueno...

—¿De veras ? ¿es así, Dolores?.. ¡ dímelo, dímelo otra vez !... pero no me engañes, querida mia... ¿no me engañarás? ¿verdad ? ya sabes que yo no merezco que se me engañe, dijo Adela en ademan suplicante volviéndose de repente hácia la esposa de Roviralta, á quien se puso á contemplar llena de emocion tomándola sus dos manos.

—Sentaos, querida mia, sentaos, dijo D. Perrondo gratamente conmovido y poniendo junto al lecho una silla en que se colocó Adela. No tengais cuidado, prosiguió con un acento que hizo ir recobrando poco á poco á la jóven su serenidad: ¡ pobre Eduardo ! ¡ qué buen susto nos ha hecho pasar! pero afortunadamente solo tiene dos heridas insignificantes y tanto que segun nuestro amigo, el ilustre médico Rosell, que está ahí, en esa piesa inmediata, se verá restablecido por completo de ellas

al cabo de cuatro dias... sí, sí; os lo aseguro bajo mi palabra de honor; os lo juro por lo mas sagrado, por el amor que le profesais, por esa sublime pasion que os ha traido á verle arrostrando inmensos y terribles peligros... ¿No conocois que si otro fuera su estado, yo que le amo acaso tanto como vos, yo que os amo á los dos con verdadero delirio, yo que por vos no he cesado de temblar desde el instante mismo en que empezó la revolucion, no estaria tan tranquilo como me veis?... Deponed, pues, todo cuidado: desechad todo recelo, que Dios ha velado por vos y por la mitad de nuestro corazon.

—Ya lo oyes, hermosa mia...

—¡Oh! sí, sí; dijo la jóven calmada ya con el lenguaje de nuestro viajero; no puedo menos de creer á tu padrino.

—Sí, sí; podeis estar tranquila, señorita, dijo Dolores contemplando á Adela con infinita ternura.

—¿Pero cómo has llegado á saber...

—¡Eso me preguntas! esclamó la jóven clavando con una espresion de amor indefinible sus hermosos ojos sobre el semblante del mancebo...: ¡me preguntas á mi amor!... desde anoche he tenido mis emisarios, que han vigilado todos sus pasos, que han cuidado de enterarme de todo...

—¡Pobrecilla! ¿con qué podré pagarte?

—¿Y cómo os habeis atrevido á salir de casa en estos momentos?... la preguntó D. Perrondo; ¿cómo en medio de tantos peligros?...

—Ya no hay peligro, y aun cuando le hubiera visto... ¡oh! ¡oh! en el momento mismo en que dijeron que estaba herido, le creí muerto... ¿qué me importaba ya la vida?... quise salir, pero me

lo impidió mi hermana, cuya vigilancia ha necesitado burlar para venir ahora...

—¡Cuánta abnegacion! esclamó D. Perrondo; ¿y vuestro padre?

—Al rayar el alba salió para la fábrica: solo sabemos que nada le ha sucedido...

—Una palabra, amigo mio, dijo en esto Rosell presentándose á la puerta del gabinete y dirigiéndose á D. Perrondo.

Este salió á la pieza inmediata donde, como sabe el lector, estaban Fabra, Revirolta, Masalegre y Vicens.

—¡Cómo aquí, amigo mio! dijo con asombro al ver al ex-capitan.

—Y me alegro de haberme detenido unos segundos, dijo no sin sobresalto el escelente Vicens. Acaba de salir un combatiente, que no ha venido con otro objeto que el de anunciarnos, que un pocos trabajadores estraviados se dirigen hácia la fábrica de Padrast decididos á saquearla...

—¡Cielos! ¿qué decís? ¡y él se halla en ella!

—¡Corramos á salvarle! dijo Fabra.

—Sí, sí; yo les acompaño á Vds., dijo Masalegre.

—Y yo, dijo D. Perrondo; basta Rosell para estar á la vista del enfermo.

—No; yo voy con vos, dijo el ilustre médico.

—¿Y esa pobre niña?... dijo Vicens.

—¡Silencio! ¡que no trasluzca la menor cosa!... dijo en voz baja D. Perrondo: Dolores ó Lucila se encargarán de acompañarla á su casa... ¡pobrecita! ¡eh qué golpe este! ¡él va á entorpecer nuestros planes!... pero no importa: primero es salvar al padre de Adela...

—Sí, sí; dijo Vicens.

—Pues bien, continuó D. Perrondo; corran ustedes, que al momento vamos Rosell y yo.

Vinens, Fabra y Mascalegre salieron acto continuo de la fonda en direccion de la fábrica de Padrast, y Rosell y D. Perrondo se entraron en el gabinete. Mientras el ilustre médico, despues de sondar á Adela tomaba el pulso á Eduardo, don Perrondo, revistiéndose de una gran serenidad y dirigiéndose á la jóven, dijo:

—Siento, mi querida Adela, tener que abandonaros; pero un asunto de suma importancia reclama inmediatamente mi presencia en otro sitio.

—¿Os vais? dijo con sentimiento la jóven.

—Sí, y como tal vez la ausencia sea algo larga, esto lo siento por privarme del placer de acompañaros...

—Eso es lo que menos importa... ¿no he venido sola?...

—No obstante; es preciso que volvais acompañada, querida mia... Dolores me hará el obsequio...

—¡Pues no faltaba mas! lo haré con el mayor gusto, dijo la esposa de Roviralta.

—Por lo demás, prosiguió D. Perrondo, no tengais ningun cuidadado... Ya veis cómo está Eduardo... podemos lisonjearnos con la idea de verle restablecido al cabo de un par de dias...

—Sí, sí; dijo interrumpiéndole Rosell; ya podrá levantarse, porque la fiebre... espero que desaparezca esta noche.

Adela echó sobre Eduardo una mirada de infinito amor.

—Vamos, amigo mio, añadió Rosell, que sin disputa nos estarán esperando.

—¡Tambien vos!... ¿pero á dónde vais? dijo Eduardo.

—A la casa de Ayuntamiento, respondió de repente D. Perondo; no podemos detenérnos... adios!

Hizo á Adela una reverencia acompañada de una mirada de indefinible ternura, y con apresurado paso salió del gabinete seguido de D. Jaime Roselli.

Cuando nuestro viajero y el médico de Molins llegaron á divisar anhelantes y llenos de angustiosa zozobra el establecimiento industrial del avaro Padrast, gruesos pelotones de trabajadores, miserablemente estraviados por una docena de revoltosos de profesion, holgazanes dispuestos á cometer toda clase de crímenes, que nunca faltan en los grandes centros de poblacion, *entre los cuales se veian algunas mujeres altas, secas y cubiertas de harapos*, viva y asquerosa imágen de las fabulosas harpías, cercaban el soberbio edificio, cuyos interiores departamentos habia invadido en tumulto un centenar de hombres, rugientes de fúria, ansiosos de esterminio, sedientos de venganza contra el antiguo tejedor, que transido de miedo lográra, no sin grande esposicion, refugiarse en un cuartucho inferior, oscuro y sin ventilacion, cerrándose por dentro y parapetándose tras de multitud de muebles tan inservibles como heterogéneos. Unos de los que habian logrado penetrar en la fábrica, recorrian, cual fúrias desencadenadas, sedientos de la sangre de Padrast, todas sus interioridades, mientras que otros, ávidos de esterminio, arrojaban á la calle por balcones, ventanas y corredores toda clase de géneros y aun efectos de la máquina, que el feroz y estraviado populacho recibia con trasportes de júbilo infernal y diabólicas risota-

das. En medio de la espantosa gritería y el furor desenfrenado, inseparables de esta escena de saqueo y desolacion, en vano Vicens, Fabra y Masalegre, que juntos acudieran presurosos por dó quiera, se habian querido dejar oir con no poca esposicion de sus vidas. Un vértigo terrible se habia apoderado de todos los corazones, que á cualquier precio querian saciar su imponente rábia en la sangre del miserable fabricante. Ilusorias fueron, por lo tanto, durante algun tiempo las nobles gestiones de nuestros mas nobles amigos.... Envueltos en horribles imprecaciones, sucedíanse á menudo desde el interior del edificio los espantosos gritos de *¡muera!* que con bestial placer eran contestados fuera por la frenética y desbocada muchedumbre.—¡No hay perdon para él! gritaban unos.—No, no, contestaban otros.—¡Es un pícaro!—¡Un infame!—*¡Envenenó el aceite de la fábrica* para que no se le quitasen los trabajadores!—¡Asesino!—¡Bribon!—¡Solo se ha enriquecido con el sudor del pobre!—¡Pirata!—¡Muera!—¡Muera!

En esto nuestro viajero y el ilustre médico divisaron á Vicens junto á la puerta de la fábrica: allí el valiente capitan, aunque bañado en sudor y jadeante de cansancio, sobreponiéndose á todos los peligros, con la intrepidez de un alma heróica, la cabeza erguida, centellantes los ojos, al aire la hermosa frente, agitando á menudo su sombrero con objeto de hacerse oir, logró imponer por un momento á la multitud, y dirigiéndose á ella con voz tan sonora como severa, dijo:

—«¡Camaradas! ¿qué furor es este? ¿qué vértigo infernal se ha apoderado de vosotros? ¿por ventura es esta la mision que teneis que cumplir des-

pues de haber vencido en buena lid al enemigo, despues de haberos portado en ella como unos héroes? ¿quereis manchar vuestras glorias, vuestras glorias que serán el asombro del universo, con acciones propias solo de bandoleros y asesinos? Pésame, si no desistís de vuestro criminal propósito, de haberos conducido á la victoria; duélome de haberos guiado á conquistar la Ciudadela, ese monumento tan odiado de todo buen catalan. Yo entré en la lucha con la sola mira de mejorar vuestra triste posicion; pero esto no se alcanza sino por medios legítimos, que son los únicamente duraderos... ¿Vosotros no quereis vivir con vuestro trabajo, garantido y justamente recompensado?...

—¡Sí, sí! contestaron muchos.

—Veo con satisfaccion, continuó Vicens, que la mayor parte de vosotros ha venido á esta escena de pillaje y destruccion por consejos pérfidos, dados acaso por vuestros mismos enemigos, por los hombres á quienes acabais de vencer... sí sí, camaradas; lo estoy leyendo en vuestros semblantes... abandonad, pues, este sitio de horror: las revoluciones no se hacen para destruir, sino para edificar... Vamos juntos á la casa de ayuntamiento á proponer el conveniente remedio á vuestros males; allí es donde debeis acudir, que eso es lo que os conviene, que por eso hemos luchado y eso hemos de conseguir á cualquier precio.»

Mientras que unos acojen con delirante entusiasmo la arenga del noble capitan, otros prorumpen en imprecaciones y aun amenazas contra él y contra los que como él piensan, á quienes apellidan *traidores*. Revuélvese de nuevo aquella multitud: suben unos y bajan otros, vomitando

blasfemias y juramentos; cruzanse los *¡muera!* unos á Padrast y sus defensores, y otros á los sicarios y destructores; brillan algunos aceros y otras armas homicidas, y todo hace temer que el establecimiento del padre de Adela va á ser teatro de alguna sangrienta desgracia. En esto una de las asquerosas harpías, de quien hemos hablado, agita á un lado de la puerta principal una larga y gruesísima tea encendida, á las voces de *¡fuego á la fábrica! ¡fuego á la fábrica!* mientras que otra trata de animar á las turbas al incendio brindándolas con *agua-rás*, para lo cual levanta en alto una botella llena de aquel líquido inflamable. Preparábase á seguir á las inmundas bacantes un numeroso grupo, cuando D. Perrondo, imitando la heróica conducta que en otra ocasion célebre observára el ilustre *Arago* para salvar el mas magnífico templo de París, se opone al paso de los incendiarios, y con sombrero en mano, elevando su mirada á lo último del edificio y aparentando hallarse poseido de inmenso terror, esclama con voz de trueno:

—¿A dónde vais, desgraciados? ¿no veis que el edificio se viene abajo? ¡miradle como bambolea...! ¡huyamos!

Echa á correr el noble caballero, y los sicarios se derraman espantados por todas las calles inmediatas, creyendo que la fábrica se caia encima de ellos.

Retrocede D. Perrondo por diferente punto del que se separára del establecimiento en ocasion en que ya Vicens y Fabra, al frente de multitud de trabajadores honrados, á quienes la arenga de aquel habia vuelto á su deber, acometen con órden por todas partes á los rebeldes sicarios, acor-

sándoles sin descanso, los rinden y hacen prisioneros. Fabra, que con su asombrosa serenidad estaba en todo, vé que algunos malvados tratan de marchar por las próximas calles con efectos robados; lánzase tras ellos con una docena de valientes, los rinde, y da órden á cuatro compañeros suyos de que les lleven presos á Atarazanas, diciendo á los rateros las siguientes hermosas palabras:

—«Vosotros no sois trabajadores; vosotros sois los enemigos mas encarnizados de la revolucion... ¡Infames! yo os quitaria en este momento la vida, si mis padrinos no me hubieran enseñado á aborrecer la pena de muerte: pero haré que se os imponga otro castigo, si cabe peor para vosotros, aunque mucho mas útil y provechoso para la sociedad.»

Vuelve á la fábrica cuando aun Vicens y sus amigos están concluyendo con el resto de los asesinos; dirígese al escendrijo donde está Padrast, rompe la puerta, quita cuantos estorbos encuentra por delante, llama al fabricante con consoladoras palabras; pero el miserable no se atreve á salir creyendo que aquel es el último instante de su vida: sácale medio arrastrando al centro del portal; y cuando pálido y temblorose cree que va á oir la sentencia de su muerte, llega á sus oidos la órden siguiente que Fabra da á cuatro combatientes:

—«Ya sabeis dónde vive este caballero: conducidle á su casa, y cuidad de que nadie le insulte... ¡con su vida me responde el que trate tan solo de tocarle al pelo de la ropa!» Llévale en seguida á un estremo del portal, y en voz baja pero solemne le dice: «así se portan los trabajadores honrados

con los fabricantes que les llaman *canallas*; así se porta esta *canalla* con los *altos señores*; así se portan los despreciados con los despreciadores, y así se porta el buen amigo de Roviralta con el vil seductor de su mujer; pero... agradecédselo á vuestra hija Adela.» El fabricante, ya algo alentado aunque confundido de gratitud, quiere hablar; Fabra se lo impide, y á una señal suya, Padrast y los que le han de acompañar hasta su morada salen en direccion de la *Calle Nueva*, vistos por don Perrendo, que con inefable satisfaccion ha observado silenciosa desde el primer descansillo de la escalera el proceder magnánimo de su hijastro con el antiguo tejedor, cuya inhumana conducta sin duda sublevára contra sí tantos corazones, impacientes de vengar en un dia los ultrajes de largos años.

Dispersos ó rendidos todos los sicarios y destructores, júntanse en el portal de la fábrica nuestros amigos, y despues de colocar allí Fabra un bizarro cuerpo de guardia para la custodia del saqueado establecimiento, frenéticamente victoreados por la multitud, toman la direccion de la Rambla. D. Perrendo, Bossell y Masalegne entran en el establecimiento de Cell, que ya hacia rato abandonara Adela, y Vicens y Fabra continúan al frente de la muchedumbre hasta las Casas Consistoriales.

Ya en este tiempo, qué serian las tres de la tarde de aquel tremendo dia, la revolucion habia concluido, viéndose el pueblo dueño absoluto de toda la ciudad y sus fuertes. Con Vicens y Fabra entra en el Ayuntamiento la comision que se mandára á Monjuich, y en cumplimiento de su encargo declara, que la ciudad no será bombar-

desde hasta que el gobierno supremo determine lo que tenga por conveniente sobre la situacion en que se encuentra. Aquí empieza otra lucha si cabe peor que la que acaba de concluir. Unos proponen que se intime la rendicion de Monjuich; otros que se aguarde con calma la resolucion del gobierno, mandándole una comision que le entere de las necesidades de la poblacion; estos que se nombre por el pueblo ya victorioso y en calma un comité que le gobierne; aquellos que siga el que ha dirigido la lucha desde que se tomó la casa de Ayuntamiento: quién propone que se haga revolucionar inmediatamente á toda Cataluña para declararla independiente del resto de España, mientras que otros mas cuerdos califican de traidora semejante propuesta; quién hay que pide se adopten desde luego los convenientes remedios para asegurar el trabajo del pobre, mientras que otros contestan que tales cosas son secundarias y que lo que únicamente se debe tratar es de vencer por completo al enemigo. Hácense cien mil encontradas proposiciones, óyense proyectos, ya beneficiosos, ya ridículos, ya descabellados, que por de pronto producen el efecto de perder el tiempo mas precioso. Véase, pues, realizados los temores que manifestára nuestro viajero dos dias antes al periodista Vidal, porque aquella es una completa Babel, pronta á caer bajo las garras del mas intrigante y audaz. Por fin, despues de largos y acalorados debates, adóptase la determinacion de renovar el comité de gobierno. En estos momentos es sabido que el mas atrevido y desvergonzado suele sacar el mejor partido en efecto, algunos traidores, ó cuando menos cobardes, que acaban de salir de sus escondrijos al ver que

no hay peligro, sacan á relucir nombres, que la multitud no conoce, pero que sin embargo aclama ciega y sin titubear con delirante entusiasmo, y merced á esta inconcebible abnegacion, la revolucion se ve al cabo de unos minutos en manos de hombres, si no en su mayoría enemigos de ella, al ménos indiferentes á las consecuencias beneficiosas que deberia reportar al pueblo, que lanzándose á ella con heróico arrojo, la ha hecho salir triunfante á costa de su sangre. Apercíbese de ello Vidal, que acaso ha sido el único hombre verdaderamente identificado con ella que de nuevo fuera proclamado, y abrigando de repente su noble alma un rayo de esperanza, pide que se asocien á la junta los nombres ilustres de Vicens y de su generoso salvador en Molins. Quisieron algunos oponerse, pero se contienen á su pesar, viendo que el entusiasmo de la multitud no conoce límites al oir aquellos nombres; diríase que todos los departamentos del sólido edificio municipal caian bajo los atronadores ecos de mil entusiastas vivas repitidas á lo lejos por séxtuplo número de voces; claman muchos á voz en grito por el noble castellano; instan por su inmediata presentacion con espantoso clamoreo, que no cesa hasta que el mismo Vicens propone conducirle en medio de la multitud desde la Rambla á la casa de la ciudad. Pónense en marcha para la fonda de Coll algunos millares de combatientes; la Rambla, poco antes semidesierta, se ve cuajada completamente en pocos minutos de gritos de todas edades y sexos; preséntase ante nuestro viajero una comision á cuya cabeza va Vicens, notifica su nombramiento á D. Perrondo, quien por su querido Fabra acaba de saber cuanto ha ocurrido en las *Salas Consistoriales*, aquel

contesta que no tiene por oportuno tomar parte en una revolucion, en que no cree poder dispensar algun bien al pueblo: le instan, le suplican, y sobre todo Vicens le conjura á que se presente siquiera ante el nuevo comité y procure con sus luces y patriotismo dar el conveniente giro á la revolucion; y accediendo aunque con pena á los ruegos de su protegido se pone en marcha para la casa de ayuntamiento, acompañado tambien de Fabra y de Masalegre, siguiéndole la misma innumerable multitud armada que fuera por él, la cual puebla los aires con sus vivas y aclamaciones.

Al desembocar nuestros amigos en la plaza de San Jaime por la calle de Fernando VII, observaron como un mancebo de unos 18 ó 20 años, al parecer inesperto y mas que inesperto testarudo, montado sobre un soberbio potro sin ensillar, que tan pronto se encabritaba relinchando de furia como daba al aire sendas coces, pugnaba por hacerle romper y tomar la direccion opuesta á la que ellos traian. El ruido que habia en la plaza, las voces de algunos espectadores y el sonido de los clarines y tambores tenian trastornado al indómito corcel, cuando las estrepitosas aclamaciones del inmenso gentío que se acercaba vinieron á ponerle completamente fuera de sí: búrlase en esto del freno, desprecia la espuela, suelta tremendas coces, hace infinitas cabriolas, y viendo que á pesar de todo no puede echar de sí al ginete, arrójase al suelo como un perro, jadeante y cubierto de sudor, despidiendo á aquel con inaudita violencia á la distancia de seis á ocho varas: levántase el potro de repente, echa á correr lleno de gozo por la célebre plaza, y tomando las calles inmediatas no cesa de galopar, atropellando cuanto encuentra á su

paso, hasta que gana el anchuroso campo.

—Ved ahí la viva imágen del pueblo y de los que le han lanzado á revolucion en estos momentos, mi querido Vicens, dice á este don Perrondo, lleno de emocion. Una ventaja tengo, y es que nada me coge de sorpresa.

El escapitan mira con ternura á nuestro viajero, quiere contestarle, pero no acierta á verificarlo: diríase que una causa sobrenatural habia entorpecido los movimientos de su lengua para prestar con el silencio su conformidad sobre el triste pronóstico que encerraban las palabras de su salvador.

A los pocos minutos, trascurridos desde la escena arriba descrita, nuestros amigos y una innumerable muchedumbre, que se precipita tras de ellos, se hallan ya en el salon donde acaba de instalarse el nuevo comité del gobierno, en cuyas manos está la suerte de la revolucion vencedora.

A la vista de D. Perrondo, los trece individuos que componen el comité se levantan por un movimiento de respeto, y despues de un *viva* entusiasta, que es contestado por la multitud, le invitan á que pase á ocupar el asiento mas preferente. Acércase aquel á la plataforma, y en medio del más religioso silencio, con voz entera, si bien un tanto conmovida, dice:

—«Señores: agradeciendo como corresponde el alto honor que el pueblo ha tenido á bien dispensarme, me presento ante vosotros para declararos con el mas profundo sentimiento, que me es de todo punto imposible el asociarme á vuestras ilustres personas para dirigir el heróico movimiento que acaba de tener lugar en esta poblacion...

—¡Cómo...! esclaman interrumpiéndole con asombro algunos individuos de la junta.

—«No me pidais los motivos de esta determinacion, prosigue D. Perrondo, porque ella es irrevocable, y si he venido á este augusto lugar no ha sido con otro objeto que el de ponerme ante todo á vuestras órdenes y suplicaros muy encarecidamente que empleeis los medios que los acontecimientos acaban de colocar en vuestras manos en beneficio del pueblo.»

Al oir una tan inesperada determinacion levántase un sordo murmullo entre la apiñada muchedumbre, que solo cesa reclamando atencion el presidente para contestar á nuestro viajero:

—«Caballero, le dice aquel con alterada voz, los cargos que encomienda el pueblo en circunstancias críticas como las presentes, no deben ser renunciados por ningun motivo. Yo convengo que estais en vuestro derecho no aceptando el puesto que unánimemente se os ha confiado, pero no debeis perder de vista que esto arguye contra vos, ó traicion...»

—¡No, no!

—«O cobardía.»

—¡Tampoco!

—¡Yo protesto con toda la energía de que soy capaz contra las palabras del señor presidente, esclama acalorado Vidal.

—¡Y yo! grita furioso Vicens.

—¡Y yo! añade Fabra lleno de indignacion... ¡no es sino el caballero mas valiente...

—¡Silencio, señores! esclaman varios de la junta.

—Permitid que concluya el señor presidente, amigos mios, dice D. Perrondo con imperturbable calma volviéndose hácia Vicens y Fabra.

—¡Señores! dijo el presidente: mi ánimo no ha sido injuriar á este caballero... me habré valido de términos duros, tal vez impropios; pero solo quiero decirle, que no es amigo del pueblo en el hecho de no aceptar el puesto que por aclamacion le ha señalado.

No satisfechos con semejante esplicacion tanto Vidal como Vicens y Fabra intentan hablar á un tiempo para vindicar á su noble amigo, pero este les contiene anticipándose á ellos y diciendo:

—Oh, sí, sí: soy amigo del pueblo, y por quererle demasiado no acepto ese puesto, convencido como estoy de que en él no podré prestarle ningun importante servicio.

—En ese caso, ¿tampoco podremos nosotros? dice de repente y en tono amenazador otro de la junta.

—Mucho lo dudo, contesta despues de una breve pausa D. Perrondo.

—¡Cómo! esclaman furiosos varios de la junta dando tremendos golpes sobre la mesa que tienen delante.

—¿Venis aquí, le dice uno, á entorpecer la marcha de la revolucion...?

—¡Yo he venido contra mi voluntad, esclama don Perrondo con la cabeza erguida, y echándola un poco hácia atrás, para advertiros lo que esté á mis alcances á fin de que la revolucion, que tanta sangre ha costado, no sea tan estéril como yo me he temido antes de empezada y despues de concluida! Teneis en vuestras manos el inmenso poder que da una sublevacion magníficamente triunfante; pero me temo, no sin fundamento, que ese poder sea impotente para hacer el bien del pueblo, que la ha llevado á cabo... ¿Dónde está el

programa que ha debido circular de cabeza en cabeza antes de conducir á este pueblo generoso á la toma de *Atarazanas* y la *Ciudadela*? ¿Sabe este mismo pueblo adónde le habeis llevado? ¿Sabe lo que tiene que pedir? ¿Sabeis vosotros lo que vais á hacer...?

—¡Sí, sí! gritan varios de la junta.

—¡Cómo! ¿tan lejos está vuestro nombramiento? continúa D. Perrondo con imponente dignidad. ¿por ventura al verificarle no han salido á relucir en este recinto tantos proyectos cuantas cabezas se encerraban en él...?

—¡Sí, sí! esclamaron muchos á la vez.

—Eso no importa, dijo á la sazon el presidente: nuestro programa es el de *un gobierno barato*.

—Los gobiernos baratos tambien pueden ser malos, repuso D. Perrondo.

—Y el de protejer la industria catalana, dice otro de la junta.

—¡El pueblo! ¡el pueblo! grita Fabra.

—¡Sí, sí! esclaman muchísimas voces.

—¡Procuraremos emancipar al trabajador! esclama otro individuo del comité.

—¡Asi que hayamos asegurado la revolucion! grita otro.

—¡Sí, que el enemigo está á nuestras puertas! dice otro.

—¡Primero es el pueblo! grita un combatiente.

—¡Señores! esclama otro de la junta: lo primero es salvar la revolucion y con ella el pueblo, que despues hay lugar de mirar por este.

—¡Todo á un tiempo!

—¡Sí, sí!

—¡No, no!

—¡Silencio! grita sofocado el presidente.

—¡Que se asocien á la junta esos señores!

—¡Sí, sí!

—¡Que suba Vicente!

—¡Y su compañero!

—¡Sí, sí!

—Ya lo veis... dice en esto el presidente.

—¡Señores! dice D. Perrondo: yo no puedo dirigir una revolucion que no he promovido... ¿Me decís que por qué en tal caso he venido aquí?... A eso os respondo que lo he hecho, prescindiendo de los ruegos de mis amigos, confiado en que compondreis una magistratura popular, que debe oir cuantas observaciones tenga á bien hacerla cualquier ciudadano... En este concepto, y no en otro os hablo... Vosotros, que ya estais al frente del movimiento victorioso, debeis, conservando vuestros puestos, trabajar en obsequio del pueblo cuanto os sea dable, y á pesar de que mi convencimiento es que bien poco podreis hacer, no por eso dejaré de recomendaros un *amor verdadero* hácia ese mismo pueblo, persuadido como estoy de que con él y *solo con él* lograréis recompensar aunque escasamente los inmensos sacrificios que acaba de hacer.

—¡Bien, bien! gritan unos.

—¿Por qué no lo hace él? esclaman otros.

—¡Que le haga! ¡que lo haga!

—¡No es necesario!

—¡Sí, sí!

—¡No, no!

—¡Fuera! ¡la junta está ya nombrada!

—¡Silencio!... esclama vociferando el presidente; pero durante algunos minutos lo hace en balde, porque la multitud, dividida en dos bandos, ciega, desatentada, y sin saber en su inmensa mayoría la causa que á ello la impulsa, se mueve, agita, pen-

lora, grita, insulta y amenaza, convirtiendo de esta manera el salon en un verdadero campo de *Agramante*, donde nadie se entiende ni sabe tampoco lo que dice.

Despues de restablecido nuevamente el silencio, pide la palabra Vicens y dice:

—¡Señores! bien notorios me parece que son á todo el mundo los servicios prestados á la causa de la libertad por el ex-capitan Vicens...

—¡Sí, sí! esclama la multitud.

—No creo que nadie dude, prosiguió Vicens, de mis esfuerzos para hacer triunfar esta revolucion, ni de mi consiguiente identificacion con ella...

—¡Tampoco! ¡tampoco!

—¡Por él hemos tomado la *Ciudadela*!

—¡Sí, sí!

—Pues bien, señores, continuó el ex-capitan; á pesar de todo yo no puedo menos de imitar la conducta de mi noble amigo: renuncio por lo tanto al cargo que se me ha encomendado; pero al propio tiempo ofrezco de todo corazon mis servicios á la junta, que puede utilizar donde y como mejor la convenga.

—¡Bien, bien!

—¡No, no! ¡que suba!

—¡Mas falta hace en otra parte ese valiente!

—¡Sí, sí!

—¡No, no!

—¡Señores! ¡imposible es que así nos entendamos! ¡estamos perdiendo un tiempo precioso!...

—Pido la palabra, señor presidente, dice en esto animoso Masalegre, adelantándose hácia la plataforma.

El presidente se fija sobre él estrañando su traje

y decente, y en tono un tanto brusco le dice:

—¿Y quién sois vos?

—¡Yo? responde con la mayor sangre fria Masalegre: un criado de mi... amo...

Muchos prorumpen en una estrepitosa carcajada, mientras que un hombre de elevada talla, cabellos canos, largos y lácios, que casi le cubren su angosta frente, delgado y mal encarado, grita con estentórea voz:

—¡Ya no hay *criados*! ¡se acabó el tiempo de los criados!

—¿Qué soy pues? le dice imperturbable Masalegre.

—Sereis un *dependiente*, contesta el de los cabellos lácios.

—¡Bonito nombre! replica Masalegre; pero amigo mio, no le quiero yo sustituir por el de *criado*, porque éste me identifica con el amo suponiendo que me ha educado y vivo en su compañía, mientras que el otro me aleja de él una inmensidad y me declara como de una condicion mas baja y despreciable.

—¡Bien, bien! ¡viva Masalegre! grita Fabra.

—¡Viva!

El presidente y los demas individuos del comité miran con respeto á Masalegre, cuya travesura, despejo y serenidad admiran, mientras que la mayoría de los circunstantes, apercibiéndose de que el que acaba de hablar es el salvador de Vicens y el de D. Perrondo, toma hácia él instantánea y fuerte simpatía.

—¡Que hable Masalegre! grita uno.

—¡Sí, sí! ¡que hable! esclama la multitud.

Restablecido el silencio, Masalegre se dirige de nuevo á la Junta y dice:

—He pedido la palabra para decir con el señor presidente, que se está perdiendo el tiempo mas precioso... Vosotros estais nombrados para dirigir la revolucion. Todos los presentes no hacemos más que estorbaros con nuestras encontradas exigencias, y sin embargo nosotros no compenemos al pueblo, porque para trescientos ó cuatrocientos hombres que aquí nos encontramos, seis ó siete mil esperan en la plaza inmediata medidas prontas, enérgicas y salvadoras... ¿Quereis, para que cese este lamentable estado, que en vuestro nombre conmite al pueblo si habeis de seguir solos á su frente, ó se os ha de asociar algun otro, que os ayude en vuestra delicada comision?

—¡Sí, sí! gritan á un tiempo el pueblo y el comité llenos de entusiasmo, mientras que D. Perrondo y Vicens, bien ajenos al pensamiento que tendrá de concebir Masalegre, maldicen interiormente el nuevo giro que diera á los acontecimientos, temiendo que la oleada popular les obligase á aceptar unos puestos que en manera alguna apetecian.

Sale impávido nuestro Masalegre á los magníficos balcones que dan á la plaza de San Jaime, seguido de Fabra y algunos curiosos: dirige entonces su vista por todos los ámbitos de la plaza contemplando al pueblo, que la llena, con tierna compasion, y reclamado y obtenido el mas profundo silencio, con voz tan sonora que pueda el espacio, dice:

—¡Camaradas! la junta que hemos nombrado está perdiendo lastimosamente el tiempo en inútiles cuestiones; pero no es suya la culpa, sino de los que las promovemos, robándola estos primeros momentos, los mas preciosos para impedir que en

rehaga el enemigo... Puesto que en ella hemos depositado nuestra confianza, retirémonos todos, los que estais abajo y los que estamos arriba, y quedese tan solo un cuerpo de guardia que la custodie y desembarace para obrar en bien del pueblo, que ha hecho la revolucion... ¡Comaradas!... ¿Estais contentos con ella?

—¡Sí, sí! contestan millares de voces.

—¡Yo no! grita uno.

—Nada importa un solo voto, continúa Masalegre... ¿La considerais suficiente para hacer vuestro bien, y quereis que ella sola os gobierne?...

—¡Sí, sí! esclaman algunos miles de hombres.

—¡No, no! grita un respetable grupo.

—¡No seamos locos, camaradas! ¡tengamos confianza en nuestra junta! replica con potente voz Masalegre.

—¡Sí, sí! ¡que siga!

—¡No, no! ¡Otra, otra!

—¿Qué es esto, señores? ¿á qué hemos de estornudar?

—¡Que sí! ¡que sí!

—¡Que no! ¡que no!

—¡Ea, camaradas! esclama Masalegre levantando en alto sus brazos... ¡Nosotros debemos querer que viva todo el mundo! ¡Viva la junta!...

—¡Viva!...

—¡Viva el pueblo soberano!

—¡Viva!...

—¡Viva la tia Tiritaina!

—¡Vivaaaaa!

Retírase del balcon Masalegre á tiempo que la multitud que ocupa la sala capitular, á la vista de la junta que parece conmovida, empieza á agitarse sordamente por su último vivo.

—¡Infame! grita lleno de ira el hombre de los cabellos lácios al ver una nueva ocasion para poner en planta sus proyectos.

—¡Es un valiente! dice otro.

—¡Pero á quién ha victorado? pregunta un tercero.

—Al pueblo y á la *república*, contesta formalmente un cuarto.

—¡Cómo á la república! esclama otro, ¡si ha sido á una *tia*!

—¡A una tia!

—¡Sí!

—¡Falso!

—¡Tunante! ¡traidor!

—¡El traidor serás tú!

—¡Silencio! ¿A quién habeis victoreado? dice el presidente con tan atronadora voz que hace contener hasta á los mas furiosos.

—A objetos predilectos de la mayoría de la muchedumbre que nos cerca, contesta con pasmosa calma Masálegre.

—¿No habeis victoreado á una *inmunda tia*?

—¡Lo que os puedo decir es que mis vivas han sido dados en bien vuestro y del pueblo, y contestados por este con frenético entusiasmo.

—Los objetos victoreados, dice Fabra de repente con ánimo de calmar á la irritada multitud, son de la predileceion de los que hemos hecho salir triunfante la revolucion.

—¡Falso! grita con calor el hombre de los cabellos lácios; ¡el señor ha insultado villanamente al pueblo!

—¡Es una impostura! ¡vos sois el villano!

—¡Ese hombre es un traidor!

—¡Como traidor! dicen Vicens, Fabra y D. Perrondo.

—¡Y vosotros tambien! repone frenético el hombre de los cabellos lácios y canos.

—¡Miserable! grita Fabra, levantando en ademan amenazador sus robustos brazos.

—¡Silencio...! esclaman levantándose en horrible desórden los individuos del comité, en ocasion en que ya es imposible el evitar que se pase á las vías de hecho.

—¡Mueran los traidores! esclaman el hombre de los cabellos lácios y unos cuantos compañeros suyos. Y en medio de la mas espantosa confusion y gritería, arrójase aquel el primero con un enorme puñal en la mano contra D. Perrondo.

Este, que vé venir sobre sí al asesino, huye el cuerpo á la primera puñalada que le asesta, y se pone en guardia con el baston que afortunadamente llevara consigo: Fabra, que acaba de derribar al suelo de una tremenda puñada á otro de los sicarios, observa el peligro que corre su querido padrino; lánzase con la velocidad del rayo sobre el infamado agresor, y echándole su mano de hierro sobre el pescuezo, cójele con la derecha el brazo que blandiera el reluciente puñal: el homicida siente que le falta tierra, porque los formidos brazos de Fabra le tienen unos segundos en el aire: asómale una cuarta de asquerosa lengua, cáesele el puñal, que inmediatamente recoje un amigo del esposo de Lucila, y vomitando á borbotones negruzca sangre, es arrojado al suelo con violencia, en medio del asombro de todos sus partidarios, que llenos de terror á la vista de las herculeas fuerzas del amigo obrero, pierden sus bríos, huyendo unos y contentándose otros con

contemplar estáticos el casi inanimado cuerpo del hombre de estrecha y traidora frente.

—¡Miserable! gritó Fabra con atronadora voz al arrojar al suelo á su enemigo.

—¡Matarle, *que es un emisario de Barcelé!* dice un amigo de Fabra.

—Sí, es un dependiente, dice otro.

—Y fue *trabucaire*, añade un tercero.

—No, bastante tiene, dice conteniéndoles el generoso Fabra; ya no le es dado hacer daño; retiradle á una de las inmediatas habitaciones por si puede recobrar la vida.

Mientras tanto no habian holgado ni Maselegre, ni Vicens, ni los amigos que les cercaban: antes que cayera al suelo el emisario de Barcelé, habian arrinconado, logrando intimidarles, mas de cuatro estraviados por aquel malvado, que salieran de la casa del digno amigo de Padrast al ver triunfante la revolucion, con el solo objeto de entorpecer su marcha natural, exagerándola hasta el delirio para que *hiciera miedo á los cobardes, egoistas é indiferentes.* Tambien el noble Vidal, temiendo que el tumulto pudiera ocasionar sérias consecuencias para sus queridos amigos, bajó ligeramente de la plataforma, y haciendo que circulasen voces á propósito para calmar al pueblo, llamó una porcion de hombres armados, en general de su devocion, que tuvo allí á tiempo de salvar á aquellos ó al menos vengarlos, en el caso que los proyectos del miserable de los cabellos canilésios no hubieran fracasado. Ayudado de los hombres armados, logró Vidal restablecer el órden, y subiendo de nuevo á la plataforma, con voz grave, si bien conmovida, dijo:

—¡Señores! tengamos inicio, si no queremos

que el enemigo vuelva sobre nosotros y nos arrebate el triunfo que tanta sangre ha costado...! La junta se halla en el caso de obrar; pero para ello necesita quedar completamente desembarazada. Suplico al pueblo que se retire, en la confianza de que vamos á trabajar en su obsequio.

—¡Sí, sí, grita el pueblo.

—Id tranquilos, ciudadanos, continúa Vidal; que los hombres en quienes habeis depositado vuestra confianza harán cuanto esté de su parte por corresponder á ella dignamente.

—¡Viva nuestra junta de gobierno! esclama uno.

—¡Viva! contesta la multitud precipitándose hácia la escalera.

—Vos, aguardad, dice con voz grave un individuo de la junta, dirigiéndose á D. Perrondo, Vicens y Musalegre.

—¿Qué les quereis? dice mas que asombrado ardiendo en ira Vidal al ver desocupado el local.

—¿Podemos ya discutir con calma? contesta el individuo que ordenára la detencion de nuestros amigos.

—Sí, sí, dicen Vidal y otros amigos del comité.

—En tal supuesto, señores, creo de mi deber el hacer presente á la junta que no puede considerarse completamente tranquila, que no pueda funcionar con entera libertad interin no se aseguren las personas de estos señores.

D. Perrondo y sus amigos se miran asombrados.

—Lo no negaré, continuó el individuo de la junta, á los señores Vicens y Bárcena sus buenas intenciones; pero su conducta nos ha puesto al borde del precipicio, nos ha tenido amenazados

durante una hora larga de una contrarevolucion, cuyas consecuencias hubieran sido funestas á la causa á cuyo frente estamos colocados... Esto bien lo habeis visto todos, y por lo tanto me escuso de probároslo... En cuanto al otro señor... su proceder, dando un *viva* que no sé cómo calificar, ha ocasionado el horrible tumulto que acabais de presenciar, tumulto que, regando de sangre esta misma sala, nos espuso á todos á perder la vida á manos de cualquier combatiente justamente indignado... Por lo tanto creo muy conveniente que se aseguren sus personas, al menos por estos primeros dias, arrestándolas en un fuerte, sin perjuicio de tratarlas con las debidas consideraciones.

—¿Habeis concluido? le dice Vidal rugiente de ira.

—Permitidme, dice con calma D. Fernando, tratando de contener primero al periodista y despues á Fabra y Vicens.

—No me es posible, dice Vidal indignado. ¡Cómo!... ¡quereis castigar á los amigos de la revolucion, y nada decís contra los que en su nacimiento habrán venido probablemente á desacreditarla como inmundos agentes de tenebrosos y maquiavélicos planes! ¡Cómo!... ¡quereis desacreditarla vos mismo mas de lo que han hecho ya sus encubiertos enemigos! ¡Cómo!... ¡preso Vicens, cuyo arrojo nos hiciera dueños de la Ciudadela! ¡preso su salvador en Molins, el mas ardiente y generoso amigo del pueblo! ¡preso el valiente criado, que con una solo palabra, al parecer indiferente, nos ha dado una saludable y elocuente leccion para que sepamos conducirnos en nuestro puesto!... ¡Sabeis lo que habeis pedido, hombre sin corazon,

ó lo que es mas probable, sin cabeza!.. Vuestros sofismas, añade el periodista, trémulo de reconcentrada rabia, no merecen mas contestacion que la siguiente: *¡primero os levanto la tapa de los sesos que consentir en que se apruebe vuestra indigna proposicion!*

—¡Y yo! dice con calor otro individuo de la junta.

—¡Y yo! añade otro levantandose y dando una terrible puñada sobre la mesa.

—¡Señores!.. ¡por Dios! esclama acongojado el presidente: os suplico al señor *Puigdollers* que retire su proposicion...

—Por retirada, dice temblloroso el llamado Puigdollers.

—No es bastante, dice Vidal lleno de dignidad: ya es necesario que por honor de la junta vayan acompañando á los señores hasta su morada dos individuos de su seno y unos cuantos hombres armados... ¡Que sea ese su arresto, porque ese es el que merecen!

—¡Sí, sí! dicen varios individuos de la junta.

—Yo voy el primero, repone Vidal.

—Y yo, añade uno de los que defendieron á nuestros amigos.

Bajan Vidal y su compañero, y requiriendo una pequeña fuerza armada salen acompañando á nuestros cuatro amigos. La multitud, que cuaja la plaza y una gran parte de la calle de Fernando VII, enterada aunque confusamente de cuanto ha ocurrido, les abre paso con respetuoso silencio y sin ningun accidente llegan á la fonda del Universo, cuando ya aquel dia de eterno recuerdo para Barcelona iba á entrar á formar parte de los pasados siglos.

Vidal, cuya alma grande y heróica no era capaz de abrigar negros recelos, acompañando á nuestros amigos y abandonando por esta causa la junta durante algunos minutos, hizo mas falsa la posicion que desde un principio ocupara en ella. Los *pesimistas* habian logrado al menos desprestigiar la revolucion en su nacimiento. Durante la ausencia del periodista, y de los nuevos amigos de Vicens, D. Perrondo y su criado, tomaron aquellos aliento, y adoptando varias medidas entre ellas la de colocar alguna fuerza de su devocion en la casa de la ciudad y en otros puntos, pudieron ya á la vuelta arrojar la máscara y dictar disposiciones sin temor de que el pueblo ni los cuerpos del ejército, que se habian adherido al movimiento, tratasen siquiera de contrariarlas.

Suben todos á la habitacion de nuestros viajeros, á donde al instante acude Rosell, quien á su vista esclama:

—¡Pues cómo!..

—Y gracias que nos ve usted, señor Rosell, le dice Masalegre. Han querido llevarnos presos á un castillo...

—¡De veras!...

—Como tres y dos son cinco... pues, señor, ¡estamos lucidos!

—¡Pero qué hay? repuso el médico dirigiéndose á D. Perrondo.

—Que la revolucion está birlada, amigo mio: que, como yo preví, el pueblo, que ha sido lanzado á ella sin saber á donde le conducian, no sacará partido alguno de sus sacrificios...

—¡Hagamos una contrarevolucion! dice acalorado Vidal.

—Sí, sí; dice Fabra.

—Soy de esa opinion, dice el compañero de Vidal.

—Todo menos que eso, amigos mios, repone don Perrondo; es ciega el mas sublime patriotismo. Aun ayudados de él, vosotros mismos no podrais llevar á cabo las medidas que son consiguientes á una revolucion cuando esta se hace en tiempo oportuno, por personas que la quieran y por conocidas causas que la justifiquen... Insensato seria el que quisiera coger trigo segando los campos al espigar; pero mas insensato aun el que pretendiese llegar en breve plazo á un término dado, caminando al acaso... La revolucion seguirá su curso tortuoso, y solo el pensar en contenerle seria una locura; no hay pues otra cosa que hacer, que dirigirle donde se pueda para que, ya que no haga bien, no cause horrorosos estragos... Volved á la junta, amigos mios, añade dirigiéndose á Vidal y á su compañero, que en ella, para lo que acabo de decir, considero absolutamente necesaria vuestra presencia.

—Vamos allá, dice Vidal. El corazon me anuncia, añade meneando tristemente la cabeza y dirigiéndose á D. Perrondo, que por desgracia se realizarán vuestros pronósticos... ¡á Dios!

—Veamos al enfermo y comamos en seguida, dijo D. Perrondo así que vió fuera de la habitacion al simpático periodista y á su compañero.

—Sí, sí, dijo Masalegre... *¡qué culpa tiene el cuerpo de la mala venta!* dicen en mi tierra los comerciantes.

Bajaron nuestros amigos á ver á Eduardo, que seguia adelante en su mejoría, y acto continuo, ya con la luz artificial, se pusieron á comer acompañados de Dolores, Lucila y Roviralta, que lle-

nos de zozobra por la suerte de aquellos en medio de la revolucion ni siquiera habian pensado en recuperar sus fuerzas con el mas pequeño alimento.

Conversando á la vista de Eduardo sobre las terribles esposiciones en que se habian visto, tanto Vicens y Fabra como don Perrondo y Masalegre, sonaron en diferentes relojes de la ciudad las nueve de la noche. A poco rato sienten pasos de dos personas que se aproximan, y abierta la puerta del cuarto se presenta Vidal con una noticia que hiela todos los corazones, menos el de nuestro ilustre viajero.

—¡Infames...! esclama el periodista no mas entrar en la habitacion. Despues de una lucha espantosa hemos quedado en minoría... ¡Todo está perdido! ¡Los pasteleros y algunos que en otros tiempos nos han perseguido de muerte y hoy con cara patriotismo se han apoderado del movimiento, mandan la junta, mandan sobre la ciudad...! Leed, leed esa órden, que á duras penas y por evitar estrépito he conseguido traer yo mismo habiendo dejado de pertenecer á la junta.

—¡Cómo! ¿no sois ya de la junta? le dice don Perrondo tomando el papel que el periodista le alarga.

—No... he presentado ahora mismo mi renuncia... yo no puedo alternar con traidores y ladrones... ¡Estais desterrado vos y vuestro criado...!

—¡Cielos! esclaman todos menos D. Perrondo.

—¡Ira de Dios! añade Fabra levantándose y en ademan de salir.

—¡Quieto! le grita D. Perrondo.

—¡Y á dónde nos echan? preguntó medio asustado Masalegre.

—No hay punto determinado... se es ordena que

abandonais la ciudad dentro del término de doce horas.

—¡Infames! grita ardiendo en cólera Vicens, mientras que Masalegre se repone del susto que le produjera la palabra *desterrados*.

—¡Dios mio! esclaman prorumpiendo en amargo llanto Dolores y Lucila.

—No os altereis, amigos mios, dice D. Perrondo con imperturbable calma despues de leer el oficio... si este no vale la pena... ¿Nos mandan abandonar la ciudad dentro del término de doce horas...? corriente; mañana comeremos y dormiremos á bordo... sí, sí... No creo que nos impidan dormir á bordo, añadió despues de una breve pausa... ¡oh! ¡oh! lo demás nada me importa, nada... ¿Por qué os afligís, amigos mios...? no me gusta veros así... ¿por ventura os cege de sorpresa mi partida? ¿no sabiais que dentro de ocho, lo mas tarde quince dias, tenia que marchar? Vamos, no hablemos de esto: atendámos á lo que mas importa... Decidme, mi querido Rosell, ¿podrá Eduardo mañana, aun cuando sea por la noche, presentarse en el buque que nos ha de llevar á Valencia?

—Sí, contesta el médico con confianza.

—Quedo tranquilo, repone D. Perrondo: mañana hablaremos de todas nuestras cosas, amigos mios... Por hoy, tengo el espíritu demasiado fatigado y... me hace falta el descanso... sí, sí... Gracias por vuestra conducta, mi querido señor Vidal, añade tendiendo á este afectuosamente su mano en medio de la mas profunda conmocion de todos los circunstantes.

—¡Oh! ¡oh! esclama el periodista. ¡Yo tambien estoy fatigado! ¡yo tambien necesito de descanso

so...! pero es para calmar el ardiente furor que abrasa mi pecho al ver tantas infamias, al ver que *todo se ha perdido*...!

—Para el hombre de bien no se ha perdido todo! esclama D. Perrondo apretándole la mano. ¡QUÉDALE LA TRANQUILIDAD DE SU CONCIENCIA, QUE NO PUEDEN ARREBATARLE NI LOS TIRANOS NI LOS TRAIDORES!

El periodista miró algunos segundos con inefable satisfaccion á D. Perrondo, y en seguida, dándole un afectuoso apreton de manos, esclamó:

—¡A Dios, amigo mio!... ¡hasta mañana!

A los pocos minutos D. Perrondo dormia tranquilamente y por última vez en la fonda del simpático Coll, mientras que su criado, Rosell, Vicens, Fabra, Roviralta y las dos lindas esposas de los últimos, al propio tiempo que se dolian con amargura de la partida de aquel hombre ilustre, velaban á la pálida luz de un quinqué al futuro esposo de la interesante Adela.

CAPITULO XVII.

A BORDO.—EL DESTIERRO POR NO QUERER LA REVOLUCION.—POR QUÉ LAS REVOLUCIONES NO HAN APROVECHADO Á SUS AUTORES.—CONSEJOS Á EDUARDO.

Ya están á bordo nuestros viajeros. Casi á la salida del puerto, al estremo oriental de la flotante y vistosísima ciudad de madera que un aquel forman las infinitas y viariadas embarcaciones que todas las naciones del mundo mandan á la insigne *Barcino*, se vé un tan pequeño como ele-

gante buque de vapor, destinado á hacer la travesía de Valencia en muy pocas horas. Mándale un capitan, hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, de noble presencia, ojos vivos y negros, largos y espesos mostachos, y morenas y pronunciadas facciones, que nacido y criado casi completamente á bordo, no cambiaria su vida aventurera, su vida que entre inmensidad de terribles peligros le ha proporcionado visitar las cinco partes del mundo, por la muelle y monótona del indolente sibarita, ni por la del opulento señoron, regalada tan solo para enervar su alma y secar su corazon, secando con él todas las fuentes de la humana felicidad. Si no contamos algunos hombres de rostros tan curtidos como francos, pertenecientes á la corta tripulacion del ligero y lindo trasporte, solos se hallan en este D. Perrondo, Masalegre y el simpático capitan, por cuanto todos los amigos del primero, empleados en aquella mañana en los preparativos de su precipitada marcha, están aun ocupados en la ciudad desempeñando las comisiones que á su solicitud encomendára el noble castellano, para poder abandonar tranquilamente y tal vez para siempre el emporio de la industria española.

Mientras Masalegre registra por tercera ó cuarta vez las interioridades del barco y admira la máquina y su maravilloso mecanismo, D. Perrondo y el capitan que pasean sobre cubierta, ora fijando sus miradas en el inmenso bosque de embarcaciones simétricamente colocadas por toda la estension del soberbio puerto, ora en los descollantes edificios de la ciudad y la Barceloneta, ora en las azuladas y tranquilas ondas del alta mar que se estrella en la africana costa, ora en las

montañas vecinas, que divisadas en confusa lontananza, ofrecen á la imaginacion los cuadros mas caprichosos, variados y magníficos, conversan al propio tiempo sobre el estado de la poblacion desde el dia anterior y sobre los probables resultados que el pueblo se debia prometer de su noble cuanto temerario arrojo para llevar á cabo una revolucion, que podia ya considerarse birlada.

De pronto llama su atencion un lindo botecito que, manejado por cuatro robustos remeros, se dirige al vapor con la rapidez de la flecha: conduce á su bordo tres hombres armados, uno de los cuales, que ostenta en sus hombros dos charreteras de sargento, reclama en nombre del gobierno supremo de la ciudad que se le dé subida para entregar órdenes. Sube el que parece ser emisario de la junta, quien entrega un oficio al capitan: este se pone á leerle con calma y en seguida, volviéndose al sargento, en tono áspero le dice:

—¿Se me exige contestacion?

—Lo que se os exige es el cumplimiento de las órdenes de la junta.

—Está bien: decidla que será obedecida, que al salir el sol mi barco estará fuera del puerto en direccion de su destino.

—Contad con que sereis vigilado...

—Con lo que cuenta el capitan *Mindana*, es con que sus palabras jamás han sido violadas... ¿Teneis que advertirme mas?

—Nada mas. Adios.

—¡Infames! esclamó Mindana no mas alejarse el bote. Apenas se puede decir habeis tomado posesion de mi barco, y ya me ordenan que abandone el puerto mañana al despertar la aurora... Leed.

—No hay necesidad, amigo mio, le dijo con

dulzura D. Perrondo, ni tampoco veo motivo para que nos incomodemos... ¿no pensábamos nosotros partir á la misma hora que nos señalan?

—Con todo: yo quería salir voluntariamente, y con esto vuestro destierro se ha hecho estensivo á mí y á toda mi tripulacion... ¿Y por qué ese encono contra vos?... ¡Así paga el pueblo vuestros favores, vuestra noble y generosa conducta! Siempre ha sido y será ese su porte! ¡Canalla! nada me coge de sorpresa; pero esa perversidad ingrata me irrita, me subleva la sangre... ¡Oh! si en mi mano estuviera el tomar una pronta y justa venganza, terrible habia de ser! Y al decir esto rompió con furia entre sus manos el oficio de la junta, cuyos fragmentos se vieron flotar al instante sobre las tranquilas ondas de la bahía.

—No perdais de vista, amigo mio, que no es el pueblo quien ha decretado mi destierro, repuso D. Perrondo. ¡El pueblo! el pueblo no debe inspiraros sino compasion... La ingratitud que deplorais no es debida sino á los que se han aprovechado de sus inmensos sacrificios, á los que, siendo sus mas encarnizados enemigos, necesitan fingirse sus partidarios para llegar á ser sus esplotadores...

—Para mí todos son unos, replicó interrumpiéndole Mindana; desengañaos, caballero: yo no soy mas que un hombre franco y honrado; no me precio de político, pero creo firmemente, porque así me lo ha enseñado la esperiencia, que el que de buena fé hace servicios al pueblo es un tonto de capirote. El ciudadano de probidad, que se consagra mas ó menos por completo á defender la causa popular, ¿qué es lo que vé por do quiera? Apostasías, miserias, todo linaje de crímenes, y, lo que es peor, la mas insigne ingratitud hacia sus

sacrificios. Y no puede ser otra cosa: voluble hasta el mayor estremo, tan pronto da incienso á un ídolo como lo arroja por el suelo con ignominia, ignorante y envilecido, siempre será presa de los intrigantes que quieran esplotarle; inmoral ó mal educado, al verse dueño de una situacion, siempre arroja de sus filas hombres audaces y perversos, que persiguen la virtud para premiar libremente las mas bajas y abominables pasiones... Lo estais viendo por vos mismo... En fin, caballero, yo no concibe cómo un hombre de buen juicio, de virtudes y de una posicion independiente, á la vista de tantas infamias, se lanza con ardor á defender al pueblo, que siempre ha sido, es y será ingrato, cruel y canalla.

—No, amigo mio: os ciega la natural indignacion que acaba de apoderarse de vuestro noble pecho, dijo D. Perrondo contemplando al capitan con inefable ternura; el pueblo no es canalla, y aun cuando lo fuera, á él se le debe querer, *no por lo que es, sino por lo que tiene que ser.* Los que se digan sus defensores no deben abandonar su causa por continuados y terribles que sean los contratiempos que en su mision les sobrevengan... ¿Qué importa que el hombre público no vea en su derredor mas que ingratitud, debilidades, apostasías y miserias? ¿Por ventura le dá derecho á obrar mal la reprensible conducta de los demás? ¿Por ventura el proceder errado ó criminal de otros le faculta para que él abandone el camino del honor y las inspiraciones de su conciencia?... ¿Veis aquellas enormes moles de piedra berroqueña, que se levantan majestuosamente á nuestra derecha? ¿Veis en lontananza aquellas escarpadas rocas, principio de la inmensa cadena de los montes Pi-

rineos, que concluye allá en el otro mar junto á la noble, generosa y patriótica villa de Luján. Cien mil veces se han abalanzado á ellas con indecible fúria las encrespadas olas de este mar interior, uno de los mas procelosos del globo, y otras tantas las han resistido fuertes é impasibles; así pues, debe ser el hombre público, que se consagra á defender una causa que crea justa. Ni el miedo, ni la ingratitud, ni los malos ejemplos deben separarlo de la línea de conducta que se trazára al abrazarla.

Jamás habia aparecido nuestro viajero tan sublime é imponente como lo estaba ahora al concluir su oracion, en pié junto á la baranda del buque, estendida su diestra sobre la bahía, contemplando con la cabeza erguida, los ojos llenos de fuego y el rostro inundado de majestad, la lejana costa y los elevados picos de las montañas que en el apartado horizonte del N. E. se confundian con el cielo á la caida de una tarde de sol tan apacible como hermoso, ofreciendo infinitos paisajes á cual mas caprichosos y pintorescos. Fascinado por lo majestuoso de su simpática figura y lo noble de su lenguaje, el escelente capitan balbuceó las siguientes palabras:

—Sí, yo tambien... no puedo menos de aprobar esa conducta... que revela el mas sublime patriotismo... pero... vamos, caballero... hay muy pocos que la sigan... y...

—Lo sé, amigo mio, repuso D. Perrondo dando su rostro al capitan y tomándole afectuosamente la mano; pero, ¿qué importa?... El hombre de bien siempre tiene trazada su línea de conducta, y para seguir por ella no debe hacer aprecio de lo que otros observen... ¡oh! ¡oh! Cuando vuestro lindo

[illegible], merced al poderoso agente que le da impulso, se desliza con la celeridad de la flecha por las ondas tranquilas ó alborotadas de este mar interior; cuando en su velocísima marcha va dejando tras de sí los grandes, medianos y pequeños barcos de vela que por casualidad encuentra, decidme, amigo mio, ¿no vais vos en él mas gozoso y lleno de justo orgullo al puerto designado de antemano? ¿no se penetra tambien vuestro noble pecho de cierta compasion al ver caminar á aquellos con tan tardo é inseguro paso en comparacion del fijo y rapidísimo que lleva el vuestro?...

—¡Oh! ¡sí, sí! dijo entusiasmado Mindana.

—Pues bien: comparad la marcha material del vuestro y de los otros barcos con la moral é intelectual de las sociedades, en la que inmensamente influyen los sábios y los hombres de bien... Estos deben caminar en derechura á su destino, sin que los contemporáneos que, sea por las causas que quieran, retroceden, se están quietos ó avanzan pausadamente por los rodeos que se toman, puedan inspirarles otra cosa que compasion ó desprecio.

—¡Hombre grande! esclamó el capitan radiante de purísimo entusiasmo. ¡Yo os admiro! ¡yo admiro esa sublime abnegacion, esa fé tan pura como ardiente que os consagra por entero á vuestros semejantes sin esperanza de ninguna recompensa!...

—La tengo, amigo mio, la tengo y muy grande en la satisfaccion interior que produce el obrar bien y en el amor de algunos hombres honrados, que vale inmensamente mas que el ódio ó el desprecio de lo restante del género humano... Mirad, mirad, amigo mio... ¿Veis ese pequeño bote que

con tanta rapidez se dirije en nuestra busca? Pues en él se halla una de mis recompensas.

—¿Cómo?

—En el puro amor de las cuatro ó cinco personas que trae á bordo encuentro yo la mayor y mas satisfactoria para mi corazon. ¡Oh! ¡oh! ese amor me haria olvidar las mas insignes ingratitudes. Para probaros, amigo mio, lo inmenso, lo sublime que es tal amor, bastará deciros que si al acercarse aquí esas personas las mandára arrojarse á la bahía, lo harian sin siquiera titubear un segundo.

Absorto, gratamente confundido el capitan con el sublime y arrebatador lenguaje de nuestro viajero, en vano intentó contestarle aunque quiso hacerlo para manifestarle mas y mas su admiracion, y aprobar una conducta que acababa de cautivarle enteramente su noble corazon. Sin poder separar sus negros ojos del pequeño bote que le señalára D. Perrondo, no salió de la especie de éxtasis en que estaba hasta que le vió pegado junto al costado de su lindo trasporte. Entonces siguiendo como maquinalmente á nuestro viajero, acercóse á dar ayuda para saltar sobre cubierta á los recien venidos, que no eran otros que Vicens, Fabra y su esposa, Roviralta y su hijo Pepito.

A la vista de este hermoso niño, D. Perrondo sintió una indecible satisfaccion; cogióle con entusiasmo entre sus brazos y no lo separó de ellos hasta cubrirle de tiernas caricias, que llenaron de grata conmocion á todos los presentes.

—Os he traido, segun vuestra voluntad, á Pepito para que se despida de vos, dijo en seguida Fabra. Luego, un poco antes de ponerme el sol, se le devolveré al señor Vilaregut, y cuando aquel se

haya [illegible] en el Occidente volveré con mi querido [illegible]

—¿Pero está todo preparado?

—Todo, contestó Vicens. Ebora vendrá en compañía del sacerdote, de Eduardo y de Rosell: Deleres y Adela vendrán solas, porque así está lo ha significado de una manera irrevocable. Su hermana no puede acompañarla... ¿cómo abandonar á su padre?

—Sí, sí, ¿y cómo sigue Padrast?

—Según Jaime, su enfermedad no ofrece por ahora tanto peligro: con todo, la considera tan grave que á no contar los pocos momentos que de vez en cuando va á pasar con Eduardo, no se separa un punto del lado del paciente, que, sin saber por qué, ha depositado en él una confianza sin límites. Acométenle, aunque no tan á menudo, los accesos de furioso delirio que vos mismo visteis en esta mañana al llevarle á nuestro Rosell... ¡Oh! en tales momentos es necesario ver á nuestro amigo desempeñando esa misión, que vos llamais la mas magnífica en el mundo! Despues de dejar desahogar un poco al enfermo, ayudado el ilustre médico de su estremada dulzura, de sus finísimos modales, de su lenguaje persuasivo y consolador, logra calmarle con la misma facilidad que una madre prudente y bondadosa calma con tiernas caricias la exaltacion de su hijo de cuatro años. Yo, al verle no há mucho disipar como por encanto el mas terrible arrebato, le comparé con el dios de las aguas de los antiguos, que á una señal suya hacia que las rugientes y alborotadas olas se convirtieran en mansas, tranquilas y acariciadoras.

—¡Oh! ¡qué hombre mas grande! esclamó Ba[illegible]

Si en medio de su delirio, continuó Vicens, el fabricante maldice terriblemente á Adela, Rosell, con su finísimo tacto, hace que la proclame su ángel salvador; si le oye blasfemar contra el casamiento de su hija, al momento logra lisonjearle con la idea de verla felizmente enlazada al brillante jóven á quien prodiga el dulce nombre de hijo; si dominado unos instantes por la terrible pasion de la avaricia, cree ver en cada hombre un enemigo que trata de usurparle sus cuantiosos bienes, el médico le recuerda ideas que, produciéndole amargos remordimientos, le hacen invocan la caridad, con cuya sola contemplacion parece que encuentra inefables consuelos; y si alguna vez, en fin, se acuerda de las clases trabajadoras para lanzar contra ellas durísimas imprecaciones, creyendo encontrar un asesino en cada uno de sus individuos, entonces preséntale Rosell ante su espantada vista la imágen de Fabra, y el enfermo, lleno de reconocimiento, llame á voz en grito á su salvador, y en doliente tono le suplica que le conceda su amistad y disponga como guste de él y de su inmensa fortuna. Semejantes accesos contribuyen siempre con un copioso llanto que, desahogando el pecho de Padrast, lleva á su alma la serenidad necesaria para que pueda recobrar la salud perdida en la escena de pillaje y vandalismo de que ayer milagrosamente le sacamos.

—¡Infeliz! ¡qué lucha mas espantosa! esclamó D. Perronde. Tal estado no puede menos de inspirarme lástima. Mé pensado, añadió despues de una breve pausa, que aun cuando salga de esta enfermedad, sus dias han de ser contados; pero déjemosle por ahora. ¿Y la revolucion?

—Sigue su curso tortuoso, respondió Vicens.

todo sucede segun vos habiais previsto. Ya salió para Madrid la comision que ha de entenderse con el gobierno supremo: todos los individuos que la componen son cuando menos indiferentes á ella; bien escasos ó nulos serán, por lo tanto, los beneficios que de su mision reporte la ciudad..... Vidal ha sido reemplazado por un enemigo declarado de las ideas que han promovido el alzamiento. La junta nada hace de provecho: dirian que se asusta de su propia sombra; huye de los hombres ardientes que han hecho salir victoriosa á la revolucion, y se entrega poco á poco en manos de los intrigantes, de los pasteleros y de los que siempre hicieron gala de infames y multiplicadas apostasías: para aquella nada significan ni estas ni los errores pasados; lo que trata es de sostenerse de cualquiera manera los cortos dias que la poblacion esté divorciada del gobierno, y que la sostengan los que la han creado, ó los que tienen un interes directo en que desaparezca cuanto antes, por mas que digan lo contrario, la importa muy poco. A pesar de tanta y tan preciosa sangre derramada, ya se puede decir que no hay vencidos ni vencedores; y si bien esto será muy bueno para que no se presenten escenas violentas y repugnantes, no lo es para consolidar una causa que por de pronto debe ser toda de los triunfadores, ni para sacar en caso de duda el conveniente partido. Lo mas estraño es que algunos hombres que hasta aquí han clamado furibundamente contra las apostasías y contra todo género de errores y deshonidades, sean los primeros á contemporizar con los apóstatas, los débiles y aun los traidores, con cuya conducta no solo desnaturalizan las causas mas justas, no solo las en-

tregan en manos de sus enemigos, sino que llevan el desaliento para ahora y para mucho tiempo á los espíritus mas sublimes y á los corazones mas puros y generosos.

—Sí, sí; ahí está la causa de la desgraciada suerte de todas las revoluciones, dijo D. Perrondo: ahogadas ó bastardeadas en el momento de nacer, generalmente solo han aprovechado á los que nada trabajaron por hacerlas salir triunfantes. Las elocuentes lecciones de la esperiencia nada han enseñado al pueblo: dueño este de una situacion que conquistára con torrentes de sangre, abdica al instante su omnipotencia y se retira á dormir tranquilamente sobre sus laureles, encomendando su suerte, si no al acaso, á hombres indiferentes á ella. Los directores de ese pueblo generoso, los hombres que le han lanzado á la lucha, tienen mas culpa que él en la esterilidad de sus heróicos sacrificios. En vez de revestirse de una audacia sin límites para apoderarse del movimiento que han promovido, páranse á la mitad del camino, y cual el viajero que se detiene á contemplar el curso del torrente desbordado, se contentan con ver marchar á la revolucion por la tortuosa senda que, en su criminal inercia, la trazan la casualidad ó los enemigos encubiertos de ella. Si por acaso esos mismos directores se apoderan del movimiento victorioso, como que generalmente no tienen fijo en su imaginacion de antemano el punto á donde deben conducirle, faltos de esa energía que todo lo allana, asústanse de su misma posicion; viene entonces la duda, ese veneno que mata los corazones y los espíritus mas entusiastas; la duda trae consigo la política de condescendencia, esta la de transigir con las apo-

tasías y aun con otros crímenes peores, y en este caso la revolucion queda completamente birlada, los promovedores de ella se ven arrinconados y mohinos, y el pueblo, desangrado y lleno de cansancio, vuelve á su antigua posicion, en la que es compadecido de los menos y vilipendiado y escarnecido de los mas.

—¡Oh! ¡qué verdades tan amargas! esclamó Fabra... ¡pobre pueblo!

—Y no he querido hacer aquí mérito de intentanto, prosiguió D. Perrendo, de esos hombres llenos de vicios escandalosos, de esos comerciantes de sangre humana que, considerando al pueblo como una cosa, como una mina de fácil esplotacion, le lanzan á insensatos desórdenes, en los que infamemente le abandonan así que por ello reciben los medios necesarios para satisfacer sus inmensas necesidades... ¡oh! ¡oh!... Pero dejemos á esos seres indignos, que solo hacen daño porque el pueblo y sus defensores de buena fé no quieren conocerles para huir de ellos como de una peste asoladora... ¿Y qué me decía del General? añadió dirigiéndose á Vicens.

—Sigue en Montjuich, respondió el ex-capitan; dicen que está en estremo desalentado... que ha solicitado su relevo...

—El sol se va á ocultar, padrino mio, y mi palabra con el señor Villaregut tiene que cumplirse, dijo en esto el buen Fabra.

—Sí, sí... ¡Pepito! dijo Roviralta tomando de la mano á su hijo: da un beso y un abraso á tu bienhechor.

El niño se abalanzó gozoso á D. Perrendo, que le recibió en sus brazos con trasportes de júbilo, y estampando sobre su hermoso rostro dos

ardientes besos, le pasó á los de Fabra pronunciando un tierno y cariñoso *Adios*, que fué contestado por Pepito con angélica naturalidad.....

A poco rato, y cuando ya los débiles rayos del penúltimo sol, que nuestros viajeros habian de ver brillar sobre la gran ciudad, comunicaban su suave y melancólico resplandor á los multiplicados y elevadísimos capiteles de sus templos, á los pintados, elegantes y caprichosos miradores de sus mas soberbias casas y á las altas chimeneas de sus cien fábricas de vapor, el lindo botecito que conducia á Fabra y á Pepito, bogaba rápidamente por las diáfanas y tranquilas aguas de la bahía, mientras que todas las personas con quienes hemos estado sobre cubierta, dejando esta en estremo conmovidas, se acomodaban en la brillante, limpia y bien alhajada cámara del escelente capitan.

La ténue espirante luz del crepúsculo vespertino acababa de ser sustituida en la casi contínua morada del simpático Mindana por la tan inoscilante como esplendorosa que despedian doce velas de terza y blanquísima esperma, simétricamente colocadas sobre las relucientes cabezas de otras tantas águilas reales, adheridas á una araña de metal dorado, trabajada con esquisita elegancia: á beneficio de sus claros destellos velanse el terso pavimento de la pequeña pieza lujosamente alfombrado, y los asientos y la magnífica mesa de pulimentada caoba, que ocupaba su centro, cubiertos de damasco encarnado con flecos de oro: entre otros objetos preciosos, brillaban cuatro grandes espejos venecianos, adornados con una vistosísima guirnalda de fina palma, dos jarrones de porcelana de la *China* con dos ressales lunarios, que ostentaban

algunas de sus hermosas flores azules, y dos grandes pebeteros de plata primorosamente cincelados que arrojaban columnas de suavísimo aroma inundando de esquisita fragancia no solo la flotante habitacion, sino tambien las mas lejanas estremidades del buque. El escelente capitan, desplegando una estraordinaria actividad y un delicadísimo gusto, habia hecho poner su lindá cámara de una manera digna para recibir en ella á las personas que esperaba nuestro viajero.

De pronto el aviso de un bravo marinero hizo volver sobre cubierta á todos nuestros amigos, quienes á la opaca luz de la luna, palpitando sus corazones de alegría, pudieron observar como dos botes, paralelo el uno al otro, se dirigian acariciados por la mansa ola en busca del vapor. El uno conducia á Eduardo, Rosell, Fabra y un sacerdote, y si bien el otro no llevaba un nuevo César, encomendada su suerte á las olas embravecidas, traia una mujer jóven, bella, tierna, enamorada, que no queria ni pensaba en avasallar ningun pueblo, sino que por el contrario, luchando heroicamente contra las tempestades del mundo, venia en medio de la noche, llena de sublime abnegacion, á rendir su sincero y eterno vasallaje al idolo de su corazon... ¡era Adela que en union de su querida Dolores venia, arrostrando toda clase de compromisos, á enlazarse para siempre con el gallardo oficial, hermano de Gunderinda! Ayudadas por Miudana, Vicens y nuestro viajero, subieron los recien venidos al instante sobre cubierta. Adela por un movimiento instintivo se arrojó conmovida en los brazos de D. Ferrondo, que la recibió no menos afectado, y despues de unos momentos de elocuente silencio, interrumpidos por repe-

dos suspiros de la jóven, bajaron á la brillante cámara, siguiéndoles todos los presentes con el corazon palpitante de gratísima emocion.

En estremo interesantes, en esos momentos críticos, en esos momentos que la inmediata mutacion de estado hace para siempre memorables, estaban los prometidos esposos Eduardo y Adela, esos dos jóvenes brillantes, ambos de una misma edad, ambos estraordinariamente hermosos, ambos dotados de una alma heróica, de un corazon generoso y de un carácter á cual mas dulce y encantador. Adela, vestida completamente de blanco, mas que humana criatura, parecia un ángel bajado del cielo. Aunque el insomnio, la dolorosa situacion de su padre, su mismo arrojo y las fuertes y encontradas emociones que en los dos últimos dias esperimentára, tenian un poco pálido su de ordinario sonrosado rostro, no por eso el conjunto de su elegante y poética figura habia perdido un solo quilate de su sobrenatural belleza: todo lo contrario, su hermosa frente, coronada con una angosta y vistosísima guirnalda de fragantes y delicadísimas flores, nunca habia aparecido mas serena y encantadora; sus grandes ojos negros, velados por espesísimas y largas pestañas, nunca habian brillado con tanto ni tan sublime amor; sus delicadísimos lábios, creados para proporcionar amorosos deleites, tan puros como inefables, nunca habian parecido mas divinos, ni nunca tampoco su arrogante presencia y brevísimo talle habian ofrecido tanta majestad ni tan poderoso atractivo, como en la situacion de tristeza mezclada de terribles dudas y de dulces satisfacciones en que se encontraba. En su tanto no parecia menos bello el jóven oficial: vestido de

paisano, segun órden de su padrino, no era menos esbelto su talle de dama con su elegante traje negro y su chaleco de cachemir bordado, que con su casaca de militar: sus seductores ojos, que de vez en cuando buscaban con avidez los de Adela, espresaban el contento interior de su alma, y su hermoso rostro, pálido antes por la sangre que perdiera y coloreado ahora por la presencia de su amada, manifestaba la mas inefable satisfaccion, asomándose á su perfectísima boca involuntaria, pura y angelical sonrisa.

Despues que todos se hubieron convenientemente colocado, nuestro viajero, que tenia á su derecha al ilustre médico, dirijiéndose á él, le dijo en voz baja:

—¿Y *Vidal*?

—Despues que se despidió de vos, á pesar de mis esfuerzos para que se acostase, no pude lograrlo por el pronto... ¡se puso á escribir...! La calentura que le atormenta, hija de una irritacion, espero desaparezca muy luego.

—Bueno, bueno... ¿y Padrast?

—Ahora, á beneficio de un ligero calmante, está reposando, contestó Rosell. En un lucido intervalo he podido hablarle del enlace de su hija y apenas ha manifestado repugnancia.... El sacerdote y yo respondemos de que despues de consumado este acto, le aprobará completamente.

—Corriente.... marcho confiado en vuestra solicitud.

—Descuidad, amigo mio... pero os advierto que el estado del enfermo no me permite estar aquí mucho tiempo.

—¡Eduardo! dijo en esto en voz alta D. Perron-

do, á quien los circunstantes se dispusieron á oir con religioso silencio. Deplorables acontecimientos, de todos los presentes conocidos, han impedido que se celebrase en la ciudad de una manera solemne y conforme á mis deseos tu enlace con la señorita Adela de Padrast, que me está escuchando. Lanzado á este buque por efecto de esos mismos acontecimientos, con órden espresa de abandonar el puerto en el dia de mañana, no teniendo tú en el mundo otro padre que á mí, ni pudiendo contar á Adela con el inmediato consentimiento del suyo, aunque sí con su posterior aprobacion, los dos habeis convenido con mi acuerdo y con el de nuestros buenos amigos en que yo, ocupando el honroso lugar de padre de ambos, presida en este pequeño recinto el augusto acto, en cuya virtud vais á daros la mano de esposos, poniendo por testigos de vuestra union á Dios y á los hombres... ¿es así, querido mio?

—Sí, contestó Eduardo.

—¿Es así, señorita Adela? añadió D. Perrondo dirigiéndose á la hija de Padrast.

—Así es, contestó esta con débil voz.

—Ustedes, señores, son testigos de esta solemne declaracion, repuso D. Perrondo dirigiéndose á todos los presentes. Y en cuanto á vosotros, añadió volviéndose á Adela y Eduardo, yo agradezco la prueba de inmenso cariño que ambos me dispensais en este momento, á la cual correspondo dándoos anticipadamente mi parabien y deseándoos todas las felicidades que para mí apetezco sobre la tierra... Como los instantes de que podemos disponer son contados, el señor cura puede proceder á bendecir vuestro enlace, que espero

sea tan dichoso cual es puro y sublime el amor, cuya llama arde en vuestros corazones.

En esto se levantó el sacerdote, todos los presentes hicieron lo mismo, y tomando D. Perrondo la mano á Adela y Eduardo á Dolores fueron á situarse á un estremo de la gran mesa junto al ministro del Señor.

Este, juntando las manos de los dos amantes, con voz clara y solemne dijo:

—¿Recibís, señor D. Eduardo, por vuestra legítima esposa á la señorita Adela?

—Sí, contestó Eduardo radiante de júbilo.

—Y vos, señorita Adela, recibís por vuestro legítimo esposo á D. Eduardo?

—Sí, contestó tambien Adela con firme y plateada voz.

En seguida colocó el sacerdote sobre el correspondiente dedo de Adela un preciosísimo anillo que le alargó D. Perrondo, y despues de recitar varias oraciones y dirigir á los esposos saludables exhortaciones, dió fin á la augusta ceremonia echándoles su postrera bendicion, acompañada de las siguientes palabras, que pronunció con imponente majestad:

—*Yo, en nombre de la Iglesia, bendigo vuestra union, para que, unéndose el uno al otro con un amor verdaderamente cristiano, sean tan dichosos sobre la tierra como lo son los ángeles en el cielo al lado del Criador.*

Apenas hubo dicho esto, dijo en seguida D. Perrondo, tanto conmovido, aunque con el rostro radiante de majestad y de orgullo: Ya soy esposo, hijos mios: mi corazon palpita de inefable alegría, porque acaba de sobar de sí un enorme peso al ver realizada vuestra deseada union, con

union que hará feliz vuestro amor tan puro como vehemente, tan entusiasta como desinteresado... Ya puedo, pues, marchar tranquilo á donde quiera que me lleve mi destino... Mi amigo, que tambien lo es vuestro, el noble capitan Vicens, os enterará á ambos de cierta disposicion que hace dias adopté, si no para asegurar vuestro porvenir, al menos para que os acordeis de vuestro padrino, que solo exige de vos un amor tan puro, tan acendrado, como el que él os profesa.

—¡Eterno! ¡eterno, padrino mio! esclamó Eduardo. Y arrojándose al cuello de D. Perrondo, que le recibió con los brazos abiertos, permaneció fuertemente adherido á él durante algunos minutos de religioso silencio, interrumpido por profundos suspiros que conmovieron á todos los presentes y en especial á Adela, Dolores y Lucila, de cuyos ojos empezó á brotar copioso, consolador y espansivo llanto.

—¡Basta! ¡basta, hijo mio! dijo luego D. Perrondo separando dulcemente de su seno á Eduardo. Esa mano, mi querida Adela, añadió tendiendo la suya en busca de la de la esposa de Solís, como prenda de inviolable afecto.

Adela le alargó su blanca y suavísima mano, y como los sollozos la impidieran hablar, clavó sobre él los enternecidos ojos con una espresion indefinible de respetuoso reconocimiento. D. Perrondo contempló estasiado á la jóven durante unos segundos y estampando en seguida un ardiente beso sobre su despejada y serena frente esclamó:

—¡Sí! ¡sí! ¡nuestro amor será tan duradero como nuestra estancia sobre la tierra...! Pero no fatiguemos mas el corazon... Sr. Mindana... El mé-

dico y el señor cura no pueden permanecer mucho tiempo en este sitio.

—¡Muchachos! gritó gratamente conmovido el buen Mindana.

Al momento dos jóvenes marineros cubrieron la elegante mesa, donde con esquisita limpieza y esmerado gusto se sirvió un espléndido refresco, durante el cual todos los corazones, unidos por idéntico vínculo, palpitando por un mismo sentimiento, no espresaron otros deseos que los de ver felices á los nuevos esposos.

—Son ya mas de las ocho, dijo Roselt despues de concluido el refresco mirando su reloj y poniéndose en pié. ¡A Dios, amigo mio! añadió estendiendo sus brazos para recibir en ellos á D. Perrondo; mi corazon es vuestro...

—Como el mio de vos... sí, sí... ¡hasta la muerte! dijo don Perrondo apretando fuertemente contra su seno al ilustre médico; ¡á Dios! ¡á Dios...! ¡Ah! un favor tengo que pediros, amigo mio, añadió al soltarse de sus brazos.

—¿Qué no haré yo por vos? dijo el médico mirando á nuestro viajero con respetuosa admiracion.

—Es hijo del inmenso amor que os profeso... Quiero que abandonando á Molina vengais á esta ciudad á desempeñar la noble mision que teneis en el mundo.

—Sí, sí; tienes que venirte, dijo Vicens, nos haces falta.

—Sí, sí, dijeron todos.

—¡Oh! sí, sí... venid, venid, amigo mio, le dijo Adela con entusiasmo.

—Mas de una vez he pensado hacerlo, dijo el médico; pero por ahora dudo que me sea posible...

aquella gente de Molins me estima mucho mas de lo que yo merezco.

—No importa: venid cuanto antes al seno de vuestros buenos amigos, repuso Adela en tono suplicante.

—Venios á Barcelona, amigo mio, añadió don Perrondo; yo convengo que hareis falta en Molins donde con tantas simpatías contais... ¿pero dónde no la hará un hombre como vos?... Vuestra ciencia vuestras virtudes deben ejercitarse en una escala mas alta, y en ninguna parte mejor que en este gran centro de poblacion, que en esa ciudad ilustre donde palpitan tantos corazones generosos, donde alientan tantos espíritus entusiastas.

—¡Vendré! esclamó el médico despues de un momento de incertidumbre.

—¡Qué felicidad! esclamó Adela.

—Pero no puedo hacerlo hasta principios del año próximo.

—Convenido, dijo Vicens; hasta esa época nos visitarás todos los dias.

—Y yo me encargo, dijo Fabra, de proporcionaros entre mis camaradas antes que os establezcais en esta un regular partido, que luego aumentarán vuestro noble carácter y vuestros conocimientos.

—Todos trabajaremos en su obsequio, dijo Eduardo.

—Corriente, amigos mios: no hay mas que hablar... Un abrazo, mi querido Masalegre.

—Cien mil, dijo Masalegre apretando con efusion entre sus brazos á Rosell.

Unos minutos despues de esta escena, el sacerdote que bendijera la union de Adela y Eduardo, descansaba en su propia morada; el ilustre médico

Rosell estaba velando con Marcela por la salud del fabricante Padrast junto á la cabecera de su suntuosa lecha, y nuestros viajeros y sus amigos pasaban en dulces y sentidos colegios, respirando el perfumado ambiente de la brillante cámara del buque, los cortos pero inolvidables momentos que ya podían estar reunidos.

Acercóse la hora de la tal vez para algunos eterna despedida. Su solo anuncio hizo prorumpir en amargo llanto á las interesantes Adela, Lucila y Dolores, y arrancó mas de cuatro lágrimas á Fabra, Rovira y Masalegre.

—No, no! exclamó desconsolada Adela. No nos marchamos tan pronto, padrino mio! todavía no es hora.

—Son mas de las doce, querida mia, le dijo don Perrondo.

—¿Qué importa? queremos pasar la noche con vos...

—Sí, sí; dijeron todos apoyando á la esposa de Eduardo.

—No, no es permitido, queridas mias, repuso entrándose D. Perrondo; quiero pasarla solo con Vicens y con Fabra, segun tenemos convenido... ahora será menos dolorosa nuestra separacion... ¡Oh! ¡oh! antes Rosell, ahora vosotros, mañana Fabra y Vicens... ¡sufra el alma atribulada, pero sufra con medida y no de una sola vez!... Por otra parte tú, mi querida Adela, debes volver al instante al lado de tu padre... sí, sí, Marcela y Rosell os esperan... Eduardo en su estado de convalecencia no puede sufrir el frio del mar, á Juan le sucede lo mismo, y Dolores necesita cuidar á su pobre niña... ¡Ah! ¡no lloreis, queridas mias, que me despedazais el corazon!... ¡Animo, ánimo!

¿quién desconfía de vernos en este siglo del vapor y de las comunicaciones eléctricas?... ¡Adios, hija mía! añadió tomando entre sollozos la mano de Adela, quien voluntariamente se abrazó á él; ya te puedo llamar así, ya puedo darte tan dulce nombre... no llores, querida mía... espero que nos veremos muy luego...

—¡Cuándo! ¡cuándo! esclamó Adela incorporándose con alegría y clavando sobre él sus ojos inundados de lágrimas.

—¿Olvidas que ya tienes una nueva hermana?

—¡Ah! ¡sí, sí! repuso la jóven radiante de entusiasmo... ¡quiero conocerla, aunque para lograrlo tenga que ir al fin del mundo!

—¡Noble corazon! ¡adios! ¡adios! continuó don Ferrondo, y estampando un cariñoso beso sobre la hermosa frente de Adela, cogió entre sus brazos á Eduardo. ¡Adios, hijo mio!... le dijo, pronto nos veremos... nuestro amigo Vicente... te entregará mis instrucciones... que no dude seguirás fielmente... ¡Adios, Roviralta!... ¡Adios, mis queridas Dolores y Lucila!... ¡Contad con mi corazon, como yo contaré con los vuestros!

—¡Oh! ¡sí, sí! dijeron los tres abrazándose á él y derramando un llanto tan copioso que no les permitia hablar.

—¡Cuidad á mi Pepito!... prosiguió D. Ferrondo, ¡enseñadle el camino de la virtud... que tan fielmente habéis seguido vosotros... ¡adios, amigos mios!... ¡oh! ¡oh!... Vamos, Masalegre... concluyamos con esta... dolorosa escena. Y desprendiéndose de los nobles obreros, sacó su pañuelo para contener el torrente de lágrimas que brotaba de sus hinchados ojos.

Poco menos tierna y patética la despedida de

Masalegre tambien arrancó abundantes lágrimas de todos los ojos, tambien todos los corazones, palpitando junto al del noble criado, volvieron á sufrir hondas y terribles angustias, cuyos recuerdos no habian de desaparecer en mucho tiempo.

Concluido que fué, D. Perrondo tomó silencioso el brazo de Adela, y seguido de Eduardo y Masalegre, que tomaron los de Dolores y Lucila, de Vicens, Fabra, Roviralta y Mindana, subió sobre cubierta dirigiéndose á la escala real, junto á la cual estaban amarrados los dos botes en que todos sus amigos habian de volver á la ciudad. En el uno se colocaron Adela, Eduardo y Vicens, y en el otro Dolores, Lucila y sus nobles esposos. Al empujar los robustos remeros las débiles barquillas, que tan preciosa carga contenian, un tierno *adios*, en el instante repetido, resonó por toda la estension del puerto... ¡era el *adios* con que el amor mas puro y respetuoso contestaba al amor mas sublime y entusiasta!... Durante algunos momentos, á la ténue luz de la opaca luna, viéronse agitar en silencio blancos pañuelos desde el buque inmóvil y desde los ligeros botes, que bogando con estraordinaria rapidez, alcanzaron luego el mas cercano punto del magnífico muelle, mientras que D. Perrondo, Masalegre y Mindana se dejaban caer medio desfallecidos de profunda conmocion sobre los adamascados asientos de la consabida cámara en espera de Vicens y de Fabra.

No se hicieron esperar estos mucho tiempo; antes de la media hora estaban ya de vuelta en el lindo trasporte, donde, entretenidos con tiernos é interesantes coloquios, pasaron con nuestros viajeros y el escelente Mindana lo restante de la noche, si no esceptúa su última hora, durante la

cual, á invitacion de D. Perrondo, todos descansaron recostados sobre los cómodos asientos, mientras que él, á la esplendente luz que despedia la dorada araña, escribió con el alma tranquila y el corazon entusiasmado diferentes consejos para Eduardo, que habian de ser entregados á este por el valiente y simpático Vicens.

Con los primeros, suaves y pálidos albores matutinos concluyó D. Perrondo su tarea. Levantáronse sus tres amigos y su buen criado, y mientras la tripulacion entera, entonando alegres y sencillas canciones en loor de la cercana aurora, disponia á las órdenes del bravo Mindana lo conveniente para la marcha del buque, su linda cámara era teatro de nuevos abrazos, acompañados de tiernos suspiros, de felices promesas y de protestas de un amor tan puro como sempiterno.

—¡Sí, sí!... Si los acontecimientos no nos obligan á marchar de Barcelona, nos veremos á menudo; si no... ¡yo moriria de pesar! esclamaba Vicens.

—¡Y á mí me seria insoportable la existencia! decia Fabra.

—¡Como á nosotros! ¡como á nosotros! esclamaba Masalegre fuertemente adherido al capitan y al antiguo obrero.

—¡Sí, sí!... está dicho, añadia D. Perrondo derramando gruesas lágrimas... Fabra creo que no corre peligro.... Ya os he dicho que os esteis quietos Vidal y vos hasta que recibais aviso mio de Madrid... veremos el desenlace de estos acontecimientos... yo quedo á la vista de ellos; y si, como espero, no abandonais la ciudad, cualquiera que esta sea, en ese caso es preciso que nos veamos

de cuando en cuando... os espero por de pronto en mi casa en el próximo otoño...

—El sol va á salir, amigos mios, dijo en esto con ronca voz junto á la escalera el bravo Mindana.

—Vamos, vamos, dijo enjugándose D. Perrondo, y fuertemente enlazado á Vicens, como Masalegre á Fabra, subieron todos cuatro sobre cubierta. Puestos en ella y en disposicion de bajar el noble obrero y el escelente capitan al bote que les esperaba, D. Perrondo sacó un papel de su cartera.

—Esas son mis instrucciones para Eduardo, dijo alargándoselo á Vicens... no dude que las seguirá al pié de la letra; pero sin embargo, es muy niño y aun necesita por algun tiempo, para marchar por el espinoso camino de la vida, de vuestra solicitud amorosa. Escusado es decir que cuento con ella... sí, sí; yo me prometo que no os separareis... ¡ah! cumplid luego mis encargos para con nuestro Rosell, á quien llevo en el cerazon... ¡oh! ¡oh! ¡qué hombre mas grande!... ¡Adios! ¡adios!

Pocos minutos despues y en el instante mismo en que el lindo trasporte y el pequeño bote empezaron á hender en opuesta direccion las tranquilas aguas del puerto barcelonés, dos mujeres, á cual mas lindas, á cual mas seductoras, á cual mas interesantes, en pié junto á la orilla del mar, fijos sus llorosos ojos sobre aquella embarcacion, agitaban al aire entusiasmadas dos grandes pañuelos blancos... ¡eran Dolores y Lucila, quienes no habiendo podido dormir en toda la noche, abandonaran con el nacimiento del alba el blando lecho para dirigir su último, tierno, patético, aunque mudo saludo, al para ellas dichoso barco que

dejándolas sumidas en hondo desconsuelo, las llevaba dos corazones tan nobles, tan sublimes como la virtud con que estaban enlazados á los suyos.

Pero mientras dejamos marchar á aquel con tardo paso para que luego rompa las olas del alta mar con la rapidez de la flecha, veamos las instrucciones que nuestro ilustre viajero acabára de entregar á Vicens para gobierno del ya dichoso hermano de Gumersinda. Decian así:

«Aunque abrigas, hijo mio, un corazon noble y generoso, eres aun demasiado niño para que, en medio del inmenso amor que te profeso, pueda yo abandonar á Barcelona, donde probablemente te establecerás, sin dejarte escritos algunos consejos, que han de servirte de guia en el intrincado laberinto de esta vida miserable.

1.° En cuanto á lo primero, te recomiendo que te retires inmediatamente del ejército: haciéndolo así, obedeces á tu natural inclinacion, que resiste la organizacion de aquel, y das gusto á tu padrino, que mejor quiere verte ennoblecido por acciones beneficiosas á tus semejantes, que por brillantes hechos de armas, los cuales sólo proporcionan generalmente una gloria funesta.

2.° Haz en seguida que se retire tambien tu asistente, cuyos buenos servicios premiarás con arreglo á tus facultades, manifestándole asi por ellos tu gratitud, que es la prenda que da mas adorno al alma.

3.° Dueño ya de tí mismo, conságrate á defender en lo que puedas la causa popular, que es la causa de Dios, porque si este nos considera á todos como sus hijos, aquella exige que nos consideremos todos como hermanos.

4.° No abandones jamás tus creencias, aunque algunos quieran halagar tu apostasía con que las ideas se cambian con los tiempos: si están aquellas fundadas en la justicia, deben ser eternas, como el principio de donde emanan: conseguirás además con tu constancia el aprecio de los hombres de bien de tu comunion, y el respeto de tus contrarios.

5.° No pierdas el entusiasmo por lo bello, lo grande y lo sublime... ¡Desgraciado del que se vé privado de este alimento del alma por los mezquinos cálculos de un grosero egoismo! La felicidad no es para él mas que un fantasma, que desaparece alquererle tocar.

6.° Procura poner siempre tu corazon del lado de los débiles y desamparados; no hay mayor satisfaccion en el mundo que la que proporciona el evitar una injusticia que con un desvalido quiera cometer un poderoso.

7.° Sé puro en el pensar, comedido en el hablar y circunspecto en el obrar: jamás te decidas á ejecutar una accion sin examinarla antes con detenimiento y convencerte de que es justa; pero una vez decidido, no demores la ejecucion ni por miedo ni por consideraciones de ninguna clase.

8.° Huye de los mentirosos, los embusteros y los cobardes: de los primeros, porque tienen una alma muy baja; de los segundos, porque tienen un corazon muy corrompido; y de los terceros, porque, sobre no servirte de nada, te venderán á la mejor ocasion.

9.° Ten presente de contínuo en tu memoria que el que no es bueno para la vida privada, tampoco lo es para la pública.

10. Por lo tanto, procura escoger tus amigos entre los hombres que aborrezcan el lujo escesivo, la disipacion, la soberbia y la licencia, seguro de que esos amarán al pueblo de todo corazon. De poco sirve que algunos cacareen buenas ideas, si no están amasadas con el amor del prójimo, sin el cual, bien analizadas aquellas, no dan de sí mas que una vana palabrería.

11. No seas sanguinario en la defensa de tus opiniones, porque ni los castigos crueles han producido jamás el efecto que al decretarlos se propusieron sus autores, ni las buenas ideas necesitan de sangre para abrirse paso á través de los errores y mezquinos intereses que se oponen á su desarrollo.

12. Sin embargo, no por eso seas condescendiente con los errores repetidos y los crímenes premeditados, porque esto sería tanto como apro-

barlos tácitamente y hacerte tú responsable por una punible debilidad en sus deplorables consecuencias.

13. No te fies demasiado de los hombres exaltados y vocingleros en política: mientras que el verdadero patriota es sensato, prudente y sufrido, aquellos, mas que por conviccion, obran y hablan generalmente impulsados por desprecios hechos á sus personas, que olvidan en el instante mismo que les halaguen, tornándose mas mansos que las inocentes ovejas.

14. Tampoco deposites tu confianza en los que, habiendo estado en contrario campo, se han pasado al tuyo: no te dirán mas al cometer su apostasía que el tiempo y los desengaños han modificado sus ideas; pero tú no debes perder de vista que pueden apoyarse en las mismas razones para abandonar el dia menos pensado la nueva causa que abrazáron.

15. Si la suerte te coloca en cualquiera ocasion en un puesto donde puedas dispensar algun bien, atiende ante todo á los que han sufrido por la misma causa que tu defiendas, que en esto, además de un acto de justicia, ejercerás otro de profunda política.

16. Para que nunca se pueda albergar en tu corazon la pasion infame del juego, ten presente que todo jugador está, en el hecho de serlo, en la pendiente del deshonor, y que de ciento contaminados con tan feo vicio los noventa bajan al terreno fangoso del crímen, mientras que los diez restantes se convierten en truhanes, petardistas, retrecheros y fementidos.

17. No sucumbas jamás á ejecutar un acto que resista tu conciencia ó que repugne tu honradez, por grandes y poderosos que sean los compromisos que te asedien para llevarlo á cabo, seguro de que, si le pusieras en planta, los que te hubieran aconsejado y aun los mismos en cuyo favor le hubieras hecho serian los primeros á abandonarte, á morderte sin piedad y tal vez á perseguirte con encarnizamiento, porque si el beneficio suele ser un peso insoportable para los mas tratándose de buenas acciones, en las malas siempre es un arma

homicida, que tarde ó temprano esgrime el beneficiado contra su bienhechor.

18. Por último, te encargo sobre todo que te acuerdes contínuamente de aquella máxima de tu buen padre: *el hombre mas feliz es aquel que pasa su vida haciendo todo el bien que puede.*

CAPITULO XVIII.

EL MAR.—LAS QUINTAS.—LLEGADA Á VALENCIA.

¡EL MAR! ¿Quién es el hombre de corazon animoso que no se ha sentido aguijoneado por un ardiente deseo de ver el mar, esa magnífica imágen de lo infinito, esa terrible é imponente inmensidad de aguas, que ya mansas ó alborotadas, ya serenas y silenciosas, ó ya rugientes y enfurecidas, mas que todo lo aquí creado, nos dan poderoso y elocuente testimonio de la existencia del *Ser* eterno, omnipotente, misterioso autor y director de los mundos? ¿quién es el hombre de sentimientos elevados que no ha deseado alguna vez dejar esta prision que se llama *tierra*, y lanzarse en ese piélago sin fin, en ese otro mundo, dos veces mayor que el miserable en que vive, pero mundo ancho, inmenso, sin barreras, donde solo se reconoce á Dios por soberano, donde el corazon late á sus anchuras, donde la *criatura* se eleva llena de dignidad hácia una sublime y religiosa contemplacion del *Criador*?.. Ya respiran su suave y humedecido ambiente nuestros viajeros... ¡ya se llenó con esto uno de sus mas ardientes deseos! ¿Qué importa que las oleadas de una revolucion mal promovida los hayan lanzado á él antes de tiempo? ¿será por esto menos completa su satisfaccion? no, no, no! ¡y

quién sabe si la Providencia ha decretado en sus inescrutables designios el contratiempo que precitára su salida de la hermosa perla del Mediterráneo, cuyas suaves olas, que otro dia podian convertirse en encrespadas, acarician ahora la dichosa nave de Mindana..?

Rápido, velador, semejante á la alegre golondrina que casi invisible por su gran velocidad bate con sus alas la azulada superficie de las ondas, marchaba, fuera ya del afamado puerto, el lindísimo trasporte, fuertemente impulsado per el vapor, ese agente maravilloso, grande, potente, que ha operado una revolucion tan magnífica en el mundo industrial y que la hará mayor en el moral é intelectual de las sociedades á despecho y aun con ayuda de los mismos hombres interesados en que retrocedan ó se estén quietas, porque asi conviene á sus cálculos egoistas ó criminales. Un sol purísimo, saludado con los alegres cánticos de bravos marineros y con los dulces gorjeos de infinidad de pajarillos de vivos y variados colores, vino á estender su magnífico manto de oro sobre las tranquilas aguas del Mediterráneo, iluminando de paso las sinuosidades de la costa catalana, rica por la abundancia, variedad y delicadeza de sus producciones. A manera que el ligero trasporte se alejaba en direccion del Sud de la bella Barcelona y de las deliciosas estremidades del pais de que es cabeza, á la vista del magnífico y embelesador espectáculo que en cielos y tierra presentaba la naturaleza, de aquel sol suave y esplendoroso, de aquellas ondas azuladas, sobre cuya blanca superficie asomaban jugueteando de vez en cuando hermosísimos y estraños pececitos, de aquel espacio inmenso alegremente recorrido por centenares

de aves de diversas familias y de fino, variado y vistosísimo plumaje, el hondo pesar que oprimia el pecho de nuestros viajeros por la separacion de tantas y tan queridas personas, fué cediendo su lugar á una espansion gratísima, inefable, que el buen Mindana supo completar con su conversacion animada y entusiasta, y sus modales francos, nobles y sobremanera simpáticos.

—¡Esta es la vida, amigos mios! dijo el escelente capitan acercándose radiante de entusiasmo á nuestros viajeros, así que vió marchar el barco exente de peligro por el alta mar: aquí se respira con libertad, sin miedo á los tiranos, sin tener que mirar mas que á Dios, único que está sobre nosotros y á quien de continuo invoca el tosco pero honrado marinero en la seguridad de que vela con paternal solicitud por el que obra conforme á sus inmutables preceptos.

—Teneis razon, amigo mio, le dijo un poco conmovido D. Perrondo; aquí, á la vista de este grandioso espectáculo, se olvidan las miserias del mundo, el corazon se dilata y el alma parece quiere salirse del cuerpo, extasiada con la contemplacion de tanta maravilla.

—¡Oh! ¡oh! esta es la vida, sí, repuso Mindana, vida en que el hombre se engrandece, en que el corazon palpita violentamente de purísima alegría, en que el alma se eleva, llena de satisfaccion y de orgullo, sobre las terrenales miserias, y al contemplar con entusiasmo ardiente las bellezas de la naturaleza, desea acercarse sumisa y respetuosa al trono de ese Dios, cuya magestad proclaman estas aguas, este espacio y todas las demás creaciones suyas que nos rodean... Mirad, mirad esas ondas azuladas, ahora tan serenas y apaci-

bles, tal vez rugientes, alborotadas y terroríficas mañana: mirad á nuestro Oriente y á nuestro Sud ese horizonte que equivocadamente limita al instante nuestra mezquina vista; mirad esa variedad infinita de vistosísimas aves, á las que pronto abandonaremos por ser fieles y contínuas habitadoras de la costa; y sobre todo, mirad esa ribera deliciosa con sus pintorescos valles, sus alegres casas de campo, sus cien pueblos ricos é industriosos, y sus magestuosas montañas, que, desafiando á los siglos, sirven de seguros guías al pobre marinero cuando, engolfado en este piélago profundo, tiene que luchar heróicamente contra la horrísona tempestad.

—¡Gracias, amigo mio, gracias! esclamó D. Perrondo tendiendo su mano lleno de emocion al noble Mindana: habeis querido lanzar del doliente pecho el hondo pesar que le atormenta, y aun cuando no lo hayais conseguido por entero, no en poco aliviásteis el enorme peso que á él llevára la tierna despedida de tantas y tan queridas personas... ¡oh! ¡oh! amigo mio... Yo os suplico que sigais relacionándome las bellezas de la naturaleza en este hermoso pais, que tan bien conoceis, con ese entusiasmo ardiente, que tanto ensanche da al oprimido corazon y tan purísimo gozo lleva al alma atribulada

—Sí, sí; decidnos qué pueblos son esos que vemos, qué nombre tienen esas montañas que tocan en los cielos, y esos rios que mueren en el mar, dijo Masalegre fijando sus asombrados ojos por toda la estension de la costa.

—Así os quiero yo ver, amigos mios, dijo el escelente Mindana. Yo convengo en que con la tierna despedida de personas tan bellas y queridas han

sufrido vuestros corazones... hasta el mio padeció con ella lo que Dios sabe... Pero ¡qué diablo! todo debe tener su fin... no somos ningunos niños... sí, sí; voy á satisfacer vuestros deseos... ¿Veis á unas diez leguas á nuestro N. NE. aquella punta llamada *de Tordera*, como el rio que allí desagua, cuya prolongacion nos impide ver bien la costa mas oriental de Catalnña..? Pues bajando desde ella hasta Barcelona, á orillas de una costa en general tan baja y mal resguardada como deliciosa y productiva, se ven progresivamente entre otras pequeñas poblaciones, las hermosas, ricas y manufactureras villas de *Malgrat*, *Calella*, *Canet* y *Arenys de Mar*: como á la mitad del camino encuéntrase la industrial y opulenta ciudad de *Mataró*, célebre por el ferro-carril, el primero en España, que, enlazándola con Barcelona, atraviesa cinco leguas de playa tan pintoresca, tan hermosa, que parece toda un prolongado y vistosísimo jardin. Aquella imponente montaña, que no lejos de la costa parece se eleva hasta el cielo entre *Mataró* y *Barcelona*, es la titulada del *Monseny*, que tiene delante de ella la manufacturera villa de *Masnou*, célebre por sus intrépidos marinos, y la mas manufacturera, hermosa y poblada de *Badalona*, rica en recuerdos de las dominaciones cartaginesa y romana... ¡Ved al elevado *Monjuich*, al Sud de *Barcelona*, cómo se levanta cual formidable gigante encargado de la custodia de tan preciosa joya, arrullada por el *Besós* y el *Llobregat*..! ¡oh! ¡oh..! Pero mirad tambien aquella mole mucho mas imponente y magestuosa, que se destaca en el lejano horizonte del Oeste... ¿no conoceis aquella montaña, que confunde con las nubes sus picos caprichosos y magníficos...?

—Sí, sí, dijo gozoso D. Perrondo; es la de *Monserrat*, á cuyos piés pasamos al venir á Barcelona.

—En efecto: tanto se eleva, que no la perderemos de vista en mucho tiempo, continuó Mindana. Dirigid ahora vuestra vista por toda esa playa lisa que se titula del *Llobregat*, sobre la cual solo descuella imponente el ya nominado *Monjuich*... ¿no veis qué paisajes mas deliciosos y pintorescos ofrece esa ribera..? Sigue despues la montañosa costa de *Garraf*, cuya torre así llamada podeis ver desde aquí perfectamente con el anteojo: entre las sinuosidades de esa escarpada costa, rodeadas en sus tres costados por pequeños pero pintorescos valles, se sientan las opulentas, populosas y deliciosísimas villas de *Sitges* y *Villanueva y Geltrú*, famosa aquella además por su escelente malvasía, y un poco mas abajo de esta entra en el mar el rio *Foix*, límite de las provincias de Barcelona y Tarragona por este lado y cuya embocadura debemos divisar perfectamente. Tiene asiento unas seis leguas mas abajo de esta embocadura la fuerte y celebérrima ciudad de *Tarragona* con su suntuosa catedral, sus soberbios monumentos romanos y su magnífico muelle, y como cosa de dos leguas de alla, tierra adentro, está la opulenta, populosa y manufacturera de *Reus*, una de las mejores y mas bellas poblaciones de España. A *Tarragona*, á esa ciudad de brillantes recuerdos históricos, la saludaremos á lo lejos, porque en nuestra ruta á *Mallorca* cada vez nos separamos mas de ella. Lo mismo haremos con el cabo *Salou*, adornado con dos pequeñas torres y un mediano faro y con todo lo restante del marítimo pais catalan en direccion de Valencia, que constituye la baja y prolongada pla-

ya de los *Alfaques*, donde, dividido en dos grandes ramales, desagua el *Ebro* despues de un curso de ciento veinte leguas desde su nacimiento junto á la villa de *Reinosa*, no lejos del otro mar.

Solo un ardiente deseo de enterarse de tanta belleza como el bravo marino describia, radiante de majestad y de orgullo, habia contenido sobre cubierta á nuestro Masalegre, á quien ya hacia rato empezáran á molestar todos los síntomas del mareo, ese accidente casi irremediable para el que no está acostumbrado á la navegacion: su amo sin embargo no se vió acometido de él, bien fuese por lo vigoroso de su constitucion, ó, lo que es mas probable, porque el espíritu, fuertemente escitado, antes con la despedida de sus caros amigos y ahora con la contemplacion de las preciosidades que el entusiasta Mindana le iba manifestando, se sobrepusiera á la natural debilidad del cuerpo. Por fortuna, merced al suave balance del trasporte y á los consejos del capitan, la incomodidad de Masalegre no fué de duracion, pues que á la media hora escasa de náuseas y pequeños vómitos, que pasára tendido en la cámara despues de tomar un lijero almuerzo, pudo subir otra vez firme y valeroso sobre cubierta á gozar en union de su amo de la hermosura del dia, que no podia estar mas apacible ni encantador.

Poco á poco, con la marcha maravillosamente rápida del elegante vapor, no presentaba ya á nuestros viajeros el hermoso pais catalan mas que puntos oscuros, imperceptibles, que, desapareciendo á luego por completo como desaparece una luz por faltarla el líquido que la ha sostenido, fueron en el momento reemplazados por otros, que el lejano horizonte del Sud ofrecia á la lince y escu-

driñadora vista de aquellos. Percibíase ya en confusa lontananza la grande y hermosa isla de *Mallorca*, que con tanta avidez deseaban ganar cuanto antes nuestros viajeros.

A manera que el barco hendia veloz las salitrosas y cristalinas ondas, la célebre y deliciosa isla, cual si se destacára pausadamente del seno del mar, iba presentando mayores y mas bellas proporciones, deleitándose la codiciosa vista primero con sus mas culminantes puntos el *Puig mayor de Torrella* y el *Puig mayor de Lluch*, despues con sus majestuosas é imponentes montañas de segundo órden, que en prolongada cordillera ocupan su parte setentrional, y por último con sus pintorescos valles, sus cultivadas colinas, sus precipicios, sus cabos, sus ensenadas y sus islotes.

—Vamos á tocar en una de las islas mas privilegiadas del globo, dijo á nuestros viajeros Mindana unas cuatro leguas antes de doblar el cabo *Dragonera*: aquí se dan en prodigiosa abundancia todos los frutos mas esquisitos que producen la Europa y el Africa: en sus cultivadas y siempre verdes colinas, en sus fértiles llanos y risueños valles, regados por impetuosos torrentes y pequeños arroyuelos sostenidos por cristalinas fuentes, porque aquí no se conocen ríos, se respira el ambiente mas embalsamado; en sus caprichosas montañas se encuentran ricas minas de alabastro, de jaspe de colores, de mármol, de pórfido y de otras piedras preciosas; en sus puertos se coge mucha y delicadísima pesca, y en todo su recinto se crian esas mujeres, esbeltas, sonrosadas y graciosas, que son sin disputa las mas hermosas de Europa... No estrañeis que la isla encierre una poblacion inmensa, eso que las costas no nos presentan esa

vistosa infinidad de villas, aldeas y lugares que habeis admirado en las de Cataluña, porque aquí, mareed á los contínuos desembarcos de moros y piratas desde el tiempo de la conquista hasta nuestros dias, los naturales se han visto precisados á buscar su seguridad construyendo sus habitaciones en los valles interiores y en los llanos algo apartados del mar. Vénse sin embargo sobre sus riberas algunas villas populosas, que son tan comerciantes como ricas... Mirad á nuestra izquierda; entre aquel fondo oscuro majestuoso, que presentan las vecinas montañas, se encuentra sentada en un hondo y deliciosísimo valle de naranjos la grande villa de *Soller* con un puerto no muy cómodo, aunque bastante capaz. Casi enfrente del desierto islote de *Dragonera*, junto al cual pasaremos, y en el estremo occidental de la isla se sienta la de *Andraix* con otro puerto mas capaz, aunque menos comerciante, y no lejos de ella está la de *Calvia*, célebre por haber desembarcado en su playa D. Jaime el Conquistador. Luego podeis ver, aunque en confuso, mucho mejor que ahora, la frondosa isla de *Ibiza*, frecuentada por buques de toda Europa á causa de sus riquísimas salinas de agua.

En esto el ligero trasporte llegó á pasar frente al cabo é islote de *Dragonera*, dobló luego el cabo *Galafiguera* y entró en la grande y hermosa bahía de *Palma*, terminada al otro estremo por el cabo *Blanco* y en cuyo fondo, sentada en forma de anfiteatro, ostentando multitud de soberbios edificios, entre los que descuella la sólida y elegante torre de la catedral, rodeada de frondosas arboledas, de magníficos paseos, de deliciosos jardines y pintorescas casas de campo, que la dan el aspecto

de una poblacion inmensa, dominada por el célebre castillo de *Bellver*, teatro de la trágica muerte del ilustre *Lacy*, divisaron nuestros viajeros llenos de un gozo indefinible á aquella ciudad, que contemplada desde el mar ofrece uno de los mejores golpes de vista del universo.

Acercóse el barco al seguro pero poco profundo puerto, cuando aun el sol no estaba en la mitad de su carrera, y como aquel tenia que detenerse un par de horas para recibir á los pasajeros que quisieran hacer en él su viaje al continente, determinó don Ferrondo aprovecharse de esta coyuntura para dar con Masalegre una vuelta por la ciudad, en cuya correría se brindó á acompañarles el simpático Mindana. Desembarcado que hubieron nuestros tres amigos, fueron acometidos de una porcion de curiosos que querian enterarse en un segundo de los acontecimientos de Barcelona: desprendiéronse como pudieron de los importunos, diciéndoles en pocas y calculadas palabras el estado de la capital del Principado, y atravesando varias calles, algunas de las cuales ostentaban casas tan antiguas como sólidas y elegantes, pudieron aunque muy de ligero enterarse entre otras cosas del suntuoso y celebrado edificio de la *Lonja* y de la magnífica catedral toda de fina piedra de *Santagny*, de notable mérito en sus tres estensas naves, mandada construir por D. Jaime el Conquistador, y en la cual descansan los restos mortales de su hijo don Jaime II, rey de Mallorca, y los del célebre marqués de la Romana, volviéndose luego á bordo, donde les sirvieron una comida abundante y variada.

Como á eosa de la una de la tarde la fuerza de la locomotiva, que empezó á funcionar en medio de

su ordinario y monótono estruendo, imprimió al buque un suave movimiento, que fué progresivamente aumentando conforme se deslizaba por la ancha bahía, la cual dejó luego trás de sí engolfándose volador en la alta mar y en fija direccion del Oeste.

Mientras nuestros viajeros y el capitan, acompañados de uno de los seis ú ocho pasajeros que habian venido á bordo en Palma y que no era sino un *padre de la patria*, que segun dijo pasaba á Madrid á emplearse en las tareas peculiares á su cometido, deleitaban sus sentidos contemplando las escarpadas riberas adornadas de altas y fortificadas torres, los pintorescos valles y las montañas cubiertas de pinos, abetos y enebros que presentaba la isla de *Ibiza*, un jóven de veinte años, tambien de los recien entrados en el buque, medio vestido de militar, de presencia arrogante, simpática, si bien un poco pálida fisonomía, que conforme viniera á bordo se colocó cabizbajo junto á la baranda de popa, empezó á rasguear fuertemente una guitarra, y con voz dulce á la par que melancólica, que no pudo menos de llamar la atencion de aquellos, entonó la siguiente

CANCION.

En mal hora cruel decretára
Un tirano de raza infernal
Que una urna de luto encerrára
De soldado la suerte fatal;
Que do quier lleva
La maldicion
Y es del esclavo
Fiel espresion!
También yo de esa urna funesta
De soldado la suerte saqué,

Y en el llanto la casa modesta
De mi madre anegada dejé;
Que fuí su aliento
En mi niñez,
Y era el consuelo
De su vejez.
Me arrebata una mano atrevida
De la madre que en mí se miró,
De la madre que el alma no olvida,
Cuyo alivio y amparo era yo:
En vano clamo
Que haya piedad...
¡De ella me alejan
Con crueldad!
A la guerra me mandan armado,
A la guerra que ye aborrecí...
¿Cómo puedo ser yo buen soldado,
Si *á la fuerza* me tienen aquí?...
Ni aun me dejaron
La voluntad;
Por eso quiero
Mi libertad!
Si hoy el pobre tan solo es soldado,
Sea un oficio el servir y pelear,
Y el que quiera podrá entusiasmado
Tras la gloria á la guerra volar;
Que yo no quiero
Lauro marcial,
Sí que me acoja
Suelo natal!
Por la pátria me dicen que muera,
Por la pátria que no conocí...
Yo á esa pátria tambien defendiera,
Si á mi madre cuidase por mí...
De esta yo miro
La desnudez,
No de la pátria
La brillantez.
¿Por qué causa infundirme pretenden
Un aliento que no pueden dar?...
¡Dejan ellos, y nécios entienden
Que en su nombre me voy á matar!...
Si del esclavo
Soy la espresion,

Late en mi pecho
Un corazon,
Que indignado de cólera estalla
Maldiciendo de ver la maldad,
Que ante el oro mezquino se avalla
El principio de eterna igualdad:
Que yo fuí pobre
Desque nací:
Por no ser rico
Me veo aquí!
Si esa pátria es tirana conmigo,
¿Cómo puedo servirla leal?...
Cuando vea diré al enemigo,
Que tú mandes, ó aquel, me es igual...
Ella es tu madre;
Sírvela aquí...
Si soy su hijo,
¿Qué hizo por mí?
¡Oh! mi madre en acerba dolencia
Y angustiada la veo gemir.
¡Es ya anciana y tal vez en mi ausencia
De dolor dejará de existir!
¡Su *adios* postrero
Yo quiero oir,
Y que en mis brazos
Llegue á morir!
Solo anhelo volver á mi tierra,
A los campos en donde nací,
Que no puedo servir en la guerra,
Si á la fuerza me tienen aquí;
Que do quier llevo
La maldicion...
¡Soy del esclavo
Fiel espresion!

—¡Él lo ha dicho... *¡Fiel espresion del esclavo!* ¡oh! ¡tiene razon! esclamó conmovido D. Perrando así que dejó de cantar el pobre soldado, y dirigiéndose á él sin dar lugar á que nadie le contestase,

—¡Concluyó ya, le dijo en tono agradable, vuestra dulce cancion?

—Sí, dijo levantándose el buen militar, y exhalando un profundo suspiro; ya desahogué un poco con ella el oprimido pecho; ya puedo dirigir mi última mirada con algun valor al país que me vió nacer, y donde se queda la mitad de mi corazon.

—¿Pues, de dónde eres, mozo? le preguntó en tono aristocrático el diputado

—Soy de la bonita *Benisalem*, contestó el militar acercándose; ganando con mi trabajo mi subsistencia, me he criado en sus fértiles llanuras y deliciosos valles, contemplando de contínuo su hermoso cielo y respirando su ambiente purísimo y saludable. Hace medio año que me tocó la suerte de soldado, esa suerte que por lo infausta se ha hecho patrimonio esclusivo del pobre... mi infeliz madre viuda, cuyo amparo era, no pudo librarme porque el que me seguia era rico y logró con los poderosos que tuvieran por tal á mi único hermano casado, que solo cuenta para sostenerse con el sudor de su frente... luego que me arrancaron de sus brazos, caí enfermo de dolor en *Palma*, y ahora, que me he restablecido, me mandan al Continente en busca de mi regimiento.

D. Perrondo, Masalegre y el capitan miraron con infinita ternura al arrogante mancebo, que tan perfectamente y con tan pocas palabras acababa de pintar el cuadro de su vida entera.

—¡Pobre militar! dijo el primero: no estraño, pues, en vista de lo que nos acabais de decir, que vayais de tan mala gana al ejército.

—Ya lo creo, dijo de repente Masalegre: todavía es algo peor la suerte de este buen mozo que la del héroe de aquella célebre letrilla:

A la guerra me lleva
Mi necesidad:
Si tuviera dineros,
No fuera en verdad.

—Sí, dijo el buen Mindana, porque al señor le hacen ir á la fuerza y por una injusticia, mientras que el otro iba voluntariamente.

—Usted lo ha dicho todo, mi capitan, dijo el militar: si no fuera por una injusticia, no digo yo que iria conforme con mi suerte... ¡es muy dura la del soldado para tener en ella conformidad! pero al menos no me atormentaria la idea de dejar penando á mi madre, no solo por esa suerte, sino tambien por la iniquidad de los hombres.

—¡Oh! ¡lo que son las quintas! esclamó afectado D. Perrondo... ¡hé aquí una víctima, digo mal, dos víctimas interesantes de esa contribucion abominable!...

—Dolorosa es en estremo, caballero, dijo en esto el diputado; no podemos negarlo; pero ¿cómo pasar sin ella?

—Como se ha pasado en otros tiempos, amigo mio, como pasaron nuestros antepasados que tuvieron los ejércitos mas valientes que han conocido los siglos.

—Sí; pero vos no dejareis de conocer que en el estado actual de las sociedades...

—Son mas inútiles y mas injustas que nunca; eso es lo que conozco, amigo mio, repuso D. Perrondo interrumpiendo al diputado. Sobran los enganches voluntarios para formar un pequeño ejército que, bien organizado y disciplinado, pueda sostener el órden en una nacion libre. Ni se arman, como en los pasados tiempos, por el solo capricho de un hombre vano ó una mujer envilecida esas guerras crueles que asolaban los pueblos; ni las naciones, mas laboriosas, cultas y moralizadas hoy, se miran como enemigas unas de otras, ni encuentran eco, por último, esos deseos de lo-

cas conquistas, que han tenido á la Europa durante todos los siglos anteriores al presente en un estado permanente de guerra, de luto y de desolacion.

—No os negaré yo, repuso algo cabizbajo el diputado, que los pueblos modernos son menos belicosos que los antiguos, lo cual depende de su mayor cultura, que les hace buscar la gloria y el bienestar en el trabajo; pero en esa misma cultura tienen su mas poderoso apoyo las quintas, porque ellas, mejor que los enganches voluntarios, á los que solo se presta la gente holgazana y si se quiere desmoralizada, nos pueden dar un ejército disciplinado, valiente y patriota, que cuide de protejer el órden y una bien entendida libertad, á cuya sombra solamente florecen las artes, las ciencias, la agricultura y el comercio.

—No, no, caballero; las quintas no tienen donde apoyarse.... Yo dejo á salvo la buena intencion de Vd. al apoyarlas en este momento; pero no lo dudeis, ellas son la mas sangrienta personificacion de los mas odiosos privilegios; ellas son la burla mas cruel que jamás se ha hecho del género humano despues que quedó abolida la esclavitud... ¡Oh! ¡oh! inventadas por modernos tiranos que consideraron á los pueblos como patrimonio suyo, únicamente indignos satélites, cobardes y envilecidos aduladores de un poder monopolizador y arbitrario, que les proporciona goces á costa de sus semejantes, se esfuerzan por sostenerlas bajo el pretesto de que ellas solas pueden dar ejércitos brillantes y disciplinados, que no hay que buscar en los enganches voluntarios; pero la historia de todas las naciones hasta el siglo último, y en especial la de España, sale á desmen-

tirles, y lo hacen de una manera elocuente la Inglaterra de hoy, y sobre todo esos Estados-Unidos de la América del Norte, que sin conocer las quintas, constituyen la nacion mas poderosa y feliz que han conocido las edades..... Y eso es muy natural: al soldado nuestro le falta la voluntad, le falta la vocacion para serlo, y un soldado á la fuerza tiene que ser con precision menos valiente, menos entusiasta que el enganchado, que toma por oficio el servir en las armas... No hay que hablar de moralidad, porque la disciplina, ya que nó la educacion, se encarga de que la tenga tanto el soldado forzado como el voluntario... Y aun cuando así no fuese, aun cuando todas las naciones del mundo adoptasen el sistema de quintas, no por eso perderia este un átomo de su iniquidad, y lo que de suyo es inícuo, lo que es intrínsecamente injusto, no puede aprobarlo ningun hombre de buen juicio ni de recto corazon..... Oid al pueblo, cuyos nobles sentimientos respecto de materias que están á su alcance, significan mas que las opiniones de los filósofos, y cuyo instinto vale tambien inmensamente mas que los discursos de los oradores y políticos; vedle cómo tiembla al solo anuncio de las quintas; oidle cómo las maldice, entre otras razones, porque vienen á dejar en el desconsuelo á la viuda, al anciano, al impedido y al huérfano: porque arrancan una porcion de brazos, tan pacíficos como industriosos á los talleres y á los campos; porque proclaman en alta voz la cobardía y la vileza del rico, que se libra de servir al pais por un puñado de oro; porque constituye una contribucion, de la que están exentos los matrimonios sin familia y los célibes, aun cuando sean opulentos; porque

obligan al pobre de una manera brutal á que defienda una pátria que solo le reconoce por hijo cuando le llama á que se bata en su obsequio; y porque ellas echan el sello á la miserable abyeccion en que están las nueve décimas partes de la nacion, que son las que componen las clases pobres, sobre las cuales vienen á recaer en definitiva sus desastrosas consecuencias. Para mayor escarnio de esas clases, en nada es apreciado el horroroso tributo que tan inhumanamente se las exige, porque todos sabemos por desgracia que si enaltece y proporciona importantes derechos y consideraciones el dar veinte duros de contribucion, ningun bien produce á la desolada madre ó al padre infeliz el que les arranquen de sus brazos tres ó cuatro hijos para que vayan á matarse por otros en nombre de una causa ó de un principio para ellos desconocido.

—¡Oh...! ¡bendito seais! esclamó lleno de gratitud el pobre soldado... ¡Tambien habeis padecido vos con la madre á quien arrancan de su seno al hijo querido; con el padre á quien arrebatan de su lado al apoyo de su vejez...! ¡Otra sería la suerte del pobre si hubiera algunos corazones tan nobles como el vuestro!

—Los hay, los hay, bello jóven; siempre las buenas causas tuvieron leales y ardientes defensores.

—Sí, sí, dijo Mindana; no lo dudeis.

—No; no le puedo dudar yo al oiros á vos, repuso el militar radiante de satisfaccion. Yo os doy gracias por vuestros sentimientos, que han venido á endulzar mi situacion, tanto mas triste, cuanto que la ha creado la injusticia de los hombres... ¡Oh! ¡oh! nada vale, caballero, añadió inundados

sus ojos de lágrimas y dirigiéndose á nuestro viajero; pero contad con la eterna gratitud de *César Reverter*.

Mientras el diputado contemplaba entre avergonzado y compadecido al guapo mancebo, D. Perrondo, obedeciendo á un natural impulso de su noble corazon, le tendió afectuosamente la mano. Al ver esta para él nueva prueba de la bondad de nuestro viajero, al ver cómo la blanca y suavísima mano de este estrechó fuertemente la suya encallecida por el trabajo, los humedecidos ojos de Reverter brillaron de purísima alegría y la honda sensacion de felicidad, que tan pequeña prueba de cariño produjera en todo su ser, vino á retratarse en su hermoso rostro, que se llenó de una sublime majestad.

—Somos amigos, le dijo D. Perrondo... no perdais la fé que se debe tener en los buenos, porque al menos ella es un inefable consuelo para los nobles corazones; y soltando la mano del pobre soldado, que no acertó á contestar á causa de su grande conmocion, se puso á contemplar en union de sus amigos la deliciosa costa valenciana, que en confusa lontananza presentaba ya el lejano horizonte del Oeste.

Poco á poco y á manera que caia la tarde, tan apacible y hermosa como habia sido la mañana, el quebrado pero feracísimo suelo valenciano, ese admirable jardin de España, ese favorecido pais, que ni en producciones, ni en clima, ni en purísimo y despejado cielo tiene que envidiar á los mas privilegiados del globo, fué demostrando toda su majestuosa belleza á la asombrada vista de nuestros viajeros y sus amigos. Al estremo sud del estenso, arenoso y desabrigado golfo de Va-

lencia divisaron el cabo de *San Antonio*, no lejos del elevado *Mongó*, al pié del cual se sienta la pequeña ciudad de *Denia*, rica en recuerdos griegos y romanos; contemplaron mas á su frente las pintorescas playas de la deliciosísima *Gandía*, la embocadura del *Júcar* junto á la cual se hallan las populosas villas de *Sueca y Cullera*, la célebre y estensa laguna de la *Albufera*, á la que comunica con el mar un pequeño canal y cuyas riberas producen una cantidad inmensa de arroz, y sobre ella á la embalsamada ciudad del *Cid*, á la encantadora *Valencia*, viva imágen con su estensa y amenísima huerta, del *Edem* prometido á los bienaventurados, grande y verdadero paraiso para sus laboriosos habitantes y para el estranjero que tiene la fortuna de visitarla. Tambien, antes de acercarse al puerto, dirigiendo su vista al Noroeste divisaron la baja y deliciosísima playa de la *Plana*, donde se sienta la ciudad de *Castellon* y entre ella y Valencia, en la falda de una elevada colina, la fuerte y celebérrima villa de *Murviedro*, aquella antigua *Sagunto*, terror de los cartagineses, que hoy ostenta magníficos restos de su gran *Teatro* y de su soberbio *Circo*, levantados por los romanos despues de su terrible y memorable destruccion por las tropas de Annibal.

Entró el barco al ocultarse el sol en el celebrado puerto del *Grao*, y deteniéndose en la rada inmediata al muelle, no pudiéndolo hacer junto á este á causa de ser inservible para buques mayores, á pesar de la prodigiosa cantidad de millones que en él se han invertido, saltaron á tierra nuestros viajeros, despidiéndose antes y solo hasta el dia siguiente del escelente Mindana, que les dió palabra de acompañarles á comer: luego se acomoda-

ron en union del buen *Revertér* en uno de los muchos carruajes déstinados á conducir los pasajeros y sus equipajes del puerto á la ciudad y *vice-versa* (1); y antes de media hora descansaban ya en una magnífica fonda, sita en el centro de la perla del *Turia* ó *Guadalaviar*.

CAPITULO XIX.

VALENCIA.—UN PREDICADOR FAMOSO.—LLEGADA Á MADRID.

El reloj colocado en lo mas alto de la vistosísima torre mayor de la catedral, en el suntuoso y célebre *Micalet* ó *Miguelete*, como la llaman los valencianos, acaba de dar las nueve de la mañana. Nuestros viajeros, que aun permanecen en la habitacion que les señaláran la noche anterior á su llegada á la fonda, sostienen la siguiente conversacion:

—¡Qué guapo mozo! decia D. Perrondo.. he tomado el nombre de su regimiento, porque me propongo trabajar en obsequio de él todo lo que pueda así que lleguemos á Madrid.

—Sí, sí; debe Vd. hacerlo aunque no sea mas que en obsequio de su pobre madre, que morirá de dolor y de miséria si no la devuelven el apopo de su ancianidad... ¡Pobre chico! ¡y qué agradecido va con el pequeño obsequio que le hemos dispensado, obligándole á cenar y dormir en nuestra compañía!

—Sí, sí; tiene un fondo el mas bello del mundo.

—¿Y sabe Vd. que podria dar algunas lecciones á su paisano *el padre de la pátria*, para que discurriese con un poquito mas de acierto?... ¿qué

(1) Esto se escribió antes de concluirse el ferro-carril de Valencia al Grao.

hombre mas torpe! Si en mi mano estuviera cambiarles á ambos de posicion, ya que tan amigo es de las quintas el diputado, no se pasaba una sesemana sin que viéramos á este de recluta en un regimiento de infantería, y á Reverter paseándose por Madrid y pavoneándose de vez en cuando por el magnífico palacio donde se confeccionan las leyes.

—Dejemos, eso, dijo risueño D. Perrondo... Las nueve acaban de dar, y Mindana vendrá en nuestra busca dentro de poco tiempo. Vamos de pronto á uno de los templos mas próximos, y demos gracias á Dios por los inmensos beneficios que se ha dignado dispensarnos desde la hora y punto que nos acogimos al barco de aquel bello capitan.

—Sí, sí; démoselas; nunca mejor que ahora, dijo Masalegre en ademan de buscar su sombrero y el de su amo. No han conocido mejor dia los mortales que el que ayer nos proporcionó para contemplar llenos de placer ese célebre Mediterráneo, que pintan tan revuelto y peligroso.

A los pocos minutos amo y criado, prosternados en un espacioso templo próximo á la fonda y al cual se dirigieron por la casualidad de ver entrar en él una multitud de gentes, atraida sin duda por la solemne funcion que en honor de *San Norberto* celebraba una recien formada *Congregacion* de exfrailes premostratenses y otros devotos de aquel fundador, daban gracias al Altísimo con edificante fervor por la felicidad de su viaje. Concluyeron luego sus oraciones, y ya se disponian á abandonar la iglesia cuando vieron que por el centro de ella marchaba con grave y hasta orgulloso paso en direccion de una elegante tribuna, destinada á *cátedra del Espíritu Santo*, un sacerdote tambien congregante, á quien sus compañeros habian en-

comendado el panegírico del santo, y no quisieron salir sin procurar enterarse de la vida del arzobispo aleman, cuyos hijos y aun nietos supieron proporcionarse á poquísima costa en toda la cristiandad brillantes, asombrosas y multiplicadísimas comodidades con el laudable fin por supuesto de hacerse menos amargo este valle de lágrimas, en que á los demas hijos de Eva nos dejára tan tontamente sumidos nuestro buen padre Adan.

Empezó el ex-fraile su tarea con un exordio lánguido, incoherente, chavacano y difuso, si bien recitado con voz potente, altanero tono y mímicos y sobradamente ridículos ademanes, en el cual quise dar á entender, que, gracias á la sublime religiosidad de la *congregacion*, despues de algunos años de doloroso silencio, impuesto por la mas infame y desenfrenada impiedad, iba á oir el pueblo por su boca las ínclitas virtudes del preclaro fundador, gloria de la *Alemania* y del catolicismo entero. Al ver nuestro Masalegre por donde despuntaba el buen *mostén* y calculando prudentemente que lo restante de su sermon seria lo mismo que el exordio por aquello de *el ovillo por el hilo*, mientras se rezaba el *Ave María*, significó á su amo el deseo de salirse de la iglesia, pero este le contuvo á su pesar queriendo enterarse hasta la conclusion de la que tambien creyó sería mas bien arenga política apasionada, que discurso cristiano y edificante.

En efecto; no se equivocaron nuestros amigos: el ex-fraile dió principio á la segunda parte de su tremenda perorata, lamentándose en espantoso desórden de la precaria suerte de los ilustres hijos de *San Norberto*, desparramados segun él por el mundo, sin patria, sin hogar, sin amigos, sin las

consideraciones que merecian sus eminentes servicios prestados á la Iglesia y al Estado: despues, gesticulando atrozmente y dando tremebundos golpes sobre la inofensiva tribuna, ya anunciaba que no era lejano el dia en que la escelsa órden resucitase, cual otro *Lázaro*, por el soplo del Omnipotente para gloria inmarcesible de la religion; ya se condolía del inmenso poder que aun tenian los impíos sectarios de *Voltaire* y de *Rousseau* (para él hermanos carnales por lo visto) que traen revuelto el mundo con su asquerosa libertad, sus dilapidaciones, sus robos y sus vicios; ya prorumpia en horrendas imprecaciones contra la gente del dia, contra *esos filósofos modernos*, que, nuevos Luzbeles, quieren escalar el trono de Dios desentrañando los secretos de la naturaleza, como si estos no estuviesen reservados para solo el autor de ella; ya les vaticinaba la ruina inmediata de su soberbio y farisáico templo, esto es, el esterminio de su impía libertad, de sus locas reformas y de sus abominables creaciones; ya, evocando sin venir al caso las sombras de *Corinto*, de *Jericó*, de *Sodoma*, de *Jerusalen* y otras cien ciudades, presentaba tan espinoso el camino del cielo, que difícilmente podria andar por él ningun pobre mortal; ya, exagerando hasta las nubes los méritos que se contraian con inscribirse en la nueva *Congregacion*, ponia tan asequible la mansion celestial, que no habia mas que meterse cofrade y zamparse luego en ella de un ligero salto: en seguida, creyéndose sin duda un nuevo *Daniel*, poniendo en alto su tremenda diestra, hinchados sus parduscos ojos, dilatadas las enormes ventanas de sus tabacosas narices, echando fuego sus de ordinario hinchados mofletes, con inspirado y atronador acento

amenazó á los compradores de bienes nacionales con las iras del Señor, asegurándoles que las dehesas y tierras que antes correspondian á sus siervos, nada les producirian, que las casas y conventos donde vivian se les arruinarian milagrosamente, y que las maderas, piedras y demás de las iglesias que habian desmontado servirian para aumentar el fuego eterno, destinado á horrible tormento de sus miserables almas: en fin, sin acordarse el buen mostén de la vida y virtudes de su patrono, tan confusa mezcla, tan horrendo baturrillo hizo de impíos, de herejes, de sansimonianos, de liberales, de socialistas, de comunistas, de cielo, de tierra, de gloria, de paraiso, de dehesas, de viñas, de casas, de conventos, de frailes, de monjas, de negro, de blanco, de sublime, de rastrero, de delicioso, de horripilante, de risueño, de triste, de Jehová, de David, de Salomon, de Esdras, de Jeremías, de Samaría, de Jerusalen, de Roma, de Corinto, de Jericó, de España, de Francia, de Robespierre, de Voltaire, de Rousseau, de los Luises, de revolucionarios, de católicos, de verdugos y de víctimas, que cuando concluyó su tarea, aunque algunos oyentes salieron de la iglesia diciendo con mucha formalidad *¡qué buen sermon!*, la inmensa mayoría de los mismos, y entre ellos nuestro Masalegre, la abandonaron precipitadamente, maldiciendo en su interior al estúpido fraile, que en resumidas cuentas solo echaba de menos las antiguas *ollas de Egipto*, que fueron arrinconadas para nunca mas volver.

Llegaron amo y criado á la fonda y en ella, conversando aun sobre el sermon del mostén, esperaron al buen Mindana, que, fiel á su palabra, no tardó en presentarse.

—¡Hola, mi querido capitan! le dijo Masalegre no mas verle. Ya me estaba quejando de vuestra tardanza.

—Decid que no, amigo mio, dijo risueño D. Perrondo; porque ni hay motivo...

—Eso iba á decir yo, dijo Mindana. Me han dado las diez á la misma puerta de la fonda... Creo, pues, que no he faltado á mi promesa. Pero á todo esto, ¿cómo ha ido?

—Perfectamente, contestaron D. Perrondo y Masalegre.

—Yo casi no puedo decir eso.. Me he visto acosado anoche y esta mañana de doscientos impertunos, que me han hecho cincuenta mil preguntas sobre el estado de Barcelona y de toda Cataluña... Ahora vengo de ver á la autoridad... Descuidad, amigo mio, prosiguió Mindana mudando de tono al ver un significativo geste en nuestro viajero, que no os he descubierto...

—Corriente, corriente, así lo esperaba de vuestra prudencia... ¿Pero no quereis tomar asiento?

—Si hemos de ver lo mas notable de Valencia, no hay que perder un momento.

Acto contínuo salieron nuestros tres amigos de la fonda, y recorriendo las en general estrechas y tortuosas calles de Valencia, que recuerdan al menos observador la larga dominacion de los árabes en esta ciudad, pudieron enterarse en lo restante de la mañana de sus magníficos paseos y de los mas notables de sus edificios públicos, entre los cuales citaremos la casa de la ciudad, la audiencia, que es el antiguo palacio de las córtes valencianas, la lonja de la seda, la del aceite y la catedral. Despues de examinar el interior de este edificio inmenso, tan suntuoso como elegante, á propuesta

de Mindana que queria sorprender á sus amigos con el mas bello golpe de vista, que puede presentar la pródiga naturaleza, treparon animosos á su torre, al célebre *Miguelete*, de figura octógona y formidable elevacion, terminada en espaciosa esplanada, que embellece y cierra una lindísima balaustrada de calados: puestos en aquella nuestros viajeros, aunque jadeantes y llenos de sudor y de polvo, dieron por bien empleado el mal rate que acabáran de pasar y ahora les proporcionaba la inefable satisfaccion de contemplar extasiados el ancho mar, la apiñada ciudad y sobre todo la estensa huerta, que, aunque titulada de Valencia, comprende una gran parte de la provincia de este nombre, aquel feracísimo y siempre verde terreno, al que las multiplicadas villas, aldeas y casas de campo que do quier ostenta, comunican el aspecto de una ciudad de muchísimas leguas de estension, tan pintoresca como deliciosísima; aquel inmenso pais que, favorecido por un cielo de contínuo despejado y purísimo, y embalsamado por la fragancia de mil flores á cual mas bellas y preciosas, tiene convertido en asombroso vergel el celebrado y cristalino *Turia*, dividido en cien ramales por la incansable actividad de los árabes; aquel verdadero paraiso en fin que es necesario ver, porque para dar una idea siquiera aproximada de lo que es, ni hay plumas, ni sirven pinceles, por cuanto no puede menos de perder con unos y con otras, á la manera que pierden los grandes oradores cuando se dan sus discursos á la estampa, pues que si para admirar á estos se necesita oirlos, para admirar el jardin valenciano se necesita estar sobre él y contemplarle.

Llenos nuestros viajeros de gratísimas emocio-

nes, no solo comparables sino superiores á las que esperimentaron contemplando la vega de Lérida, bajaron en union de Mindana de la altísima torre, y por ser ya mas de la una de la tarde se encaminaron en derechura á la fonda, donde á luego les sirvieron una comida espléndida: concluida esta y despues de un pequeño rato de descanso salieron de nuevo, conforme tenian concertado, á dar un largo paseo por la huerta de la ribera izquierda del *Turia*. A su salida de la ciudad atravesaron uno de los cinco magníficos puentes que sobre aquel tiene para comodidad y servicio de sus habitantes, y embelesados con la multitud de cristalinos arroyuelos que por todos lados serpetean para dar jugo á las plantas, con las pintorescas casas de campo que do quier ostentan su blancura y elegante sencillez, con los millones de limoneros, naranjos, higueras, moreras y otros árboles frutales, que en lindes, en su centro y en todas partes adornan las posesiones, y con la prodigiosa muchedumbre de pintados y vistosísimos pajarillos, que saltaban alegres de rama en rama á su aproximacion, se alejaron como cosa de una legua de la capital, y deseando descansar un poco para emprender mas animosos su regreso se acogieron á una aldehuela inmediata, cuyas casas encontraron en su mayor parte cerradas, porque con ocasion de ser la fiesta en otra limítrofe, sus habitadores las habian abandonado á la mira de solazarse en aquella tarde.

Cuando mas descuidados estaban nuestros amigos fumando un puro, malamente colocados sobre el enorme tronco de un árbol que habia junto á la puerta de una barraca, dos hombres que sin duda les venian espiando, vestidos de zaragüelles, largo

chaleco de colorines, ancha faja morada, gorro negro, manta al hombro y delgada alpargata sujeta á la robusta pierna por muchas varas de cinta encarnada, aparecieron de improviso delante de ellos, y con breves y corteses palabras, si bien apoyándolas con dos enormes trabucos, que se echaron á la cara, les pidieron su dinero y alhajas con encargo de que despacharan pronto, porque ellos no venian con ganas de malgastar el tiempo.

Masalegre se quedó *tifo* al ver la actitud de los bandidos, y si bien su amo y Mindana conservaron casi toda su sangre fria, calculando prudentemente que no habia mas remedio que entregarse á discrecion, echaron mano á sus bolsillos y sacando las monedas que contenian se las alargaron á uno de aquellos, que se acercó por ellas, mientras que el otro seguia apuntando con su trabuco.

—Tengan Vds: la bondad de alargar los relojes dijo el resibidor del dinero.

—Pero, señores... dijo algo incomodado Mindana.

—No hay mas remedio, caballero, dijo el que tenia su trabuco en facha: no os incomodeis, porque nosotros no venimos con ganas de reñir.

—Pronto, pronto, dijo su compañero. ¿Y vos caballero?... añadió dirigiéndose á Masalegre así que tuvo en su mano los ricos relojes de D. Perrondo y de Mindana.

—El señor es mi criado, dijo D. Perrondo sin dar lugar á que hablase Masalegre.

—¡ Ah ! en ese caso no tendrá mucho dinero, repuso el bandido echando una mirada sobre su compañero, como para interrogarle si, á pesar de ser criado, habia tambien de *espurgar* el bolsillo de Masalegre.

—¿Qué he de tener? dijo este todo acobardado.

—Dejarle, dejarle, dijo el otro bandido enseñando con esto el oprimido corazon de Masalegre. Disimular, señores, añadió bajando su trabuco: los tiempos están malos y no le dejan á uno ser tan *honrado* como quisiera... *¡Silencio... y abur!* Y seguido de su compañero desapareció por entre los millares de árboles de la deliciosa huerta en opuesta direccion de la ciudad.

—Pues señor... ¡estamos frescos! dijo con reconcentrada ira Mindana, así que marcharon los bandidos... ¡vive Dios que nos han cogido como raton con queso!...

—¿Y qué hacemos en vista de semejante sorpresa? dijo D. Perrondo con su acostumbrada serenidad.

—Nada... lo que hemos hecho, repuso ya conforme Mindana.

—Lo bueno que tienen estos ladrones es que son muy corteses... ¡vive Dios que en mi vida ví una gente mas cumplida! dijo Masalegre: ¡pero se conoce que están bien vigilados aquí los malhechores! ¡robarnos á las mismas puertas de la ciudad! Calla: allí viene un paisano, añadió al ver que se acercaba á ellos un anciano conduciendo del diestro una berrica con varios instrumentos de agricultura: sin duda es de esta aldea... ¡Diga Vd... paisano!... ¿no hay justicia en este lugarcito?

—¡Cá! no señor, contestó sin titubear el que parecia hortelano: si aquí no hay mas que un *alcalde pedáneo*.

Masalegre miró á su amo y á Mindana.

—¿Saben Vds., les dijo sonriéndose, que este hombre ha dicho una verdad como un templo?

—No digo mas que lo cierto, repuso muy formal el hortelano.

—Sí, sí; dijo Masalegre: os creo, buen amigo, porque lo mismo que esta se hallan muchas aldeas, villas y aun ciudades de España. Y sin dar lugar á que le contestase el paisano, dirigiéndole un seco adios, se echó á andar por el mismo camino que trajera, haciéndole tras él entre risueños y cabizbajos su amo y Mindana.

—Pues, señor, iba diciendo Masalegre; no nemos tenido mala suerte: si me llegan á registrar los bandidos, no solo me quitan la media docena de onzas que llevo en el bolsillo, sino que me dan una *propina*, que me hace chapar las uñas de gusto y me deja *acordaderas* del jardin valenciano para todos los dias de mi vida... ¿Y qué dinero se han llevado esos *caballeros?*

—Afortunadamente yo no traia mas que tres ochentines y dos napoleones, y eso les dí, dijo Mindana.

—Dos onzas y unas pesetas le entregué yo, dijo D. Perrondo.

—Vamos: mil reales... y con los cuatro ó cinco mil que valen los relojes, no han hecho mala presa, dijo Masalegre... ¡tunantes!

—¿Y qué? ¿daremos parte á la justicia? dijo Mindana.

—¿Para qué?... y si esa señora estuviese reemplazada en Valencia por alcaldes *pedáneos* ó *de barrio*, ó de otra cosa, ¿qué adelantariamos con ello? dijo Masalegre.

—Con todo, repuso D. Perrondo dirigiéndose á Mindana; no será malo que mañana, mientras nosotros marchamos para Madrid, hagais que la prensa valenciana ponga en conocimiento del público y de las autoridades lo que nos ha sucedido, para que estos procuren impedir la repeticion de seme-

jantes actos, escandalosos hasta no mas, por tener lugar á las mismas puertas de la ciudad.

—Avivemos el paso, señores, que el sol desaparece, dijo Masalegre.. ¿Y á dónde nos dirigimos ahora?...

—Iremos á refrescar á un café, dijo D. Fernando... ¿Pero no os habeis de quedar esta noche con nosotros? añadió dirigiéndose á Mindana.

—Yo bien quisiera, amigo mio; pero no me es posible abandonar el baseo... despues de las ocho...

—¡Cuánto lo siento!

—Y yo tambien; pero no hay mas remedio que separarnos á esa hora... Por otro lado, ¿tanto van á tardar Vds. en abandonar á Valencia?

—A las cinco de la mañana sale la diligencia, segun nos ha dicho el patron, dijo Masalegre.

—¿La que va por las *Cabrillas* ó la de *Albacete*?

—La primera.

—Menos camino llevan Vds., pero esperemos.

—Con tal que no nos suceda otro percance como el de esta tarde... dijo Masalegre.

—No, no es facil, repuso sonriéndose Mindana.

—Ps... *diablos son bolos*, dicen en Vizcaya, repuso Masalegre... ¡hola! ya estamos cerca del puente por donde salimos, sin duda á purgar nuestros pecados.

—En efecto: con la espirante luz del crepúsculo atravesaron segunda vez el puente del *Turia*, y dejando tras de sí una porcion de calles recorridas por multitud asombrosa de gente, llegaron á un magnífico café, donde, á la esplendorosa luz que despedia una elegante araña de cristal, vieron infinitos caballeros agradablemente entretenidos, unos con los juegos de damas, ajedrez y dominó,

y otros bebiendo y hablando de negocios, de muchachas ó de noticias del dia.

Dirigiéronse nuestros tres amigos al fondo del salon en busca de una mesa desocupada, y apenas tomaron asiento y pidieron de beber, cuando un caballero, que formaba parte de un gran corro, en cuyo medio leia otro en alta voz un periódico barcelonés, gritó de repente y al parecer con estraordinaria alegría:

—*¡Aquí está Mindana! ¡aquí está Mindana!*

Tan pronto fué oir estas voces nuestros viajeros y Mindana como verse rodeados de una docena de caballeros, que acosando á un tiempo al bravo capitan con multitud de preguntas, hechas con el calor y ligereza peculiares al carácter valenciano, querian circunstanciadas noticias de Barcelona y de los dos castellanos que habia traido en su barco. Como D. Perrondo tenia bien advertido á Mindana para que no le descubriese, este se disculpó de dar noticias sobre aquel y su criado diciendo á los que le preguntaban, que habia conducido á diferentes caballeros, y que ignoraba si los castellanos se habian quedado en Palma ó habian llegado hasta Valencia.

—No, no, nos engañais, le dijo uno de los caballeros.

—Sí; vos no podeis ignorar que han llegado hasta Valencia, le dijo otro.

—Pues si lo dice este periódico, añadió un tercero.

—¿Qué periódico es ese? preguntó Mindana.

—*El Sol de la Libertad*, de Barcelona, que acaba de llegar ahora mismo: este es el que dá mas detalles sobre la revolucion y su marcha, sobre esos nobles castellanos y su destierro de aquella ciu-

dad... Un largo artículo y unos versos que trae no dejan lugar á dudar que se hallan en Valencia.

—Lee, lee esos versos, dijo otro de los caballeros, mientras que D. Perrondo y Masalegre procuraban ocultar la emocion que les produjera el solo nombre de aquel periódico.

—Sí, sí, gritaron todos.

El que tenia el periódico en la mano leyó la siguiente composicion:

Al barco del noble capitan Mindana, refugio de los ilustres castellanos D. Perrondo y Masalegre.

Hiende esas ondas con pujante brío;
Deja estas playas maldecidas ya...
Parte, aunque vea yo en el pecho mio
Pedazos hecho el corazon quizá.
Y al contestar al popular murmullo
De otros lugares que tocando irás,
Dí que en tu seno con sublime orgullo
La prez de España conduciendo vas.
¡Dí que mi pátria, á la virtud agena,
Negro borron sobre su historia echó...!
¡Dí que esa historia, de proezas llena,
Por siempre ya la ingratitud manchó...!
Pero no, no... la conturbada mente,
Presa infeliz de malentura atróz,
Desoye ¡ay Dios! en su delirio ardiente
Por siempre fiel del corazon la voz.
Noble es el pueblo que *Barcino* encierra,
Noble es su *plebe*, la de sangre ruin,
Sangre *que es buena* al estallar la guerra,
Sangre *que es mala* cuando tiene fin...
Mas corre ¡oh barco! y con sublime aliento
Rompe las olas del inmenso mar,
y desplegada tu bandera al viento,
Vuante todos su poder domar.
Y mientras yo á la generosa *plebe*
Burlada miro y su tremenda lid,
Acariciado por el aura leve,
Llega tu salvo á la ciudad del Cid.

CELSO VIDAL.

—Y bien, señores... ¿qué significan los versos esos? dijo Mindana. ¿Niego yo que hayan venido esos señores conmigo? Pero de este...

—Apuesto alguna cosa á que son los señores, dijo resueltamente otro de los caballeros, dirigiéndose á D. Perrondo y Masalegro.

—Saldriais mal, amigo mio, le contestó aquel con forzada sonrisa.

—Soy con Martí, dijo otro: vosotros sois los que salvásteis al capitan Vicens.

—Y el señor es Masalegro, añadió otro mirando á nuestro criado, á quien los versos de Vidal y el recuerdo de su accion en Molins, no habian podido menos de conmover profundamente; el traje os descubre, amigo mio.

—¡Sí, sí!

—Pero... ¡señores! esclamó D. Perrondo estendiendo sus brazos en ademan de disuadir á los caballeros del juicio que tenian formado.

—¡Ellos son! ¡ellos son!

Y viendo el buen Mindana que los cálculos de él y de su amigo estaban á punto de fracasar, con potente y un tanto severa voz, como hombre que se siente picado en su honor, á causa de no ser creido, esclamó:

—¡Señores...! ¿es posible que tengan Vds. tan poco juicio? ¿tan escasa fé merecen mis palabras?

—¡No es eso!

—Pues bien; aunque falte á un compromiso formal, prosiguió Mindana, ¿quieren que francamente les diga lo que sé de esos caballeros?

—¡Sí, sí!

—Corriente: al despedirse anoche de mí, me aseguraron que si encontraban asientos marcharian en la diligencia de Albacete, suplicándome al

propio tiempo, que por si así no sucedia, guardase el conveniente sigilo sobre su venida... Probablemente habrán marchado... yo al menos no les he vuelto á ver... En cuanto á estos caballeros solo tengo que decir á Vds. que son de Madrid, antiguos conocidos y amigos mios... Por lo demas... ¿qué es lo que Vds. quieren? ¿noticias de Barcelona? pues yo les diré cuanto sepa, y ya pueden empezar á preguntarme, que pronto estoy á darles cumplimiento.

Con esto, si no satisfechos, quedaron al menos tranquilos los caballeros, y tomando asiento al rededor de nuestros amigos se enteraron por boca de Mindana de la situacion en que dejára á Barcelona al abandonar su puerto, y de la historia de los acontecimientos porque habia pasado desde la hora y punto en que tuvieron principio hasta la salida de Vidal de la junta y proscripcion de nuestros viajeros.

Acto contínuo y siendo ya mas de las ocho de la noche determinaron nuestros amigos abanbonar el café: D. Ferrondo tomó el brazo de Mindana y marchando en direccion de la fonda le dijo:

—Lo habeis hecho perfectamente, amigo mio... Sabedor de lo que es el carácter valenciano estoy seguro que nos hubieran molido á preguntas y tal vez á cumplimientos...

—Es que por no haberos descubierto, he pasado uno de los ratos mas crueles de mi vida.

—Lo creo, amigo mio; pero cada vez me alegro mas de haber recurrido á ese espediente... No dudeis que las autoridades nos hubieran tambien llamado como á vos... eso tal vez hubiera retrasado nuestra partida, y no estamos en el case, ni de detenernos, ni de ser objeto de ninguna demostra-

cion favorable ó adversa... Pero, estamos ya en la fonda... ¡Masalegre! al pedir la luz, dí al patron que tenga dispuesto un mozo que ha de acompañar al puerto al Sr. Mindana.

Subieron este y nuestros viajeros á la habitacion consabida, y en ella, despues de un ligero descanso, en medio de tiernos y cariñosos abrazos se juraron una ámistad tan pura como sempiterna. Cortos, pero memorables, por una série de grandes acontecimientos, habian sido los dias de su relacion, y aunque breve, ella bastó para que sus nobles corazones se uniesen con el vínculo indisoluble de la virtud, único que hace á las amistades tiernas y verdaderas.

En estremo conmovido bajó el simpático Mindana la escalera de la fonda, y mientras que á la pálida luz de la luna marchaba con apresurado paso en direccion del Grao, no menos afectados nuestros viajeros se acostaban en el mullido lecho esperando con impaciencia la venida del inmediato dia.

Aun no despuntaba el alba sonrosada, precursora de aquel, cuando D. Perrondo y Masalegre, colocados en la berlina de una diligencia, abandonaban á la encantadora Valencia en direccion de la coronada villa, á donde imperiosamente les llamaba en primer término el mas entrañable afecto hácia sus amigos de Barcelona, y en segundo su tierna solicitud para con la inolvidable Gumersinda, como verá el lector en los siguientes capítulos.

FIN DEL LIBRO TERCERO Y TOMO SEGUNDO.